persona, que guardase el alcázar en nombre del Rey. Aceptada esta cláusula, solo duró su cumplimiento lo que tardó el de Silva en trasponer la Vega; los del tumulto subieron al alcázar, se apoderaron de él sin resistencia y tremolaron en sus torres el morado pendon de Castilla, despues de haber abatido el que ostentaba entre sus pliegues el escudo de las armas reales.

Llegó á la Coruña la nueva de estos sucesos, y D. Cárlos se indignó de tal manera al escucharla, que al punto llamó á Chevres y le dió órden para que se suspendiesen todos los preparativos de la partida, mandándole al mismo tiempo que se le aprontasen caballos, pues queria volverse á Valladolid, reunir tropas y marchar sobre Toledo. El ministro, aterrado con una determinacion, que le esponia á perder el riquísimo fruto de sus manejos y estorsiones, procuró disuadirle, ponderando el peligro que habia en retardar por mas tiempo la toma de posesion del imperio de Alemania, demora fatal de que no dejaria de aprovecharse el animoso Francisco *primero*, para revolverle aquellos Estados, que pedian á voz en grito la llegada de su nuevo Emperador. El cardenal Adriano y Mercurino Gatinara esforzaron estas razones con todo el peso de su elocuencia, persuadido el primero de que los alborotos de la ciudad rebelada eran cosa de poca consecuencia que terminaria pronto, ya porque él con su autoridad atenderia á ello, ya tambien porque las demás ciudades no se habian movido ni daban muestras de moverse, y el segundo porque le placia conservar á toda costa el empleo de Gran Canciller, sin esponerse á los azares de las revueltas, que en su sentir amenazaban á Castilla. Siguió el Rey por fin la opinion, desacertada entonces, de sus consejeros, ya que tal vez hubiera bastado su presencia y la reunion de nuevas cortes en Valladolid ó en Búrgos para sosegar á los descontentos, y resuelto á jugar el todo por el todo, desatendió por primera vez los prudentes avisos de su bufon, sin acordarse de que él mismo habia confesado de que el loco tenia mas razon que los discretos.

—Mira, Carlitos, que te engañan, díjole D. Francés algunas

horas antes del embarque: mira, Carlitos, que esa procesion de Toledo trae una cola muy larga. No te vayas, hijo mio, no te vayas y dejes esto como sermon de taberna, porque si tu nos faltas, se vá encontrar tu pobre maestro sin saber á dónde acudir.

—Tus advertencias llegan tarde, bribon, respondióle el Príncipe con alguna aspereza. Mis consejeros dicen que debo partir y partiré.

—Tus consejeros, repuso Francesillo despues de hacer su mueca, han descendido del rango de acémilas al de asnos con albardas. ¿Sabes lo que anhela Chevres? Ponerse en salvo con sus ducados de á dos, aunque despues se lleven á Castilla los demonios. Pues nada digo de Gatinara. ¿Crees que sus manos han estado ociosas, desde que se nos apareció en Monserrate de vuelta de Francfort? Si fuesen españoles, no se darian prisa á huir de la tempestad: porque tempestad amenaza, hijo mio, y récia por añadidura.

—Ese pronóstico no me inquieta, murmuró D. Cárlos; hoy mismo se pondrá mi maestro en marcha para Valladolid y los toledanos acudirán á pedirle gracia.

—Lo que harán los toledanos será poner en sublevacion á toda Castilla. ¿Quieres que te hable en puridad? Pues escucha. Tu maestro Adriano es un bendito de Dios y es tambien el único flamenco que saldrá de España con las manos límpias. Eso sí; respondo de su conciencia como de la mia; pero no entiende jota en achaque de gobernar pueblos, y entre los pueblos descontentos y los magnates por contentar van á derretirle el seso. No te vayas, Carlitos, no te vayas, porque el diablo no se duerme y tengo por seguro que habrá qué hacer para todos.

—Ya es tarde para volverme atrás, y quiero que los rebeldes de Toledo entiendan que los tengo en poco, para detenerme á descargar sobre sus cabezas el castigo que merecen.

—¿Con que estás decidido á dejar en manos de la suerte la de este reino?

—He dicho que sí y basta.

—Perfectamente; no hablemos mas del negocio, pero concédeme una gracia.

—Por concedida. ¿Cuál es?

—La de seguirte por esos mares, porque no quiero morir néciamente por partidario tuyo en este pícaro suelo, donde no vá á quedar títere con cabeza.

—Eso no, vive Dios; he dispuesto que permanezcas al lado del Cardenal-gobernador, para ayudarle con tu buen discurso.

—¿Y si me ahorcan los nobles, ó me descuartizan los plebeyos?

—Guárdense unos y otros de tocarte al pelo de la ropa, porque tu vida costará cincuenta de las suyas.

—¡Buen consuelo de tripas, hijo mio! ¿Resucitaré yo despues que mueran los cincuenta?

—Has de quedarte, porque así conviene y porque yo lo mando.

—¿Tiranías conmigo? *Nequaquam*, caballero Emperador; porque doy el grito contra el lobo de Lovaina en un dos por tres, y me paso á los de Toledo. ¿Ignoras que un loco no peca por rebelarse?

—Dí cuanto quieras hoy, con tal que te quedes en España, pues por lo demás, estudiado me tengo que no me has de hacer traicion.

—¡Ah! Eso es otra cosa, y supuesto que te das á partido, me quedaré tan solo por reirme de los apuros que van á llover sobre tu maestro.

—Nada temais ni tú ni él: podrá ocurrir que haya alborotos, mas no tendrán causa para ello los amigos de revueltas.

—¡Eso dices, Carlitos...! ¡Eso aseguras cuando tus flamencos han asolado el país!

—Por eso mismo me los llevo; para que no roben mas. He conocido que los castellanos se quejan de sus rapiñas con sobrada razon, y me propongo quitarles todo pretesto de alteraciones.

—¿Y los tesoros que se llevan tus rabiosas alimañas?

—Yo los devolveré á Castilla con tercio y quinto de añadidura. Has de saber que mis flamencos eran pobres y me servian de mala gana; me he visto pues en la precision de hacer algo por ellos, á

fin de asegurar mis planes. ¿Quieres que te descubra cuáles son? Pues se reducen á uno solo; á ser mas fuerte que Enrique VIII y que Francisco el aventurero, el dia en que se abra la campaña.

—De modo que, segun eso, te preparas para la guerra....

—Mira, Francesillo, y acuérdate bien de lo que voy á decirte. No pasarán dos años, no pasará uno y medio, no pasará uno, sin que toda la Europa esté sobre las armas.

—¡Demonio! ¡Y yo que te tenia por un emperador pacífico! Ya voy conociendo, Carlitos de mi alma, que eres un bullicioso calavera, capaz de dar al traste con el sosiego de veinte monarquías.

—Mal me juzgas: lo que hay es que Francisco, á pesar de haber empeñado por escrito su honor, se niega á conformarse con los desdenes de la dama que me ha preferido, y quiere desenvainar el acero para robarme sus caricias. ¿Imaginas que soy hombre á propósito para abandonarle, sin combatir, la señora de mis pensamientos?

—Magnífico, hijo mio.... magnífico, pues sacamos en consecuencia, que los españoles tendremos que andar á cachiporrazos, para que tú conserves el imperio de Alemania.

—¡Y qué! ¡Preferirian los españoles un Rey cobarde....! Si tal imaginára, antes de embarcarme renunciaria la corona.

Estas fueron las últimas razones de D. Cárlos, quien aquel mismo dia perdió de vista la murada ciudad de los Fenicios, la antiquísima *Columna*, llamada así por la torre de *Hércules*, ó porque era la base y el sosten del comercio de aquellos atrevidos mercaderes, á quienes sus émulos de Cártago arrojaron de la *Gallecia lucense*, para rendir mas tarde á los romanos el fuerte recinto de la Coruña, que recibió de sus conquistadores el nombre de *Brigantium*.

Francesillo permaneció largo espacio en el puerto, contemplando tristemente la nave que conducia á su hijo Carlitos; cuando la escuadra llegó á perderse entre las olas, lanzó un profundísimo suspiro y gruesas lágrimas surcaron sus mejillas.

—Dios le guie, murmuró sollozando, y Dios le traiga pronto, porque segun barrunta mi corazon, nos vamos á ver entre mil peligros.

En seguida trató de retirarse y de ir á buscar al cardenal Adriano, que debia ponerse en camino sin tardanza para Valladolid; mas no bien iba á volver las espaldas al mar para cumplir su propósito, cuando observó que se dirigia á tierra un ligero esquife, conducido por dos remeros. Al punto imaginó que al Rey, despues de hacerse á la vela, le habia ocurrido algun mensage para Adriano, y con el afan de poner en claro su conjetura, se acercó á la playa. ¡Cuál fué su asombro, al ver que saltaba del esquife á la arena *La Garza Real!*

Toribio formaba parte de la comitiva de D. Cárlos como proveedor de su mesa, y María debia acompañarle por órden terminante del mismo. ¿Cómo pues dejaba á su padre y se volvia sola al puerto? Francesillo se daba á los diablos por averiguar los motivos de suceso tan estraño; mas no tuvo mucho que discurrir, porque apenas le divisó la jóven, corrió hácia él esclamando:

—Amparadme, conde D. Francés.... en vos confío.... conducidme á Castilla.

El bufon se quedó cortado y sin acertar á responder; mas al cabo, como no desconocia los sentimientos de la doncella, adivinó en parte la verdad del caso. Entónces se despejó su rostro, asomó á sus lábios una risita maliciosa, y dijo, como hombre satisfecho de su penetracion.

—Apuesto mi nombre, mi título y mis prerogativas de loco, á que la hermosa *Garza* tiene miedo al mar.

—Bien lo podeis creer, le contestó María asustada. Pero vámonos de aquí, no sea que envie á buscarme, porque todo lo temo de su impetuosidad.

—¡Oh! Sí, repuso D. Francés, haciéndose el desentendido; tu padre Toribio Quincoces es muy impetuoso: sígueme, que yo te pondré á buen recaudo de su fúria.

La jóven le miró, como dudando de que el bufon diese fé á sus propias palabras, mas notando su serenidad, llamó á los remeros del esquife, satisfízoles su trabajo, y luego le siguió. Don Francés

la condujo al alojamiento que ocupaba el Cardenal, y despues de haberla instalado en una estancia, tranquilizando su temor con la seguridad de que, si algo habia menester, acudirian al punto mugeres para servirla y acompañarla, no pudo menos de manifestar su deseo de comprender en todas sus partes aquella aventura.

—Cualquiera maravillosa aparicion hubiera esperado hoy en el puerto menos la tuya, la dijo con galantería. ¿Tan brutalmente se ha conducido tu padre, que te obliga á desertar de sus banderas?

—¡Ah! Demasiado sabeis que no es por mi padre, por quien habeis vuelto á verme, contestó María suspirando.

—¿Cómo es eso? ¿Con que aseguras, *Garza* bella, que yo lo sé?

—Lo aseguro. ¿No aconsejasteis á mi padre en Barcelona, que me casára pronto?

—¡Diablo! ¿Por ese lado sopla el viento? No hay duda; eso le advertí, pero no quise decir nada.

—Al contrario, quisísteis decir mucho y mi padre os entendió muy bien.

—¡Qué ladron de Toribio!... ¡Y le tenia yo por un alcornoque!

—Os habló de dos galanes y..., le respondísteis, que cualquiera era bueno, porque el negocio de mi boda urgía. ¿Os acordais?

—¡Vaya si me acuerdo! Cosas son esas que no se olvidan. ¿Qué mas le dije?

—¿Os parece poco, conde D. Francés? Poco fué sin embargo, ya que hubo otro que le dijo mas.

—Juego mi cabeza con todo el latin y grandes pensamientos que contiene, á que ese otro fué mi hijo Carlitos.

—La perderíais miserablemente, porque ese otro fué aquel alcalde de corte, que sentenció á mi madrastra.

—¡Oh!.... ¡Oh!.... ¡Oh!.... El alcalde Ronquillo, que algun dia roncará con Lucifer en los profundísimos rincones del infierno, tiene excelentes narices. Sepamos lo que olfateó en Barcelona.

—Lo mismo que vos sin duda, porque anunció á mi padre, que estaba destinado á hacer gran figura en la corte. Despues de esto.... ¡Ah! No quisiera acordarme.....

—Prosigue, hermosa *Garza*, prosigue y acuérdate de todo, para que á todo se ponga remedio; que aquí estoy yo.... y basta.

—El Rey ordenó, como no ignorais, que mi padre y yo le siguiéramos á Valladolid.....

—Adelante.....

—Y luego dispuso que desde Valladolid.....

—Pues es claro; que viniérais con la corte á Santiago y de Santiago á la Coruña. Hasta ahora estoy á buenas noches.

—Una vez aquí.... mi padre le pidió licencia para dejarme en España.

—¡Bah! Supongo que Carlitos se opondria decididamente á la demanda.

—Se opuso diciendo, que si yo me negaba á acompañarle, no se embarcaria, aunque perdiese la corona de los Césares.

—Has de convenir, queridita mia, en que tu padre, al solicitar del Rey semejante licencia, anduvo muy torpe.

—¿Por qué?

—Porque esas licencias no se piden; se toman.

—Por eso la he tomado yo sin pedirla.

—¡Viva *La Garza Real!* Eres la perla de las doncellas, y juro por los vigotes del diablo, que he de ampararte hasta perder la vida. Cuéntame eso; cuéntame el chasco que acabas de dar al hijo de mis entrañas, que yo estaré pendiente de tus lábios, como la reina Dido y sus magnates diz que estuvieron, en cierta ocasion, de los de Eneas el Troyano: *Intentique ora tenebant.* ¡Jáh...! ¡Jáh...! ¡Jáh...! ¡Qué buen humor tendrá á estas horas Carlitos...! Diera por hallarme junto á él todos los privilegios é inmunidades que me concede la locura. Vamos.... vamos.... esplícamelo todo.

—¿Qué quereis que os esplique? Cuando mi padre me notició la resolucion del Rey de llevarme á Alemania, me puse á temblar y á pedir á la Santa Vírgen de Monserrate, que se compadeciese de mi desgracia. Sin duda hubo de oirme, porque desde aquel momento me sentí tranquila: habia formado mi plan y..... por mucho que

me costase, queria llevarlo á ejecucion. Concertéme con dos pescadores del puerto, para que tuviesen su barquilla amarrada al costado del buque que debia llevarme, y apenas zarpó la escuadra y en tanto que mi padre entretenia al Rey con la enumeracion de las provisiones, que para su regalo habia dispuesto, á fin de que no observase mi fuga, me aproveché del desórden que sobre la cubierta reinaba, con el gritar de los marineros que acudian á la maniobra, y con el crujir de las vergas y mástiles del bajel, para deslizarme, sin ser vista, por la escala hasta el esquife. Los pescadores soltaron al punto la amarra que lo detenia, empuñaron los remos y dirigieron la proa hácia la playa. En ella me habeis encontrado, conde D. Francés, huyendo del Rey y de mí misma.

—¡De tí misma! He ahí lo que no comprendo, *Garza*, hermosa sobre todas las *Garzas* de la tierra.

—¿De mí misma, dije? ¡Ah, conde! Olvidadlo, olvidadlo por Dios; es un secreto del corazon que me hace morir.

—¡Pobre niña! Ese secreto no me es desconocido.

—¡Cómo...! ¡Qué decís....! Me asustais.... Soy una miserable criatura..... pero quiero salvarme... sí... quiero ofrecer á los piés de la Vírgen de la montaña todos mis pensamientos, todas mis acciones..... toda mi felicidad.

—María..... María..... tú no has nacido para monja.....

—¡Por qué...! ¡Por qué...! Respondedme pronto.

—Porque amas al rey Cárlos.... porque el rey Cárlos te ama....

—¡Ah...! ¡Dios mio...! ¡Dios mio...! ¡Qué me ama...! ¡Qué le amo...! Conde..... Conde..... sois muy cruel y no teneis piedad de mí.

—¡Desgraciada! Admiro tu virtud angelical. ¿Qué es lo que quieres? Habla. ¿Deseas la proteccion del cardenal Adriano? Hoy mismo te la proporcionaré. ¿Prefieres retirarte á Rueda de Medina? Te llevaré yo mismo.

—Gracias os doy, conde D. Francés, por vuestras ofertas generosas y por el buen concepto que de mí habeis formado. Mi úni-

ca protectora será desde hoy la divina Vírgen de Monserrate, mas para ponerme al abrigo de su celestial amparo necesito vuestra ayuda. Y pues con ella me brindais, solo os pido que al volver á Castilla, me lleveis con vos, hasta dejarme, con el seguro del señor Cardenal-gobernador, en uno de los monasterios de religiosas de Valladolid ó sus contornos.

—Mañana partiremos, hija mia, y tempranico para que la jornada sea buena, porque el lobo de Lovaina quiere llegar prontamente á entenderse con los señores alborotados de Todelo. Por lo demás no tienes otra cosa que hacer mas que abrir la boca para asegurar tu retiro, porque en tierra de Valladolid abundan los conventos que es una bendicion de Dios. Allí están sino Cigales, Mojados, Castro-Nuño, Cuenca de Campos, Siete-Iglesias, Tordesillas, Mayorga, Peñafiel, Olmedo, Villalon y Medina del Campo, que no me dejarán mentir. Ánimo pues, *Garza* de mis ojos, que á quien tanto desprecia en la tierra no ha de faltar el cielo, y en estos pícaros tiempos tengo para mí que aprovecha mas la soledad del claustro, que el brillo y ostentacion de la corte.

María respiró, y aunque con la muerte en el alma, dirigió fervorosas oraciones á su santísima patrona la Vírgen de Monserrate, porque hasta entonces la habia libertado de tantos peligros y asechanzas. El cardenal Adriano, que acababa de recibir nuevas importantes de Castilla, no quiso aguardar hasta el dia siguiente para emprender la marcha, sino que aquella misma noche se puso en marcha con María y con D. Francés, despues de haber despachado pliegos urgentes al capitan general D. Antonio Fonseca, á la Chancillería de Valladolid y al alcalde Ronquillo.

CAPÍTULO IV.

Levantamiento de Castilla.

Las nuevas que habian llegado á la Coruña y que obligaban á Adriano de Utrech á precipitar su viage eran de tal especie, que ya le pesó de no haber detenido á D. Carlos en España.

Segovia habia secundado el movimiento de Toledo, adicionándolo con escenas de sangre, que pusieron una valla entre el poder real y los autores de la sublevacion. Hallábase reunida la municipalidad, para resolver acerca de un nuevo mensage ó carta, que los amigos de Juan de Padilla y Hernando Dávalos dirigian á las poblaciones de Castilla, para que se alzasen como Toledo y compusiesen todas unidas lo que desde entonces debia llamarse *Santa Comunidad*. El pueblo asistia á aquella reunion cuyo objeto se habia traslucido, y cuando ya empezaban los del comun á deliberar,

se alborotó pidiendo á gritos que el corregidor D. Luis Acuña se presentase, para decirles las intenciones del Rey, y si debian esperar que se revocase el servicio de doscientos millones de maravedís, otorgado por las cortes de Galicia. Pero el Corregidor sabía ya de antemano lo que se tramaba, y no contando con fuerzas para reprimir la sedicion, en caso de que estallase, tomó el *prudente* partido de salirse de la ciudad, situándose en Cuéllar, villa fuerte por el famoso castillo, que construyó en la altura que la defiende el renombrado D. Beltran de la Cueva, favorito de Enrique IV y padre, si no mienten los defensores de los derechos de Isabel la *Católica*, de aquella desgraciadísima muger llamada generalmente *Doña Juana la Beltraneja*. Los del tumulto, viendo que no podian habérselas con D. Luis Acuña, *para afrentar en su persona, como querian, la vara de la justicia del Rey*, le insultaron ausente, diciendo que solo habia dejado en Segovia ladrones y mas ladrones; y porque un alguacil ya viejo, cuyo nombre era Hernan Perez Melon, salió á su defensa, gritando que la autoridad siempre debia respetarse, para que el enojo del Rey no impusiera castigos á los que la desconociesen, le cojieron entre todos y despues de molerle el cuerpo á garrotazos, le sacaron de la ciudad y le colgaron de una horca, dispuesta sobre la marcha, sin que nadie se atreviera á estorbarlo. Cuando volvian los sublevados al convento de *Corpus Christi*, en que se celebraba la borrascosa sesion del ayuntamiento, presentóseles de frente Juan Portal, otro alguacil que, sabedor de la infausta suerte que habia cabido á su anciano compañero, se negó á ocultarse, como algunos vecinos se lo aconsejaron, antes bien llevaba en la mano tintero, papel y pluma, á fin de ir escribiendo los nombres de los revoltosos. Uno de estos reparó en él y le voceó diciendo:

—¡Portalejo....! ¡Eh, Portalejo! Te encomendamos el alma de tu buen amigo Melon, que baila en la horca, como tu bailarás algun dia.

El alguacil, en vez de callar, como se lo aconsejaba la prudencia,

ya que tan poca habia tenido en salir al encuentro de aquella turba, respondió con desenfado:

—Vivan el Rey nuestro señor y su justicia, para que mas de cuatro de vosotros alcancen su merecido.

Apenas hubo pronunciado tan atrevidas razones, cuando los que mas cerca estaban se le echaron encima, llevándole á palos y empujones hasta la horca que acababan de improvisar y de la cual le suspendieron por los piés, rematándole luego á pedradas.

Otra víctima de mas cuenta inmoló al dia siguiente la saña popular. Los procuradores Juan Vazquez y Rodrigo de Tordesillas, que volvian de la Coruña, en cuyas cortes habian votado el servicio pedido por el Rey, pues no tenian órdenes de su ciudad para negarse al otorgamiento, se hallaban descansando en Santa María de Nieva, á cinco leguas de Segovia, y allí les llegó la nueva de lo que ocurria. El primero fué de parecer que se alejasen, no fuese que los amotinados se adelantasen á buscarlos; pero Tordesillas declaró que aquella misma noche entraria en la ciudad, ya que su conciencia estaba limpia de todo pecado contra los intereses del pueblo. En vano procuró Vazquez disuadirle del vehemente anhelo que tenia de abrazar á su jóven esposa, por lo que viéndole aferrado á tan peligrosa idea, separóse de él y se fué á Villacastin, camino de Madrid á Salamanca, donde poseia alguna hacienda.

A cosa de las nueve de la noche penetró en su casa Rodrigo de Tordesillas: su esposa, mas acongojada que contenta, porque la seguridad del riesgo hacía olvidar en aquellos instantes el placer de las conyugales caricias, le instó vivamente para que se pusiese en salvo, mas él se negó á esconderse y á huir, diciendo que únicamente los culpables se ocultaban. Noticioso un amigo suyo de la imprudencia que habia cometido, fué á poner en su noticia que en la ciudad reinaba el mas completo desórden, que una multitud de dos mil hombres, amenazadora y sin freno, disponia de las vidas y haciendas de todos los ciudadanos adictos á la causa del Rey, y que

si se presentaba al otro dia en el ayuntamiento, ningun poder humano lograria salvarle; mas Tordesillas le contestó:

—Yo cumpliré como quien soy con mi deber; tengo que dar cuenta del uso que he hecho de mis poderes en las cortes, y la daré, aunque á ello se opongan todos los amotinados del mundo.

Demasiado pronto transcurrieron las horas de aquella noche, que fué la última de su existencia. En las primeras de la mañana se engalanó el animoso procurador de Segovia y cabalgando en su bien enjaezada mula, como lo requeria la autoridad de su cargo, se dirigió al convento en que se juntaban los regidores, sin cuidarse de las sañudas y terribles miradas que muchos de la plebe le asestaban al pasar. Á pesar de que corria al sacrificio, su buena suerte se empeñaba en no desampararle, ya que por tercera ó cuarta vez le ofrecia un medio seguro de salvacion. En efecto, cuando mas descuidado iba, sin imaginar el fatal y congojoso término que le aguardaba, le salió al encuentro el cura de la parroquia de San Miguel, para rogarle, en nombre de Dios, que se refugiase á su iglesia, de la cual le prometia sacarle sin lesion al campo, antes que los revoltosos se apercibiesen de su fuga. Nada pudo alcanzar aquel caritativo sacerdote de la entereza de Tordesillas, cuyo ánimo esforzado subió de punto al observar que, no bien se presentó en el sitio de la reunion del cabildo, cuando un furioso tropel se precipitó contra las puertas, amenazando forzarlas.

—¿Qué significan esos gritos? preguntó con sereno continente. ¿Vienen por ventura á buscarme los asesinos de los dos infelices alguaciles, Hernan Perez y Juan Portal? Ábranse pues las puertas y entren todos, para que me hallen en mi puesto, que yo no soy el corregidor D. Luis Acuña, sino el diputado y bachiller Rodrigo de Tordesillas.

Abriéronse las puertas de par en par, y la multitud alborotada invadió el recinto. El valiente procurador se adelantó entónces, para jurar que estaba pronto á satisfacer al pueblo segoviano en todo lo concerniente á su cometido, como representante de sus dere-

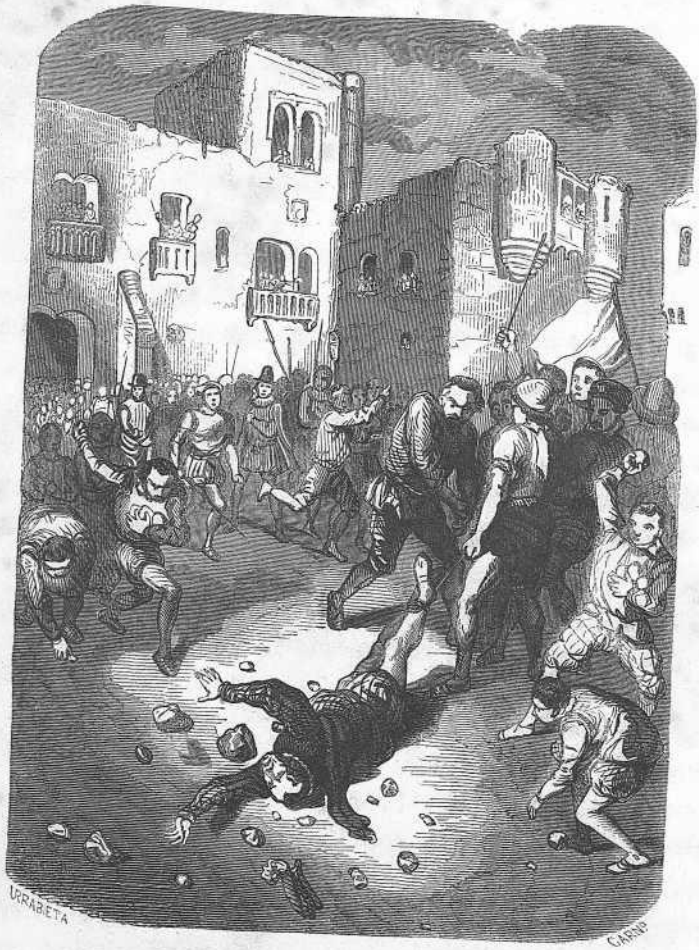
chos, pero que solo daria cuenta de sus actos y de sus votos en las cortes ante la municipalidad.

—Enhorabuena asistan á la sesion cuantos quisieren, que así aparecerá mi conducta mas á las claras, añadió con firme acento; mas guarden los que asistieren la debida compostura y decoro, porque de lo contrario, irme sabré por donde aquí he venido.

Una espantosa gritería acogió estas palabras y mil voces le preguntaron simultáneamente, que era lo que habia hecho en las cortes de Galicia para gallear tan alto.

—Aquí están las razones de mi proceder como buen hijo de Segovia, respondió él sin inmutarse y sacando varios papeles, que depositó sobre la mesa.

Abalanzáronse á ella los insurrectos, cogieron los papeles y los hicieron pedazos. Tordesillas entónces les echó en cara su desacato, apellidándoles facinerosos; mas tan justa indignacion fué la señal de su muerte. La turba desenfrenada se arrojó sobre él, le maltrató á golpes, y por último, echándole una soga al cuello, le arrastró por las calles. Ni los ruegos de muchos ciudadanos distinguidos que aborrecian á los flamencos, ni la imponente actitud de otros, que con sus espadas desnudas intentaban salvar al desgraciado procurador, fueron bastantes á enternecer los corazones de sus verdugos. Era hermano de la víctima el padre guardian de San Francisco, y no bien supo el horrible caso, abandonó su celda, revistióse aceleradamente y salió al frente de toda su comunidad y con el Santísimo Sacramento en las manos, á impedir que se consumára la tristísima tragedia. ¡Inútiles y dolorosos esfuerzos! El pueblo habia saboreado el placer de la venganza con las ejecuciones de los dos alguaciles; hacíale falta saciar su ira y habérselas cara á cara con un noble. Cuando desembocó el tumulto, semejante á un torrente impetuoso, por una de las irregulares avenidas de la plaza, veíanse los balcones atestados de mugeres, que victoreaban el abominable triunfo popular, y mientras unos tiraban de la soga y otros cogian piedras para acabar con la vida del que era casi cadáver, ellas gritaban con desusada fúria:



Muera el infame Tordesillas y escarmienten los Procuradores.

—¡Muera el infame Tordesillas, y escarmienten los procuradores....!

Aunque el infeliz diputado por Segovia no existia cuando sus asesinos llegaron con él á la horca, resolvieron colgarle y así se ejecutó. Desde aquel dia quedó la ciudad por los amotinados, quienes al punto se pusieron en comunicacion con los de Toledo, y estos á su vez juraron volar en su auxilio, siempre que su libertad se hallase amenazada.

A este alzamiento contra la autoridad del Rey sucedió el de Zamora, verificándose el dia mismo de la llegada de sus procuradores; mas éstos recibieron aviso de que los buscaban para matarlos y disfrazándose de sacerdotes, tornaron á salir de la ciudad, sin que nadie se metiese con ellos. Desesperanzado el pueblo de apoderarse de sus personas y furioso al mismo tiempo por la burla que acababa de sufrir, les quemó en efigie con gran algazara y júbilo; mas poco le duró su fácil victoria, porque el Conde de Alba de Liste, aunque sin autoridad, quiso reprender por medio de una leccion severa al que no debió abandonarla, y así echándose solo á la calle y amonestando á unos, reprimiendo las demasías de otros y esponiéndose sin cesar á los mayores peligros, contuvo la sedicion y pidió tropas al Consejo de Valladolid para sujetar á los descontentos. El auxilio llegó casi al mismo instante que la noticia del levantamiento de Segovia; pero el obispo Acuña, hombre bullicioso y emprendedor, mas á propósito para repartir tajos y reveses que para dar á besar su anillo, reunió en la diócesis una fuerza de cuatrocientos desesperados, con los cuales revolvió sobre Zamora, cuyos habitantes se rebelaron abiertamente contra el conde de Alba de Liste, y abriendo una de las puertas al obispo, salieron á recibirle como á un libertador. El Conde y los suyos tuvieron que retirarse por el estremo opuesto de la ciudad, y Zamora entró desde entonces en tratos con Segovia y Toledo.

Toro, Madrid, Guadalajara, Alcalá de Henares, Avila y Búrgos siguieron el ejemplo de amotinarse; mas no en todas estas pobla-

ciones se llevó á cabo pacíficamente la rebeldía. En Madrid asaltó el pueblo las casas del alcalde de corte Hernan Gomez de Herrera y de Francisco de Vargas, alcaide del alcázar. Ambos huyeron á uña de caballo, mas el último volvió con socorros de Alcalá y trabóse una refriega entre los suyos y los revoltosos, en la cual quedaron aquellos desbaratados. Á pesar del mal término de la espedicion, la entrada en Illescas del esforzado Juan Arias de Ávila y su actitud resuelta, al verse cercado de enemigos por todas partes, fueron dos triunfos para la causa real, pues salvó la artillería que habia sacado de Torrejon de Velasco contra los de Madrid. Este servicio y el haber conservado en medio de la sublevacion general tres castillos fieles á D. Cárlos hasta el fin de la guerra, le conquistaron para él y para sus descendientes el título de conde de Puñonrostro. Entre tanto los de Madrid batieron el alcázar, del cual se apoderaron despues de porfiada resistencia y de muchas muertes, quedando la villa á cargo del licenciado Castillo, alcalde nombrado por la *Santa Comunidad*. En Guadalajara persiguieron los habitantes á sus procuradores á cortes los hermanos Luis y Diego de Guzman, y no habiendo podido apoderarse de ellos, derribaron sus casas y despues de arar los solares, sembráronlos de sal, *para escarmiento de traidores y desleales*. Púsose al frente del alzamiento el conde de Saldaña, hijo del duque del Infantado, que resentido de los desaires hechos á la nobleza por el Rey, apoyó las razones de Guadalajara, pretendiendo que el consejo de Castilla, á propuesta del cardenal Adriano, anulase todo lo concedido por las cortes de Galicia.

Tambien se alzó la ciudad de Cuenca, y aunque D. Luis Carrillo de Albornoz se opuso con todos sus esfuerzos á los de los tumultuados, éstos se burlaron de él completamente, sacándole de su casa y haciéndole pasear á guisa de cabalgadura por las calles, pues muchos se subian alternativamente sobre sus hombros y le arreaban, al paso que otros echaban á vuelo las campanas de la catedral tocando á rebato, á fin de que todo el pueblo se reuniese para ver la fiesta. Aguóse con todo para los que la habian promo-

vido, porque la vengativa doña Inés Barrientos, esposa de Albornoz disimulando la ira que le rebosaba de su corazon ultrajado, fingió gran gusto y alegría por la victoria de los populares y convidó á sus caudillos á un magnífico banquete, que duró hasta muy entrada la noche. Aquellos incautos chilladores cayeron en la emboscada: embriagados á fuerza de vino y licores hasta el punto de no tenerse en pié, encontraron riquísimos lechos donde reposar y tambien agudos puñales que, hundiéndose sin piedad en sus pechos, dejaron lavada la afrenta que habia recibido aquella Lucrecia Borgia castellana.

Aunque Búrgos imitó el ejemplo de las demás poblaciones, el Condestable supo darse tal maña, que logró inutilizarlo completamente; porque Diego de Osorio y el dean Pedro de Velasco, que habian formado el propósito de falsear los intentos de la multitud, alcanzaron de ella que se le nombrase corregidor de la ciudad. Don Iñigo de Velasco era hombre de mucho temple y sabía manejar admirablemente la intriga; así no tardó en ganar para la causa del Rey á un espadero llamado Juan y á Bernardo de la Roca el sombrerero, dos de los alborotadores de mas fama, de gran crédito entre los suyos y que desde entónces le sirvieron de espías. Tambien el famoso doctor Juan Zumel, que en las cortes de Valladolid habia defendido con insolente audacia los derechos populares, desertó de su causa, pasándose á la de los nobles por las esperanzas de medro que infundió en su ánimo el Condestable. Así el primero que dió la voz y despertó en los procuradores de Castilla el deseo de sacudir el yugo que pesaba sobre las ciudades, fué tambien el primero que se rindió á los alhagos del poder, abandonando á los mismos, cuyas pasiones habia escitado fuertemente. El doctor Zumel alcanzó mercedes régias y tuvo mas tarde autoridad para perseguir á los *Comuneros*.

El grito de las ciudades sublevadas era unánime; rechazaban la autoridad del Rey-emperador y se sometian á su madre la reina doña Juana: hé aquí la bandera de las *Comunidades*, alzada contra

los flamencos en un principio y luego contra los *Imperiales;* pues aunque en nombre de Segovia, Toledo, Búrgos y Guadalajara se propusieron pactos y negociaciones por algunos magnates al cardenal Adriano y al Consejo, aquellas poblaciones no aprobaban su conducta y mas de una vez se ensangrentaron contra los que, guiados por sentimientos de conciliacion y de templanza, se atenian á lo resuelto por las cortes de Valladolid, de Zaragoza y de Barcelona, tocante á los derechos de D. Cárlos.

El Gobernador, María y el conde D. Francés llegaron á la primera de estas tres ciudades despues del alzamiento de Zamora. Adriano reunió inmediatamente el Consejo y éste, contra el parecer de don Alonso Tellez Giron, desechó toda avenencia con los sublevados mientras no se sometiesen. El arzobispo Rojas propuso rigurosas medidas y habiendo espuesto el señor de la Puebla de Montalvan, que acaso con la blandura se conseguirian mayores ventajas, le contestó el prelado que antes bien se confundiria en aquella ocasion con el miedo, y que de todos modos el hecho de entrar en pláticas con rebeldes seria dar señales evidentes de debilidad.

—Humíllense, añadió con enojo, y espongan luego sus agravios, como conviene á súbditos leales.

El cardenal Adriano se adhirió á esta opinion, que estaba enteramente de acuerdo con las instrucciones que habia recibido de don Cárlos, y el resultado de las deliberaciones algun tanto acaloradas del Consejo fué, que por el pronto se reuniesen mil caballos y que con ellos y en calidad de pesquisidor pasase el alcalde Ronquillo á castigar, *de la manera que él lo sabía hacer*, á la gente de Segovia, por los horrendos crímenes que al alzarse habia cometido.

Los *Comuneros* entre tanto estrechaban sus alianzas, requerian fuerzas, adiestrábanlas y nombraban sus capitanes. Mandaba las de Toledo Juan de Padilla, las de Segovia Juan Bravo, el obispo don Antonio Acuña las de Zamora y las de Madrid Juan Zapata. No bien se supo que Ronquillo se disponia á salir á campaña, cuando la exasperacion no conoció límites entre los pueblos sublevados; el

presentimiento de las crueldades del terrible funcionario les acarreó poderosos refuerzos, con que al principio no contaban, pues los salmantinos, á las órdenes de D. Pedro Maldonado volaron á su socorro, los de Leon hicieron causa comun con los rebeldes y en Murcia hubo tan récios alborotos, por la imprudente conducta del alcalde Leguizama, que éste se vió precisado á huir para que no le quemasen vivo con toda su familia.

Juan Bravo, capitan de Segovia, que en union de Francisco Maldonado acompañó á Padilla hasta el último instante muriendo con él en Villalar, no se descuidó en prepararse para recibir á Ronquillo. Los *Comuneros*, no dudando de la suerte que les esperaba, si caian en su poder, se aprestaron furiosos á la defensa y escribieron á las demás ciudades confederadas, para que estuviesen prontas á enviarles auxilios en caso de necesidad. Avanzó el feroz alcalde hasta Santa María de Nieva y allí se detuvo y empezó á escaramucear con sus mil caballos, creyendo que le seria fácil cortar la introduccion de víveres en Segovia: en efecto, todos los que los conducian y paraban en sus manos eran ahorcados sin misericordia, lo cual hizo que otros muchos se retrajesen. Viendo pues los de la poblacion que, si no ahuyentaban al enemigo de la posicion que habia ocupado, tendrian al fin que rendirse, le acometieron un dia en número de cuatro mil hombres, aunque sin ventaja alguna para ellos. Ronquillo, por el contrario, cogió algunos prisioneros y sin detenerse ni aun á preguntarles sus nombres los mandó ahorcar, jurando que haria igual justicia con todos, si no se entregaban á sus tropas. A este fin requirió á Juan Bravo para que se acogiese á su clemencia con todos los que quisiesen seguirle, bajo el seguro de que les respetaria en sus vidas y haciendas, bien entendido que le habian de entregar, para que fuesen enrodados, los asesinos del bachiller Rodrigo de Tordesillas, así como los de Juan Portal y Hernan Perez.

El Capitan segoviano contestó á la intimacion del alcalde que «ya «habia pasado el tiempo de los leguleyos, cuando unos alcaldes «insignificantes apoyados en sus varas hacian temblar á la miserable

«plebecilla, y que, si confiaba tanto en sus tropas, se acercase un «poco mas y veria por esperiencia, cuán distinto era buscar su pa- «ga un abogadillo alquilado, interpretando la ley á tuertas y dere- «chas, y pelear con hombres en batalla.» (1)

Los comprometidos no se contentaron con esto, sino que alzaron una grande horca en el centro de la plaza, á la cual se subia por tres escaleras, dispuestas una en el medio y las otras dos en las estremidades del patíbulo: en seguida enviaron á decir al alcalde, que él subiria muy pronto por la principal de ellas, como era debido por mas honor á su fama de hechicero, sanguinario y renegado moro ladron, como todos los de Arévalo, (2) y que por las de ambas puntas de la horca irian á encontrarle en lo alto los capitanes Rui Diaz de Rojas y D. Luis de la Cueva, ya que habian puesto sus ginetes á disposicion de un tígre y no de un juez imparcial. Dió esta destemplada burla tanto enojo á Ronquillo, que se adelantó hasta Zamarramala, en donde por medio de pregon declaró rebeldes contumaces y traidores á todos los de Segovia, y á fin de llenar las formalidades de la ley, les citó por tres veces para que se presentasen á dar sus descargos; mas no considerándose muy seguro en aquel lugar y advertido por sus espías de que se notaba movimiento en la ciudad, volvió á su cuartel de Santa María de Nieva, aunque con propósito decidido de no permitir que se salvase uno solo de los sublevados.

No aguardó Toledo segundo aviso de Segovia para acudir á su defensa. Juan de Padilla, su capitan, se adelantó con dos mil quinientos peones y mas de doscientos caballos, y noticiosos del caso los de Madrid enviaron á Juan Zapata con buen peloton de gente, ansiosa de habérselas con los *Imperiales*. Cuando supo Juan Bravo que le llegaban tan valientes refuerzos, se movió con los de Segovia hácia el cuartel de los contrarios, para cogerlos entre dos fue-

(1) *Movimiento de España*, por el presbítero Juan Maldonado, libro III.

(2) Ronquillo era natural de esta poblacion, que ninguna parte tomó en la guerra de las *Comunidades*.

gos; pero la astucia de Ronquillo burló sus intentos, dando á la caballería de Valladolid órden espresa de retirarse, para evitar que fuese cortada, operacion que no se hizo sin zozobra, pues los ginetes se desbandaron á la vista del enemigo, arrastrando en la fuga al mismo alcalde, que corrió á ocultar su vergüenza y su despecho al abrigo de las tropas que reunia el capitan general D. Antonio Fonseca, para embestir á Medina del Campo.

Tristísimo cuadro presentaba Castilla en medio de su general sublevacion; los asesinatos, los robos, los salteamientos se sucedian unos á otros en las ciudades y cada triunfo que estas obtenian se señalaba con nuevos crímenes. El condestable D. Iñigo de Velasco, á pesar de su entereza y del concepto que habia sabido adquirirse entre los mas bulliciosos de Búrgos, no pudo evitar que Garci Jofre, francés de nacion y muy adicto al rey D. Cárlos, que le habia honrado primero con el cargo de aposentador y luego con la tenencia del castillo de Lara, fuese bárbaramente inmolado por la plebe. A fin de libertarle de sus iras, le puso preso en la cárcel, pero los sediciosos asaltaron el edificio y despues de arrojar á aquel infeliz estrangero á la calle, le maltrataron con inaudita crueldad, hasta que por último, al verle casi exánime, le arrastraron con una soga apretada al cuello, colgándole en seguida por los piés. Antes de esta horrible ejecucion, habia presenciado Búrgos el saqueo y quema de las casas de Diego de Soria, de Pedro Juan de Cartajena y de Garci Ruiz de la Mota sus procuradores, y no tardó en sacudir el yugo del Condestable, por parecerle molesto que un solo noble, por mas que le juzgase identificado con su causa, impidiese la ruina y destruccion de aquellos, á quienes miraba como sus mas implacables enemigos. Iguales escenas ensangrentaron las calles de Toledo y de Zamora: el Consejo de gobierno estaba aterrado, el Cardenal-gobernador no sabía á qué punto acudir, porque en todos amagaba constante peligro; mas al paso que atropelladamente atendia á la urgencia de reunir tropas y recursos, para en último

caso jugar el todo por el todo, propuso que se noticiase al Emperador lo que ocurria. Así lo hizo el Consejo y hé aquí un estracto de la famosa carta que le dirigió á Ratisbona en 12 de setiembre de 1520:

«Sacra Cesárea Católica Real Magestad. Despues que Vuestra «Magestad partió destos sus reinos de España, no habemos visto «letra suya, ni sabido de su real persona cosa cierta, mas de cuanto «una nao que vino de Flandes á Vizcaya dijo, como oyó decir, que «sábado víspera de la Pascua de Pentecostes habia Vuestra Mages«tad aportado á Inglaterra. Lo cual plega á Dios nuestro señor «así sea, porque ninguna cosa nos puede dar al presente igual «alegría, como saber que fué próspera la navegacion de la armada. «Han sucedido tantos y tan graves escándalos en todos estos rei«nos, que nosotros estamos escandalizados de verlos y Vuestra «Magestad será muy deservido de oirlos. Porque en tan breve «tiempo y en tan generoso Reino, parecerá fábula contar lo que ha «pasado. Dios sabe cuanto nosotros quisiéramos enviar á Vuestra «Magestad otras mejores nuevas de acá de su España. Pero pues «nosotros no somos en culpa, libremente dirémos lo que acá pasa. «Lo uno para que sepa en cuanto trabajo y peligro está el reino, y «lo otro para que Vuestra Magestad piense el remedio como fuere «servido. Porque han venido las cosas en tal estado, que no sola«mente no nos dejan administrar justicia, pero aun cada hora espe«ramos ser justiciados. . . . . .»

Refieren aquí los del Consejo las ocurrencias de Toledo y de Segovia hasta la desordenada fuga de Ronquillo y luego prosiguen: «Porque dicen aquellas ciudades rebeldes que no las hemos de «castigar á ellas como rebeldes, sino que ellas han de castigar á «nosotros como á tiranos. Los procuradores del reino se han jun«tado todos en la ciudad de Ávila, y allí hacen una junta en la «cual entran seglares, eclesiásticos y religiosos, y han tomado «apellido y voz de querer reformar la justicia que está perdida, y «redimir la República que está tiranizada. Y para esto han ocupado

«las rentas reales, para que no nos acudan, y han mandado á todas «las ciudades que no nos obedezcan. . . . . (1)»

«Y hasta agora no vimos alguno que por su servicio tome una «lanza (2). Búrgos, Leon, Madrid, Múrcia, Soria, Salamanca, sepa «Vuestra Magestad que todas estas ciudades son en la misma em- «presa, y son en dicho y hecho en la rebeldía: porque allá están «rebeladas las ciudades contra la justicia y tienen acá los procu- «radores en la junta. Que queramos poner remedio en todos estos «daños, nosotros por ninguna manera somos poderosos. Porque si «queremos atajarlos por justicia, no somos obedecidos: si queremos «por maña y ruego, no somos creidos: si queremos por fuerza de «armas, no tenemos gente ni dineros. De tantos y tan grandes «escándalos quienes hayan sido los que los han causado, y los que «de hecho los han levantado, no queremos nosotros decirlo, sino «que lo juzgue aquel que es juez verdadero. Pero en este caso «suplicamos á Vuestra Magestad tome mejor consejo para poner «remedio, que no tomó para escusarse el daño. Porque si las cosas «se gobernáran conforme á la condicion del reino, no estaria como «hoy está en tanto peligro. Nosotros no tenemos facultad de inno- «var alguna cosa, hasta que desta letra hayamos respuesta. Por «esto Vuestra Magestad con toda brevedad provea lo que fuere «servido, habiendo respeto á que hay mayor daño, allende lo que «aquí habemos escrito, porque teniendo Vuestra Magestad á España «alterada, no podrá estar Italia mucho tiempo segura. Sacra Cesá- «rea Católica Magestad, nuestro Señor la vida de Vuestra Magestad «guarde, y su real Estado por muchos años prospere. De Valla- «dolid &.»

El mismo dia que partia este mensage del Consejo para Alemania, entraba María en el convento de santa Clara de Palencia, que habia elegido por huir de los trastornos que tenian lugar en la comarca, donde habian transcurrido apaciblemente sus primeros años. A él la condujo D. Francesillo, quien entregó á la madre abadesa una carta del Cardenal-gobernador, en que éste la pedia que guardase á aquella virtuosa jóven hasta la vuelta de su padre.

(1) Omitimos todo lo que se refiere á las operaciones de Fonseca sobre Medina del Campo y á la entrada del Capitan toledano en Tordesillas, porque forma parte de nuestra narracion.—*N. del Autor.*

(2) Estas palabras indican el apuro en que se veia el Consejo para alistar gente contra los *Comuneros.*—*Idem.*

CAPÍTULO V.

De cómo el conde D. Francesillo encontró lo que no apetecia, por meterse en camisa de once varas.

AHORA, para que nuestros lectores no nos acusen de olvidadizos ó descuidados en la relacion que vamos presentándoles, menester es que volvamos la vista atrás por algunos instantes, ya que en el capítulo décimo cuarto de la primera parte de tan verídica historia, quedó indecisa la suerte de dos personages, cuyo valor y nobles prendas bien merecen volver á figurar en ella.

Cuando Francisco de Vargas, alcaide del alcázar de Madrid, se presentó en Alcalá de Henares á pedir auxilios para escarmentar á los insurrectos, que habian asaltado su casa y la del alcalde de corte Hernan Gomez de Herrera, encontró en aquella poblacion alguna gente de armas, si bien poca en número para destruir á los rebeldes, demasiada para exasperarlos mas y mas y convencerles de que

en caso de vencimiento, no debian esperar gracia de los *Imperiales*. Así lo comprendió desde luego un esforzado alférez de los tércios reales, que mandaba aquella tropa sujeta á las órdenes del conde de Melito, y que á su paso por Madrid, de vuelta del castillo de Buitrago, en donde le habia tenido preso la injusticia de su general, habia observado muy á su sabor, que el pueblo tomaba mucha parte en la indignacion y descontento de las ciudades de voto en cortes, con motivo de la convocatoria para las de Santiago y de la anunciada partida del Rey. A dicho alféréz pues se dirigió Francisco de Vargas, pintándole los acontecimientos de la villa como hombre que habia perdido en ellos gran parte de su hacienda, y que por lo mismo anhelaba volver las tornas á sus contrarios.

—¿Habéislo pensado bien, señor alcaide? le preguntó el alférez. ¿Ignorais que tengo muy pocos hombres de guerra, para emprender una campaña formal contra los de Madrid?

—Todo lo sé, respondió Vargas; mas no puedo consentir que los pelaires me estén sitiando el alcázar, despues de haberse hecho dueños de la villa. Si al menos el general D. Diego Hurtado de Mendoza no hubiera dispuesto la retirada de sus tércios....

—El general D. Diego Hurtado de Mendoza, á quien no puedo estar agradecido, replicó el militar, ha obrado como debia, ya que su primera obligacion es atender al reino de Valencia, que lleva trazas de seguir en sus revueltas el rumbo de Castilla.

—Bien hablais, señor alférez, pero es el caso que si el alcázar de Madrid ha de sostenerse contra los alborotados, necesito entrarle refuerzos de boca.

—Esa es harina de otro costal, señor alcaide, y si os hubiérais esplicado desde un principio, ya estaria resuelto el negocio; porque habeis de saber que no es lo mismo combatir con cuatro gatos contra una insurreccion formidable, que darse maña para meter en el alcázar algunos costales de trigo.

—¿Puede ejecutarse lo último?

—¿Por qué no? A fé de Alarcon os juro que, si os encargais de

los costales, yo entretendré á Juan Negrete y á Juan Zapata y á todos los Juanes de Madrid, hasta que os crea seguro en la fortaleza.

—Ea pues, valiente, venga esa mano y tomad vuestras disposiciones para mañana.

El alférez Alarcon, de quien no pueden haberse olvidado nuestros lectores, salió de Alcalá sobre Madrid, escoltando con un puñado de hombres de armas los víveres que conducia en mulas de paso el alcaide Francisco de Vargas. Los tumultuados, noticiosos de su vuelta, le salieron al encuentro, pero tropezaron con Alarcon, que se arrojo intrépidamente sobre ellos. La bravura del alférez y de sus hombres de armas sobrecojió en un principio á sus contrarios, y entónces gritó el primero al alcaide para que aprovechándose de aquella sorpresa, se ladease con sus caballerías y gente destinada á su cuidado, y las condujese al alcázar, mientras él peleaba una ó dos horas, pues no podria sostenerse mas tiempo contra la muchedumbre: pero Vargas no comprendió ó no quiso comprender la atrevida maniobra del fogoso jóven, y figurándose que éste, en vista del resultado de su primer arranque, no tardaria en desbaratar á los que eran dueños de la villa, se obstinó en permanecer en el campo hasta el fin de la refriega, perdiendo un tiempo precioso que ya no debia recobrar. En efecto, Juan Negrete, hombre de oscuro nacimiento, aunque de estraordinario valor, que acaudillaba á los populares, observó que solo tenia al frente un corto destacamento de *Imperiales*; por lo que, animando á los suyos, que ya empezaban á retroceder acuchillados por Alarcon, los rehizo y cargó con ellos cercando á la tropa de Alcalá. Esta, al verse comprometida á causa de la torpeza y poca resolucion del alcaide, obedeció la órden que acababa de darle su animoso gefe, de abrirse paso hácia retaguardia, ejecutando tan temeraria operacion con una sangre fria, que admiró á sus enemigos. Pocos fueron los hombres que perdió D. Fernando en su heróica retirada, que verificó, siempre perseguido por fuerzas treinta veces mayores, hasta Torrejon

de Velasco, punto en que se reunió con D. Juan Arias de Avila, quien supo tarde la salida de los de Madrid y se disponia á favorecer á Vargas con un refuerzo de doscientos infantes y otros tantos caballos. Este propósito no podia ya cumplirse, porque la gente del alcaide quedó, como anteriormente hemos dicho, de todo punto desbaratada; él tuvo que picar espuela á su caballo para meterse en Alcalá y todas las mulas y víveres que llevaba cayeron en poder del pueblo alborotado.

Don Fernando de Alarcon acompañó á D. Juan Arias en sus arriesgadas escursiones contra los populares. Con él entró en Móstoles á viva fuerza, despues que aquellos le quemaron su villa de Torrejon de Velasco; y apoderándose luego de Illescas, y sublevado tambien este pueblo, cuya actitud se hizo imponente por las turbas que á él acudieron de toda la tierra comarcana, ayudó á aquel caudillo en la empresa de salvar la artillería, saliendo á campo raso, á vista y paciencia del enemigo, y tomando en ademan hostil la vuelta de Alcalá.

Terminada esta espedicion y no pudiendo permanecer D. Fernando en medio de la sublevacion general del país sin rendirse, no quiso con todo abandonarlo y pidió auxilios á su general é instrucciones al Consejo. Don Diego Hurtado de Mendoza le escribió, autorizándole para obrar con arreglo á las circunstancias que sobreviniesen, pues no podia distraer un solo soldado del reino de Valencia, donde las *Germanías* armaban grande alboroto, y el cardenal Adriano le previno que al punto se pusiese en marcha para Valladolid, porque su valor seria muy al caso para contener á los que anhelaban el alzamiento de dicha ciudad.

No bien tuvo conocimiento D. Francesillo de la llegada del alférez, cuando corrió á estrechar su mano. Acojióle D. Fernando como á un verdadero amigo, y despertando en su pecho su presencia antiguas y tiernas memorias, le preguntó por María.

—Háblame de la fuente de las natillas con mucho respeto, compadre Alarcon, le contestó D. Francés.

—¿Pues qué le ha sucedido? ¿Se ha casado por desgracia?

—¡Qué diablos dices! Esa hubiera sido una felicidad.

—Mas no para mí.

—¡Ah! ¿Con que la amas todavía?

—Mas que nunca, Francesillo, mas que nunca.

—¡Eh! Poco á poco. ¿Qué es eso de Francesillo? Ya sabes que no me dejo manosear por mis inferiores, ni aun por mis iguales.

—El hecho es que yo la adoro y que por ella.....

—Bueno; estoy al tanto de que por ella te encerró el general Mendoza en un castillo.

—¿Quién te ha referido esa historia? Tú no estabas en Madrid cuando ocurrió el lance.

—No; me hallaba en Zaragoza, pero allí nada se ignoraba entónces de lo que acontecia en la calle del *Almendro*.

—Ello fué que el Rey mandó que se me pusiera en libertad.

—Y por consiguiente, mandándolo el Rey era lo mismo que si lo hubiera mandado yo.

—Al contrario, amigo D. Francés, al contrario.

—En efecto.... no me acordaba; mandándolo yo era lo mismo que si lo hubiera mandado el Rey.

—Dejemos eso y entérame del paradero de María.

—¿Estás dispuesto á casarte con ella?

—¿Por qué no, si ella es siempre la misma?

—¡Bah! Ahora es mucho mejor.

—Antes que pasemos adelante ¿quién puso en noticia del Rey mi arresto en el castillo de Buitrago?

—¿No lo sabes?

—Te juro que no por mi honor de caballero.

—Sería tal vez el alcalde Ronquillo.

—¡El alcalde Ronquillo! Si algun dia cae en mis manos he de entregar su cuerpo á los de Segovia, para que le hagan subir por *la escalera del medio*.

—Mucho te lo agradecerán el Rey y el lobo de Lovaina.

—¡Oh! Estoy seguro de que él no se atrevió á decir á D. Cárlos que yo estaba preso.

—Si no fué él, sería Toribio Quincoces.

—¡El padre de María! Imposible.

—¡Qué poco seso tienes hoy en la mollera, querido compadre. ¿No te haces cargo de que te prendieron, á fin de sacar á María impunemente de su casa y meterla en Santo Domingo el Real? Figúrate qué gesto pondria nuestro amigo el posadero de Rueda....

—¿Con que se atrevió á escribir al Rey quejándose de la tropelía?

—Se atrevió á hablarle.

—¡Qué me cuentas!

—Voló á Zaragoza, alborotó la ciudad con su caballo, y eso que la ciudad acababa de salir de un alboroto, se apeó en el palacio de Sesse, subió, me vió, se desmayó.... ¿Qué es lo que no hizo ese maldecido Quincoces? Pero estaba yo allí y se le administró justicia seca contra el general Mendoza.

—¡Y se ha ausentado el Rey, sin poderle yo dar las gracias!

—¿Pues no acabas de armar un cisco de mil demonios con los *Comuneros* de Madrid? Eso es lo que él quiere. En cuanto á Toribio, no tiene el asunto remedio por ahora.

—¿Qué quieres darme á entender?

—Que moderes los transportes de tu gratitud hasta su vuelta.

—¿No se halla en Castilla?

—Ni en España: es proveedor de la mesa del Rey y se ha ido á Alemania, para aprender á hablar en Tudesco.

—¡Desgraciado de mí...! ¡Se ha llevado á María...!

—Eso es lo que alguno habrá echado de menos.

—¿Con que la veré aun?

—¿A quién? ¿A la mensagera de la Vírgen de Monserrate?

—Don Francés, ó D. Demonio, háblame de modo que te entienda.

—¿Pues qué mas claro? *La Garza Real* fué á Barcelona, subió al monasterio de la montaña, anunció á Carlitos de parte de la Vírgen que era emperador, y luego.....

—Prosigue, que estoy en brasas.

—Poco tengo que añadir. Carlitos, que distingue perfectamente una fuente de natillas de otra de lentejas, examinó con una sola ojeada á la hermosa mensagera de Monserrate, y la consecuencia de todo fué nombrar á Toribio Quincoces proveedor de su mesa y boca, y cometer una necedad, que disgustó mucho á los barceloneses.

—¿En qué consistió?

—En privarles de ver un magnífico espectáculo, que les preparaba el buen alcalde Ronquillo. La envenenadora de Rueda de Medina, la astuta loba de la calle del *Almendro*, la señora Poncia en fin, iba á ser públicamente azotada, arrastrada, ahorcada y descuartizada, con arreglo á sentencia del benigno y misericordioso alcalde: pero ¿qué quieres? Mi hijo Carlitos entendió que la pobre *Garzita* lloraba por ende, y perdonó á la bruja.

—¡Don Francés!.... ¡Don Francés!.... El Rey ama á María.....

—Supongamos que hayas dado en el blanco.....

—¿Sabes que soy capaz de atravesarme el corazon?

—No te celebraré el gusto, compadre; tiempo te sobra para hacerte matar en las revueltas de Castilla.

—Venga lo que viniere, quiero saber donde está María.

—Nada mas fácil. ¿Te atreves á ir á Palencia?

—¡Ah! ¡Con que allí se ha retirado!

—Allí mismo; pero ¿cómo has de penetrar en la ciudad, si está ya por los *Comuneros?*

—Ese no es obstáculo para mí; entraré, aunque pierda la vida.

—¿Y en qué convento encontrarás á la *Garza?*

—Tú me lo indicarás, y.... vive Dios, que ya tardas mucho en nombrarlo.

—¿Piensas cometer algun sacrilegio?

—Respóndeme tú primero. ¿Es monja María?

—No; pero lo será, á menos que haga un milagro la Vírgen de Monserrate.

—No lo será, por el nombre que tengo de cristiano. Iré á Palencia, la sacaré del convento, si ella consiente en ser mi esposa y la conduciré á Madrid á morada segura, hasta la terminacion de estos disturbios.

Pensativo quedó el conde D. Francés al escuchar estas últimas razones. Alarcon era un excelente partido para la hija de Quincoces, y aunque ésta amaba al Rey, conjeturaba el bufon que, pues habia huido de él, tal vez se allanaria á aceptar la mano del valiente alférez, quien como legítimo esposo podria presentarla en todas partes cuando quisiese y con la frente erguida. El matrimonio era tambien para ella, mucho mejor que la clausura de un monasterio, el medio seguro de tener á raya los ímpetus amorosos de D. Cárlos cuando volviese á Castilla, y la disculpa mas puesta en razon que podia ofrecerle, para cohonestar su fuga precipitada de la nave, que debió haberla conducido fuera del reino. Además, como el Rey no se habia esplicado directamente con María, mas que con sus tiernas miradas y por medio de los favores que hacía á su padre, fácil era suponer que ella, al enlazarse con D. Fernando, habia obedecido gustosa al impulso de antiguas inclinaciones, contraidas en agradecimiento de importantes beneficios.

Todo esto rodaba confusamente por la atolondrada sesera de Francesillo, y dando ya por cosa indudable lo que en su imaginacion revolvia, en lo cual tambien dispensaba á D. Cárlos el no pequeño servicio de apartarle de una pasion que, en último término, debia oscurecer su gloria, se frotó las manos de júbilo, como si acabára de tropezar con el primer escalon de su fortuna, y dijo al alférez:

—Con tal que me jures que solo buscas á *La Garza Real* para hacerla tu esposa, te acompañaré á Palencia.

—¿Y para qué la he de buscar? ¿Tienes noticia de que el nombre de D. Fernando de Alarcon se haya empeñado alguna vez con acciones indignas? Amo á María, desde que la ví por vez primera en aquella casita de la calle del *Almendro*, que fué su refugio; la amo desde que llegó á mi noticia el arriesgado trance á que tuvo que ape-

lar, para poner en salvo su honor. ¿Imaginas que hubiera vuelto á acordarme de ella, si no fuera tan virtuosa y pura? ¡Qué me importa su nacimiento humilde! Sus sentimientos la ennoblecen y ni ella ni yo necesitamos otros blasones.

—Basta, compadre Alarcon, basta; tus palabras me tranquilizan respecto á la doncella, y te aseguro que sabré ponerla en tus manos sin armar ruidos, ni cosa que lo valga. Y ahora lo principal de todo es que dispongas nuestro viage, de modo que en Palencia no sospechen que somos del Rey, porque podria acontecernos que, en vez de dar nosotros con el retiro de la *Garza*, diesen con nosotros aquellos alborotados en la picota.

—Irémos disfrazados de monges, y llevarémos las espadas ocultas debajo de los hábitos. ¿Te parece buena idea, D. Francés?

—La mejor del mundo, porque sé latin y en caso de necesidad predicaré á aquellos bribones un sermon, que se chuparán los dedos de gusto. ¿Sabes algo de los *Comentarios* de César, *de bello civili*? Puedes contar con que les diré cosas buenas contra Chevres y aun contra el lobo de Lovaina, para que ellos las repitan á la *Santa Junta; ut in Senatu recitarentur*. ¿Me has entendido?

—Perfectamente: óyeme tú ahora. El Cardenal-gobernador me ha llamado á Valladolid y debo verle para recibir sus órdenes, aunque ya sé que consistirán en que permanezca aquí, por si se revuelven los descontentos: mas yo le diré que me llama á Palencia un negocio de familia y que en breve me tendrá de vuelta.

—No verás á Adriano, ni le dirás la sandez que has discurrido. ¿Te parece que el tio Lovaina acaba de nacer? ¿No conoces que, si llega á saber que estás en la ciudad, no querrá soltarte? ¿Imaginas que te dará licencia para que vayas á meterte entre sus enemigos?

—¡Cómo! ¡Será capaz de poner en duda mi fidelidad al Rey!

—No es eso, cuerpo de mí, sino que no duerme de miedo, desde que hemos llegado. Como que solo vé *Comuneros* en todas partes.... Hasta sueña que los del Consejo le están gritando al oido *Castilla y Libertad*. Mira, compadre Alarcon; lo mejor será que te ocultes por

ahí, como si no hubieras venido, y que dentro de un par de horas, nos pongamos en marcha para Palencia: cuando volvamos, tendrás tiempo para saber lo que se le ofrece.

—Apruebo tu plan, con tal que busques los disfraces en tan corto plazo.

—¡Báh!! Allí está el famoso convento de S. Pablo, y en cuanto abra la boca, me regalará el Padre prior dos hábitos de la órden de Santo Domingo, que nos vendrán como de molde.

—Corriente, D. Francés, y manos á la obra. ¡Ah! Se me olvidaba decirte que no pienses en buscar caballos, pues yo los tengo y de los mejores.

—¿Caballos dijiste? Ya veo que si me tuvieras á tu lado para emprender esta aventura, te ahorcarian los de Palencia. ¿Dónde has visto hasta ahora, desde que el mundo es mundo, que los frailes cabalguen en corceles? no parece sino que anhelas ser reconocido de todos los sublevados de Castilla. Si al menos fuéramos obispos como el de Zamora, que hace á pluma y á pelo, y así entona unas vísperas como arremete lanza en ristre contra los *Imperiales*.... Mulas son las que hemos menester; mulas de paso largo y bien plantadas, para que atestigüen la santidad é importancia de nuestras personas. Por lo mismo, guarda tus caballos para mejor ocasion y déjame la tarea de los disfraces y de las cabalgaduras.

—Sea como dices y hasta de aquí á dos horas. Me hallarás á la salida de la poblacion.

Al tiempo prefijado salieron nuestros dos interlocutores con direccion á Palencia, cubiertos con hábitos de religiosos dominicos y montados en andariegas mulas. Mas ignoraba de todo punto don Francés que, mientras él se habia entretenido con el alférez hablando de María, otro personage, cuya llegada á Valladolid no podia sospechar, se le habia adelantado en el camino, que alegremente emprendia. Culpa fué del cardenal Adriano, que la empresa del bufon no tuviese un remate satisfactorio para el que se habia comprometido á conducirla.

Fué el caso que, hallándose el gobernador de Castilla celebrando Consejo, le avisaron que pretendia hablarle un enviado del conde de Melito, general de las tropas de Valencia. Al punto se dirigió á su despacho y ordenó que hiciesen entrar á aquel hombre. Era el tal tuerto y barbudo, pues le cubria enteramente el ojo izquierdo un parche de badana, y en cuanto á la barba era espesa, abundante y le caia hasta el pecho: por estos dos motivos se hacía casi imposible conjeturar los años que podia tener, aunque desde luego anunciaban su robustez y buen talle que le faltaba mucho para llegar á viejo. Adriano de Utrech le examinó atentamente, y sin contestar al saludo, entre militar y cortesano, que acababa de dirijirle aquella estraña figura, le preguntó:

—¿Qué nuevas me traes del general D. Diego Hurtado de Mendoza?

El enviado sacó una carta del pecho y la alargó al Cardenal con la mayor ceremonia. Sonrióse éste al recibirla y la leyó desde el principio hasta el fin.

—El general me asegura, dijo en seguida sin apartar los ojos del humilde trage del mensagero, que mereces toda su confianza, y que á tu discrecion deja el cuidado de que me espliques los negocios de Valencia, pues no ha querido escribírmelos, á fin de evitar que se aprovechasen los rebeldes de sus comunicaciones, si por casualidad caia la carta en sus manos.

—En poco ha estado que no cayese, señor Cardenal, contestó el tuerto con respetuosa dignidad.

—¿Cómo así? Repuso el Gobernador.

—Porque he caido yo en poder de los *Comuneros* de Madrid.

—¡Y te han dejado con vida!

—Ya lo veis; pero debo tan singular beneficio á una estratagema, y á estas horas todavia creen que soy un emisario de Juan de Padilla, y que vengo á apresurar el alzamiento de Valladolid.

—¡Ah! ¿Con qué les has engañado? A mucho te has espuesto.

—No lo creais señor Cardenal: esas gentes son crédulas y sen-

cillas; por eso algunos bribones, que solo buscan su medro personal, las han arrastrado á cometer crímenes. Estad seguro de que esta guerra mas tiene que acabarse con ardides, que con fuerza de armas: el dia en que los *Comuneros* se concierten y nombren un general que los dirija y mande, si ese general no pertenece á las filas del pueblo, se verán perdidos. A mi me han llevado poco menos que en triunfo, por haberme oido decir, que antes de ocho dias estaria el cardenal Adriano preso en el alcázar de Madrid, en el de Toledo ó en el de Segovia.

Mordióse los lábios el prelado y aun perdió el color. Despues, como si el rumbo que tomaba la conferencia le incomodase, murmuró de pronto:

—Nada me habeis referido de Valencia y eso es lo que mas me importa.

—¿Lo qué mas os importa, siendo así que el mayor peligro está dentro de casa? Bien; ya que así lo quereis, escuchadme. Las *Germanías* no cejan en su propósito de acabar con todos los magnates del reino; últimamente han arrasado tres castillos en Albayda, Chiva y Benaguacil, despues de haber hecho perecer al marques de Buñol: su encono contra la nobleza crece de dia en dia, porque se ha mostrado contraria á los privilegios concedidos por el Rey á los Valencianos; de modo que, al paso que se vengan, destruyendo cuanto poseen, y ahorcando á sus tiranuelos, que así llaman á los señores, juran que defienden al Rey, pues le libran de esos solapados enemigos, que no respetan sus órdenes y provisiones.

—¿Qué hace entre tanto el conde de Melito con sus tropas? esclamó Adriano.

—Lo que debe hacer un general de esperiencia, señor Cardenal: evitar todas las desgracias que puede, socorrer á los nobles desbandados, pero sin embestir á las *Germanías* que gritan ¡Viva el rey Cárlos y vivan nuestros privilegios! Ahora vengo á preguntaros de su parte, si sois bastante fuerte en Castilla, para que él

pueda atacar á los que mira como facinerosos, á pesar de la bandera que tremolan.

—Díle que apruebo su conducta, y que de tu gran prudencia y valor espero que vaya cortando los males de tan hermosa comarca. Vuelve á verme antes de partir, porque has de llevarle algunas instrucciones del Consejo.

—Aunque contra mi gusto, debo detenerme en Valladolid, para entregar otra carta á persona desconocida. Es encargo que ofrecí desempeñar y yo soy esclavo de mi palabra. La muger que me pidió en Madrid este favor, solo me dijo que preguntase por el conde D. Francés, ó por D. Francesillo, pues este me presentaria á la jóven, para quien traigo la carta.

—Si á Francesillo buscas, no se hará esperar mucho tiempo, porque es hombre que siempre anda de sobra en todas partes. Puedes aguardarle en la antecámara, que pronto vendrá á darme algun mal rato.

—Así lo haré, señor Cardenal, y con eso sabré donde vive María Quincoces.

—¡María Quincoces, has dicho!

—En efecto: una muchacha conocida en su tierra por el apodo de *La Garza Real*.

—Me alegro de que hayas hablado á tiempo, porque sé de ella tanto ó mas que Francesillo.

—En tal caso, señor Cardenal, me parece inútil que yo le espere á fin de enterarme.....

—Por supuesto. Esa muchacha se halla á estas horas en el convento de santa Clara de la ciudad de Palencia.

—De modo que, si he de poner en sus manos la carta.. ..

—Necesitas dirigirte á esa ciudad rebelada, lo cual te espondrá á nuevos peligros.

—No estoy en ánimo de arrostrarlos, señor Cardenal; esperaré en Valladolid las instrucciones del Consejo para el general D. Die-

go Hurtado de Mendoza. ¿Qué me importa la correspondencia entre dos mugeres?

Un cuarto de hora despues de terminada esta conversacion, y antes que el alférez D. Fernando y D. Francés diesen fin á la suya, corria á todo escape por el camino de Palencia, montado en brioso corcel de batalla, el enviado del conde Melito.

CAPÍTULO VI.

En que el autor, sin la vénia de sus lectores, interrumpe el precedente, para dar cuenta de otros mucho mas tristes sucesos.

No se limitó el Consejo de Valladolid á esponer á D. Cárlos, en su famoso mensage, la situacion de los negocios de Castilla, sino que dió órden al general D. Antonio Fonseca para que, reuniendo las tropas dispersas que habian acompañado al alcalde Ronquillo en su espedicion contra Segovia, embistiese á Medina del Campo, que se negaba á dar la artillería con que los *Imperiales* se proponian someter aquella ciudad.

Mil lanzas y unos seiscientos infantes salieron de Arévalo para llevar á término la empresa, que no fué capaz de impedir la ignorancia de los caudillos *Comuneros* en el arte de la guerra. Medina se vió entregada á sus propios esfuerzos y á todos los horrores de un combate encarnizado, mientras las ciudades sublevadas se en-

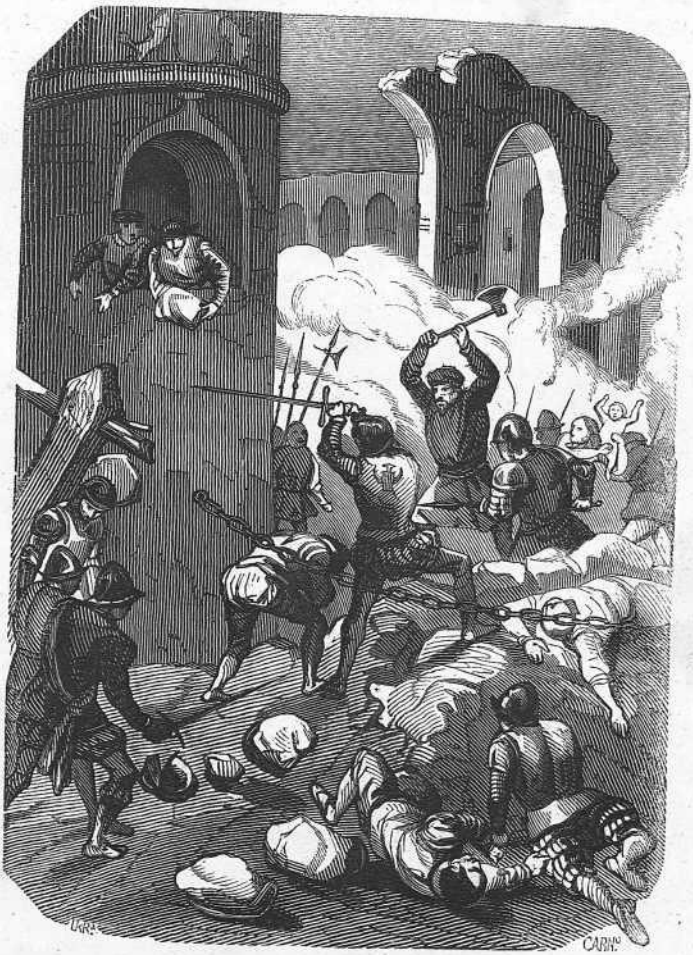
tretenian en tratos y conciertos, para formar la *Santa Junta*. Así, en vez de acudir al peligro que á todas amenazaba, perdieron un tiempo precioso en inútiles discusiones, provocadas por la ambicion de unos y por la impaciencia de otros. ¡Cuántos ejemplos mas recientes de esta especie nos presenta la historia de nuestra nacion!

Los habitantes de Medina, despues de enviar corredores á Madrid, Toledo, Segovia y otros puntos, en demanda de auxilios que no debian llegarles, se aprestaron á la defensa y guarnecieron las calles y la plaza con cañones; en seguida hicieron de sus mismos pechos fuertes escudos para la endeble muralla que circuia la poblacion, decididos á no consentir que sus contrarios la pisasen, con el intento de sacar pertrechos de guerra para avasallar á una ciudad de las *Comunidades*, sin hacer caso de las grandes riquezas en oro, joyas preciosas, sedas, tapicería y brocados, que encerraban sus magníficos depósitos, centros comerciales, en aquella época, de las dos Castillas. Los Medineses habian abrazado la causa popular con entusiasmo, desde el punto que supieron que se trataba de exijir su cooperacion contra Segovia, y sin haber cometido horrores en su alzamiento, que solo llegó á verificarse en medio de los estragos de la pelea, á que fueron obligados por la cruel tenacidad de sus implacables enemigos, dieron mayores pruebas de firmeza y de constancia, que todas las demás poblaciones reunidas, porque se mostraron fieles á su juramento de morir antes que rendirse.

Avanzaron las tropas de Fonseca, seguras de entrar en la plaza; mas pronto se convencieron de que su esperanza no era de tan fácil realizacion como creian, porque encontraron una resistencia desesperada. El general, irritado del denuedo de aquellos habitantes, agolpó todos sus soldados á una de las puertas, logrando de este modo que los de Medina cediesen terreno y se retirasen á las calles: mas entónces dió principio la verdadera lucha; porque enardecidos á la vista de sus esposas y de sus hijos que les animaban, y pisando el suelo que les habia visto nacer, se convirtieron en leones y atacaron á los *Imperiales* con tal ímpetu y furia, que mas de una vez

les hicieron volver caras y abandonar, con mucha pérdida de muertos y heridos, el terreno que en la primera acometida habian conquistado. La artillería, de que anhelaban apoderarse, hacía en sus filas grandes mermas y todo presagiaba que la victoria iba á coronar el heróico valor de los Medineses, cuando el desalmado Fonseca, resuelto á vencer á todo trance, y no pudiendo conseguirlo por medio de las armas, apeló á los eficaces recursos del incendio, figurándose que los habitantes correrian á salvar sus haciendas, dejándole abandonado el campo. Pero el general de los *Imperiales* se engañó al juzgar de este modo á sus enemigos: ni uno solo dejó su puesto, para acudir á las prendas mas queridas de su corazon, ni para atajar el estrago, que ocasionaba el destructor elemento. Combatian todos entre las llamas, y sofocados por el humo, ó envueltos entre las ruinas de los edificios que se hundian, llamaban á sus contrarios rabiosamente, muriendo con júbilo, si antes lograban herirlos, ó cuando no, arrojarles sus aceros al rostro. Ardía entre tanto la poblacion entera; las llamas azotaban á los Medineses y á los soldados; desplomábanse sobre sus cabezas abrasados maderos; la noche se acercaba y al horror del fuego y de la pelea se unian los degarradores gritos de las víctimas de tan inmenso desastre.

Los *Imperiales*, ávidos de botin, se aprovecharon de la confusion y del desórden que por todas partes reinaba, para entregarse al saqueo; y aunque Fonseca, metiéndose espada en mano entre los grupos de los desesperados habitantes, llamaba á los suyos, ellos cansados de matanza y contando el triunfo por cierto, se desbandaron por las calles y penetraron en los depósitos del comercio y hasta en las iglesias, para robar cuanto en ellas encontrasen. Hiciéronlo así efectivamente, pero su misma codicia les perdió, porque los bravos Medineses, que ni aun cuando menos propicia se les mostró la fortuna en los diversos lances de la horrible lucha, quisieron pasar por la vergüenza de confesarse vencidos, cargaron sobre los que así postituian su honor, y como las joyas y los vasos sagrados, así como lus ricas telas, la plata y el oro, que en cajones



Incendio y destruccion de Medina del Campo.

llevaban; entorpecian sus movimientos, fueron arrojados fácilmente de las calles y aun perseguidos á campo raso. Fonseca tuvo que huir cubierto de ignominia; sus tropas, atentas solo á conservar el fruto de su vandalismo, se desbandaron al abrigo de las tinieblas de la noche, sin detenerse en la carrera, hasta ocultar sus tesoros y su deshonra en Valladolid, y el alcalde Ronquillo, cuyos feroces sentimientos contra Segovia no podian ya manifestarse en actos de bárbara crueldad, por el descalabro sufrido, se negó á detenerse en Castilla, y pasando á Portugal, se embarcó allí para Flandes. Adriano desaprobó ante el Consejo la irritante conducta de Fonseca, echóle en cara la villanía de su proceder contra una poblacion abierta, y le quitó el mando del ejército, dando cuenta de todo al Rey-emperador. El general de los *Imperiales*, acosado por el remordimiento, ó temeroso de que el puñal de la venganza siguiese sus pasos, se retiró á uno de sus castillos, que no tardó en abandonar para trasladarse á Alemania.

Medina del Campo quedó enteramente destruida, pues el fuego consumió mas de ochocientas casas y con ellas incalculables tesoros; perecieron mugeres y niños en el incendio; de la plaza y de los conventos de San Antolin y San Francisco no quedó piedra sobre piedra, y desaparecieron todos los grandes depósitos de mercancías y de otros objetos preciosísimos. El Cardenal y el Consejo dieron cuenta á D. Cárlos, con estas palabras, de tan terrible suceso: — «Apoderóse (Fonseca) de la villa de Arévalo, y de allí fuése á «Medina del Campo, á fin de rogarles que le diesen la artillería y «si no que la tomaria por fuerza; y como él perseverase en pedirla «y ellos fuesen pertinaces en no darla, comenzaron á pelear los «unos con los otros. Y al cabo fuéle á Fonseca tan contraria la «fortuna, que Medina quedó toda quemada, y él se retiró sin la «artilleria » (1)

(1) .... «Mandó Fonseca echar algunas alcancías de alquitran, con que abrasó no «solo las casas, haciendas y templos de Medina, pero los ánimos de toda Castilla, inte«resada en aquella pérdida, tanto que le obligó á huir del reino.» *Historia de Segovia* por Colmenares.

Gran sensacion causó en todas las ciudades el arrojo inaudito y la desventura sin ejemplo de los Medineses: la carta que enviaron á Valladolid, pintando lo que habian sufrido, (1) encendió todos los ánimos en ira y fué el toque de rebato para una sublevacion general. Juan de Padilla, Juan Zapata y Juan Bravo despertaron al fin del profundo sueño en que yacían, y con sus huestes de Toledo, Madrid y Segovia salieron á campaña y pusieron sitio á las dos fortalezas de Coca y Alaejos. Aun en este mismo propósito anduvieron torpes, porque semejante alarde era completamente inútil, despues del golpe tremendo que los *Imperiales* acababan de descar-

(1) Hé aquí como referian sus desventuras aquellos heróicos habitantes:—....«no «madrugaba mas D. Rodrigo contra los moros de Granada, que madrugó Antonio de «Fonseca contra los cristianos de Medina. Antonio de Fonseca y los suyos, desque «vieron que los sobrepujábamos en fuerza de armas, acordaron de poner fuego á «nuestras casas y haciendas, porque pensaron que, lo que ganábamos por esforzados, «perderíamos por codiciosos. Por cierto, señores, el hierro de nuestros enemigos en «un mismo tiempo hería en nuestras carnes, y por otra parte el fuego quemaba «nuestras haciendas. Y sobre todo veíamos delante nuestros ojos que los soldados «despojaban á nuestras mugeres y hijos.... Ya tenemos los cuerpos fatigados de las «armas, las casas todas quemadas, las haciendas todas robadas, los hijos y las muge«res sin tener do abrigarlos, los templos de Dios hechos polvos y sobre todo tenemos «nuestros corazones tan turbados, que pensamos tornarnos locos. Y esto no por «mas de pensar si fueron solos pecados de Fonseca, ó si fueron tristes hados de Me«dina, porque fuese la desdichada Medina quemada. El daño que aquí ha hecho el «fuego, conviene á saber, el oro, la plata, los brocados, las sedas, las joyas, las perlas, «las tapicerías y riquezas que han quemado, no hay lengua que lo pueda decir, ni «pluma que lo pueda escribir, ni hay corazon que lo pueda pensar, ni hay seso «que lo pueda tasar, ni hay ojos que sin lágrimas lo pueda mirar; porque no menos «daño hicieron estos tiranos en quemar á la desdichada Medina, que hicieron los «Griegos en quemar la poderosa Troya. Halláronse en esta romería Antonio de «Fonseca, el alcalde Ronquillo, D. Rodrigo de Mexia, Joannes de Ávila y Gutierre «Quijada, los cuales todos usaron de mayor crueldad con Medina, que no usaron «los bárbaros con Roma. Porque aquellos no tocaron en los templos, y estos que«maron los templos y monasterios. Entre las cosas que quemaron estos tiranos fué el «monasterio del señor San Francisco, en el cual se quemó de toda la sacristía infinito «tesoro, y agora los pobres frailes moran en la huerta, y salvaron al Santísimo Sacra«mento cabe la noria en el hueco de un olmo. De lo cual todo podeis, señores, «colegir que los que á Dios echan de su casa, mal dejarán á ninguno en la suya. «Es no pequeña lástima decirlo, y sin comparacion es muy mayor verlo, conviene «á saber, á las pobres viudas y á los tristes huérfanos y á las delicadas doncellas, «como antes se mantenian de sus propias manos en sus casas propias, agora son «constreñidas á entrar por puertas agenas. De manera que por haber Fonseca que«mado sus haciendas, de necesidad pondrán otro fuego á sus famas. Nuestro señor «guarde sus muy magníficas personas. De la desdichada Medina á veinte y dos de «agosto, año de mil y quinientos y veinte.» *Historia de la vida y hechos del emperador Cárlos V.* por fray Prudencio de Sandoval, obispo de Pamplona.

gar sobre uno de los primeros pueblos de Castilla; la defensa de su causa exigia un esfuerzo estraordinario, y debian por lo mismo atacar unidos á sus contrarios en el corazon, marchando contra Valladolid. Por fortuna suya, no se hallaba entónces el Consejo en disposicion de oponerles grandes fuerzas, y tampoco Valladolid tuvo necesidad de su cooperacion para levantarse, como lo hizo, no bien tuvieron noticia sus habitantes de los desastrosos acontecimientos de Medina del Campo. El pueblo corrió á las casas de Fonseca y las incendió; la misma suerte cupo á las de los regidores adictos al Rey; las campanas tocaron á rebato; victoreóse por calles y plazas á la *Santa Junta* y se enviaron peticiones á los capitanes *Comuneros,* para que entrasen en la ciudad.

Los burgaleses, á quienes el Condestable habia vuelto á subyugar, sacudieron nuevamente su letargo, reuniéronse en corrillos para escuchar lo que se narraba de Medina y de Valladolid, y por último, empuñando las armas, persiguieron á D. Iñigo de Velasco, que á duras penas pudo salvarse de su furia, y destrozaron el palacio del obispo D. Alonso Fonseca, hermano del general fugitivo. Las merindades siguieron el ejemplo de su capital, y el valiente conde de Salvatierra, ayudado del infatigable obispo de Zamora, único hombre que entendia el secreto de aquella lucha desesperada, reunió buen golpe de gente, con ánimo de dar auxilio pronto y eficaz á todos los pueblos que se alzasen.

La *Santa Junta,* que reunida en Ávila habia nombrado por presidente á D. Pedro Laso de la Vega, y que con arreglo á las condiciones precisas de su constitucion, propuestas y repetidas hasta la saciedad por los de Toledo, solo debia tratar *del servicio de Dios, de la fidelidad al Rey, de la paz del reino, del remedio del patrimonio real, de los agravios hechos á los naturales, de los desafueros, cometidos por los estrangeros, de las tiranías inventadas por algunos castellanos y de las imposiciones y cargas intolerables que habia sufrido el pais,* olvidó muy pronto los deberes de su convocatoria, desmintiendo con sus actos las pomposas frases que se leian en la

célebre manifestacion de la primera ciudad rebelada en Castilla:— «Qué todas estas cosas tratando, y en todas ellas muy cumplido «remedio poniendo, no podrán decir nuestros enemigos que nos «amotinamos con la Junta, *sino que somos otros Brutos de Roma re-* «*dentores de su patria.*» (1)

El primer uso que hicieron los junteros de su autoridad delegada y circunscrita á los estremos que hemos apuntado, fué negar su fidelidad al Rey, prohibiendo de un modo absoluto que fuesen obedecidos en las ciudades al Cardenal-gobernador Adriano y los consejeros reales, y proclamando por reina de España y protectora de las *Comunidades* á doña Juana *la Loca*. El Consejo, por su parte, quiso guarecerse en seguro puerto de la tempestad que le amenazaba, y despues de amonestar á los de Ávila, para que representasen sus quejas, que serian remitidas á D. Cárlos con recomendacion eficaz, y para que en seguida se disolviesen, á fin de no eternizar unos males, cuyo remedio no habia de conseguirse á fuerza de desórdenes y de disturbios, viendo que sus amonestaciones no surtian efecto, antes bien enconaban las voluntades, apellidó públicamente traidores á los que componian la Junta, de lo cual se vengaron ellos, llamando á los del consejo tiranos.

Urgía entre tanto organizar las fuerzas belicosas que se agolpaban á Ávila, y preciso es convenir en que ninguno de los vocales de la *Santa Junta* poseia los conocimientos necesarios para tan árduo cometido, ó en que aquellos que servian para el caso, escusaban comprometerse, hasta el punto de señalarse en primer término. Porque importa mucho no olvidar que, en aquella reunion eterogénea de elementos que se repelian, representados por procuradores, á quienes animaban discordes sentimientos, si bien habia hombres decididos en pró de la causa que se hacia valer, como fundamental de la revuelta, no faltaban otros, cuyo entusiasmo estaba muy espuesto á enfriarse, á poco que soplase contrario el viento de la for-

(1) Carta de la ciudad de Toledo á las demas de voto en Córtes, para el nombramiento de los que debian componer la *Santa Junta*, Sandoval, *Historia de Cárlos V.*

tuna, ó tan luego como la defeccion les hiciese acreedores á la gratitud del partido del Rey. Figuraban en tan estraño congreso popular nombres como los de Ayala y Montoya, así como los de Ulloa en representacion de Toro, Maldonado Pimentel enviado por Salamanca, Zimbron por Avila y Fajardo por Murcia, única ciudad que, sin ser castellana, prestó directo apoyo, aunque no sostuvo mucho tiempo su decision, al bando de las Comunidades. Tambien la religion tenia allí sus diputados en el dean Alonso de Priego, en el abad Pero Guzman, en el comendador fray Diego de Almaraz, en el canónigo Juan de Benavente y en el maestro fray Pablo de Villegas; pero á su lado, y como para hacer sombra á la prudencia consumada de sus proposiciones, sostenidas por el doctor Francisco de Medina, su compañero Alonso de Zúñiga y el célebre bachiller Alonso de Guadalajara, arrugaban su torvo ceño los genuinos adalides de la rebelion, á saber; un vendedor de lienzos de Madrid llamado Pedro, Alonso de Vera, que en Valladolid se ejercitaba en hacer frenos, y Peñuelas, alborotador de oficio en la ciudad que cobijaba á la Junta.

La misma indecision reinó en los pareceres sobre el nombramiento de general que ordenase la hueste y la hiciese temer de los *Imperiales*, que en los demas acuerdos. Las miras de unos y de otros eran diferentes, porque las ambiciones andaban contrapuestas. Por fin eligieron para tan peligrosa prueba, sino al mas apto, al mas popular y bien quisto de sus capitanes, y Juan de Padilla se puso al frente de las fuerzas *Comuneras*, con decidido propósito de hacer que en breve los dos partidos llegasen á las manos, en vez de mantenerse en observacion, como estaba sucediendo desde la catástrofe de Medina.

Sabido esto por los del consejo del Rey, y con noticia que al paso tuvieron de que el mayor afan de la *Santa Junta* era esparcir la voz, de que obraba en todas sus determinaciones por mandato de la Reina, se trasladaron sus individuos á Tordesillas, con el objeto de dar un solemne mentis á tan infundados cuentos. Llevaban al tanto algunas cédulas para que doña Juana las firmase, y al mismo tiempo

querian recabar de su condescendencia un manifiesto público contra los rumores propalados por los *Comuneros*. Apenas llegaron á traslucir los del pueblo que se acercaba el cardenal Adriano con el presidente Rojas y los demas señores, cuando se juntaron alborotadamente en la plaza, donde como sabemos estaba situado el palacio de la Reina. Allí propusieron los mas acalorados que se les negase la entrada en la villa; otros discurrieron mas, pues querian que se les arrestase, para hacer entrega de sus personas á la *Santa Junta* ó á Padilla, cuyo nombramiento para el mando de los *Comuneros* habian celebrado con gran júbilo y regocijo, y los menos exijentes se contentaron con que se les preguntase sobre las intenciones que llevaban, y si era para trasladar á la Reina á otro punto, que lo impidiesen todos los buenos con esposicion, si fuere menester, de sus propias vidas y de las vidas de los infames consejeros. El chillador Zalea, que tan brillante papel representó en aquella misma plaza, acaudillando un motin popular contra el caballero Eduardo de Chevres, segun vimos en el capítulo tercero de nuestra historia, hizo prevalecer con su influencia el último dictámen, y al punto se le comisionó para que se adelantase á saber lo que al pueblo convenia no ignorar, antes de decidirse por uno de los estremos que habia discutido.

Apostóse Zalea inmediatamente á la entrada de Tordesillas, acompañado de seis mocetones de pelo en pecho, armados de picas: el Cardenal que observó la maniobra y que llegaba entonces casi á tocar las primeras casas de la poblabion, se volvió hácia el presidente y le dijo en voz baja:

—Se me figura que hemos venido á meternos en la boca del lobo.

—Seguid sin cuidado, señor Gobernador, le contestó el arzobispo Rojas, pues yo sé muy bien que no hay novedad en esta tierra.

En esto se les acercó el interpérrito Zalea, y preguntóles con atiplado acento:

—¿A qué venís á Tordesillas señores? Tenemos órden de averiguarlo, antes que paseis de aquí.

Adriano tuvo semejante exijencia por mal pronóstico y detuvo su mula, con ánimo de dar prontamente la vuelta á Valladolid; el arzobispo, que era hombre sereno, respondió al gefe de aquella avanzada:

—Somos los señores del Consejo, y entre nosotros se encuentra el señor Cardenal-gobernador de Castilla.

—No os he preguntado quienes sois, sino á que venís, repuso Zalea chillando á mas y mejor; y así, señores, con todo el respeto que os es debido, os demando por segunda vez acerca de vuestras intenciones y proyectos.

—Amigo mio, replicóle D. Alonso Tellez de Giron, que en todas las cuestiones se inclinaba siempre á la blandura y al acomodamiento, nuestras intenciones, como ves, nada tienen de hostiles contra los vecinos de Tordesillas, puesto que llegamos sin gente de armas; nuestros proyectos no son ni pueden ser otros, que procurar la paz y hacer justicia al que la tenga. ¿Estás satisfecho?

—Lo estaré y lo estarémos todos, observó el audaz y avisado gritador, si añadís una palabra mas á las muy sábias y prudentes que han salido de vuestra boca. Aseguradnos que no os trae el intento de sacar de Tordesillas, ya por arte, ya por fuerza, á la reina doña Juana.

—Sobre ese punto puedo jurarte cuanto quieras, dijo el señor de la Puebla de Montalvan: la Reina es libre para vivir donde le plazca, y no será el Consejo de Castilla quien contraríe en esta parte ni en otra alguna, sus deseos. Queremos por el contrario presentarnos á Su Alteza, para ponderarle la imperiosa necesidad de que se ponga término á los males de Castilla y para someter á su conocimiento las cartas, que en el mismo sentido hemos enviado al Emperador.

Bien, bien; eso es hablar, señor consejero, chilló Zalea desechando toda su desconfianza: Emperador..... corriente: que lo sea de

todo el mundo, si llega á conquistarlo, pues á bien que los de Tordesillas no se lo hemos de estorbar; pero en cuanto á Rey.... y Rey de España..... es harina de otro costal, y así decidle que no piense en ello, mientras viva su madre doña Juana; despues..... ¡qué diablos! sucederá lo que Dios quiera, y si quiere que los españoles nos volvamos flamencos, será preciso llevarlo con paciencia, en remision de nuestros pecados. Adelante pues, señores, adelante, no os detengais en vuestros loables propósitos, y ya que venís de paz y concordia, nosotros os acompañarémos hasta las puertas del palacio. Vamos.... ¡eh vosotros..... los de las picas, añadió dirigiéndose á los seis mocetones, que presenciaban la escena; haced los honores al Consejo de Castilla y marchad á su frente. ¡Viva la paz!

Poco tuvo que agradecer en aquella jornada la causa de las *Comunidades* al patriota Zalea, en cuya mano estuvo entónces la suerte del reino. Con haber entregado á la *Santa Junta*, ó retenido en prision á los consejeros reales, hubiera hecho mas que todos los caudillos y fuerzas de Toledo, Segovia, Madrid y Salamanca; pero el buen revolucionario se contentaba siempre con alborotar, ignoraba lo que defendia, y su único empeño era que en las mas árduas ocasiones triunfase su opinion, por desatinada que fuese. Su fatuidad por lo tanto secundó grandemente las miras de los del Consejo, que atravesaron la plaza sin el menor obstáculo, dirigiéndose á la morada de la Reina.

Doña Juana permanecia en aquel aposento enlutado, donde la vimos cuando el caballero de Chevres fué á poner en sus manos ciertas cartas de Alemania. Constantemente ocupada en guardar el sueño á su idolatrado D. Felipe, nada veia en el mundo mas que aquel féretro real, que encerraba todos sus deseos, y casi habia perdido la memoria por cavilar con su amor. ¡Y se pretendia que aquella matrona sin ventura sirviese de bandera á una rebelion, armada contra los derechos de su hijo!.... ¡Y el Consejo tambien anhelaba una firma suya, para contrarestar las manifestaciones de sus contrarios!.... Mal andaban los *Comuneros*, cuando para robus-

tecer su bando tenian, que acojerse al amparo de una Reina *loca*... Mal andaban el cardenal Adriano y los magnates que le seguian, haciendo que el triunfo de la causa del hijo dependiese de una declaracion de la madre. Ni las ciudades tenian fé en la justicia de los derechos que proclamaban, ni el Consejo la fuerza moral que habia menester contra los que hollaban y escarnecian su autoridad. Y aquí no podemos menos de esclamar, como desahogo de las graves reflexiones, que al recorrer este aciago periodo de la historia de Castilla nos asaltan:-¿Por qué, si unos y otros la consideraron, en tan críticos instantes, su áncora de salvacion, la tuvieron por *Loca*? Y si *loca* estaba, ¿por qué, inhumanos, no la dejaban vivir y morir en paz con sus tristísimos recuerdos, y corrian á pedir á otros lo que exigia su ambicion?

A fuerza de instancias de su camarera doña Elvira, consintió doña Juana en abandonar breves momentos el retrete, donde yacía dormido su tesoro. Presentóse en el salon en que la aguardaban los del Consejo, y el presidente Rojas la suplicó que se dignase estampar su firma en las provisiones, que se habian acordado contra los rebeldes. La Reina, como si intentase apartar de sus ojos alguna oscura nube, que le impidiese descubrir la luz del sol, se pasó la mano por la frente, blanca como el alabastro, apretó los párpados con fuerza y dijo luego, mirando de hito en hito al arzobispo:

—Muchos años hace que no veo al rey D. Fernando de Aragon. Sin duda se entretiene en el arreglo de los negocios de Sicilia. Habéisme hablado de provisiones, y de rebeldes que castigar.... ¿Qué tengo yo que ver con esas cosas? Hablad á mi hijo D. Cárlos y el proveerá á todo, de la manera mas justa y conveniente.

—Señora, se aventuró á decir Adriano, el Rey-emperador está ausente, y la Junta de las ciudades, reunida en Ávila, se atreve á sostener que obra, en todo lo que hace, por mandato y aprobacion de Vuestra Alteza.

—A mucho aspiran sin duda los que semejantes nuevas propa-

lan; mas tienen contra sí la certeza de que nadie les creerá. Se me figura que os he oido asegurar, que mi hijo no está en Castilla.... ¿Desde cuando acontece eso? ¿Por qué le llamais Emperador?

—Murió ya el César Maximiliano, Señora.

—¡Ah! Ahora recuerdo, que me habló el Príncipe de una reyerta que tenia pendiente con el rey de Francia. ¡Han ocurrido tantas cosas....! Yo os las referiria, señores, pero tengo miedo hasta de mi misma sombra. ¿Os han dicho que los flamencos se empeñan, ahora mas que nunca, en apoderarse de mi amado Felipe? Pues nada es tan seguro como lo que os afirmo. Pero él se ha propuesto dormir noche y dia, á fin de evitar sus asechanzas y maquinaciones, porque no quiere dejarme.... No; no quiere dejarme y yo.... ¡Oh! Yo tengo muchísimo cuidado de que no se oiga el menor ruido cerca de su lecho....

—Tranquilícese Vuestra Alteza, señora, murmuró profundamente conmovido el señor de la Puebla de Motalvan: los flamencos están ya léjos de España.

—¡Ah! ¡Qué escucho! exclamó doña Juana fuera de sí. ¿No me engañais?

—Me matára, contestó el magnate, antes de cometer una villanía. Juro á Vuestra Alteza que nada tiene que temer....

—Sí.... sí..... os creo.... repuso la Reina; vuestra voz no es traidora.... ¡Ah....! ¡Qué alegría...! Ya puedo despertar á mi Felipe.... Adios.... Adios.... está esperándome y no quiero detenerme.

—Señora, señora, gritó el arzobispo. ¿Qué respuesta hemos de llevar al Consejo, tocante á la firma de Vuestra Alteza en las provisiones?

—¡Las provisiones....! ¡Las provisiones...! ¿No veis que estoy de prisa? replicó la pobre *loca*.

—Es que en firmarlas, insistió el prelado con humildad, hará Vuestra Alteza mayor milagro que hizo san Francisco, porque des-

pues de Dios, en manos de Vuestra Alteza está el remedio de estos reinos. (1)

—¿Y que hará mi amado Felipe, si por casualidad abre los ojos y no me encuentra allí...? Dejadme.... dejadme... *descansad ahora y volved otro dia.*

Retiráronse los del Consejo sin esperanzas de alcanzar su propósito, y á haber prevalecido entre ellos el parecer de D. Alonso Tellez de Giron, desde aquel punto se hubieran puesto en marcha para Valladolid; mas el arzobispo Rojas sostuvo tenazmente que no debian ausentarse de Tordesillas, antes de tomar la vénia de la Reina, por lo que, al dia siguiente volvieron al palacio. Doña Juana, con mas sosiego y cordura que la que podian esperar, se entretuvo con ellos largo espacio, hablando de las revueltas de Castilla y del término probable, que el cielo reservaba á los primeros que las habian atizado. Despues observando que el Señor de la Puebla de Montalvan y el presidente Rojas disputaban en voz baja, aunque con mucha animacion, les preguntó sonriéndose melancólicamente:

—¿De qué estais tratando Señores?

—Señora, respondió con descaro el arzobispo, decia yo al señor D. Alonso Tellez, que el Consejo de Castilla no se ha de estar de esta manera.

—Traigan en que se sienten los del Consejo, ordenó al punto la Reina con imperioso acento, añadiendo al ver que los pages sacaban sillas:

—Ni sillas, ni taburetes, sino banco, porque así se hacia en vida de la Reina mi señora; y al Cardenal y al arzobispo dénles sillas.

El resultado de la segunda conferencia fué, que doña Juana se negó á firmar las provisiones, mientras el Consejo no se las consultase por los trámites debidos. Aseguróles que ansiaba la paz y quietud de los ánimos, y que únicamente por conseguir tan importantes

(1) Estas palabras del arzobispo Rojas y las de letra cursiva, que ponemos en boca de doña Juana son auténticas, segun fray Prudencio Sandoval en su ya citada *Historia de Cárlos V.—N. del autor.*

objetos, aprobaria las resoluciones necesarias, que se sometiesen á su exámen, pues por lo demás, no queria entender en los negocios públicos; y que, como las órdenes ó provisiones que le habian llevado, no estaban autorizadas por todos los consejeros reales, era indispensable llenar este requisito, á fin de que los enemigos del Rey no pudieran decir que ella, la Reina, la madre de D. Cárlos se dejaba imponer la ley por un partido, que no era el del gobierno. Confusos quedaron el Cardenal, el Arzobispo y el señor de la Puebla al oir tan concertadas y prudentes advertencias de los lábios de una muger, que en opinion de todos, habia perdido enteramente la razon. Salieron de la estancia cabizbajos y poco despues de Tordesillas, con el sentimiento de haber malgastado un tiempo precioso, para volver á una poblacion que ya no reconocia su autoridad.

CAPÍTULO VII.

En el cual se anuda el hilo de lo que encontró el conde D. Francés contra su gusto.

Cuando llegó á Palencia el enviado del conde de Melito, despues de su conversacion con el cardenal Adriano, encontró toda la ciudad alborotada, porque un religioso franciscano que, á guisa de energúmeno predicaba el levantamiento en las villas comarcanas, habia caido en poder de una partida de *Imperiales*, cuyo gefe, sin el menor escrúpulo de conciencia, acababa de hacerle colgar de un árbol. Los palentinos, al saberlo, pusieron el grito en las nubes y juraron no perdonar vida de hombre adicto á la causa del Rey ni á la del Cardenal-gobernador de Castilla; por lo que dieron principio por la persecucion de los regidores, ya depuestos, que el obispo de la diócesis, D. Pedro Ruiz de la Mota, habia nombrado: uno de estos infelices pereció á manos de la furiosa muchedumbre, que

arrastró su cadáver por las calles, lo condujo en seguida á la isla donde se hallan las huertas y que no tardó en llamarse *La Floresta de D. Diego de Osorio*, y por último lo arrojó con gran algazara al rio Carrion desde los *Puentecillos*. Despues de tan heróica hazaña, quisieron los alborotados vengarse tambien del referido obispo; mas como éste se hallaba á la sazon en Flandes, saquearon y prendieron fuego á su casa-palacio y fortaleza de Villamuriel, sin que su venganza perdonase al gran soto de Santillana, que fué talado en toda su estension.

Ardiendo estaban, con mucho regocijo y contento de la multitud, las riquísimas propiedades del prelado Ruiz de la Mota, cuando nuestro viagero se apeó sin contratiempo alguno á la puerta del convento de Santa Clara, y observando que estaba entreabierta, la empujó y entró con su corcel en el patio, que precedia al locutorio. Allí le salió al encuentro un anciano sacerdote, para preguntarle quién era y qué se le ofrecia:

—Porque en estos tiempos de malandanza, murmuró el buen pastor dando diente con diente, y cuando ninguna existencia está segura, bueno es y prudente conocer á todos los que se nos acercan. Para obligaros pues á una confianza con otra, quiero deciros que, delante de vuestros ojos, teneis al humilde Vicario de esta santa casa, donde las vírgenes del Señor elevan al cielo noche y dia piadosos ruegos, por la tranquilidad de estas tierras de Castilla.

—Padre mio, le respondió el recien llegado, que no deseaba dar su brazo á torcer declarando la parcialidad que seguia, por si era contraria á la del sacerdote, no pertenezco á ninguno de los partidos que se hacen cruda guerra. Vengo de Madrid con un mensage de familia para una honestísima jóven, que no ha mucho eligió para retiro este monasterio, en el cual tuvo entrada con conocimiento del cardenal Adriano.

—¿Hablais de María? le preguntó el sacerdote algo mas tranquilo.

—Precisamente, contestó al punto el desconocido; de María Quincoces, natural de Rueda de Medina.

—Y.... ¿habeis pasado por Valladolid? se aventuró á decir el primero.

—En efecto, padre mio, repuso el segundo; he pasado por necesidad.... porque el cardenal Adriano debia enterarme del paradero de esa virtuosa doncella.

—¡Ah....! ¿Con que le habeis visto? ¿Con que le habeis hablado...? Luego sois de los nuestros... de los del partido que defiende la causa del Rey....

—Hablad mas bajo, por Dios, padre mio. ¿Quereis por ventura que los incendiarios y asesinos acudan, atraidos por vuestras voces, á poner fuego á esta santa morada?

—¡Oh! No permita el Todo-poderoso tan horrible calamidad. Mas.... enteradme, por la Vírgen Santísima de los Remedios.... enteradme. ¿Cómo se halla el señor Cardenal?

—Resuelto á todo, antes que abandonar las tierras de Castilla á merced de los Junteros.

—Bien, bien: firmeza, y sobre todo castigos ejemplares. ¿Qué piensa hacer el Consejo contra las ciudades?

—Reunir tropas para someterlas.

—¡Soberbio plan....! Eso es.... que se humillen y luego.... no hay mas que enviar al alcalde Ronquillo de pesquisidor, para que dé buena cuenta de la mala semilla. Sepamos ahora en que se entretienen los *Comuneros*.

—En disponer á su antojo, desde Ávila, de todas las vidas y haciendas; en allegar gente de armas, para que sus capitanes puedan salir á probar fortuna, y en otras muchas cosas. Respondedme vos ahora, padre mio. ¿Cuándo me desquitaré con esa novicia.... con esa María Quincoces, del mensage que la traigo?

—No es novicia, amigo mio, pues bien puedo daros este nombre, desde que conozco vuestra fidelidad á nuestro Rey y Señor. Está en el monasterio de Santa Clara, por razones que no puedo esplicaros, sin autorizacion del señor Cardenal....

—Razones, padre mio, que no son un misterio para mí, porque el señor Cardenal todo me lo confia.

—¡Ah....! ¿Con que nada ignorais?

—Nada; ni aun aquello de....

—¡Cómo! ¡Ni aun la fuga de nuestra jóven de la embarcacion, en que iba con el Rey!

Un rayo que en aquel instante cayéra á sus piés, hubiera sorprendido mucho menos al enviado del general Mendoza, que la exclamacion del sacerdote. Procuró sin embargo conservar su aplomo, para no infundir sospechas en el ánimo de su interlocutor, con cuya locuacidad contaba, y así repitió con serenidad y como confidencialmente:

—Ni aun la fuga de la jóven; porque.... acá para los dos.... habeis de tener entendido....

—¿Que el Rey la ama á guisa de loco? tartamudeó el vicario sonriéndose.

—Pues.... pudo apenas articular el desconocido, á quien esta nueva revelacion habia dejado sin aliento.

—Pero ella.... ya se vé.... prosiguió el sacerdote, que parecia dispuesto á descubrir cuanto sabía; tímida é inocente... tuvo miedo de la pasion de D. Cárlos.... y eso que, como os habrá informado el señor Cardenal.... tambien ella....

—¿Qué...? Acabad... Pero no... no es necesario, porque tengo muy presente lo que vais á decirme...

—Por supuesto, amigo mio; que tambien ella.... suspira por él....

Todos los músculos del desconocido se contrajeron no bien hubo escuchado estas palabras: apretó los puños con rabioso despecho y dió algunos pasos, como para prepararse á montar, con intencion de desaparecer de la vista del monasterio de Santa Clara y aun de Palencia. Mas se contuvo de pronto, y resuelto á profundizar el arcano, que las razones del padre espiritual de las religiosas acababan de revelarle, sujetó á su alazan por la brida á una reja del patio, y se dirigió maquinalmente hácia la puerta del locutorio.

—Permitidme que en algo os sirva, le gritó el vicario adelan-

tándose. Llamaré á la hermana tornera, para que avise á la jóven y la advierta que venís de parte del señor Cardenal.... ¿No es eso lo que me habeis dicho?

—Sí.... sí.... eso es... replicó impaciente el desconocido; apresuraos, antes que....

—Ya.... ya estoy; antes que se os haga tarde para salir de la ciudad, y llegueis á caer en manos de esos traidores *Comuneros*, que todo lo queman sin temor de Dios ni de las penas del otro mundo.

Hablando así entró en el locutorio y ordenó á la tornera que llamase á María, pues estaba esperándola un mensagero del Cardenal-gobernador, con cuya noticia, como es de suponer, se alborotó la curiosidad de las madres. A pesar de sus cuchicheos y observaciones, acerca de lo que aquello podia significar, únicamente la hija de Toribio bajó al locutorio, por el cual se paseaba inquieto, y aun debemos añadir, desesperado el hombre, que con tanto peligro de su vida se habia puesto en viage, tan solo por verla y hablarla, no bien habia sabido su paradero. El complaciente vicario, aunque de mejor gana hubiera permanecido acompañándole, á fin de no perder punto ni coma de la entrevista, no se atrevió á hacerlo, por no faltar á las reglas del decoro, y por lo mismo se salió al patio, proponiéndose no obstante preguntar á María en la primera ocasion las interesantes nuevas, que sin duda alguna iba á oir de la boca del viagero.

La hermosa *Garza Real* se acercó á la doble reja, que separaba á las monjas de los que solian visitarlas, y preguntó al último:

—¿Sois la persona que ha llegado á Palencia con una comision para mí, de parte del señor cardenal Adriano?

—No pertenezco á su servicio, María, respondió el desconocido, y aunque nunca has escuchado mi voz, me conoces muy bien.

—¡Cielos....! Me asustais.... ¿Quien sois? exclamó ella con espanto.

—Un hombre, que en cierto dia pensó de tí, como casi todos

los hombres piensan de casi todas las mugeres; un hombre, que primero intentó seducirte, despues robarte y por último perderte, traficando con tu virtud; un hombre, á quien hiciste conocer que todavia hay virtud en la tierra, y que á despecho de su poderosa familia, pidió tu mano á tu padre Toribio....

—¡Qué escucho....! ¡El capitan D. César!

—Sí; D. César de Mendoza, que hasta hoy todo lo ignoraba y que hoy todo lo sabe.

—¿Y sabeis por ventura, que vuestra vida corre grandes riesgos en esta ciudad?

—Poco me importan los crímenes que en ella se cometen, ni lo que será de mí. ¿No he hecho frente á la indignacion de mis padres? María.... María.... ¡Cuánto he padecido ausente de tí!.....

—Callad, D. César; en este sagrado recinto no deben pronunciarse palabras de amor. Me ofrecísteis vuestra mano, en noble reparacion de vuestras injurias, es verdad, y por tan alta merced os viviré siempre agradecida; mas tambien vuestro ilustre padre, el general D. Diego Hurtado de Mendoza, dispuso que me encerrasen, al mismo tiempo, en un claustro. Decidme si debia yo aceptar, sin envilecerme, la honra que pensábais dispensarme.

—Obraste como quien eres: pero hoy.... cuando llego de Valencia solo por tí.... cuando, despues de atravesar las dos Castillas, consigo al fin encontrarte.... cuando, temiendo que este asilo sea profanado por una multitud sediciosa, repito mis anteriores ofertas.... ¿qué me contestarás? Ven; huyamos de esta poblacion, que tal vez está destinada á presenciar los escándalos y horrores de Segovia y de Búrgos; marchemos á Valladolid y el cardenal Adriano bendecirá nuestro matrimonio.

—¿Olvidais, D. César, que vuestra familia me rechazó, y que por haberme pedido por esposa, os envió vuestro padre á un castillo? ¿En tan poco me teneis, que imaginais ha de hacerme fuerza el desamparo en que me veo, para admitir hoy aquello mismo, que juzgué deshonroso en dias de menor desventura?

—¡Deshonroso llamas al enlace con que te brindo! Nunca te tuve por orgullosa.

—Capitan Mendoza, sin duda habeis perdido el seso. ¿Aprueban el conde de Melito y su muy noble esposa, la señora doña Catalina de Silva, este paso que dais? Si llego á llamarme esposa vuestra, me llevareis en derechura al palacio de vuestros padres?

—No empañará mi honor una mentira: mis padres jamás consentirán en nuestra union.

—Pues bien; oidlo de una vez para siempre; nunca dará su mano María Quincoces al capitan D. César de Mendoza.

—¡Cruel!.... ¡Ni una esperanza!

—La daré únicamente al que haya de ser mi esposo.

—Mientes.... mientes.... yo te arrancaré ese velo de falsedad y de hipocresía con que te cubres.... yo descubriré tu insensata pasion al rey D. Cárlos, y mezclándome antes de media hora entre los asesinos de Palencia, les gritaré:—¡Seguidme al monasterio de Santa Clara, porque en él se oculta la manceba del Emperador flamenco!... Y me seguirán, y penetraremos en ese claustro, y te sacaré violentamente de tu retiro, de ese retiro en que no lloras tus culpas como penitente, sino la ausencia del tirano de Castilla como enamorada, y despues.... ya que te has negado á ser mi esposa.... se cumplirá tu destino y serás tambien mi manceba.

Un grito doloroso, que al exhalarse desgarró el pecho de la jóven, fué la única contestacion que obtuvieron estas terribles palabras; la infeliz no pudo sostenerse, y al escuchar el fin de la amenazadora imprecacion, cayó al suelo sin sentido. Don César se echó fuera del locutorio, atravesó el patio, y ya iba á soltar el corcel de la reja, no para llevar á efecto la bárbara sentencia, que su desesperacion le habia hecho proferir contra María, sino para huir de la ciudad, cuando observó que dos religiosos dominicos se dirigian hácia él con grandes precauciones, como si temiesen ser vistos.

Uno de ellos se adelantó cautelosamente, en tanto que el otro escudriñaba todos los rincones del patio, buscando al parecer alguna

puerta por donde pudiese entrar en el convento, y entonces D. César imaginó que debian ser frailes perseguidos por el pueblo alborotado. Llegóse pues á su alazan y lo desató, proponiéndose no perder tiempo ni mezclarse en cosas que no le interesaban, mucho mas cuando su imaginacion se perdia en insensatos planes, que sus mismos celos hacian imposibles y la nobleza de sus sentimientos rechazaba, para vengarse de María, del Rey y de cuantos se opusiesen á su empeño amoroso.

En esto vió que el religioso, que se habia adelantado, se le acercaba como para hablarle, y deseando evitar esplicaciones, volvió el rostro hácia la parte opuesta, fingiendo que no reparaba en su maniobra, al paso que se disponia para montar; mas aquel le llamó la atencion, poniéndole una mano en el hombro y preguntándole familiarmente:

—Buen hombre ¿eres por ventura el demandadero de las Madres de Santa Clara?

El Capitan miró al fraile, cuyo acento le habia sorprendido, examinóle atentamente y le reconoció al punto. Admirado y confuso, al encontrar de manos á boca en Palencia al alférez de los tercios reales, D. Fernando de Alarcon, bajo el oscuro y sagrado disfraz de religioso de Santo Domingo, dióse á discurrir sobre los motivos que podian haberle obligado á emprender tan estraña peregrinacion desde Alcalá de Henares, donde sabia que últimamente se hallaba; pero por mas que atormentó su memoria, no le ofreció esta el mas pequeño indicio, que le hiciese adivinar el misterio. Entónces le ocurrió que, no dándose á conocer, acaso lo aclararia, y como habia tenido la prudente precaucion de no quitarse del ojo izquierdo el parche de badana que lo cubria, y de conservar tambien la espesa barba, que desfiguraba completamente sus facciones, fácil le fué conseguir su intento.

Don Fernando repitió su pregunta y D. César le contestó sonriéndose maliciosamente:

—Tan cierto es que soy demandadero de Santa Clara, como que

cubre á Vuestra Reverencia el hábito de nuestro glorioso Padre Santo Domingo.

—¿Conoces á todas las Madres del monasterio? díjole Alarcon en tono confidencial.

—¡Bah! repuso Mendoza con desenfado: eso se dá por sabido.

—¿Y á las novicias?

—Se entiende. ¿Hay entre ellas alguna ahijada del Reverendo?

—No. ¿Y á las doncellas, que buscan asilo temporal en el claustro?

—Como si fueran mis dedos: todas me ocupan á cual mas, con encargos y comisiones.

—Luego no debes ignorar que hay una, llamada María.....

—¿María Quincoces?

—Justamente.

—¿Qué entró en el convento, bajo la proteccion del señor Cardenal Adriano?

—La misma. ¡Qué bien enterado estás!

—Y.... ¿es esa jóven la que viene á buscar el Reverendo?

—Has acertado. El señor Cardenal me ha dado la comision de llevarla á Valladolid.

—¡Ah!.... ¿Pues por qué no se entiende el Reverendo con el señor vicario de las monjas?

—Porque el tiempo urge y son muy malas las dilaciones en dias de tantos disturbios. ¿Quién es capaz de decir dónde andará ahora ese buen eclesiástico? Tal vez se habrá escondido, para que no le arrastren por adicto al Rey.

—¿Qué piensa pues hacer el Reverendo para cumplir su encargo?

—Valerme de tí, si eres hombre prudente.

—¡Oh!.... En cuanto á eso, no hay que hablar; estoy al tanto de todas las intrigas y chismes de las Madres, y hasta ahora no ha habido, de rejas adentro, el menor arañazo por mi lengua.

—Discreto me pareces, bribon, y por lo mismo, si quieres hacer tu fortuna, ayúdanos á salvar á María de las garras de esos pí-

caros *Comuneros;* porque tengo entendido de buena tinta, que han jurado incendiar durante la noche esta santa morada.

—¿De veras, Reverendísimo Padre?

—Ya ves que no debemos descuidarnos.

—¡Quién lo duda! Y aquel otro religioso.... ¿trae tambien comision para librar de las llamas á alguna otra doncella?

—No por cierto; me acompaña: es el reverendo padre fray Francés de Zúñiga, varon sapientísimo, que saldrá probablemente de este mundo en olor de santidad. Escucha ahora mis instrucciones. Supuesto que entras en el convento, por razon de tu empleo, ó cuando no en él, en la huerta, procura poner en noticia de María Quincoces, que la aguarda en la portería el mismo sugeto que la trajo, con recomendacion del Cardenal, á fin de trasladarla á otro asilo mas seguro.

—Y ese asilo.... ¿dónde se halla?

—¡Eh....! Despues de llegar á Valladolid lo pensarémos.

—Bien dicho: mas... ¿fué el Reverendo quien acompañó á María á Santa Clara?

—¡Qué disparate! ¿Me tienes por tan imbécil? Vamos; haz lo que te prevengo, y ya verás el fortunon que te cae.

—¿Y si despues resulta algo contra mí?

—¡Qué ha de resultar! ¿No conoces que una vez casada María....

—¡Casada....! ¡Con quién...!

—¡Qué fuego....! ¡Qué animacion tan repentina....! Casada.... sí, señor; casada. ¿Imaginas que el reverendo padre fray Francés y yo podemos tomar cartas en negocios, que no sean muy honestos? María Quincoces se casará en breve.

—Pero el Reverendo no me ha dicho con quién...

—¿Qué te importa, si no conoces al novio...?

—Pura curiosidad: es vicio que se me ha pegado de las Madres.

—Quiero contentarte, para que me sirvas al dedillo. El novio es un alférez de los tércios reales, que se llama, si mal no recuerdo, D. Fernando de Alarcon.

—Y D. Fernando de Alarcon, gritó el capitan Mendoza dando un salto hácia atras y desnudando el acero, vá á perder ahora mismo la vida. ¿Me conoceis? añadió arrancándose el parche del ojo y la barba postiza. Soy D. César.... vuestro rival.... preguntádselo á ese miserable bufon.... preguntadle, si no es cierto que he ofrecido á María la mano de esposo.

—Lo sé.... lo sé.... repuso el alférez levantándose los hábitos y requiriendo la espada; mas ya que el infierno os ha arrojado espresamente aquí, para que estorbeis mi ventura, dad por seguro que María Quincoces nunca aceptará por dueño á un hombre, cuya familia la rechaza.

—En desquite entrará en el lecho de un Rey, murmuró sordamente D. César.

—Mentís como un villano, exclamó Alarcon.

—Defendeos D. Fernando, porque vais á morir.

—Capitan Mendoza, encomendad vuestra alma á Dios.

Francesillo, alarmado desde los primeros gritos, corrió hácia los dos rivales, y al verlos en ademan de acometerse, quiso evitar una desgracia y el escándalo consiguiente, metiéndose en medio para darles esplicaciones: mas hízolo, por su desgracia, en tan mala coyuntura, que al ir á cruzarse las espadas, tropezaron las puntas con su cuerpo, y quedó ensartado en ellas. Un grito doloroso, que lanzó al mismo tiempo, contuvo el furor de los dos combatientes, que al ver á D. Francés en tierra, maldijeron tan lamentable desgracia y se precipitaron á socorrerle, despues de envainar sus aceros y dirigirse iracundas miradas, como para darse á entender recíprocamente, que aquel lance no quedaba concluido, sino aplazado.

Mal lo pasára ciertamente el muy famoso bufon de Cárlos *quinto*, en aquel dia de tan poca fortuna para él, si no acudiera en su auxilio la misericordia de Dios, por uno de esos medios estraordinarios, que nadie puede esperar ni prever. Don Fernando y D. César no sabian qué hacerse, pues Francesillo habia perdido el conocimiento y urgía detener la mucha sangre, que derramaba por las dos heri-

das; mas quiso el cielo que, al retirarse á la ciudad los revoltosos incendiarios, que habian destruido el fuerte y casa de Villamuriel, así como otras propiedades de señores adictos al Rey-emperador, se introdujesen con gran estrépito en el patio de Santa Clara. El Capitan y el Alférez comprendieron al punto que estaban perdidos, si aquellos facinerosos llegaban á sospechar quienes eran; pero tampoco se avenian á tomar la fuga, dejando allí tendido al pobre D. Francés, para que le rematasen. Don César pues se resolvió á tomar un partido, por lo que, despues de haber hecho á Alarcon una seña significativa, se adelantó hácia la turba, y gritó con voz de trueno:

—Palentinos, favor á la causa de la *Comunidad*: favor á un santo religioso que está espirando, por haber contribuido con sus exhortaciones al alzamiento de Castilla.

Estas palabras produjeron un efecto mágico entre los insurrectos, que se agolparon alrededor del herido, desatándose en denuestos é injurias contra los *Imperiales*.

—*Imperiales* han sido, murmuró Alarcon tristemente, los desalmados que al entrar en la ciudad hemos visto, y que han venido siguiéndonos hasta aquí, donde esperábamos encontrar un refugio que nos librase de su furia. Contemplad la situacion en que han puesto á nuestro infeliz hermano, el reverendo padre Zúñiga. ¡Ah! Nos hubieran asesinado á todos, á no haber oido vuestras voces.

—¿Con que hace poco que ha ocurrido eso? preguntó uno de la turba.

—Los traidores acababan de huir cuando vosotros llegásteis, respondió D. César con serenidad.

—¿Cuántos eran?

—Seis; pero estos dos religiosos ¿cómo habian de defenderse sin armas?

—¿Y tú?

—¡Yo....! Alguno de ellos tiene pruebas de que no soy manco.

—¿Quién eres?

—Un emisario secreto de la *Santa Junta*: el reverendo padre fray Fernando lo sabe tambien como yo.... pero ¡qué diablos! Mañana será tiempo de hablar de negocios; lo que urge es socorrer al padre Zúñiga, si no queremos que exhale completamente el ánima, si es que algo de ella le queda en el cuerpo.

—Sí.... sí.... tiene razon el camarada: muchachos.... á llamar al locutorio; que venga el vicario, que salgan las monjas, si es menester, porque sino.... pegarémos fuego á Santa Clara.

Don César y Alarcon, ayudados por otros dos hombres, levantaron á Francesillo y le condujeron al locutorio: el vicario se presentó mas muerto que vivo, y no sabia á qué santo encomendarse, viendo que los alborotados de Palencia hacían causa comun con los religiosos de la parcialidad del Consejo; mas D. Fernando le dió á entender con medias palabras el apuro en que estaban metidos, y díjole luego que era indispensable introducir al herido en el monasterio, para que las monjas atendiesen sin perder instante á su curacion. Abrióse en consecuencia la clausura; acudió la madre abadesa al frente de su comunidad, para hacerse cargo del padre Zúñiga y éste fué llevado á la enfermería.

Pocas horas despues eran D. César y D Fernando los personajes de mas importancia en la ciudad; mas como no les convenia permanecer mucho tiempo en ella, por temor de que fuesen descubiertos, pretestaron instrucciones de la *Santa Junta*, que les prevenian continuasen fomentando en los pueblos el ódio contra los *Imperiales*, y salieron de Palencia al siguiente dia, sin olvidarse de recomendar eficazmente al vicario y á la abadesa del monasterio de Santa Clara la curacion de Francesillo.

CAPÍTULO VIII.

La toma de Tordesillas.

El primer intento del caudillo toledano, revestido ya con el cargo de general de los *Comuneros*, apenas supo que los del Consejo y el Cardenal habian conferenciado cno la Reina, fué dirigirse á Tordesillas. Torpe anduvo Adriano en desentenderse de esta posicion, que podia servirle de retirada segura, una vez sublevada la ciudad de Valladolid contra su autoridad; pero los contratiempos le hacían perder el aplomo, cuando mayor necesidad tenia de conservarlo, y su indecision y zozobra aumentaron la audacia de sus enemigos. Juan de Padilla y su compañero Juan Bravo fueron recibidos por el chillador Zalea y por el pueblo, como los libertadores de Castilla: despues solicitaron audiencia de doña Juana, á la que les fué mas fácil de lo que creian persuadir, porque hablaron en su

presencia contra los flamencos, y la desgraciada viuda de Felipe el *Hermoso* se juzgó segura, mientras ellos la guardasen, de que los últimos le robáran lo que mas queria en el mundo. Inmediatamente se trasladó la *Santa Junta* desde Ávila á Tordesillas, donde empezó á espedir órdenes á los pueblos en nombre de la Reina, mientras su general pasó á Valladolid con su gente de armas: algunos individuos del Consejo se ausentaron de la ciudad al acercarse los *Comuneros;* otros permanecieron en ella con el cardenal Adriano, cuya virtud y nobles prendas supo respetar Padilla dejándole libre, aunque despojándole de sus atribuciones como gobernador del reino, al paso que mandó prender á los demás; el arzobispo Rojas, convencido de que su alta dignidad eclesiástica no le escudaria contra los que tanto ódio le profesaban, desde que decidió con su rígida elocuencia la espedicion de Ronquillo sobre Segovia, huyó á esconderse en un monasterio, y el gefe popular, despues de haberse apoderado de los sellos reales, orgulloso por el paseo que le habia proporcionado otra ovacion, se volvió á Tordesillas, cometiendo la imperdonable locura de despreciar las casi inexpugnables fortificaciones del castillo de Simancas.

Poco tiempo duraron las ilusiones de los que se guarecian con la legitimidad de la Reina, para combatir contra la legitimidad del Rey. Doña Juana, á los pocos dias de haber accedido á todo cuanto de ella exigieron los de la *Santa Junta*, no se acordaba de haberles hablado en su vida, y su única respuesta era que se dirigiesen á su hijo D. Cárlos, pues él haria á todos plena justicia. Los ánimos decayeron, al saber que nada queria firmar que no la fuese consultado por el Consejo, y mucho mas cuando, habiendo pedido apoyo los Procuradores al rey de Portugal, para conseguir por medio de negociaciones lo que veian imposible de otro modo, aquel monarca se hizo sordo á todas sus súplicas y mensages.

No fueron estas las únicas contrariedades que sufrieron. Enterado D. Cárlos de la situacion alarmante del reino, despachó inmediatamente órdenes al cardenal Adriano, para que obrase con

todo rigor contra los rebeldes. Lo que el gobernador y los del Consejo no encontraban, para conjurar los males que se habian amontonado sobre Castilla, no ofreció la menor dificultad al nuevo Emperador.—«*Hasta agora no vimos alguno, que por su servicio tome una lanza,* habian escrito aquellos en su famosa carta del 12 de setiembre, y el Rey, con solo nombrar como adjuntos para el gobierno al almirante D. Fadrique Enriquez y al condestable D. Iñigo de Velasco, hizo ver que se podia levantar en pocos dias un ejército respetable, capaz de habérselas con toda la gente indisciplinada de las *Comunidades*. Don Cárlos dió con tan acertada providencia una prueba palpable de su gran tacto político, pues separaba la causa de los nobles de la causa de las ciudades, poniendo á los primeros en la alternativa de acaudillar las tropas imperiales, ó de someterse á la obediencia de los hombres, á quienes la *Santa Junta* habia confiado la defensa de la libertad que proclamaba,

No bien circuló tan importante nueva, cuando todos los señores corrieron á alistarse en Rioseco á las órdenes de D. Fadrique; allí tambien acudieron el Cardenal, que logró escaparse de Valladolid, burlando la vigilancia, con que á pesar de hallarse libre, le observaban sus enemigos; el arzobispo Rojas, el licenciado Vargas, el señor de la Puebla de Montalvan y otros individuos del Consejo. El marqués de Astorga se presentó con cien caballos, mas de mil ballesteros y unas quinientas lanzas; el conde de Valencia con mil infantes; con mil quinientos el de Lemos, y el de Benavente con dos mil setecientos y trescientas lanzas, cuyo ejemplo imitaron los demás magnates, pues conocieron que los alborotos populares no solo se dirigian contra la autoridad y derechos del Rey, sino en daño de sus propias haciendas y privilegios, cuya validéz acababa de reconocer D. Cárlos hasta cierto punto, supuesto que habia nombrado para que gobernasen á Castilla, en union con el Cardenal, á los dos principales individuos de la grandeza, por los altos puestos que ocupaban. Por otra parte, se vieron acosadas las ciudades rebeldes por las acometidas de aquellos nobles que, sin ausentarse de sus

tierras, habian reunido sus vasallos, con el objeto de hostigarlas, para restablecer en ellas su antigua dominacion; de modo que el duque del Infantado se hizo dueño de Guadalajara, prendió al capitan de las turbas llamado Coca, hombre desalmado y alborotador sin segundo, y dispuso que se le diese garrote y se mostrase su cadáver al público, para escarmiento de ladrones y asesinos; el conde de Chinchon consiguió armar dentro de Segovia un contra-alzamiento, y apoderándose de la iglesia mayor, peleó en ella encarnizadamente, dando cara á todos los sublevados de la ciudad, y se hizo dueño del alcázar, sin que sus enemigos se atreviesen á molestarle en él; respiraron los fuertes de Alaejos y de Coca, porque los *Comuneros* se vieron precisados á desistir del propósito de tomarlos; por último el conde de Alba de Liste salió tambien á campaña contra el turbulento obispo de Zamora, y despues de recorrer toda la tierra, se puso en comunicacion con D. Iñigo de Velasco, dueño ya de la ciudad de Búrgos.

Este magnate no se contentó con esta ventaja, sino que pudo recabar del rey de Portugal un préstamo de cincuenta mil ducados para gastos de guerra, llamó refuerzos de Navarra, y con las tropas del marqués de Falces, los caballos del mariscal de Fromesta y los ballesteros afamados de los condes de Osorno y de Oñate, casi todos naturales de las provincias vascas, aumentó considerablemente el ejército de su hijo el conde de Haro, nombrado por don Cárlos general en gefe de los *Imperiales*.

Yacían en tanto desanimados los *Comuneros*, sin que su gefe Padilla, mas á propósito para pelear en dia de refriega, que para dirigir una hueste, tomase disposicien alguna contra la tormenta que amenazaba á su causa. En Valladolid hubo gravísimos desórdenes, en cuanto se supo que los magnates habian abrazado el partido del Rey, y la *Santa Junta* se dividió en tantas parcialidades, cuantas eran las ambiciones de sus individuos. El primero que dió manifiestas señales de descontento fué el presidente D. Pedro Laso de la Vega, el hombre que mas habia hecho, desde el principio de las

revueltas, en pró de las ciudades sublevadas y sobre todo, en favor de Toledo, que siempre pagó sus servicios de tribuno, posponiéndole á Padilla. Mal podia ver con ojos serenos que éste se colocase al frente de las fuerzas de la *Comunidad,* mientras él no hacía otra cosa que atender á los acalorados é infructuosos debates de la *Santa Junta*, despues de haber sido el iniciador del movimiento de Castilla. Los demás vocales participaban del disgusto, que no podia menos de engendrar el ócio en que se hallaban las tropas *comuneras,* casi al frente de un ejército respetable, cuyos esperimentados caudillos se habian propuesto entretenerlas con calculados alardes, esperando que se desbandarian por sí solos al primer amago formal. El disgusto produjo murmuraciones, de las murmuraciones se pasó á las quejas y de las quejas surgió la necesidad de elegir otro gefe, que no se pavonease con el aura popular y con los laureles adquiridos. El único que reunia las cualidades de accion y de energía, que en tan grave apuro se necesitaban, era indudablemente el obispo Acuña; mas nadie se acordó que en la comarca, por él defendida, ningun magnate habia podido sostenerse. Viéndose pues los populares sin un hombre capaz de guiarlos, recurrieron á un noble y nombraron por general á D. Pedro Giron, primogénito del conde de Ureña, que despechado por no haber conseguido de don Cárlos el ducado de Medinasidonia á que aspiraba, hizo causa comun con los revoltosos. La confianza que estos pusieron en su lealtad los condujo al precipicio, porque al ofrecer sus servicios á la *Santa Junta* en Tordesillas, solo le guiaba el deseo de recobrar, valiéndose de los medios que le proporcionára la rebelion, lo que el Rey habia negado á su lealtad y á su derecho.

Juan de Padilla se resintió de la preferencia acordada al magnate por los Procuradores, y sordo á la voz del deber, que le aconsejaba no alejarse del peligro en tan azarosas circunstancias para su partido, solo escuchó la de la vanidad ofendida y se ausentó irritado, tomando la vuelta de Toledo, siguiéndole toda su gente de armas. Esta defeccion quedó compensada en breve, porque cuando menos

debia esperarse, apareció el obispo Acuña en Tordesillas al frente de mil infantes, cuatrocientos curas armados y como unos ochocientos insurrectos de Zamora y de Toro. Apenas llegó este refuerzo á la *Santa Junta*, cuando D. Pedro Giron, que no olvidaba las tácitas condiciones que le imponia el mando, movió su gente en son de guerra hácia Rioseco, dejando muy poca en Tordesillas, para custodia de la reina doña Juana. Todos juzgaron entónces que iba á darse una gran batalla, y que ésta no podia menos de ser favorable á las ciudades, por cuanto en la poblacion amenazada solo tenian sus contrarios unos dos mil hombres, siendo así que Giron llevaba para embestirla muy cerca de diez y ocho mil, con buena artillería. El alarde fué magnífico, mas se quedó en alarde, porque el general *Comunero* entretuvo á los suyos veinte dias delante de Rioseco, sin dar la señal de acometer y atento solo á las pláticas, que por consejo del Almirante se siguieron entonces entre los opuestos bandos, á fin de proveer al sosiego de Castilla. El resultado fué que, en aquellas pláticas y entrevistas, consumó D. Pedro Giron la perfidia que meditaba, y so pretesto de interceptar convoyes al enemigo, para asegurar el mantenimiento de su gente, levantó el campo, dirigiéndose á Villalpando y dejando á los de Rioseco espedito el camino de Tordesillas. En vano el incansable y fogoso Acuña protestó contra tan falso movimiento; el prestigio y la cuna del general impusieron silencio á sus quejas, y la traicion se llevó á cabo. Desde aquel dia pudo muy bien asegurar el mas ardiente partidario de los derechos del pueblo, que la cruz roja de los *Comuneros* se veria pronto oscurecida por la cruz blanca de los *Imperiales* y que el grito de *Santa María* y *Cárlos de Gante* ahogaria para siempre el de *Santiago, Castilla* y *Libertad*.

El conde de Haro aprovechó el aviso de la marcha de los *Comuneros* sobre Villalpando, para reunir todas sus tropas con las de Rioseco y sacarlas á campaña con el designio de libertar á la Reina. A fin de ocultar sus proyectos á Acuña y á los capitanes Juan Bravo y Francisco Maldonado, pues de Giron nada temia, se puso en ca-

mino á media noche, y al dia siguiente publicó que su intento era entrar en Valladolid; mas á poco, hizo una contramarcha que le llevó directamente á la vista de Tordesillas. Los clérigos de Zamora, que allí habian quedado, y los vecinos patriotas acaudillados por nuestro antiguo conocido el chillador Zalea, se propusieron vender caras sus vidas, y al punto tomaron todas las disposiciones necesarias para la defensa, pues abrigaban la natural esperanza de que en breve serian socorridos por las imponentes fuerzas, que mandaba Giron.

Queriendo el general de los *Imperiales*, mas bien que se rindiese la poblacion por tratos, que tomarla á viva fuerza, á fin de que no se repitiesen las horribles escenas de Medina, que tan triste celebridad dieron á Fonseca, llamó á un religioso de la órden de Santo Domingo que acababa de reunirse al ejército, y le encargó la comision de decir á los curas sublevados, que se sometiesen al Rey y le dejasen entrar para ofrecer sus respetos á la Reina. El fraile, cuya fisonomía habia interesado desde luego al conde de Haro, se dirigió resueltamente á la villa y no bien llegó á la plaza, protegido por el santo hábito que le cubria, cuando hizo que avisasen al señor Zalea, asegurando que tenia negocios importantísimos que comunicarle, para bien del reino y tranquilidad de todos. El gran voceador de Tordesillas, que andaba ocupado en proporcionar y disponer mil medios de resistencia, se presentó sin perder minuto á la cita, dándose gran importancia y suponiendo desde luego que iba á representar importantísimo papel en los acontecimientos de aquel dia memorable.

—¿Qué nuevas tiene que comunicar el muy Reverendo Padre al pueblo de Tordesillas? preguntó alegremente al religioso.

—Ante todo, contestó éste, Dios conserve la salud al señor Zalea, para gloria y felicidad de estos reinos y señoríos.

—El os premie el buen deseo, Padre mio, replicó el chillador, henchido de orgullo al oirse nombrar. Os aseguro que no creia ser conocido por ahí afuera.

—Hijo mio, repuso el fraile, á todos nos hacen conocer en el mundo nuestras buenas ó nuestras malas obras.

—Cierto, ciertísimo; acabais de hablar como un libro de Santo Tomás. ¿Y no podré yo saber el nombre de un varon tan respetable y tan sábio, como vos me pareceis?

—Llamadme sencillamente el Padre Fernando.

—Pues bien, Padre Fernando, espliquémonos con lisura. ¿Venís del real de los *Imperiales?*

—¿De dónde he de venir, si los *Imperiales* tienen cercada la villa?

—Y.... por supuesto, traeis algun mensage.....

—Se entiende; un mensage importantísimo.

—¿De quién?

—Del conde de Haro.

—¿Para la reina doña Juana?

—No; para vos, señor Zalea.

—¡Para mí, Padre Fernando! ¡Estais en vuestro juicio!

—Mucho que sí: ya habeis visto que he preguntado por el gefe que manda en Tordesillas; porque sois vos sin duda ese gefe ¿no es verdad?

—¿Qué imagina acerca del particular el Conde?

—Que en efecto lo sois.

—¡Y quiere entablar tratos conmigo!

—¿Por qué no? ¿Ocupais por ventura un rango inferior al suyo?

—¡Ah! ¡Qué decís, Padre Fernando! Repetidme otra vez esas palabras.

—Venid acá. ¿No dispone el Conde de un ejército contra Tordesillas? ¿No dispone el señor Zalea de Tordesillas contra un ejército? Pues váyase lo uno por lo otro.

—En efecto; el negocio me parece igual, aunque no soy solo el que aquí manda. En fin, sepamos lo que pretende el de Haro, porque el tiempo urge.....

—El de Haro no os inquietará mientras yo permanezca en la

villa; mas ya que os negais á oir sus proposiciones, sin que asistan á nuestra conferencia los demás gefes, me retiraré, porque solo con vos tengo órden de entenderme.

—¿Teneis el diablo en el cuerpo, Padre Fernando? ¿Cuándo, ni por qué habia de rehusar pretension tan razonable? Es cierto que aquí contamos con los curas del obispo de Zamora y con una compañía de peones, porque la de caballos de nada nos servirá dentro de los muros: pero al fin Tordesillas es Tordesillas, la Reina está encargada á su vecindario y su vecindario es el que debe mandar en gefe. ¿No es así?

—El argumento no tiene réplica, señor Zalea, y veo que discutís con tanto acierto como peleais.

—Luego, si el vecindario ha de mandar, claro es que yo.....

—Indudable. Y como el Conde os conoce de fama.....

—¡Calle! Pues yo lo ignoraba. ¡El conde de Haro me conoce!

—Y sabe al dedillo vuestra historia, desde el motin que armásteis en esta misma plaza contra un caballero flamenco, que trajo no sé que cartas á la Reina de parte de su hijo, y á quien libró milagrosamente de vuestras manos un alférez entremetido de los tercios reales, llamado si mal no me acuerdo.....

—Yo os lo diré; Alarcon.... buena espada y malas pulgas. Ya veis pues, padre Fernando, que no soy un hombre cualquiera y que el conde de Haro puede fiarse de mí.

—Por eso me envia á proponeros que le abrais las puertas de la villa, á fin de que la ocupe con sus tropas y pueda recibir órdenes de la Reina.

—¡Demonio!... ¡Ese es el mensage!... ¡Que haga traicion á los pendones de los *Comuneros!*... ¡Y me lo decís á mí!.... ¡Al intrépido Zalea!... ¡Al primer defensor de los privilegios de Castilla!... ¡Cuando imaginaba que el conde de Haro con todos sus capitanes pretendia abrazar nuestro partido!... ¿No me habeis dado á entender esto, Padre Fernando?

—¡Yo! Vos sí que estais dado á Satanás, señor Zalea. ¿Cuándo habeis observado que el vencedor se pase al vencido?

—Vencedor.... vencedor.... ¿Lo es por ventura el Conde?

—Si no lo fuera ¿estaria ahí, á vuestra vista, con su ejército?

—¡Jesus!... ¡Jesus!... Decís cosas que me horripilan.... Esplicádmelas bien, porque creo que voy á volverme loco.

—Escuchad: D. Pedro Giron no ha podido tomar á Rioseco y ha puesto en salvo su gente, á la que á estas horas habrá abandonado; muchos capitanes *Comuneros* se hallan ya en el ejército *Imperial*, y así no espereis socorro de las ciudades.

Cabizbajo quedó Zalea al oir tan infaustas noticias; mas pudo en su ánimo con mayor fuerza el sentimiento de la fidelidad, que el lucro y bienandanza que podia producirle una perfidia, y así contestó al religioso, levantando la voz cuanto pudo, como para desvanecer toda esperanza de traicion por su parte y para impedir que otros la cometiesen:

—Decid al conde de Haro, que Tordesillas se defenderá á todo trance y que sus vecinos y las fuerzas que la guardan han jurado morir, como los de Medina, antes que entregar á los *Imperiales* la Reina doña Juana.

—¿Es esa vuestra determinacion? le preguntó el Padre Fernando.

—Irrevocable, chilló Zalea con mayores brios.

—Miradlo bien, no sea que luego os pese, cuando el mal no tenga remedio.

—Padre mio, vos sois hombre de paz y está en el órden que la procureis á toda costa; pero ignorais los deberes que impone un juramento. Id con Dios y no volvais á proponernos pactos ignominiosos.

—Bien está; me retiro lamentando vuestra ceguedad: pero, señor Zalea ¿nada me decís para vuestro amigo, el alférez Alarcon?

—¿Dónde se encuentra ahora ese valiente soldado?

—Piensa cumplir con su obligacion en el ataque de Tordesillas.

—¡Ah! ¡Con los *Imperiales*! Nada le digais, porque yo no cuento amigos entre traidores.

—Pronto habeis olvidado, señor Zalea, los deberes que impone un juramento.

—No me acordaba de que sirve en los tercios reales, pero es igual; recomendadle que no me busque en la pelea.

Dicho esto, el impertérrito alborotador de Tordesillas volvió la espalda al religioso, afectando un aire marcial, que se hermanaba perversamente con la gordura de su cuerpo. El Padre Fernando se sonrió con disimulo, al observar su grotesca apostura y salió paso á paso de la poblacion, cuyas defensas se entretuvo en examinar, por la parte esterior con mucha calma. Pero semejante exámen no debió ser del agrado de los peones que guardaban el muro, porque cuando mas tranquilo y descuidado estaba, le dispararon una nube de saetas que le obligó á retirarse. No lo hizo sin embargo como hombre medroso que huye, sino como guerrero que desafía á sus enemigos, mostrándoles el puño cerrado en señal de amenaza.

Y en efecto, irritado se presentó el buen fraile al conde de Haro diciéndole:

—No hay paz, ni trégua, ni concordia posibles con esos traidores, porque se han empeñado en resistir á vuestras tropas hasta lo último. Se niegan abiertamente á vuestras intimaciones, y al retirarme me han despedido á saetazos.

—Pronto humillarán su soberbia, murmuró el general, y vos, padre mio, asistireis á nuestro triunfo.

—Tendré parte en él, señor Conde, si poneis á mi disposicion algunos infantes, y aun se me figura que he de hallar medio de meterme en la plaza antes que termine el dia.

—¡Cómo! repuso el magnate admirado. ¿Quereis pelear?

—No será esta la primera vez que lo haya hecho, y para probároslo, sabed que tengo tanto de fraile dominico, como vos de *Comunero*. Mi nombre es D. Fernando de Alarcon y soy alférez de los tercios reales. Caminaba de Palencia á Valladolid á unirme con el cardenal Adriano, en compañía del capitan D. César de Mendoza, hijo del general de Valencia conde de Melito, cuando una turba de

rebeldes, juzgándonos espías de vuestro padre el Condestable, nos persiguió con empeño: el Capitan tuvo la fortuna de guarecerse en el castillo de Simancas, pero yo me ví precisado á correr por bosques y praderas hasta que perdieron la pista de mis pasos. Entónces tomé lenguas, y habiendo sabido que Rioseco estaba por los *Imperiales*, enderecé mi marcha por aquel punto y llegué, cuando salíais con el ejército para cercar á Tordesillas. A vuestras órdenes me teneis, señor Conde, y si mandais el asalto de esa guarida de bribones, os convencereis de que no me quedo nunca atrás.

Hablando así, se despojó Alarcon del hábito religioso y se manifestó al Conde con su espada ceñida y cubierto de una armadura completa. El general le alargó la mano y le dijo:

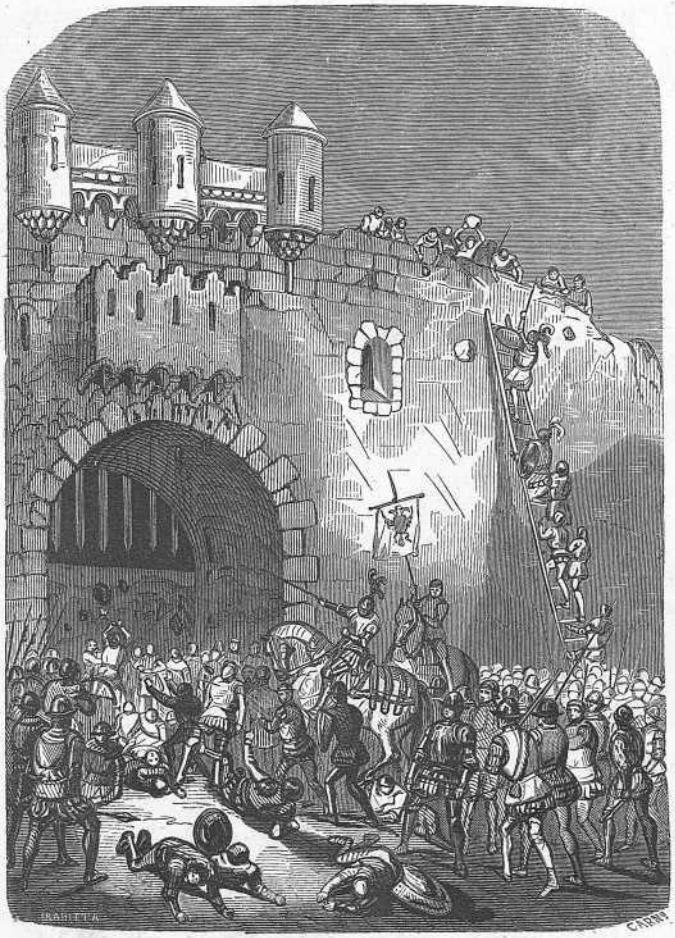
—Conozco vuestro nombre, por la valentía con que combatísteis en la desgraciada espedicion de Francisco de Vargas, alcaide del alcázar de Madrid. Huélgome mucho con vuestra llegada al ejército, y os autorizo para que escojais la gente de armas que necesiteis y la conduzcais á vuestra guisa en el combate. Seguidme ahora, que ya es tiempo de que acometamos.

Pocos momentos despues de este diálogo, se trabó la lucha hácia la parte del muro, situada entre las dos puertas llamadas de Santo Tomás y de Valladolid, con tal encarnizamiento entre sitiados y sitiadores, que no parecia sino que todos habian jurado esterminarse. Dos horas largas duró la refriega, sin ventaja alguna para los *Imperiales*, que no habian podido conseguir ahuyentar del muro á los *Comuneros* para arrimar las escalas; por lo que, cansado el general, dispuso el ataque de la puerta principal que era la de Valladolid, y á ella se agolparon tambien los de dentro para disputar el paso al enemigo. El de Haro, cabalgando en arrogante corcel, animaba á los suyos, señalándoles la poblacion como término de los afanes de tan sangrienta jornada; el conde de Cifuentes, tremolando el estandarte real de damasco verde y encarnado, se mostraba impávido y resuelto á no cejar del sitio, en que se hallaba; el de Alba de Liste, despues de haber perdido el caballo que montaba, se metió entre

los peones, excitándolos con su valor y con su ejemplo á no desistir de la empresa; heridos el de Benavente y D. Francisco de la Bueva, no por eso abandonaron sus posiciones, antes, por el contrario, se adelantaban con decidido propósito de salir airosos en la demanda ó de morir matando. A pesar de tantos esfuerzos incesantes, los clérigos del obispo de Zamora y los vecinos de Tordesillas no hablaban de rendirse; muchos habian sucumbido, pero cuantos mas morian, mayor era el empeño de vengarles y de sostenerse que se despertaban en los que iban ocupando sus huecos. El incansable Zalea, que de gritador sempiterno se habia convertido aquel dia en hombre de accion, se multiplicaba por decirlo así, apareciendo en todas partes, dando órdenes, y contraórdenes, que nadie podia oir entre el estrepitoso choque de las armas y los gritos de los combatientes, yendo y viniendo del muro á la puerta y de la puerta al muro, y arrojando piedras y jarras á cuantos se aproximaban á él. Dudoso estaba el éxito de la contienda, cuando el alférez Alarcon, que se batia desesperadamente en la puerta contra la compañía de infantes, de que le habia hablado el chillador patriota, aprovechándose de un aviso de Dionis de Deza, respecto á la posibilidad de asaltar la plaza por cierto punto no muy desviado de alli, corrió hácia él, seguido de algunos ballesteros, y empezó á trepar al muro, espada en mano, á pesar de la multitud de proyectiles que le lanzaban desesperadamente los de arriba. Observando poco despues que los *Imperiales* flaqueaban, les gritó:

—A la muralla, valientes, que se llevan á la Reina doña Juana.

Su voz inspiró nuevo arrojo á los sitiadores; la puerta fué atacada por el conde de Haro con estraordinario vigor; una compañía del de Alba de Liste, que habia echado pié á tierra, á fin de tomar parte en la reñida funcion, se precipitó detrás de D. Fernando para sostenerle; mas él estaba ya sobre el muro peleando cuerpo á cuerpo con los curas del obispo, que huyeron por fin desbandados al interior de la villa, al ver el refuerzo que llegaba al alférez, quien tuvo la gloria de ser el primero que entró en Tordesillas. Los que



A la muralla, valientes, que se llevan á la reina doña Juana

defendian la puerta no pudieron evitar el récio empuje que descargó sobre ellos. Las palabras de Alarcon, pronunciadas únicamente para inspirar corage y bravura á los soldados, corrieron de boca en boca entre los *Imperiales*, haciéndoles creer que los *Comuneros* sacaban á la Reina de la poblacion. El alférez habia acertado, sin figurárselo, con el plan que tenian, pues D. Pedro de Ayala, procurador de Toledo y uno de los pocos individuos de la *Santa Junta*, que habian quedado en Tordesillas, habia hecho ya salir á doña Juana de su palacio, para llevársela á Medina. Los *Imperiales*, al escuchar aquellas voces, embistieron con furia contra los que les cerraban el paso, mataron á cuantos se decidieron á oponérseles y persiguiendo á los demas, llegaron hasta la plaza, cuando la Reina volvia á entrar en sus habitaciones, porque Ayala tuvo que huir solo, para salvarse. Zalea, que en vano agotó todos los recursos de su elocuencia popular, á fin de detener á los curas de Zamora en la muralla, se vió arrastrado en su fuga por las calles y desapareció de la sangrienta escena escondiéndose en su casa, que hizo respetar D. Fernando. Todas las demás de la poblacion fueron saqueadas, y el pillage de la tropa duró hasta el siguiente dia. (1)

El combate duró mas de cinco horas y costó á los *Imperiales* cerca de trescientos muertos y gran número de heridos, entre los cuales figuraban sus mas distinguidos capitanes. Don Pedro Giron, general de los *Comuneros*, no pudo ya ocultar su traicion, despues de la toma de Tordesillas, y se hizo aquella mucho mas patente, desde el punto en que se negó á avanzar contra el conde de Haro, como queria el obispo Acuña. En vez de hacerlo así, retrocedió hasta Villanubla, entrando poco despues en Valladolid. El pueblo se alborotó y quiso matarle, y entónces huyó á ocultar su vergüenza y perfidia en una hacienda del conde de Ureña su padre.

(1) «Fué saqueada la ciudad y nada quedó á los vencidos.»—*Movimiento de España*, por el presbítero Juan Maldonado.

CAPÍTULO IX.

En que se prueba prácticamente que si el Emperador de Alemania era tardío, como rey de España no dejaba de ser seguro.

AUNQUE las alteraciones de Castilla inquietaban á D. Cárlos, estaba seguro de que la nobleza del reino, por su propio interés, no permitiria que pasasen adelante, pues á ella mas que á la autoridad real interesaba la paz y quietud de los ánimos, exasperados ya desde muy antiguo contra sus inmunidades y su desmedido orgullo. Temia sin embargo que Francisco *primero* se aprovechase de aquellas disensiones, para resucitar la tantas veces debatida contienda sobre la sucesion al trono de Navarra, y por eso observaba sin cesar sus movimientos, preparándose para una campaña decisiva, si las circunstancias la hacian indispensable, porque todo era de esperarse del carácter voluntarioso é inquieto del Rey de Francia.

El hijo de doña Juana la *loca* se habia coronado en Aquisgran con estraordinaria magnificencia, (1) segun uso y costumbre de los alemanes en tan grandes ceremonias, y en medio de la asamblea mas numerosa y escogida que hasta entónces se habia visto, compuesta de reyes, cardenales y altos dignatarios de la Dieta germánica. Las fiestas duraron por espacio de un mes en todas las ciudades del imperio, y la fortuna sonreia plácidamente al jóven Príncipe, objeto de indecibles demostraciones de júbilo y de amor, brindándole á manos llenas sus mas señalados favores. Su mirada de águila debia en efecto brillar satisfecha y radiante, al dirigirse hácia los vastísimos dominios que el cielo ponia á su cuidado. Reconocíale ya la Alemania por gefe supremo, como *quinto* emperador de su nombre, así como con el de *primero* de España habia heredado la posesion de los reinos de Castilla, Aragon, Granada, el Austria, los Paises-Bajos, Nápoles y Sicilia, con el condado de Barcelona y la ocupacion de Navarra. Tambien el Nuevo Mundo iba dilatando sus horizontes, ofreciéndole nuevas comarcas y tesoros, porque el héroe andaluz, aquel que mereció de sus mismos émulos el dictado de *Indomable*, Hernan Cortés, en fin, acababa de quemar sus naves en el puerto de la *Vera-Cruz*, para conquistar con un puñado de hombres atrevidos el mas rico y grande imperio de la tierra.

No estaba sin embargo exenta de peligros y de vicisitudes tan complicada y estensa dominacion; los diferentes estados que Cárlos poseia distaban mucho del lugar de su residencia, y érale preciso ejercer una vigilancia especial sobre paises, que diferian mucho entre sí, no solo en hábitos, sino tambien en leyes é idiomas, circunstancias que no debian olvidarse, á fin de evitar que de ellas

(1) Don Cárlos no se coronó en Aix-la-Chapelle, como suponen algunos historiadores, aunque contradiciéndose á renglon seguido.—En el *Compendio de la Historia de España*, por Escosura, tomo 2.º pág. 19 se lee: «Pasando luego á Aix-la-Chapelle, lugar destinado para su coronacion etc.» y en la pág. 27: «El Emperador, al dia siguiente de haberse coronado en Aquisgran etc.» Ranera, que en esta parte ha consultado datos auténticos, dice con exactitud: «Tuvo que partir á Aquisgran, á recibir la diadema de aquel imperio. *N. del autor.*

surgiesen ódios y rivalidades peligrosas, que alentasen los celos y la envidia de osados competidores. Así pues, se dedicó con afan al exámen de los medios que debian asegurarle *la posesion*, como decia alegremente, *de su propia casa*, para gobernar desde ella *las que su buena suerte le habia ido regalando*, y no tardó en conocer que por mas ejércitos que levantase, por mas batallas que diese, tropezarian sus deseos con un obstáculo, cuya remocion en vano iria á buscar en los campamentos, supuesto que vivia y se alimentaba echando profundas raices en el corazon de los pueblos alemanes. Este obstáculo suscitado por el ódio secreto de la Inglaterra, cuya política se reducia entónces á la ambicion de Wolsey, que aspiraba á la tiara, y al escandaloso libertinage de Enrique VIII, era la heregía de Lutero. Don Cárlos, de acuerdo con el Papa, reunió en la ciudad de Wormes la Dieta del imperio, y denunciados en ella por el Legado especial de Roma los errores del famoso reformador heresiarca, conocido ya entre sus muchos adeptos con el nombre de *El divino Martin*, la asamblea, á propuesta del mismo Emperador, le condenó á destierro por edicto público, aplicando igual pena á los secuaces de la nueva doctrina y disponiendo que los libros, que de ella tratasen, fuesen quemados por mano del verdugo con toda solemnidad y aparato. Esta fué la primera persecucion que sufrieron los luteranos en Europa, debida al jóven Príncipe, que ya presentia el cúmulo de males y desventuras, que la secta reformadora habia de ocasionar por medio del protestantismo, cuya perniciosa semilla tanto dió que hacer á su hijo y sucesor D. Felipe *el Prudente*.

La inmoralidad de Chevres y de sus protegidos flamencos en España era asi mismo un motivo de descontento entre los grandes señores del imperio germánico, que fieles á las tradiciones de su nobleza, no comprendian que los ministros de un Rey se ocupasen en saquear los pueblos encargados de administrar. Don Cárlos, además de tan poderosa razon, tenia otra para desentenderse de la influencia de su favorito; ya no le era necesaria su cooperacion,

supuesto que no conservaba el aprecio de los magnates de la Dieta, á quienes habia enterado el conde Palatino de los punibles manejos de Guillermo de Croy en Castilla, y queria castigarle de un crímen que todos, menos él, ignoraban, y del cual se creia responsable á los ojos de Dios, mientras permaneciese impune. Nadie habia presentido hasta entónces el golpe que amenazaba al orgulloso privado; pero llegó el dia de la expiacion y de una gran victoria moral para el Emperador en los corazones de sus súbditos.

El conde de Upsal, á quien nuestros lectores han conocido de humilde cervecero en una taberna de la ciudad de Francfort, y afiliado entre los *Hijos del puñal* en el subterráneo del castillo de Fik-Glowen, se hallaba en la cámara de D. Cárlos, en la que acababan de presentarse el anciano marqués de Brandeburgo, el conde Palatino del Rhin, los arzobispos de Maguncia y de Colonia, Roberto de la Mark, duque de Bouillon, que seguia un pleito contra Cárlos *quinto* en el Consejo de Gante, y otros magnates. El cervecero Upsal, protegido por el conde Palatino y Mercurino Gatinara, habia conquistado por su adhesion y fidelidad el afecto del Emperador, que le tenia siempre junto á su persona, despues de haberle puesto en la alternativa de perder su gracia, ó de dirigirse á Roma, con el objeto de impetrar á los pies de Leon X la remision del asesinato cometido en la persona del duque de Lincoln por sus manos. Upsal se sometió de buen talante á la segunda de estas condiciones y alcanzó del Papa la absolucion de su culpa, perpetrada para el mejor servicio del heredero de Maximiliano. Desde entónces le agregó éste al servicio particular de su cámara, y convencido de su honradéz á toda prueba, le ennobleció concediéndole el título de Conde y una magnífica posesion á siete leguas de Ratisbona.

No bien tomaron asiento los señores de la Dieta á invitacion del Príncipe, cuando Upsal, instruido de antemano, salió de la cámara imperial, volviendo á ella poco despues en compañia de Guillermo de Croy y de Mercurino Gatinara. El ministro se adelantó cabizbajo

y los magnates se convencieron de que se les habia reunido, para asistir á algun acontecimiento importante.

—Señores, dijo D. Cárlos con entereza, la justicia es el mas imperioso deber de los reyes, así como la benignidad su mas noble atributo: mas para que la justicia no se convierta en vano alarde, para que merezca el nombre de tal, debe aplicarse sin distincion al grande y al pequeño, al poderoso y al humilde, al rico y al pobre. El caballero de Chevres no ha dado hasta el presente cuenta de su conducta en España, como ministro de nuestras voluntades; y no habiendo en Aquisgran Consejo ni tribunales que puedan entender en el asunto, hemos encargado la informacion precisa y circunstanciada de los hechos á nuestro Gran Canciller de Castilla, á fin de que en ningun tiempo pueda recusarse, ni decirse que hemos traido á la jurisdiccion del imperio los negocios de otras naciones. El Gran Canciller someterá mas tarde su juicio y las pruebas que lo justifiquen á las primeras Córtes que se celebráren en Valladolid ó en otra cualquiera ciudad de aquellos reinos y señoríos, para que absuelvan ó pidan contra el ministro lo que en derecho creyéren mas ajustado á razon y conveniencia pública. Mas antes que responder de la administracion de Castilla, debe examinar el caballero Guillermo de Croy su conciencia y descubrir al Gran Canciller, á quien tambien hemos cometido la averiguacion secreta del hecho, todos los pormenores relativos al crímen de Estado, cometido antes de mi llegada á España, y del cual tiene pleno conocimiento el ministro. ¿Habeis notificado, señor Gran Canciller, al caballero Guillermo de Croy mis órdenes espresas sobre este punto?

—El ministro Guillermo de Croy, caballero de Chevres que está presente, respondió Gatinara, nada ignora de cuanto la Real, Cesárea y Católica Magestad me ha ordenado prevenirle.

—Hacednos conocer sus declaraciones sobre tan importante materia, repuso Cárlos de Gante.

—Cesárea Magestad, murmuró el gran Canciller, su contestacion se ha reducido á un silencio absoluto.

—Caballero de Chevres, ministro del rey de España, preguntó el Emperador al de Croy ¿cómo cumplió vuestro sobrino, el caballero Eduardo, la comision que le dí en Bruselas para mi Señora la reina doña Juana, al agregarle á la comitiva de mi maestro Adriano Florencio de Utrech?

—Entregando fielmente las cartas de la Cesárea Magestad, murmuró Guillermo temblando.

—¿Qué hizo antes?

—Lo ignoro, Señor.

—¿Y despues?

—Desempeñó todos los servicios, que confió á su lealtad el regente de Castilla.

—¿Cuál de ellos?

—El cardenal D. Fray Francisco Ximenez de Cisneros.

—¿Por qué se separó de mi maestro?

—Lo ignoro, Señor.

—¿Cuándo se apartó de él, por seguir al cardenal Ximenez?

—Lo ignoro, Señor.

—¿Cómo se llama el pueblo, á cuya salida dejó otra vez á Ximenez el caballero Eduardo, para pasar á Tordesillas?

—Lo ignoro, Señor.

—Muchas cosas ignorais, caballero de Chevres; veamos si recordais otras. ¿Sabeis por ventura qué sitio ocupó vuestro sobrino en el banquete, que el virtuoso cardenal Cisneros dió á los grandes señores de Castilla?

—Lo ignoro, Señor.

—Al menos os escribió, dándoos buena cuenta de los resultados de dicho banquete.

—Las noticias que de él tuve, sobre la patriótica avenencia de los nobles á las miras del insigne prelado, se contienen en los despachos, que por aquel tiempo remitió el mismo.

Don Cárlos estaba ya impaciente, y todos los dignatarios del imperio observaron por su airado semblante la irritacion que le tra-

bajaba el ánimo, y aunque nada entendian de los secretos, que parecia revelar aquel estraño interrogatorio, bien conocieron que se trataba de algun gran crímen, en que no debia tener pequeña parte el caballero Eduardo de Chevres, y cuyos pormenores habria tal vez ocultado Guillermo de Croy al Emperador, con el objeto de no perder á su sobrino. Mas ¡cuál fué su asombro, cuando oyeron esclamar al Monarca con imponente acento!

—Habeis mentido al César, como un villano; y el César os acusa en presencia de los mas altos y poderosos señores del imperio, de un delito execrable. De rodillas, ministro del rey de España; de rodillas os quiero, para que respondais á mis últimas preguntas. ¿Qué se hizo vuestro sobrino, el caballero Eduardo de Croy?

—¡Ah! Nunca pude averiguarlo, balbuceó mas muerto que vivo y postrándose en tierra el de Chevres.

—Yo sí, repuso D. Cárlos; murió en duelo, en vez de morir degollado á manos del verdugo. Ved ahora la carta que encontró en uno de sus bolsillos un fiel servidor de Cisneros; la fecha es de 15 de agosto del año de gracia 1517.... y se escribió en la ciudad de Wormes.... ¿Conoceis la letra, señor Guillermo de Croy?

Al esplicarse el Príncipe de este modo, sacó la carta que Francesillo le habia entregado en el palacio de los condes de Sarriá, despues de habérsele aparecido la Mensagera de la Vírgen de Monserrate y prosiguió diciendo:

—Ofrecí poner en vuestro conocimiento la suerte del caballero Eduardo, y acabo de cumplirlo. Señaladme vos ahora la pena que debo imponer al que firmó ese escrito.

—¡Misericordia!... ¡Señor!... ¡Misericordia!... articuló sollozando el infeliz magnate. Yo fuí su cómplice.... lo confieso.... Cesárea Magestad.... perdon.....

—¿Os reconoceis culpable del horrendo crímen, que únicamente otras dos personas, vos y yo conocemos?

—Sí.... sí.... venga la muerte.... la merezco.... piedad.... misericordia.... gritaba Guillermo de Croy con el rostro pegado al suelo y dando claras muestras del trastorno de sus sentidos.

—Basta, repuso el Emperador levantándose, cuyo ejemplo imitaron todos los señores de la Dieta. No quiero vuestra vida; la abandono á los remordimientos, pero desde este instante nunca mas os vean mis ojos. Salid desterrado para siempre de los dominios imperiales y haced penitencia, que harto la necesitais. Al hacer esta justicia, separando de mis consejos al hombre en quien deposité toda mi confianza, ímportábame en gran manera que tan grave resolucion no fuese juzgada como un acto aconsejado por la veleidad ó por el capricho. Por eso os he llamado, señores; para que la confesion del culpable hiciese patente la conveniencia del castigo, no para revelaros las circunstancias de un crímen, que debe permanecer oculto para España, por su propio interés y por mi fama y mi nombre. Ya lo sabeis, Guillermo de Croy ha convenido en que es reo de muerte.... Bendiga pues mi clemencia, y bendiga sobre todo al cielo, que me ha inspirado el propósito de dejarle vivir, para mayor satisfaccion de su culpa.

Despues de pronunciar estas solemnes palabras, salió D. Cárlos del palacio imperial, seguido de sus magnates y todos juntos se encaminaron al de la Dieta, para asistir á sus deliberaciones. Al punto corrió de boca en boca por la ciudad la nueva de la desgracia de Chevres y causó tanto júbilo, como indignacion hubiera producido algunos meses antes. Y esta mudanza de la opinion se esplica naturalmente, por los inmensos tesoros que el insaciable favorito habia acumulado en poco tiempo, y por el fastuoso alarde que hacía del fruto de sus escandalosas rapiñas y dilapidaciones; dos cosas que los pueblos, aun aquellos que no las han sufrido, nunca olvidan, si oyen quejarse de ellas á otros pueblos, sus hermanos. Téngase tambien presente, para la debida apreciacion de este sentimiento público, que la nacion alemana siempre simpatizó con la española, hasta que la guerra abierta, declarada á los protestantes, levantó entre las dos una muralla inexpugnable de ódios y de sangre, que las separó para siempre. Así, cuando al cardenal Adriano acompañó la turba de codiciosos señores flamencos, que

se proponian convertir las ciudades de Castilla en otros tantos mercados, el descontento del pueblo aleman se manifestó ostensiblemente en el despego é indiferencia con que miró los intereses de D. Cárlos, y en el entusiasmo con que, mientras éste permaneció en España, se propuso secundar los planes de Francisco *primero*, que aspiraba á ceñirse, contra toda razon, la corona de los Césares.

Guillermo de Croy fué llevado á su morada sin sentido. La clemencia del Emperador, despues del descubrimiento de su crímen, trastornó su razon; hubiera preferido mil veces la muerte. Cuando volvió en sí, estaba loco. Al siguiente dia se le presentó Mercurino Gatinara á notificarle, que se pusiese en camino para Roma, pues quedaba desposeido de todos sus honores y riquezas, á lo cual contestó, al parecer, con perfecta calma:

—Decid al Emperador que yo le maté.... que le maté con agua de Rueda, tan cierto como me mato ahora.

Y sacando una sortija que llevaba puesta, la aplicó á su boca y se tragó los polvos venenosos que encerraba en un secreto.

Media hora despues era cadáver.

CAPÍTULO X.

De como el conde D. Francés fué curado por unas manos que hubiera querido ver cortadas.

IENTRAS se ocupaba Cárlos de Gante en asentar sobre sólidas bases el gobierno de sus estados, ocurrian en España sucesos de gran magnitud, que presagiaban lamentables desventuras.

Los horrores del reino de Valencia proseguian en mayor escala, sin que las escasas fuerzas del conde de Melito pudiesen acudir á todas partes para contener los desórdenes. Las *Germanías* atacaban con increible encarnizamiento á la nobleza, y prevalidas de su superioridad numérica, llegaron hasta el estremo de apoderarse de la capital y del presidio, aprovechando la ocasion en que las tropas reales perseguian á los insurrectos, que acababan de incendiar los castillos de la huerta. Los magnates huyeron despavoridos del furor de la plebe, capitaneada por hombres oscuros y fe-

roces, que hicieron sufrir á toda la comarca las mas violentas convulsiones, convirtiéndola en sangriento teatro de atrocidades. El espíritu que animaba principalmente á los *agermanados* era la venganza, y á esta acompañaba el saqueo bajo sus mas repugnantes formas: no les movia un plan de oposicion á la autoridad régia, antes bien aclamaban á D. Cárlos y nunca hacian armas contra los tercios castellanos; pero se habian propuesto destruir las propiedades de los nobles, cuya insolencia les habia exasperado, y así los arrojaban de las ciudades, quemando sus casas, embistiendo sus fortalezas y asolando todo el territorio que les pertenecia. Presididas sus juntas, en las que no se guardaba órden ni concierto, por artesanos atrevidos ó mejor dicho, desesperados, que habian puesto su principal propósito en ganar la confianza de la multitud, se señalaban por la ferocidad de sus providencias y por la barbárie de sus hechos. El general D. Diego Hurtado de Mendoza, imposibilitado de obrar mientras sostuviesen la lucha en Castilla los *Comuneros*, contra cuyas correrías por la provincia de Cuenca se veia en la necesidad de distraer continuamente sus tropas, estaba á la defensiva, arrojándose con el golpe de su gente allí donde eran mayores los atropellos, á fin de proteger las vidas y salvar las haciendas de los magnates. No hacía poco ciertamente en conservarse con un puñado de hombres, en el corazon de un reino, medio destruido por las llamas de los horribles incendios, que atizaban sus mismos naturales, alentados con la sublevacion general de otro reino limítrofe, cuyas ciudades reunian todos sus esfuerzos para triunfar en campal batalla contra un ejército respetable.

Despues de la rendicion de Tordesillas y noticioso el conde de Haro de que la *Santa Junta* se habia reunido en Valladolid, punto de reunion de Acuña, de Juan Bravo, de Francisco Maldonado, de D. Pedro Maldonado Pimentel y de Juan Zapata, con sus huestes de Zamora, Segovia, Salamanca, Toro, Ávila y Madrid, dividió las fuerzas que mandaba en destacamentos que, sin empeñar acciones formales, pudiesen hostigar incesantemente al enemigo desde

puntos estratégicos que los bloqueasen, á fin de mantenerlos en contínua alarma. Él se quedó en Tordesillas en guarda de la Reina, con el propósito de reunir todas las tropas en muy poco tiempo, donde fuese menester. Los condes de Oñate y de Alba de Liste, con buen refuerzo de gente, se posesionaron del importante castillo de Simancas, cuya ocupacion no habia ocurrido á Juan de Padilla; un deudo del conde de Benavente se aposentó en su propia poblacion de Portillo, y Garci Osorio marchó á apoderarse de la villa y fuerte de Torrelobaton, que obedecian á D. Fadrique Enriquez. De este modo amenazaban los *Imperiales* á Valladolid, cortando sus mas precisas comunicaciones, y barrian completamente todo el espacio que media entre Tordesillas y Rioseco, poniendo á los *Comuneros* en el trance de aventurar una embestida contra alguno de los puntos guarnecidos, para salir de la postracion en que yacían. Tambien se daban la mano con Búrgos, en dónde se hallaba el Condestable D. Iñigo de Velasco con el Consejo, mientras permanecian con el conde de Haro, al lado de la Reina, los gobernadores Adriano de Utrech y el Almirante.

Nuestros lectores recordarán que D. César de Mendoza y D. Fernando de Alarcon salieron de Palencia despues de la imprevista desgracia ocurrida á Francesilllo; tambien están enterados, por la relacion del alférez al general de los *Imperiales*, de que al acercarse los dos á Valladolid fueron perseguidos por una partida del bando de las ciudades, habiendo logrado el Capitan meterse en Simancas y teniendo D. Fernando que correr hasta Rioseco: pero seguramente ignoran que á su dispersion habia precedido un pacto espreso, que ambos habian jurado guardar como nobles y hombres de honor. Bien deseaban, luego que perdieron de vista los muros palentinos, poner fin al duelo, apenas comenzado tan fatalmente para el bufon del Rey en el patio del monasterio de Santa Clara; mas al proponer D. César á su rival que desenvainasen de nuevo las espadas en el campo, ocurrióle la idea de que si uno de ellos quedaba herido, no habia de abandonarle el otro, y que por lo tanto así el vencido como

el vencedor se verian espuestos á caer en alguna emboscada de *Comuneros*, de los muchos que recorrian la tierra. Comunicó su pensamiento al alférez, y éste que á una fogosidad impetuosa reunia toda la prudencia necesaria para no precipitar un lance, que seguramente iba á serles funesto en aquel lugar cercado de enemigos, consintió en aplazarlo para mas favorable coyuntura, y aun puso á la consideracion del Capitan la conveniencia de no llevarlo adelante, y de dejar al libre albedrío del objeto de sus amores la sentencia definitiva de su disputa.

—Convendreis, señor D. César de Mendoza, en que no dicta mis razones el miedo, dijo al esponer su proposicion.

—¿Quién lo duda? le respondió el Capitan. Paréceme bien vuestro propósito y lo acepto en todas sus partes. Hagamos pues pleitería de estar á lo que María Quincoces resuelva, así como la hicieron el rey Francisco de Francia y el nuestro D. Cárlos de Gante, de atenerse á lo que los Estados de Alemania sentenciasen sobre la succesion al imperio.

—No se hable mas, repuso D. Fernando. ¡Quién sabe si los dos quedaremos desairados!

—¡Quién sabe! repitió D. César; pero así tambien saldremos de dudas antes de matarnos inútilmente por ella.

—Juro pues observar fielmente el convenio, y conformarme con mi suerte, murmuró el alférez alargando su mano.

—Y yo, replicó el Capitan estrechándola.

Desde aquel instante caminaron como buenos amigos, sin volver á acordarse de *La Garza Real* en sus conversaciones, hasta el encuentro que tuvieron en las inmediaciones de Valladolid, y que les obligó á separarse.

Yacía entre tanto el conde D. Francés postrado en el mullido lecho de la enfermería de Santa Clara, y era objeto de la solicitud y de los mas tiernos cuidados de las monjas. Algo habia llamado la atencion de la abadesa la circunstancia de que, al reconocer una religiosa, versada en la ciencia de Esculapio, las heridas del Padre

Zúñiga, halló que ceñía un descomunal acero; mas el buen vicario atribuyó semejante precaucion á la necesidad, en que las revueltas ponian aun á los siervos de Dios, de no descuidar en sus viages la defensa natural que él mismo impone como precepto á todas las criaturas. Aquí, como se vé, se olvidó el sacerdote de la humildad evangélica, mas logró el objeto que se proponia tranquilizando á la madre superiora.

Afortunadamente no eran graves las dos heridas; el dolor que le habian causado las puntas de los aceros de sus dos amigos, al horadar su piel, le habia hecho perder el sentido, y la gran cantidad de sangre, que la falta de pronta asistencia contribuyó á que derramára, no le habia permitido volver en su acuerdo, hasta que la religiosa, de que hemos hablado, terminó la primera cura. Entonces abrió los ojos, arrojó un gran suspiro, examinó detenidamente, aunque con asombro, el sitio en que se hallaba, dió al parecer, con una sonrisa, las gracias á las monjas que rodeaban su lecho; mas de pronto fijó su vista en la que acababa de vendarle, púsose á temblar como un azogado y arrojando por fin un agudo grito de desesperacion y de angustia, volvió á quedar sin conocimiento.

—Esto no es nada, madre mia, dijo la religiosa acercándose á la abadesa: ha perdido mucha sangre y están trastornadas sus ideas. Al encontrarse entre nosotras, ha esperimentado un sacudimiento, que no anuncia el menor peligro, con tal que no se abran sus heridas. Ahora necesita descansar, y es preciso que las hermanas se retiren, para que cuando salga de su letargo, no vea lo que puede afectarle. Yo sola velaré, y aun eso desde donde no me distinga, aunque vuelva á abrir los ojos. Dispóngalo así nuestra madre, que ya tendré cuidado de llamar, si fuere preciso.

—Por dispuesto, respondió la superiora. Vamos, hijas mias, vamos á coro, para rogar á Dios por la salud de este santo padre espiritual, á quien los réprobos han puesto á dos pulgadas del sepulcro.

Las monjas y el vicario salieron de la enfermería, quedando sola

con Francesillo la religiosa encargada de atenerle. Y no bien observó ésta que todas se habian alejado, cuando acercándose al lecho, destapó un frasco que en la mano tenia y echó algunas gotas de cierto licor amarillento en la boca del herido. El bufon volvió en sí á los cinco minutos, pero su entendimiento estaba ya mas despejado y podia recordar todo cuanto le habia ocurrido, desde su salida de Valladolid con Alarcon, hasta el instante en que las dos espadas penetraron á un mismo tiempo en su carne. Al examinar otra vez á aquella religiosa, que le miraba impasible y parecia fascinarle, apretó los párpados, como si pretendiese ahuyentar de su cerebro una horrible vision y murmuró lánguidamente:

—Es el ángel malo, que me persigue: durmamos, para que ceda la calentura y con ella se evaporen mis fantasmas.

—La calentura ha cedido, gracias á mis desvelos, dijo tranquilamente la monja.

—¡Ella!... ¡Ella aquí!... ¡Su voz!... esclamó Francesillo, bañado en sudor: pero.... es imposible.... los diablos no penetran en estas santas casas.....

—Los diablos penetran en todas partes, repuso la enfermera. Miradme bien.... yo soy.... no en espíritu, como me retrata vuestra imaginacion, sino en carne y hueso, como me conocísteis en Madrid.

—¡La loba!... ¡Dios Todo-poderoso!... ¡La loba en el monasterio de Santa Clara de Palencia!... Porque... supongo que en él estamos, á no ser que por tus artes me hayas conducido á la enfermería del infierno.

—Allá iremos todos; mas por ahora no os equivocais. En Santa Clara de Palencia nos encontramos.

—Y.... ¡la pobre Garza Real!... se atrevió á preguntar el herido, temiendo que aquella execrable muger tuviese ya á María bajo su yugo.

—¡La Garza Real! repitió ella rechinando los dientes. ¡La Garza Real!... Eso es lo que yo quiero saber.... su paradero.... y el del

capitan D. César de Mendoza.... y el de Toribio Quincoces.... y el del alcalde Ronquillo.... porque todos han de perecer á mis manos.... ¿Lo habeis oido bien?... Todos... hasta el último de todos.... Hé ahí tambien porque á estas horas vivís.....

—¡Ah!... ¡Con que vivo!.... ¡Con que no estoy envenenado! gritó D. Francés.

—Silencio, replicó la monja, á la que ya habrán aplicado nuestros lectores su nombre propio de Poncia Morcilla: silencio, ó no respondo de lo que haré... Vuestra existencia depende de mi voluntad, y vivireis con dos condiciones; primera sacarme de este encierro maldecido; segunda, entregar á mi venganza *La Garza Real* y decirme donde se hallan el Capitan, mi marido y el alcalde.

Francesillo respiró al considerar que María, aunque cobijada bajo el mismo techo que su infame madrastra, no se habia ofrecido ante sus ojos: importábale pues alejar á la última del convento, para completa seguridad de la primera, y así no vaciló en responder:

—Acepto el trato, y lo aceptaria, aunque me lo propusiera el mismo Satanás: pero ¿quién me responde de que, durante mi desvanecimiento, no haya bebido unas cuantas gotas del agua de Rueda, que me destruyan y aniquilen poco á poco?

—Yo; habeis de saber que solo enveneno por ódio ó por interés: no os aborrezco y.... tampoco ignoro que no sois rico.

—Perfectamente; ya veo que te has quitado la máscara, y por lo mismo quiero hablarte claro, ya que tanto me importa, segun aseguras, jugar con dados limpios y corrientes.

—Os vá en ello la vida.

—No es necesario que me lo digas dos veces; andas tú metida en el negocio, y.... basta. Únicamente deseo que atiendas á las dificultades que van á ocurrir, para que se cumplan tus propósitos y.... los mios.

—¿Cuáles son?

—Tratemos, en primer lugar, de mis heridas.

—Dos rasguños miserables, que cerrados á tiempo, no os hubieran traido á mi poder. Mañana os levantareis sin el menor peligro, por la virtud de ese bálsamo que haria resucitar á un muerto.

—Dios te lo premie y nunca te ahorque Ronquillo. ¡Ah! ¿Sabes que estaba yo en Barcelona, cuando el travieso alcalde se empeñó en que habias de salir á bailar en la cuerda?

—Ya me las pagará todas juntas.

—Bien hecho; es enredador como pocos y capaz de retorcer el cuello en garrote á su mismo padre. No, pues como yo pesque á mi ahijado D. César de Mendoza.....

—¿Pues en qué os ha ofendido?

—Uno de estos rasguños es fruta de su cosecha.

—¡Cómo!... ¿No os han atacado los *Comuneros?*

—¡Bah! El Capitan robó *La Garza* en Valladolid y la trajo á Palencia, con intencion de poner su hermosura á buen recaudo en este convento; seguíle yo, acompañando á D. Fernando de Alarcon, que tambien la ama, para impedir su locura.....

—¡Y la impedísteis!....

—Claro está. Nos encontramos todos en el patio del monasterio; ellos sacaron las espadas, yo quise poner paz, y entre los dos me hirieron á derecha é izquierda.

—¿Y *La Garza?*

—Desapareció con D. César por donde vino.

Mas.... en el locutorio habia un fraile, cuando os condujeron á él.

—¿Sí? Pues era Alarcon, que al dejarme en lugar seguro, ha echado á correr detrás de los fugitivos.

—Luego deben hallarse ahora.....

—Camino de Valladolid ¿quién lo duda? ¿Quieres que hayan ido á meterse en otra ciudad de las sublevadas?

—¡Ah! Pronto.... pronto.... es preciso que huyamos de aquí.

—Ya.... ya estoy en eso.... pero ¿cómo? Ese es el *magnum opus*, y si esas buenas madres te han enseñado algo de su perverso latin, ya habrás comprendido lo que quiero significar.

—Ni me lo han enseñado, ni deseo aprenderlo: hé aquí otra cosa mucho mejor. Mañana estaréis en pié.... pasado mañana, en la calle. Presentaos al pueblo; fingid que perteneceis al bando de las *Comunidades*, y arengad á los mas revoltosos. ¿No han incendiado las casas del obispo? Pues haced vos que reduzcan á cenizas el monasterio de Santa Clara. Despues.... tomaremos juntos la vuelta de Valladolid.

—Eres el mismísimo Demonio en cuerpo y alma, loba de Lucifer. ¿Con que por servir tus antojos he de convertirme en sacrílego, en impío, en ladron, en destructor de templos, en.....

—Callad, si no quereis morir y cumplid mi mandato. Las religiosas salen del coro y tal vez se acerque á este sitio la madre abadesa. Si os atreveis á acusarme, si pronunciais una palabra indiscreta.... temblad, porque pronunciareis la sentencia de vuestra muerte. El agua de Rueda mata cuando se arroja al rostro, lo mismo que cuando se bebe.

Diciendo así la señora Poncia, se separó del lecho de Francesillo.

CAPITULO XI.

De cómo recibia el cardenal Adriano las malas nuevas.

o bien supo Juan de Padilla la traicion del del general de las *Comunidades* y la toma de Tordesillas, cuando arrepentido de su inaccion y sobre todo del descubierto en que se hallaba su honra, salió de Toledo al frente de dos mil hombres. Esta nueva alentó algun tanto las perdidas esperanzas, y á su llegada á Valladolid fué proclamado otra vez por caudillo de los *Comuneros*. La *Santa Junta* habia elegido para este cargo á D. Pedro Laso de la Vega, como el que mas merecimientos contaba entre los que desde un principio se alzaron en pró de los fueros de Castilla; mas el pueblo se negó á sancionar tan acertada providencia, y á pesar de las instancias y del decidido empeño del mismo Padilla, que dió en aquella ocasion

pruebas inequívocas de noble desinterés, (1) se declaró tumultuosamente contrario á la eleccion, apedreó las casas de algunos individuos de la *Junta* soberana, llegó hasta el punto de insultar al prudente Laso de la Vega, y solo consintió en apaciguarse, cuando vió al Capitan toledano á la cabeza de los batallones *comuneros*. El presidente de la Junta, herido sensiblemente en su orgullo como buen patriota y como hombre que mucho valía, cuando tanto escaseaban los constantes defensores de la causa popular, juró vengarse de los que así habian despreciado sus altos servicios, entrando en relaciones con los magnates, no para consumar una perfidia como la de D. Pedro Giron, sino con el propósito de llevar las cosas á términos conciliatorios, de los cuales resultase la tranquilidad del reino. Sus gestiones produjeron buen efecto entre los Gobernadores, y el Almirante las apoyó hasta el punto de quedar concertada una trégua entre las fuerzas batalladoras, sin que ninguna de ellas la observase; prosiguieron no obstante los tratos, por mediacion de fray García de Loaisa, religioso dominico, que andando el tiempo llegó á ser general de su órden, obispo de Osma, de Sigüenza, cardenal y arzobispo de Sevilla, ayudado del franciscano fray Francisco de Quiñones; pero el partido belicoso de las ciudades los inutilizó completamente, fomentando en Valladolid un escandaloso tumulto contra los que deseaban la paz, y persiguiendo de muerte á varios vocales de la Junta. Aunque el obispo de Zamora y Padilla se echaron á la calle para sosegar el alboroto, fueron inútiles sus esfuerzos; el pueblo victoreó á los dos caudillos, en quienes

(1) Hé aquí las palabras que Juan de Padilla dirigió á los sediciosos:—«Señores, «ya sabeis como yo vine por capitan de la cibdad de Toledo en favor de las comuni«dades del reino, para vos servir y ayudar; é como sabeis que la cibdad de Toledo es «igual de Valladolid é de las otras cibdades, acordaron de me enviar á vos favorecer; «é yo con la mesma voluntad lo he hecho; que hasta la muerte é mientras la vida me «durase, no dejaré de vos servir. Y así vos tengo en merced la buena voluntad que «me teneis. Mas, pues los señores de la Junta acordaron de elegir capitan general «para esta jornada, creed que es por bien que sea elegido, é así lo teneed. Y el pri«mero que lo votó fuí yo, porque este es el mas sano camino, cuanto mas que aque«llos señores saben bien lo que se hacen.» *Relacion de todo lo sucedido en las Comunidades de Castilla y otros reinos*, por Gonzalo de Ayora.

habia puesto su confianza, y cogiéndolos en medio, los llevó en triunfo por todas las calles de la ciudad, cantando para dar en rostro á Laso de la Vega y á sus amigos:

Que viva el obispo Acuña
y con él Juan de Padilla;
despues de Dios, estos dos
quitan el pecho á Castilla.

Despues de esto levantaron las turbas un tablado en la plaza Mayor, y capitaneadas por la *Santa Junta* que llevaba lucido acompañamiento de trompetas y timbales, declararon traidores, á voz de pregonero, al almirante D. Fadrique Enriquez; al condestable don Iñigo Fernandez de Velasco; al cardenal Adriano de Utrech; al conde de Haro, capitan general de los *Imperiales*; á los condes de Alba de Liste, de Benavente, de Cifuentes, de Escalona y de Salinas; al prior de San Juan; al marqués de Astorga; al arzobispo Rojas; al jurisconsulto Vargas y al señor de la Puebla de Montalvan. El Rey, por su parte, no apartaba los ojos de Castilla, á pesar de hallarse ausente, y envió á los Gobernadores nuevos despachos, por los cuales les autorizaba para que, en vista de la obcecacion de los principales promovedores de tanto disturbio, que no se daban á partido, (1) los declarasen traidores, rebeldes, infieles y desleales, condenándoles sin tela de juicio, á la pena de muerte y confiscacion de sus bienes, si eran seglares, y á los eclesiásticos, cualquiera que fuese su dignidad, á perdimiento de oficios y rentas, con lo demás que las leyes establecian contra los alborotadores y sediciosos de su clase. Además daba D. Cárlos por bueno y válido todo lo que en tal sentido providenciasen los de su Consejo, así como des-

(1) *Doscientas cuarenta y nueve* eran las personas comprendidas en el despacho ó provision Real, segun la nota que de sus nombres se leen en la *Relacion de algunos sucesos de estos reinos, despues de la muerte de la Reina Católica doña Isabel, hasta que acabaron las Comunidades de Castilla*, escrita por el toledano Pedro de Alcocer.

de luego anulaba cualquiera otra declaracion que se hubiese hecho, ó se hiciére en favor de los amotinados.

Enconados así mas y mas los ánimos de los *Comuneros* y de los *Imperiales*, salió Juan de Padilla de Valladolid, decidido á apoderarse de Torrelobaton, villa del Almirante, y cuya guarda, como hemos visto, habia encomendado el conde de Haro, á Garci Osorio. La posicion y condiciones militares de su castillo daban á la poblacion grandísima importancia. «Sin mas que verle, dice una curiosa reseña de sus ventajas, que tenemos á mano, (1) se comprende su formidable castramentacion en aquella guerra primitiva de brazo á brazo, en que para nada entraban los modernos agentes de espugnacion. Situado á la estremidad septentrional de la villa y sobre cierta prominencia, su planta hace un cuadrado de cuatrocientos piés de perímetro, cerrado por soberbias murallas de mampostería, concertadas y fortalecidas en los ángulos con imponentes defensas. Descuellan sobre los muros, en tres de los esquinazos, arrogantes cubos salientes, con sesenta y cuatro hiladas de elevacion y ochenta piés de circunferencia en la plataforma, guarnecida, como el murallaje, de modillones y antepechos. En el ángulo restante al Sur se eleva la torre colosal del *Homenage*, cuadrangular en su forma, con ciento cincuenta piés de alzado, cincuenta de diámetro en el glácis y quince de codal en sus paredes. Ciñen su cúspide líneas de cánes y barandas del sistema general, y vuelan sobre el todo de la potente mole ocho baluartes circulares, rematados con un coronamento elegantísimo de modillones y almenares cerrados, que resguardan sus altísimas plataformas. Súbese á esta formidable altura por una hermosa escalera de anillo en sillería, y desde allí se domina el melancólico valle que se estiende á su pié, sembrado de aldeas y guarnecido de blanquísimos collados.»

«Este castillo es muy notable, no solo por su elegancia, amplitud y construccion, que le hacian inexpugnable al arma blanca,

(1) El castillo de Torrelobaton por V. G. Escobar. S. P. de 1853. Pág. 210.

sino tambien por estar perfectamente conservado, y sobre todo, por su celebridad histórica y militar. Se ignora su fundacion; pero por la forma de la obra y sistema castramentario, es indudablemente del siglo XII. Las ojivas rudas y poco esbeltas de su subterráneo, y el poco uso que se hizo de la elipse germánica en su fábrica, donde domina el antiguo hemiciclo lombardo, hacen creer que se empezó á construir recien introducido el gusto gótico, y que aun dominaban las tradiciones de la decadencia latina. Las troneras abiertas en los parapetos son para el uso de la ballesta y armas arrojadizas. Así es que no tiene almenares abiertos, ni aspilleraje para mosquetería, ni tiros menores. En los torreoncillos del *Homenage* resaltaban los blasones de la casa señorial de los Almirantes, á quien perteneció la fortaleza, pero que fueron incrustados en la fábrica muchos años despues de su orígen.»

«Allí se ven las armas de Leon y de Castilla, las Barras aragonesas, y otros timbres que formaban cuarteles en el escudo del poderoso señorío. El nombre de la fortaleza y de la villa procede de sus armas, constituidas por un castillo roquero, á cuyas puertas hay dos lobos encadenados á la cerradura.»

Padilla reunió en Zaratan, á tres cuartos de legua de Valladolid, su hueste, compuesta de siete mil infantes, seiscientas lanzas y bastante artillería, y encaminándose á Torrelobaton, embistió la villa con mas arrojo que prudencia. Caro le costó este primer encuentro, porque dispuestos los de Garci Osorio á recibirle, hicieron en sus filas mortífero estrago desde el muro, con sus arcabuces y ballestas. Los *Comuneros*, que en su brusca acometida se habian apoderado del arrabal, lo conservaron casi todo el dia, muriendo muchos valerosamente por no ceder de su empeño, hasta que, á la caida de la tarde, dispuso el general la retirada, así para atender á los heridos, como para reunir á sus capitanes y acordar con ellos el medio seguro de enseñorearse de una posicion, que por su proximidad á Tordesillas, era para ellos de la mayor importancia.

El caudillo de las *Comunidades*, cuya bravura le hacía capaz de

acometer las mas arriesgadas empresas, calculó falsamente su plan de campaña, pues debia conocer que, una vez dueño de Torrelobaton, se vería cercado por todas las fuerzas del conde de Haro, que observaba sus movimientos. La flojedad con que este magnate acudió en auxilio de la villa atacada, contentándose con ligeras escaramuzas de su caballería, no le abrió los ojos para hacerle desistir de un triunfo, que iba á ser la muerte de su partido. Algunos historiadores pretenden, que el acierto hubiera estado en marchar los *Comuneros* sobre Tordesillas, despues de la toma de Torrelobaton, á fin de reconquistar la residencia de la Reina, que habian perdido por la traicion de su anterior gefe. Nosotros opinamos que, para acometer esta empresa, no tuvo necesidad de perder un tiempo precioso en la villa del Almirante, pues pudo dirigirse desde luego sobre Tordesillas, cuya guarnicion no era numerosa, contando con las simpatías de su poblacion, como estaba seguro de contar, y sin temor de ser molestado por la gente de Garci Osorio. Mas tampoco era este el verdadero rumbo que habia de proponerse un general en aquellas circunstancias: de moverse Padilla de Valladolid, la razon le impelia poderosamente á atacar al enemigo mas inmediato y á posesionarse de un punto que, en caso de desgracia, hubiérale servido para asegurar su vuelta. Simancas era el ángel malo de Valladolid: mientras permaneciese en poder de los *Imperiales*, poco le importaba al conde de Haro la escursion de Padilla, pues tenia la certeza de arrollarle, si llevaba la guerra á otro terreno: Simancas pues era la llave estratégica de la campaña, el sosten del movimiento revolucionario de Castilla, y el gefe comunero dió una prueba irrecusable de su escasa aptitud militar, desentendiéndose de su rendicion, ya que antes habia desdeñado guarnecer sus almenas, por conquistar laureles, si bien gloriosos para su nombre, no solo inútiles, sino funestos para la causa que defendia.

Otras veinte y cuatro horas transcurrieron, sin que los de Torrelobaton sucumbiesen, ni los de Padilla cesasen de disparar su

artillería; las desgracias fueron en menor número que las del dia anterior, porque todos peleaban mas resguardados, y entonces se dejaron ver en el campo algunos ginetes *imperiales*, cuyo intento, al parecer, era introducir refuerzos ó víveres en la villa. Si tal pensaron, muy en breve desistieron de su propósito, contentándose con observar las operaciones del enemigo y retirándose, despues de escaramucear en ademan de acometer, á sus acantonamientos de Portillo y de Simancas. A este alarde se redujo el apoyo que prestó el conde de Haro á los de Torrelobaton; la ceguedad de Padilla le aseguraba un triunfo mas completo, que el que allí se prometia conseguir.

Amaneció el tercer dia y las bombardas de los populares abrieron por fin grandes portillos en el muro; la lucha fué sangrienta, porque todos pelearon cuerpo á cuerpo y en espantoso desórden, sin que el gefe *comunero* y sus capitanes Bravo y Maldonado escaseasen sus vidas en lo mas récio del combate; mas nada bastó para contrarrestar la firmeza de los sitiados, que se batieron como tígres, rechazando desesperadamente todas las acometidas, hasta que por fin lograron ahuyentar á sus ofensores hasta los arrabales. La necesidad de reposo hizo suspender por ambas partes toda tentativa de agresion durante la noche: mas apenas despuntó la nueva aurora, cuando el general toledano se lanzó de nuevo al asalto subdividiendo su gente; los de Torrelobaton, muertos ya de fatiga y muy mermados, no pudieron sostenerse mas, y se entregaron al ver caer prisionero á Garci Osorio. De poco les sirvió esta resolucion que tomaron para que no padeciese la villa, pues esta fué entrada á saco, lo cual hizo que los de la fortaleza se negasen á rendirla, hasta que por último lo verificaron, bajo palabra que les empeñó Padilla de que las personas quedarian libres y podrian salir con la mitad de lo que en el castillo tuviesen, así en ropas como en dinero y alhajas.

Comiendo estaba el cardenal Adriano en Tordesillas, cuando se le presentó cubierto de lodo y dando manifiestas señales de viví-

sima agitacion un personage, á quien hemos dejado á bastante distancia del teatro de la guerra. Al verle el gobernador, no pudo menos de incorporarse sorprendido, y le preguntó:

—¿De dónde sales, bribon?

—De las garras del enemigo malo, tio Lovaina, le contestó Francesillo, pues no era otro el recien llegado, y traigo muchas cosas que contarte.

—Díme cuanto quieras, murmuró el Cardenal, y si sabes alguna noticia de los rebeldes, no tardes en comunicármela.

—¡Qué si sé! repuso el bufon estirándose cuanto pudo. ¿Por quién me tienes? ¿Imaginas acaso que hago lo que tú, comer y dormir á pierna suelta, mientras otros trabajan? Yo corro por el mundo, para enterarme de todo; pero el que quiera saber mis nuevas, ha de pagármelas.

—De modo que, si tan importantes son.....

—Importantísimas; de eso no se hable.

—¿Y en cuánto las tasas?

—En un faisan asado y en una rica empanada de palominos.

—¡Ah! ¿Tienes hambre?

—De faisanes y de palominos, como tú de las llaves de San Pedro. Apuesto á que sueñas muchas veces con la palabra que te dí de hacerte Papa. En cambio, dame tú ahora que comer.

—En cambio de esa palabra no, sino de las noticias que traes. Mi repostero te tratará bien.

—¡Oh¡ No le incomodes, porque á mí me basta lo que á tí te sobra.

Y sin el menor cumplimiento, echó mano el ejecutivo D. Francés á un dorado faisan, que desde su ochavada fuente de plata hacía cosquillas al apetito, y le dió fin en un abrir y cerrar de ojos. Acto contínuo empuñó el montante (que no merece otro nombre el descomunal y cincelado cuchillo, que para trinchar servia) y hundiéndolo con furia en el corazon de una sabrosísima empanada, que no era de palominos, sino de liebre, la dividió en dos trozos, que

uno primero y otro despues se engulló, mascando á dos carrillos, á fin de concluir en breve con la pitanza. Limpióse en seguida la boca con gran prosopopeya, y apoderándose cortesmente de una ancha copa de oro, que estaba colmada de esquisito vino blanco de Rueda de Medina, con destino al estómago del Cardenal-gobernador, la apuró de un solo trago. Terminada esta operacion arrellanóse á sus anchuras en un sitial, castañeteó con los dedos y dijo:

—De buena uva ha salido el jugo, flamenquito de mi vida, y me has tratado como cuerpo de rey.

—¿Estás contento con haberte engullido los manjares, que mas apetezco en el muudo? repuso Adriano con iracunda inflexion en su voz.

—Ancha es Castilla, respondió Francesillo; que te traigan otros. Yo soy primero que tú, porque acabo de llegar de un largo viaje.

—No me acordaba. ¿Qué me cuentas?

—Justo es que me lo preguntes, despues de haberme regalado. Atiéndeme bien, porque lo que voy á decirte importa mucho: en primer lugar, tio lobo de Lovaina, he encontrado á la loba en el monasterio de Santa Clara de Palencia, lo cual viene á ser lo mismo que si Satanás con su rabo y con sus cuernos se metiese en el fondo de una pila de agua bendita.

—¿Qué significa esa invencion? Nada entiendo de tu algarabía.

—¿Con que no conoces á la loba?

—¡Válgame Dios y qué fragil eres! ¿Te acuerdas de la *Garza Real*?

—Sí, por cierto. ¿No vino con nosotros de la Coruña? ¿No la llevaste despues á ese convento de Santa Clara de Palencia, que has nombrado? Mucho bien de ella me dijiste. ¿Cómo es que ahora la llamas loba?

—¡Ira de Dios y que buen gobernador de Castilla tenemos! ¿Quién ha inventado absurdo semejante, sino tu infelicísima mollera? ¿Quién te ha dicho que llamo yo loba á la *Garza Real*, ni á nadie mas que á la loba misma? Has de tener entendido, que esa *Garza*

Real tiene una madrastra, mitad muger y la otra mitad harpia, esfinge, avestruz, cocodrilo, dromedario ó lo que quieras.

—¡Ah! Ya caigo; me hablaste de ella, como de una envenenadora, á quien quiso ahorcar el alcalde Ronquillo.

—No anduvo poco torpe su merced, despues que nos separamos en Barcelona, pues en lugar de colgarla de un árbol, seguro de que ningun vicho viviente le habia de pedir cuenta de su persona, ó de ponerla en manos de los inquisidores, para hacer siquiera una obra meritoria á los ojos de Dios, se entretuvo el bobalicon en convertirla para el ayuno y la disciplina, y la encerró nada menos que en Santa Clara.

—De modo que allí encontró á María.....

—Así hubiera sucedido tarde ó temprano, á no haber pedido los sediciosos de la ciudad cartas en el juego. Fué el caso que la loba, como he dicho, se encontraba en el monasterio haciendo penitencia por sus culpas, cuando quiso Dios.... no; Dios no quiere semejantes escándalos; cuando quiso Lucifer.... tampoco; Lucifer no es capaz de atreverse á habérselas conmigo; cuando quisieron el capitan D. César de Mendoza y el alférez D. Fernando de Alarcon, mi ahijado el uno, mi compadre el otro y ambos los dos mayores diablos de este mundo, que yo entrase tambien, rejas adentro, nada menos que en clausura.

—¡Cómo! ¡Profanaste la santidad del claustro, miserable pecador!

—No, porque entonces me conocian todos por el reverendo padre fray Francés de Zúñiga. ¡Si hubieras visto que bien me sentaba el hábito de Santo Domingo! Por lo demás, yo no entré en Santa Clara, sino que me metieron los alborotados de Palencia; y no fué eso lo peor, sino que los mismos que me metieron, me sacaron; y tampoco paró aquí la cosa, sino que la hambrienta loba se echó conmigo á la calle. Escucha como aconteció todo en tres dias.

Al llegar aquí, refirió Francesillo al Cardenal el lance que le

puso á merced de la señora Poncia, con todos los incidentes y particularidades que en el mismo ocurrieron, así como el plan de evasion que le propuso aquella muger infernal; despues prosiguió diciendo:

—Segun me habia asegurado la envenenadora, me levanté de la cama al dia siguiente, y ya tenia pensado salir al otro de mi encierro, no para reunir las turbas é incendiar la casa de Dios, sino con el propósito de entenderme con el Vicario, á fin de sacar á la loba y conducirla á las cárceles del Santo Oficio; mas no pareció sino que los bribones de Palencia habian adivinado el plan de la harpia, porque no bien llegó la noche, cuando lo pusieron en ejecucion. Mil gritos horribles sobresaltaron á las pobres monjas, un torbellino de llamas iluminó los claustros y corredores del monasterio, y la Madre abadesa, temiendo perecer abrasada con su rebaño, mandó que se abriesen las puertas que daban salida al locutorio y al templo. Por esta última huyó la loba, aprovechándose de la confusion que reinaba entre la comunidad, y yo la seguí, despues de cerciorarme de que la *Garza Real* y las religiosas no corrian el menor peligro. Reuníme en la calle con ella, y por las voces de muchos alborotados, me convencí de que me buscaban, por haber descubierto que mi ahijado Mendoza y mi compadre Alarcon pertenecian al bando de los *Imperiales*. Esta fué la causa principal de la atroz barbárie, que acababan de cometer aquellos sacrílegos. Y como á la loba y á mí nos importaba alejarnos de Palencia, nos metimos de rondon en un portal, me desembarazé en él de mis queridos hábitos de la santa órden de Predicadores y echamos á andar de nuevo, por apartados sitios, hasta salir de la ciudad. Mi endiablada compañera conservaba el frasco que contenia el temible licor con que me habia amenazado, y díjome por segunda vez que la llevase á Valladolid, adonde la llamaba rabiosamente el deseo de vengarse, jurando que al primer síntoma de traicion me arrojaria al rostro toda su agua de Rueda.

—Y tú ¿qué hiciste?

—Disimular y someterme á su estravagante capricho.

—Obraste como un imbécil, ya que podias sujetarla.

—Ahora acabo de conocer que debajo de tu solideo no hay un adarme de sentido comun. ¿Qué querias que hiciese de ella en aquel despoblado? ¿No era mejor llevarla á Ronquillo, para adquirir el derecho de llamarle cernícalo?

—¡Ah! ¿Se la has entregado?

—Todavia no; la tengo escondida.

—¿En dónde?

—Aquí; en el real de los *Imperiales*, y ayer fuí á la villa de los lobos, separándome de la loba, bajo pretesto de tomar lenguas sobre el paradero de la *Garza Real*.

—Vete á Satanás con tus lobas y con tus lobos.

—En tal caso, tendrás que seguirme.

—¿Qué villa es esa que has nombrado?

—La que ayer era de mi hermano cecina y mal de piedra ¿me entiendes? del Almirante de la gota, quiero decir, y que hoy pertenece á todas las ciudades de Castilla. Pregúntaselo á Garci-Osorio.

—¡Cómo! ¡Se habrá rendido Torrelobaton!

—Gracias á Dios que has acertado algo, desde que estoy contigo. De esa torre vengo, tio lobo de Lovaina, y he presenciado desde los arrabales la entrada de Juan de Padilla el *Comunero*, la prision del alcaide de la fortaleza y el saqueo general, que á estas horas no habra dejado títere en pié.

—Mientes, bellaco; lo único que pretendes es asustarme con tus locuras.

Al pronunciar estas palabras, se abrió la puerta de la cámara de Adriano y éste recibió del capitan general de los *Imperiales* la respuesta, que ya rebosaba en los lábios de Francesillo:

—Señor Gobernador, le dijo el conde de Haro, si creeis que

es mala noticia la pérdida de Torrelobaton, dadla por segura.

—¡Con que era cierto! exclamó el Cardenal, pálido como un cadáver. Huyamos.... llevemos á la Reina.... á Rioseco.... á Medina del Campo.... á Simancas.... Esos foragidos van á caer sobre nosotros esta noche.... General.... General.... esplicadme lo que vamos á hacer.....

—Estarnos quietos, replicó el magnate con tranquilidad.

—¡Quietos!... ¡Quietos en Tordesillas, cuando ellos están en Torrelobaton!... gritó Adriano. ¡Cuando ya se habrán movido para venir á degollarnos á todos!... ¿Ignorais que el rebelde Padilla tiene mas de ocho mil hombres?

—Dejadle que tenga veinte mil, repuso el Conde sonriéndose, como que ya presentia una gran victoria para la causa del Rey.

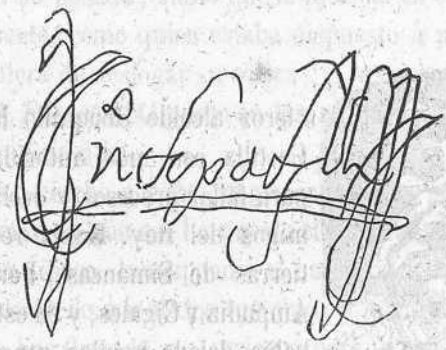
—¡Santísima madre de Dios....! ¡Veinte mil hombres....! ¡Ah! Hoy voy á morir de susto.... ¡Conde....! ¡Conde.... ¡Y me venís con tan horribles nuevas, cuando acabo de comer!

—Indigestion tenemos, murmuró Francesillo.

El conde de Haro, que habia ido á ver al Cardenal, no solo para enterarle de la victoria de los *Comuneros*, sino para hacerle comprender que en ella estribaba la sumision de Castilla, desistió de su propósito al verle tan sobresaltado, y se retiró para concertar con el almirante D. Fadrique Enriquez su nuevo plan de campaña. Don Francés no quiso dejar solo al maestro de Cárlos *quinto*, porque conoció que en breve tendria necesidad de auxilios, y así sucedió efectivamente; la noticia de que Juan de Padilla, triunfante y dueño de la villa mas fuerte de la comarca, solo distaba tres leguas, dando ya por seguro de que, antes de que alumbrase el nuevo sol, se hallaria á la cabeza de veinte mil hombres, le trastornó de tal modo que, segun habia anunciado el bufon, se le indigestó la comida y le sobrevino un fuerte cólico, con grandes accidentes. Llamáronse al punto los médicos de la Reina para que le asistiesen, pero el medroso Prelado se agravó hasta tal punto, que todos temieron aquella noche por su existencia.

Al siguiente dia dijo D. Francés al Almirante:

—Fadriquito mio, esto vá muy malo: ya has visto que ayer puso tu villa de Torrelobaton al lobo de Lovaina á dos dedos del sepulcro, y así te prevengo que deis pronto al traste con ese Juan de Padilla, que nos causa tanta zozobra. Si así no lo haceis, pronto quedará vacante una plaza en el gobierno y tendreis que elegirme á mí para que os apriete las clavijas.



CAPÍTULO XII.

En el cual se prueba que la Loba tenia buen olfato y que el Condestable de Castilla sabia levantar la caza.

El feroz alcalde Ronquillo habia vuelto á Castilla con mas autoridad que antes, para fallar procesos y deshacerse de enemigos del Rey. Habia recorrido ya las tierras de Simancas, Portillo, Medina, Ampudia y Cigales, y en estas poblaciones habia dejado huellas sangrientas de su marcha, ahorcando á rebeldes prisioneros y dirigiendo pregones á los de Valladolid, para que se rindiesen y entregasen á sus caudillos, si no querian sufrir la misma suerte. Solo su nombre aterraba á los mas animosos, y cuando llegó á Tordesillas, el chillador Zalea y los mas comprometidos por la causa popular, no creyéndose seguros, imaginaron que el mejor medio que podian elegir era salirse de la villa y ponerse en salvo. Aprovecháronse de la favorable coyuntura que les ofrecia la reciente

victoria de su partido con la toma de Torrelobaton, y una noche se fueron al campo unos doscientos vecinos, capitaneados por el referido Zalea, quien acaso, por la primera vez de su vida, supo llevar á término una intentona, sin hacer que abortase á fuerza de gritos. No bien supo Ronquillo la ocurrencia, cuando presentándose en la plaza con estrepitoso acompañamiento de corchetes y verdugos, convocó á todos los parientes de los fugitivos, con el propósito de ahorcarlos, pero D. Fadrique Enriquez le hizo desistir de tan inútil y horrible matanza, asegurándole que la causa de D. Cárlos triunfaria muy pronto, sin que sus defensores tuviesen que apelar á medidas tan crueles. Por respeto á la permanencia de la reina doña Juana en Tordesillas, consintió el alcalde en perdonar al vecindario un crímen de que legalmente no podia acusársele, y se retiró de la plaza profiriendo anatemas contra los traidores y jurando que no dejaria uno solo con vida y hacienda.

Al entrar en su posada, sintió que le tocaban en el hombro: volvióse bruscamente, como quien estaba dispuesto á no perder una ocasion cualquiera de desfogar su cólera, y se encontró cara á cara con el conde D. Francés. Al punto se desarrugó su entrecejo y alargándole la mano, le dijo:

—Venga un estrecho abrazo, alegre camarada, para que se disipe el mal humor en que me ha puesto el Almirante.

—¡Eh! Poco á poco, le respondió el bufon haciéndose atrás; tocaré con las yemas de mis dedos tus cinco y la garra; se entiende, porque hoy no has firmado sentencias y porque vengo á reñirte.

—¿Por qué? preguntóle el alcalde, enseñando los dientes con una sonrisa infernal.

—Ríete cuanto quieras, le contestó Francesillo; eso no impedirá que seas un estúpido y que, si llego á amostazarme, pida á mi primo Carlitos que me confie tu vara.

—En fin, sepamos la falta ó faltas de que me acusas.

—Te acuso..... te acuso de que no sirves para el cargo que ejerces.

—¡Bah....! ¡Bah! Hoy no estás para gracias, amigo mio. ¿Imaginas que no he ahorcado á bastantes pícaros? Por supuesto, sin que entren en la cuenta los que pienso ahorcar.

—Ahí está el mal negocio, compadre Ronquillo; que ahorcas á troche y moche todo lo que huele á *Comunero*, y dejas que los malvados se nos suban á las barbas.

—Háblame liso y llano, porque si has descubierto por ahí, algun rebelde escondido, pagará por todos los que acaba de salvar la conciencia del Almirante.

—He descubierto que, por tu culpa, he estado á pique de hacer una mueca á este mundo y emigrar al otro.

—¿Qué me cuentas? ¿Cómo ha sido eso?

—Ya te acordarás de la loba.

—No; siempre andas cargado de acertijos.

—De Poncia Morcilla.... la muger de Toribio Quincoces.

—¡Ah! La envenenadora de Rueda.... ¡Si vieras que gordo y satisfecho se halla á estas horas en Wormes el proveedor de la mesa del Rey!

—Ya.... ya me lo figuro.... allá se come sólido y cada tudesco se engulle un cebon de Franconia para merendar; pero volvamos al asunto.

—En efecto ¿qué decias de la tal Poncia?

—Tú lo sabrás.

—Vaya si lo sé; cuando ella salga de donde la puse, me han de emplumar por judío.

—Pues ya puedes prepararte, porque ha salido.

—Imposible.... será otra.... Ten entendido que está en Palencia, en el convento de Santa Clara, cuya Abadesa tiene instrucciones para no permitirle comunicarse con la parte de afuera.

—Mas esas instrucciones no rezan con la parte de adentro, y como yo he entrado en Santa Clara, resulta que la envenenadora ha tenido comunicaciones conmigo.

—¡Contigo, D. Francés!

—Mira, compadre Ronquillo; no ha llegado de Wormes una órden para quemarte vivo, por un milagro de la misericordia de Dios. ¿A quién, sino á tí, pudiera inspirar el demonio el fatal pensamiento de encerrar una loba en un redil de ovejas? Y luego la *Garza Real* fué á parar allí....

—¡La *Garza Real*....! ¡María, de la que tanto se acuerda el Emperador!

—Ya lo vés. Figúrate que la loba ha jurado envenenar á la *Garza*, envenenar al capitan D. César, envenenar al alférez don Fernando....

—Al capitan, dirás.

—¡Cómo! ¿Ha subido?

—Le he traido de Alemania las provisiones de su nuevo empleo, por lo de Tordesillas.

—Bien; pues como has oido, la loba se ha propuesto acabar con él, acabar con Toribio Quincoces y acabar con todo el mundo.... ¡Ah! Se me olvidaba.... y acabar tambien contigo, porque no la ahorcaste en Barcelona. ¿Comprendes lo que hubiera sido de tí, si hallándose la *Garza Real* y su madrastra bajo el mismo techo, la última hubiera consumado el delito que intenta sobre la primera?

—¿Y lo evítaste, D. Francés?

—Lo evitó la omnipotencia de Dios, que sabe para qué nos guarda en el mundo, y que no quiso que llegase la hora de la *Garza Real*, ni por consiguiente la tuya. En aquella pícara ciudad ha habido horrores.

—¿Qué importa? Lo mismo que en las demás; se han sublevado y *laus Deo*. Solo necesito que el conde de Haro gane una buena batalla, para pasear mis horcas y mis verdugos por todos los pueblos de Castilla.

—¿Y te parece que los de Palencia se contentaron con sublevarse? El fuerte de Villamuriel y el monasterio de Santa Clara son dos montones de ruinas.

—¡Tambien Santa Clara!

—Yo me fugué, la loba se fugó, todos nos fugamos en aquella noche infernal.....

—¿Por qué no te apoderaste de la envenenadora?

—¿Soy por ventura el alcalde Ronquillo, que coje las verdes y deja escapar las maduras? Acondicionada la tengo; mas solo te la entregaré, si me das palabra de hacer con ella un buen ejemplar.

—¿Quién lo duda? Te juro por mi nombre.....

—Basta: mas no olvides que siempre lleva consigo cierto frasco lleno de *agua clara* de Rueda de Medina, que hace, arrojada al rostro, el mismo efecto que bebida.

—¡Oh! La advertencia es muy útil, para evitar que lo destape. ¿En donde está la bruja?

—¡Aquí!

—¡En Tordesillas! ¡Qué fortuna! Ya puede encomendar su alma al diablo.

—¿Y si mi hermano Fadriquito, á pesar de la gota, corre á estorbar la ejecucion?

—Llegará á su noticia despues que todo haya concluido; el tiempo necesario para que se reunan mis mastines, y el de llevar á esa harpia hasta la plaza. Si grita, se le pondrá una mordaza que la ahogue en cinco minutos.

—Sígueme pues con tus perros al aposento, en qué me aguarda con impaciencia, porque has de saber que ella y yo somos los mas íntimos amigos del mundo.

—¡Ah! ¿Con que no está presa?

—¿Para qué? Lo principal era hacer de modo que no desconfiára de mí. Entraremos como en nuestra propia casa y zas.... cuando quiera moverse, ya será tarde.

—No: entrarás tú primero, para que nada sospeche, y cuando mas sosegada esté, se lanzarán los mastines sobre la presa.

—Que me place; no perdamos tiempo, y por lo que puede acontecer, ten cuidado con el rostro.

—¡Bah! Esa prevencion vendrá como de molde al primer perro, que se arroje sobre la loba.

—¡Oh gran Ronquillo! Eres un general prudente y por eso combates á la cola de tus soldados.

Concertado ya el plan de operaciones entre el alcalde y D. Francés, se dirigió éste á la casa en que habia dispuesto el alojamiento de la muger de Toribio, y aquel le siguió, despues de hacer seña á un esbirro de los que en la calle aguardaban sus órdenes á todas horas; éste avisó á los demás y reuniéndose hasta media docena, corrieron en pos de Ronquillo. El bufon entró en el aposento de Poncia, mas lo halló vacío, y no pudiendo persuadirse de que hubiese cometido la indiscrecion de salir, esponiéndose á ser reconocida y presa, registró los rincones, la cama y cuanto le pareció á propósito para ocultar á una persona. Convencido al fin de la inutilidad de sus pesquisas, llamó á una vieja, que en otra habitacion de la casa vivia y que habia cedido á Poncia aquella en que ya no estaba. La vieja acudió á sus voces, precisamente al mismo tiempo que subia Ronquillo con sus corchetes y que D. Francés le salia al encuentro.

—¡Jesus!... ¡Qué estrépito es este! esclamó la muger asustada; ved, señores, que en mi pobre vivienda no puede haber rebeldes, por la sencillísima razon de que no hay hombres.

—Déjate de razonamientos, hechicera maldecida, la dijo Francesillo, levantando el brazo con el puño cerrado, y sepamos pronto qué se ha hecho mi compañera de viage.

—¡Vuestra compañera! murmuró la vieja temblando; y luego añadió cobrando ánimo:—¿Por qué me lo preguntais á mí?

—Si no quieres que te convierta en gigote, miserable bruja, gritó el bufon exasperado, responde pronto á lo que te pregunto.

—¿Me preguntais qué se ha hecho vuestra compañera? repuso la anciana con una flema, que desconcertó aun al mismo alcalde ¿Pues no salió con vos de Tordesillas?

—¡Conmigo! .. ¿Estás endemoniada!... ¿Cuándo?....

—¡Toma!... Anoche.

—¿Quién te ha sugerido semejante patraña, pícaro colgajo de horca?

—¡Patraña!... Si lo es, ella misma, al marcharse, me informó.....

—Refiérelo todo, ó te llevo á la plaza y dispongo que sirvas de alimento á los grajos, observó Ronquillo.

—Señores.... señores.... no sé por qué razon quereis matar á una infeliz viuda, que nunca se ha metido en vidas agenas. ¿Qué he hecho yo? Poner este aposento á merced de una viagera fatigada, y eso por mandato de este caballero, que ahora pretende aplastarme.

—¿Quieres repetir lo que ella te dijo, sin andarte por las ramas, ó prefieres que te colguemos?

—Yo deseo vivir todos los años que Dios fuere servido concederme, y morir tranquila y cristianamente en mi cama, cuando disponga llevarme. La viajera.....

—Eso.... eso.... la interrumpió D. Francés; no hables mas que de la viajera.

—¡Qué ejecutivo sois, caballero! Pues, señor; me dijo anoche que tardábais demasiado, para acompañarla á Torrelobaton, donde se halla su hijo entre los *Comuneros*; que habíais ido hácia el puente á saber noticias, á fin de poder huir sin riesgo de aquí, pero que supuesto que andaba el alcalde Ronquillo haciendo justicias por el pueblo, no le parecia acertado detenerse mas, y así que se marchaba á reunirse con vos en el puente, para pasar á la villa del Almirante. ¿Qué queríais que yo hiciese? ¿Cómo habia de detenerla y entregarla, si era mas fuerte que yo? ¿Os parece que tuve poco susto al enterarme de que habia dado asilo, aunque sin sospecharlo, á la madre de un rebelde?

—Hemos errado el golpe, refunfuñó el alcalde, pues conozco que esta vieja dice la verdad.

—En efecto, añadió D. Francés; ó la infame loba ha recelado de mí, ó asustada al oir que habíais venido á Tordesillas para ahorcar rebeldes....

—Lo último es lo cierto; mas ¿quién pudo haber hecho llegar hasta ella la noticia?

—Yo.... ¿quién habia de ser? contestó la vieja ingénuamente: me preguntó novedades y contéle cuantas corrian de boca en boca. ¿No me habeis preguntado de qué modo supo las justicias, que iba á disponer el buen alcalde Ronquillo?

—Vámonos ya, dijo éste, pues nada adelantarémos por hoy en el negocio. La envenenadora ha engañado á esta pobre muger, y asunto concluido; otro dia amanecerá, en que tengamos mas fortuna.

—Si vuelve á caer en mis manos, murmuró Francesillo precipitándose por la escalera, no me meteré en dibujos de viejas, ni de alcaldes, ni de mastines, sino que la aplastaré como á un reptil ponzoñoso.

Fuéronse todos detrás del bufon, y apenas la vieja les vió salir del portal de su casa, cuando cerró la habitacion de Poncia, diciendo entre dientes:

—A otro perro con el hueso, señor alcalde Ronquillo. ¿Piensa vuesa merced que no le conocí....? En verdad que nunca imaginé que fuese tan mala esa viajera; pero lo cierto es que me ha valido treinta hermosos ducados mi diligencia, para que el vecino Rodriguez la lleve en su mula á Valladolid. Y á mas á mas, aborrece á los *Imperiales* y estos la tienen por traidora y quieren ahorcarla. He hecho bien.... he hecho bien.... ¿qué me han dado ellos....? Pues que la busquen en Torrelobaton.

Dos meses habian transcurrido desde el aciago dia en que el general toledano se hizo dueño de la villa del Almirante, y aquello mismo que debia alentar á los populares íbase convirtiendo en desaliento y amargura para su causa. Ni un solo instante ocurrió á Padilla el natural pensamiento de caer sobre el conde de Haro, reconquistar la residencia de doña Juana y darse la mano con Valladolid, para estrechar á Simancas y á Portillo. Ya que su impericia en el arte de la guerra le condujo, en hora menguada, á la primera espedicion, este plan tan sencillo como fácil hubiera sido su mejor escusa: pero ya lo hemos dicho; el héroe de Torrelobaton no sabia

mas que pelear con esforzado denuedo; habia abrazado de buena fé, sin pretensiones ambiciosas, impelido únicamente por el vehemente deseo de remediar las públicas desgracias, la bandera de las *Comunidades*, y el cielo le habia destinado á que se sacrificase por las traiciones y por las villanas intrigas de los que le abandonaron en el peligro.

En tanto que los *Comuneros* fortificaban mas y mas su conquista, pertrechándola de todo lo necesario para un largo asedio, como si el ejército de los *Imperiales*, que ninguna disposicion formal habia tomado para impedir que se rindiese, pensase en atacarla, pasábanse al partido de D. Cárlos y acudian á Tordesillas, reconociendo al gobierno, D. Pedro Laso de la Vega, presidente de la *Santa Junta*, varios procuradores de las ciudades, individuos de la misma, y bastantes capitanes con las fuerzas que mandaban, como Luis de Herrera, Lope de Osorio y Pedro de Dallo. El primero, como bien enterado de los acuerdos de sus antiguos amigos, les interceptó las comunicaciones con Torrelobaton, de modo que ningun auxilio ni refuerzo de Valladolid pudo llegar á esta villa; y aun dos mercaderes de Toledo, apellidados Aguirre, por quienes doña María Pacheco enviaba á su esposo cinco mil ducados, se guardaron pérfidamente esta suma, (1) con el propósito de no entregarla á Padilla, si este no quedaba triunfante. El resultado de todo fué disolverse la *Santa Junta*, apresurarse los mas comprometidos populares á abandonar su causa, y dividirse completamente las voluntades y los ánimos; unos en pró de los principios hasta allí sustentados, y cuyos genuinos representantes eran Padilla y Acuña, que habian jurado no enflaquecer en la empresa, y otros en favor de la paz, que apetecian alcanzar á todo trance, con el objeto

(1) «Su muger y Hernando Dávalos, regidor de Toledo, juntaron hasta cinco mil «ducados, los cuales dieron á los dos hermanos Aguirres, para que los llevasen á «Juan de Padilla, como personas abonadas y comuneros ricos. Estos, llegando cerca «de Valladolid, supieron como los gobernadores tenian mucha gente junta para ir á «cercar á Juan de Padilla: acordaron estarse quedos hasta ver el fin, y si Juan de «Padilla fuese vencido, quedarse con el dinero, publicando que se lo habian dado, y «si venciese, llevárselo.»—Pedro de Alcocer en su *Relacion* ya citada.

de poner término á los disturbios y escándalos, bajo la condicion de someterse á la autoridad del Rey, y á la de los tres gobernadores.

Yacía Juan de Padilla como aletargado en Torrelobaton y en todo pensaba menos en abandonar su funestísimo descanso; muchos le abandonaban á él, pero su reciente victoria le ponia una venda en los ojos, para que no viese la desecha tempestad que á su frente, á sus espaldas y á sus costados se iba formando amenazadora y terrible. Poco tiempo debia tardar en hacer oir sus bramidos, porque el condestable D. Iñigo Fernandez de Velasco, advertido secretamente por el capitan general de los *Imperiales* se movió de Búrgos con mil doscientos infantes de los tercios, que le llegaron de Navarra, mas de mil infantes de las tropas que guardaban la ciudad, ochocientos hombres de armas y buen golpe de caballería ligera: caminó dia y noche sin hallar tropiezo, efectuó su reunion en Tordesillas con el conde de Haro y dió descanso á su tropa. A los pocos dias estableció su cuartel en Peñaflor y allí le siguieron su hijo, el cardenal Adriano y el Almirante con todos los magnates, capitanes y fuerzas disponibles, quedando las necesarias para custodia de la Reina, al mando del recien ascendido capitan D. Fernando de Alarcon. La guarnicion de Portillo se unió tambien al ejército, mas ni un solo hombre se sacó del castillo de Simancas, antes al contrario se enviaron al conde de Oñate dos compañías de refuerzo, para que tuviese en jaque á Valladolid.

Despertó por fin Padilla de su pesado sueño, y al verse amagado tan de cerca por el Condestable, se lamentó del tiempo que habia perdido. Ya no le era posible permanecer en Torrelobaton, sin esponerse á sostener solo y sin recursos un sitio en toda regla contra los *Imperiales*, por lo que resolvió abandonar la villa y retirarse hácia Toro, á fin de que Salamanca y Zamora le ausiliasen con sus fuerzas. Este proyecto, acordado con sus parciales de Valladolid, quienes lograron por último enviarle unos dos mil y doscientos hombres, mas bien forzosos que voluntarios, fué combatido enérgica-

mente por algunos capitanes; pero el general toledano se mantuvo firme y aun llegó á convencerles de que únicamente la fuga podia salvarles de una completa derrota. No queriendo sin embargo dar á entender que el temor de ser vencido le acosaba, pasó revista á sus tropas que ascendian á mas de siete mil infantes y seiscientas lanzas con buena artillería, desplegó al viento sus banderas, y precedido de marcial estrépito de trompetas y atambores, salió de aquellos muros encantados, que fueron el sepulcro de la libertad de Castilla.

El Condestable solo esperaba la noticia de su direccion para moverse; no bien la recibió, cuando figurándose que con la infantería le sería difícil, sino imposible, atajarle el paso, se puso á la cabeza de dos mil cuatrocientos ginetes y voló en su seguimiento, despues de dar las órdenes necesarias, para que los peones adelantasen tanto terreno como pudiesen.

CAPÍTULO XIII.

La jornada de Villalar.

Era el martes 23 de abril del año de gracia 1521, dia aciago para la causa de las *Comunidades* y nebuloso y triste para los que se apresuraban á alejarse de Torrelobaton. Se habia cerrado el tiempo en aguas y el miedo de ser acometido sacudia ya á los ánimos de los muchos, que por fuerza iban en la columna de Padilla. Picábanles muy de cerca sus enemigos y la zozobra y el vehemente deseo de salvarse se generalizaba entre los *Comuneros*, cuando su animoso gefe, que vió las primeras corazas de los *Imperiales* desde un cerrillo, quiso detener su gente, formar la batalla y combatir á todo trance, para que de una vez tuviesen término tanta angustia y sobresalto. ¡Inútiles esfuerzos! Su hueste habia salido ya vencida de la villa del Almirante, porque solo con el anuncio de la retirada,

habian perdido el brío los mas valientes: en vano recorria las filas con los capitanes Juan Bravo y los dos Maldonados, para detener á los que se empeñaban en huir antes de ser atacados; ni el cansancio, ni la sed, ni la seguridad de ser protegidos por numerosa artillería, les convenció de que su verdadera salvacion consistia en mantenerse firmes y unidos. Juan de Padilla y sus tres compañeros tuvieron que ceder á la fuerza del torrente que les arrastraba. La dispersion no se habia declarado aun, porque ningun punto de apoyo divisaban los infelices fugitivos, y asi prosiguieron largo espacio su penosa marcha, sin atreverse á desbandarse ni á volver caras, hasta que se presentó á sus ojos el pueblo de Villalar, situado en una altura.

Los *Imperiales* dividieron entonces su caballería y cargaron por los dos flancos á los *Comuneros*, que arremolinándose unos sobre otros en espantosa confusion, no acertaban ya hácia qué punto dirigirse con toda la velocidad de sus piés. Metíanse en el lodo hasta la rodilla por huir, sin conocer que obrando tan sin tino eran mas pronto lanceados, y se negaban á escuchar las órdenes de sus gefes, que pretendian ordenarlos, para que aquella fatal retirada no se convirtiese en horrible carnicería. En pocos minutos quedó sembrada de yelmos, lanzas y cadáveres la pendiente que conduce á Villalar y la caballería enemiga hizo en los rezagados gran destrozo. Herido Juan Bravo en la cabeza, por empeñarse en detener á los Segovianos, estaba ya prisionero; igual suerte habia cabido á Francisco Maldonado y á D. Pedro Maldonado Pimentel, que no pudieron rehacer á los de Salamanca y pelearon solos como esforzados capitanes. Entonces Juan de Padilla, viéndolo todo perdido y que le era preciso elegir entre la fuga ó la muerte, entre la deshonra ó su eterna separacion de los objetos que mas amaba en el mundo, no vaciló un instante; metió espuelas al caballo, enristró la lanza y dijo en alta voz:

—No se escribirá de mí, que traje á la matanza á los buenos hijos de Toledo y de Valladolid, para salvarme yo como menguado.

En seguida se arrojó al medio de los apiñados escuadrones *imperiales*, sacando de la silla del primer bote á D. Pedro Bazan, conde de Valduerna, que cayó al suelo estropeado, é hiriendo y matando á muchos que se opusieron á su desesperado arrojo. Hízosele al fin pedazos la lanza á fuerza de pelear, y habiéndole asestado la suya un soldado, le hirió en la corva izquierda y otros acabaron de derribarle en tierra. Don Alonso de la Cueva recibió de sus manos la espada y una manopla en señal de que se rendia prisionero, mas un caballero de Toro, llamado D. Juan de Ulloa, sin tener en cuenta su calidad, le descargó una cuchillada en la cabeza, que le dejó por algunos instantes sin sentido. Tan indigno y feo proceder por parte del señor de la fortaleza de Villalva exasperó al de la Cueva, en términos de que, á no haberlo impedido otros capitanes, hubiera dado en el acto una severa leccion á aquel mal caballero, que no se avergonzaba de acometer á un contrario rendido.

Los *Comuneros* tuvieron en tan lamentable jornada cien hombres muertos, cuatrocientos heridos y mas de mil prisioneros; estos últimos quedaron en carnes, porque los vencedores no les consintieron que conservasen *ni aun la camisa*. Pero la rota de Villalar fué la última esperanza perdida de las ciudades castellanas: Cárlos de Gante habia triunfado, separando atinadamente á la nobleza de la causa del pueblo y el pueblo sucumbió sin haber combatido. Desde aquel dia terrible, señalado con sangre en el campo de Villalar, todo cedió ante el predominio de las armas *imperiales* y las ciudades, á escepcion de Toledo, imploraron la clemencia de los vencedores.

Juan de Padilla y los capitanes de Segovia y Salamanca fueron encerrados estrechamente en el castillo de Villalba, mientras los Próceres se reunieron en consejo para decidir de su suerte. La mayoría les condenó á morir infamados, y solo pudo esceptuarse, al principio, de la última pena Francisco Maldonado. Poco le duró este consuelo, porque una hora despues de haber sabido que iba

á tener por prision la fortaleza de Tordesillas, acudieron á decirle que se dispusiese á morir con Padilla y Bravo, puesto que tres habian de ser los que pereciesen en afrentoso suplicio, y el conde de Benavente acababa de alcanzar la suspension de la sentencia de D. Pedro Maldonado Pimentel, hasta que el rey D. Cárlos ordenase lo conveniente.

Grandes fueron los últimos instantes de Juan de Padilla; puesto de hinojos ante un religioso franciscano, se confesó de todas sus culpas, como aquel que por última vez habla desde el mundo con Dios. Cumplido este deber, en lugar de entregarse al reposo, de que tanta necesidad tenian su cuerpo y su espíritu fatigados, cogió la pluma en las altas horas de su postrera noche y escribió las dos siguientes cartas, cuyo contenido es la página mas gloriosa del héroe de las *Comunidades*.

La primera era para doña María Pacheco y decia así:

«Señora, si vuestra pena no me lastimára mas que mi muerte, «yo me tuviera enteramente por bienaventurado: que, siendo á «todos tan cierta, señalado bien hace Dios al que la dá tal, aunque «sea de muchos plañida, y dél recibida en algun servicio. Quisiera «tener mas espacio del que tengo para escrebiros algunas cosas «para vuestro consuelo; ni á mí me lo dan, ni yo querria mas «dilacion en recibir la corona que espero. Vos, señora, como cuer«da, llorad vuestra desdicha, y no mi muerte, que, siendo ella tan «justa, de nadie debe ser llorada. Mi ánima, pues ya otra cosa no «tengo, dejo en vuestras manos; vos, señora, lo haced con ella «como con la cosa que mas os quiso. A Pero Lopez, mi señor, no «escribo porque no oso, que, aunque fuí su hijo en osar perder la «vida, no fuí su heredero en la ventura. No quiero mas dilatar, «por no dar pena al verdugo que me espera, y por no dar sospe«cha que por alargar la vida alargo la carta. Mi criado Sosa, como «testigo de vista é de lo secreto de mi voluntad, os dirá lo demás «que aqui falta, y asi quedo dejando esta pena, esperando el cu«chillo de vuestro dolor y de mi descanso.»

En la segunda hablaba con la ciudad de Toledo, espresándose de este modo:

«A tí, corona de España, y luz de todo el mundo, desde los «altos godos muy libertada. A tí que por derramamientos de san- «gres estrañas, como de las tuyas, cobraste libertad para tí é para «tus vecinas ciudades. Tu legítimo hijo Juan de Padilla, te hago «saber como con la sangre de mi cuerpo se refrescan tus victorias «antepasadas. Si mi ventura no me dejó poner tus hechos entre «tus nombradas hazañas, la culpa fué en mi mala dicha, y no en «mi buena voluntad, la cual como á madre te requiero me recibas, «pues Dios no me dió mas que perder por tí de lo que aventuré. «Mas me pesa de tu sentimiento que de mi vida; pero mira que son «veces de la fortuna que jamás tienen sosiego. Solo voy con un «consuelo muy alegre, que yo el menor de los tuyos muero por tí, «*é que tu has criado á tus pechos á quien podria tomar enmienda «de mi agravio.* (1) Muchas lenguas habrá que mi muerte conta- «rán, que aun yo no la sé, aunque la tengo bien cerca. Mi fin te «dará testimonio de mi deseo. Mi ánima te encomiendo como pa- «trona de la cristiandad: del cuerpo no digo nada, pues ya no es «mio, ni puedo mas escribir, porque al punto que esta acabo tengo «á la garganta el cuchillo, con mas pasion de tu enojo que temor «de mi pena.» (2)

Sorprendieron los primeros albores de la aurora al intrépido toledano en tan angustiosa ocupacion, cuando el estruendo de los atambores y de las trompetas le anunció que habia llegado el terrible instante. Juntos salieron del castillo de Villalba Padilla, Bravo y Francisco Maldonado y juntos entraron en la plaza de Villalar, atravesando el espacio que la separa de aquel, entre dos hileras de gente de armas y subidos en mulas cubiertas de negro. Varios sa-

(1) Alude á su muger doña María Pacheco, como aconsejándola lo mismo que ella hizo, negándose á la sumision de Toledo hasta el último trance.

(2) Los historiadores han disputado largamente sobre la autenticidad de estas cartas. Fray prudencio de Sandoval las publicó en su *Historia de Cárlos V.* como escritas por Juan de Padilla.

cerdotes les auxiliaban á bien morir y entre ellos fray Juan Hurtado, religioso dominico, hombre fanático y cruel que, así predicaba el dia anterior el esterminio de los *Comuneros*, como corria de uno en otro moribundo á ofrecerles, si se arrepentian de sus traiciones, el perdon de la eterna justicia de Dios. Al dar vista al cadalso, en que debian perecer los tres infortunados capitanes, gritó el pregonero:

—Esta es la justicia que manda hacer su Majestad á estos señores, y en nombre del Rey los gobernadores de Castilla, disponiendo que sean degollados por traidores y rebeldes.

—A lo cual repuso Juan Bravo con altivez:

—Mientes por infame, y mienten asimismo todos aquellos que te lo ordenaron decir.

—Callad, vos, señor Juan Bravo, replicóle el alcalde que presidia el lúgubre acompañamiento. Callad y seguid.

—No callaré, exclamó el valiente segoviano, sin que primero oigan todos de mi boca que nuestra culpa no consiste en ser traidores, sino en ser celosos defensores del bien público.

Entonces el alcalde, fuera de sí, le golpeó con su vara en el hombro, y él volviéndose sofocado y lleno de ira, porque se hallaba imposibilitado de vengar tan villana afrenta, le gritó:

—¡Miserable verdugo! ¡Qué osadía es esa!

—Señor Juan Bravo..... ¡Ah, señor Juan Bravo, mi amigo y compañero! le dijo con sublime resignacion Juan de Padilla. *Ayer fué dia de pelear como caballeros*; *hoy es dia de morir como cristianos*. (1)

El advertido se humilló ante razones tan poderosas y pagó con una mirada el saludable consejo de su gefe, que caminaba al suplicio como animoso mártir. Así, aunque el pregonero prosiguió

(1) «Ad quem conversus Padilla: *quando*, inquit, *Brave, ut vir fortis nobilisque «pugnasti, fac ut pie et christiane* moriaris.»—Segun se vé, la significacion del testo latino de Pero Mejia no es esactamente igual á la que tienen las razones que se atribuyen á Juan de Padilla: el fondo del concepto es el mismo y aun en nuestro idioma aparece espresado con mayor energía.—*N. del autor.*

apellidándoles traidores, no volvió á despegar sus lábios hasta el momento fatal. El primero que subió al rollo fué Francisco Maldonado; mas cuando el sayon iba á apoderarse del héroe toledano, le dijo el capitan de Segovia con entereza:

—¡Qué vas á hacer, infeliz!... Degüellame á mi primero, porque no vea la muerte del mejor caballero de Castilla.

—Tendeos pues, le respondió el verdugo y se hará segun vuestra voluntad.

—Tendedme por fuerza vosotros, si quereis, replicó Bravo, porque pensar que yo he de entregarme á la muerte por mi gusto, es negocio escusado.

Así lo hicieron, mas el sayon anduvo tan aturdido, que hasta el tercer golpe no le cortó la cabeza.

Juan de Padilla, inmóvil, junto al tajo, con ambos brazos sujetos á la espalda como el mas vil y oscuro criminal, contempló tristemente los cadáveres de sus dos compañeros de infortunio, y cual si estos pudieran oir su voz, les dirigió estas sentidas palabras:

—¡Así estais pues, valientes caballeros!....

Fray Juan Hurtado fué el único, cuyo corazon no se conmovió ante aquel desgarrador espectáculo, que arrancaba lágrimas á los mismos jueces de tan atropellada causa; antes bien quiso dar testimonio irrecusable de su dureza en tan aciaga hora y no osando encararse desde la plaza con el caudillo *comunero*, se rezagó como pudo entre los espectadores de tan triste escena, gritándole al mismo tiempo como un energúmeno:

—Proclamad, proclamad á Toledo, señor Juan de Padilla: decid como en Torrelobaton *¡Castilla y Comunidad!* Y añadió un momento despues:—*Perezcan así todos los traidores*.....

Padilla al inclinarse sobre el tajo, dijo al verdugo:

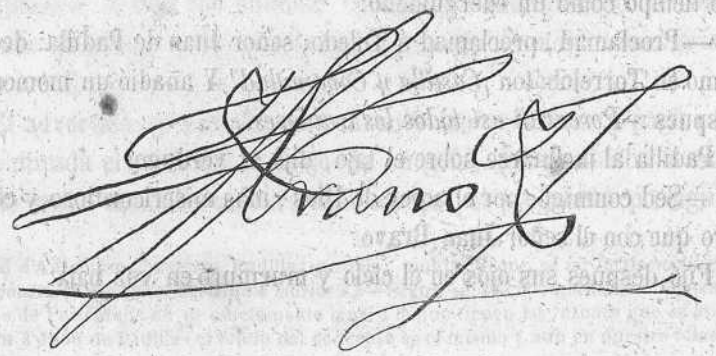
—Sed conmigo, por el amor de Dios, mas misericordioso y certero que con el señor Juan Bravo.

Fijó despues sus ojos en el cielo y murmuró en voz baja:

—*Domine, non secundum peccata nostra facias nobis.... Averte faciem tuam á peccatis meis, et omnes iniquitates meas dele.*

Concluida la plegaria, colocó bien su cabeza y miró al sayon, como para indicarle que esperaba su furioso golpe. A esta señal cayó el hacha sobre su cuello y un enlutado crespon cubrió las libertades de Castilla. Las cabezas de los tres impertérritos capitanes fueron clavadas en la picota con escarpias, *para su propio baldon y escarmiento de traidores y rebeldes.*

Tal fué el término de la famosa guerra de las *Comunidades*. Divulgada por las poblaciones tan infausta noticia, todas se rindieron, porque ninguna tuvo brios para sostenerse en medio de la consternacion general, que se apoderó de los ánimos. Muchas fueron las justicias que en ellas se hicieron y Valladolid, Medina del Campo, Rioseco, Búrgos, Zamora y Toro vieron ensangrentadas sus plazas. Únicamente Toledo, alentada con la presencia y el valor de doña María Pacheco, se negó á entregarse al prior de San Juan que la cercaba. El obispo D. Antonio de Acuña, que se habia metido en esta ciudad, auguró que su resistencia pararia en nuevas calamidades y huyó de sus muros disfrazado, favoreciéndole la fortuna hasta la frontera de Navarra. Reconocido allí por un alférez, ofrecióle el prelado cincuenta mil ducados por su libertad, mas nada alcanzó de su enemigo, que le condujo al castillo de Navarrete, propio del duque de Nájera. Desde alli fué trasladado á Simancas.



CAPÍTULO XIV.

Tres corazones desgarrados.

RROJADA la bella María de su retiro, por haber consumido las llamas el monasterio de *Santa Clara* de Palencia, tuvo que acojerse, lo mismo que todas las religiosas, al hospital de *San Lázaro*, fundado por el Cid Campeador D. Rodrigo Ruiz Diaz de Vivar, de gloriosa memoria. En el permaneció hasta el fin de las turbulencias, trasladándose luego á Valladolid, residencia otra vez del gobierno, á fin de vivir resguardada bajo la proteccion del cardenal Adriano y al abrigo de cualquiera mala ventura, por la solicitud del conde D. Francés.

Don Fernando de Alarcon, que no era un hombre desconocido para la reina doña Juana, pidió licencia á esta augusta Señora, para que le permitiese besar sus manos, supuesta la obligacion que te-

nia de ausentarse, ya que no habiendo guerra en Castilla, ni mas ciudad que Toledo rebelada, debia reunirse en Valencia á las banderas del conde de Melito. La pobre *loca* le acogió bondadosamente y sabiendo que se preparaba á marchar, le dijo:

—Hace mucho tiempo oí que los viages alivian las penas del corazon. ¿Sabeis algo de eso, capitan?

—Señora, respondió Alarcon despues de acatar á su Reina; muy poca tierra he corrido, y puedo asegurar á Vuestra Alteza que nunca salí de nuestra España.

—¡Dichoso vos, capitan! esclamó doña Juana, aplicándose la mano á la frente. ¡Dichoso vos, que nunca abandonásteis el suelo que os vió nacer! Tengo para mí, que todas las desgracias que me persiguen, traen su fundamento del viage que hice á Flandes en compañia de mi amado, del tesoro de mi alma, que duerme ahí ese pesado sueño que tanto me acongoja. Porque á veces, capitan. .. y esto es lo que me hace sufrir.... se me figura.... pero no; es de todo punto imposible.... ¿Cómo habia de haber muerto mi adorado Felipe sin decirme Adios?... ¡Oh! No; no podia llegar á tanto su desvío, y sobre todo su ingratitud.... ¿No os parece que duerme D. Fernando, y que hago mal en afligirme así? Además.... todos me lo han asegurado.... Y á pesar de eso.... siento aquí. .. en el corazon.... No puedo esplicarlo.... pero si habeis amado alguna vez, debeis comprenderme.... No hay duda.... Yo sentiria lo mismo que hoy siento, si mi Felipe no fuese mas que un cadáver.... Afortunadamente está dormido.... dormido.... y así ¿por qué he de padecer yo?... ¿por qué no he de alcanzar un instante de sosiego, cuando soy tan venturosa?... ¿No es ya mio ... enteramente mio?... ¿No se han alejado ya los flamencos, que intentaban separarle de mí?

Un profundísimo sollozo pareció como que aliviaba algun tanto la honda pena de aquella Reina infeliz, cuyo dolor era indispensable á su existencia. Ni una lágrima acudió á sus ojos, porque, como habia dicho doña Elvira al caballero Eduardo de Chevres:—¡Hacía tanto tiempo que doña Juana no lloraba

Alarcon se estremeció al penetrar en el increible misterio de aquella *locura*, que solo podia merecer este nombre con relacion á los sentimientos de la Reina hácia el objeto de su amor. Concertadas y prudentes eran siempre sus razones, con tal que de asuntos agenos á su pasion se tratase; ningun arrebato indicaba el trastorno mental de aquella muger sin ventura; sus discursos relativos á los públicos negocios, en los cuales no queria intervenir, por no distraerse de sus apasionadas y tristes cavilaciones, eran nobles y elevados; todo revelaba, no que padecia su entendimiento, sino que su corazon estaba herido de muerte. ¡Demencia fatal, sostenida por el constante engaño de los sentidos! ¿No podia acaso desaparecer, en fuerza del terrible golpe de la realidad?

Esto mismo pensaba y se repetia á sí mismo D. Fernando, murmurando las frases que acababan de pronunciar los lábios de la Reina:

—Yo sentiria lo mismo que hoy siento, si mi Felipe no fuese mas que un cadáver.....

Estas palabras lo decian todo: la Reina estaba *loca*, porque su esposo habia muerto para ella, aunque únicamente le creia dormido. ¿No sería pues un bien, un alivio en sus crueles amarguras la seguridad de que Felipe *el Hermoso* habia muerto para todas? ¿No habian martirizado bárbaramente los celos aquel tiernísimo corazon de niña, ambicioso de amor y egoista en la posesion de un cariño, que llamaba esclusivamente suyo, cuando pertenecia á las damas de su servicio?

No será tuyo, mas tampoco de otras.... Hé aquí la terrible verdad que, en tan angustiosa situacion, era necesario hacer llegar al alma de la infortunada viuda, para que volviesen á brotar de sus hermosísimos ojos sentidas lágrimas de amor y de desconsuelo. Era preciso que llorase la muerte de su adorado esposo, para que tranquilo su amor, aunque mas desgarrado el pecho, consintiese en abandonar aquellos despojos, junto á los cuales espiraba lentamente con incansable perseverancia, por el temor de que le fuesen sustraidos.

El valiente Capitan de los tercios se aventuró á saltar la valla.

—Todos la engañan, murmuró tristemente; los médicos y los cortesanos adulan su imposible deseo y.... ella espera. Pues bien; yo mataré su esperanza.... esa esperanza, que es su agonía y su tormento. Despues.... la razon tarde ó temprano recobrará sus fueros, y.... la religion está ahí, al lado del cadáver, para sostener los vacilantes pasos de la hija de Isabel *primera*.

Terminadas estas razones, acercóse respetuosamente á doña Juana y señalando hácia el féretro con su mano derecha, acercó á sus lábios un dedo de la izquierda, como para recomendar el mas absoluto silencio, y se dirigió en puntillas al estremo de la estancia. La Reina le siguió al punto y Alarcon temblando levantó el paño mortuorio. Ella entonces contempló con desesperada ternura las lívidas facciones del embalsamado Príncipe y abrió los brazos para estrecharle en ellos; el Capitan, atento á todo, la detuvo y haciendo la señal de la cruz, sacó su rosario, hincóse de rodillas y comenzó á rezar en alta voz por el eterno descanso del archiduque de Austria. Doña Juana le miró con asombro y descontento; dió dos pasos atrás, avanzó un instante despues é hizo seña á D. Fernando para que se pusiese en pié, diciendo con alterada voz:

—¡Qué haceis!... Callad, por la Vírgen Santísima; vais á despertarle y temo su enojo.....

—¿Es posible que Vuestra Alteza no se haya convencido aun? la preguntó Alarcon levantándose.

—¿De qué? respondió la Reina admirada. ¿De qué duerme?

—De que duerme por una eternidad, Señora.

—¡Ah! Ya veo que sois como los demás. ¿Se os figura que no conozco á los flamencos? Ellos sostenian.... ¡Oh! afortunadamente eran los únicos.... que mi Felipe habia espirado en Búrgos, y era que se empeñaban en apartarle de mí.....

—Señora, yo soy castellano y.... creed mis palabras; los españoles os han mentido por alhagaros; los flamencos os han dicho la verdad.

—No.... no.... estoy segura de que duerme.... de que.....

—¿De que no ha muerto?

—¡Ah!... Sí... de que no ha muerto. ¿Por qué habia de morir, amándole yo tanto?... ¿No veis que tranquilo descansa? Acercaos; miradle.....

—Señora.... los muertos no respiran.

—Es verdad, D. Fernando.... no respiran; pero.... respira mi Felipe.... ¡Oh....! sí; estoy cierta de que respira.... y.... ya lo veis.... ya estais convencido de que duerme....

—¿Habeis sentido su aliento....?

—No.... no; esta es la vez primera que me acerco á él, porque.... su enojo es para mí peor, mil veces peor que la muerte.

—Venid pues, Señora, y nada temais; pedid á Dios desde el fondo de vuestra alma, que no os abandone en este amargo trance y atended bien á lo que voy á deciros.

Hablando así, cogió la mano de la Reina y la colocó sobre el corazon del Archiduque. Transcurrieron algunos segundos de solemne silencio.... Doña Juana se estremeció nerviosamente.... sus dedos se crisparon, y un sollozo de desesperacion quedó ahogado en su garganta.

Don Fernando se preparó para sostenerla y la dijo:

—¿Duerme el Archiduque, Señora?

La Reina no pudo contestarle; separó lentamente su mano del pecho de su esposo y la levantó hácia el cielo; al mismo tiempo se apoderó de ella un temblor convulsivo, lanzó de su alma un ¡ay! desgarrador y cayó sin sentido en los brazos del Capitan. Éste llamó á gritos á doña Elvira, que acudió al punto y le ayudó á conducir á doña Juana hasta su lecho. Reunidos inmediatamente los médicos, díjoles Alarcon:

—La Reina está instruida de que no existe el archiduque don Felipe; ya no velará su sueño. Penosa y cruel ha sido la prueba, pero confío en que soportará su desgracia con resignacion. Cuidadla bien señores, porque su existencia es muy preciosa.

Pocos minutos despues cabalgaba D. Fernando, camino de Valladolid, y murmuraba entre dientes:

—He destrozado un corazon magnánimo; mas quiero que le llore muerto, que pase por *loca* juzgándole vivo. Y ahora, entremos en cuentas con mi propia desventura, que no es pequeña tener un rival de ilustre prosapia, cuyo menor regalo de boda puede consistir en un reino. En cuanto á D. César.... ya debe hallarse al lado de los gobernadores; sino.... le encontraré en Simancas, porque no querrá volverse á Valencia, antes que María pronuncie el fallo que ha de decidir de nuestra suerte. Vamos pues á Valladolid y acábese de una vez esta incertidumbre, en que vivo penando desde que ví á esa hermosa jóven, nacida no sé si para mi felicidad ó para mi tormento.

Cuando llegó á la ciudad, supo que efectivamente le esperaba D. César de Mendoza, á pesar de las instancias de su padre, que le habia escrito, para que sin perder momento volviese á sus banderas. Pasó á verle y le halló disputando con D. Francés. Éste corrió á su encuentro y mirándole de arriba á abajo, le dijo, meneando la cabeza con socarronería:

—Apuesto quinientos ducados, compadre camorra, á que me suponías ahorcado por *Comunero*.

—¿Qué te induce á pensar de ese modo? le preguntó D. Fernando.

—La estocada que me diste en Palencia, le respondió el bufon. ¿No fué una estocada al revés? Pues así piensas tu siempre. ¡Oh! Si viviera el caballero Eduardo de Chevres, no me dejaria mentir, ya que por haberle tú salvado del furor de los de Tordesillas, envenenó él á mi tio el cardenal lentejas. Que me atravesase con su espada mi ahijado Mendoza, pues no me conocia, pase con mil demonios, aunque fué sacrilegio enorme el acometer á un fraile dominico; pero.... ¡tú....! ¡Tú, infeliz, á quien conduje al monasterio de *Santa Clara*, con el objeto de.... no quiero decir con qué objeto, porque eso os corresponde á vosotros.

—Olvida ese percance que, afortunadamente para tí, no tuvo fatales consecuencias, le interrumpió el capitan Mendoza, y supuesto que está aquí D. Fernando de Alarcon, demos vado cuanto antes á nuestro negocio, en órden á la eleccion que ha de hacer de uno de nosotros la bella María.

—Ese pensamiento es el que me obliga á detenerme en Valladolid, observó Alarcon.

—¿Y si la *Garza Real* os desecha á los dos? apuntó Francesillo, haciendo su mueca.

—Nos conformarémos con nuestra mala fortuna, contestaron á un tiempo los dos capitanes.

—¿Y si se niega á elegir? insistió el bufon.

—En ese caso, murmuró D. César, fácil será que adivinemos el nombre de nuestro rival.

—¿Le desafiaréis?

—Somos castellanos.... buenos castellanos, D. Francés, dijo Alarcon ahogando un suspiro.

—Y nuestra bandera es la del Rey, añadió Mendoza con tristeza.

—Estoy viendo en vosotros dos escelentes muchachos, capaces de llevar á buen término las mas arriesgadas empresas, exclamó D. Francés, dando dos zapatetas en el aire. Por lo mismo, voy á proponeros lo mas acertado en el asunto, para que me deis las gracias con algun agasajo parecido al que recibí en el patio de *Santa Clara* de Palencia. ¿Aceptais lo que os diga?

—Sepamos antes de que se trata, dijo Alarcon.

—¡Ah, compadre! ¿Con que desconfias de mí? Buen provecho; pero no importa; he de servirte á pesar de tus injustas sospechas. Se trata pues de que sin moveros de aquí, en tanto que yo rezo una *Salve*, jugueis á los dados vuestros deseos.

Al escuchar estas razones, los dos capitanes echaron á andar hácia la escalera del alojamiento de Mendoza, en el cual tenia lugar el diálogo: Francesillo atajó sus pasos gritándoles:

—¿Os empeñais en dar esa pesadumbre á la pobre *Garza Real*? Allá lo veredes. Por mi parte, voy á presentarme al tio Papa futuro, para que os envie á Roma antes de cinco minutos.

—Véte á los infiernos con él, le contestó D. César. ¿Qué diablos tenemos que hacer nosotros en Roma?

—¡Qué....! Besar los piés á mi tio Leon X, cuyo nombre será glorioso en los fastos de la iglesia católica; golpearos en su presencia duramente el pecho con un guijarro descomunal; decir sesenta veces, *Pater*, *turpiter et nequiter peccavi*, y volver luego á Castilla con los piés descalzos y una soga al pescuezo, á obtener mi perdon por lo de las estocadas, para alcanzar el de arriba. ¿Lo habeis oido bien? ¿Os figurais que ha de serviros la disculpa de que horadasteis la piel de un Conde? No, por las almas de todos los capitanes de tercios, que están calentándose en las calderas de Satanás. A un religioso de Santo Domingo heristeis fieramente; el reverendo padre Fray Francés de Zúñiga, cayó atravesado por vuestros aceros; por vuestro enorme atentado hubo clausura profanada, monasterio incendiado, monjas en fuga, envenenadora libre y otros mil horrores. ¿Qué tal?

—Si quieres presenciar nuestro coloquio con María, le dijo Alarcon sonriéndose, déjate de sermones, y síguenos.

—He de hacerlo, replicó el bufon exasperado, tan solo por tener motivo para añadir un capítulo de culpas á las muchas que ya llevais cometidas. Marchemos pues, pero sin que mi condescendencia os valga luego, para suponer que he aprobado vuestra determinacion. Sabed que desde este instante la condeno y á vosotros tambien en rebeldía y en costas, por contumaces é incorregibles, y que estoy pronto á delataros, no digo al lobo de Lovaina y al Santo Padre, sino tambien á la misma Inquisicion.

Desahogada la mollera de Francesillo con este ex-abrupto, salieron los tres del alojamiento de D. César, dirigiéndose á la morada, que la proteccion del cardenal Adriano habia proporcionado á María. Hallábase ésta leyendo en un libro de oraciones, cuando

entraron en su modesta habitacion sus dos amantes, precedidos por el bufon, quien saludándola hasta el punto de hincar una rodilla en tierra, la dijo con meloso acento:

—Gloria y honor á la perla de las *Garzas*, á la pretendida de emperadores y reyes, de ilustres condes y de valientes capitanes. Aquí te traigo, oh la mas hermosa entre todas las hermosas, que ha producido desde luengos años el fecundísimo suelo de Castilla, estos amartelados adoradores, que se han entregado ya, por tu querer, á los mas bárbaros excesos contra mi persona, y que son capaces de regalar sus almas al diablo, ahorcándose uno á otro sin el menor cumplimiento ni aprension, si no accedes piadosa á lo que intentan pedirte.

María nada contestó á tan galante exordio, pero hizo levantar á D. Francés de su humilde postura y ofreció asientos á Mendoza y á Alarcon, devolviéndoles sus cortesías, al primero con respetuosa dignidad y al segundo con fraternal sonrisa. Pocos momentos despues, rompió D. Fernando el silencio, esplicándose de este modo:

—No es por cierto la presente, oportuna ocasion de asegurar que sois bella, virtuosa María: verdad es esa que todos reconocen y que lo mismo que todos, hemos reconocido hace ya bastante tiempo el señor D. César de Mendoza y yo....

—Lo cual, querida *Garza*, fielmente traducido, le interrumpió D. Francés, quiere significar que yo te amo, ese te ama, aquel te ama, nosotros te amamos y todos te aman. ¿Estás contenta?

—El bribon ha completado mi pensamiento, prosiguió Alarcon, animándose poco á poco. Sí, María; D. César y yo os amamos y vuestro padre no lo ignora, como bien sabeis. ¿A qué añadir mas? Don César y yo somos capitanes de los tércios del Rey, pero existe entre ambos notable diferencia, sino en la sangre y en el valor, en los medios que la fortuna ha puesto á nuestra disposicion para medrar. En efecto; el hijo del noble y esforzado capitan D. Luis de Alarcon y Ponce, por grandes que hayan sido en épocas que pasaron los timbres de su familia, no puede compararse al ilustre here-

dero del condado de Melito, del ducado de Pastrana y de tantos otros títulos, que aparte de sus prendas, le hacen acreedor á la mano de una infanta. Conocida ya la pretension de nuestro cariño, solo me resta haceros saber que hemos jurado someterla á vuestro juicio. Decidid pues entre nosotros, María, sin temor de que vuestra sentencia sea censurada por aquel, á quien hiera en sus afectos: el que logre vuestro amor será dichoso; el otro habrá de conformarse con su suerte y se consolará como pueda.

—Es decir, ahorcándose ó ahorcándome á mí, observó Francesillo, si dá en la manía de creer que he tenido arte ó parte en la eleccion.

—Nada de eso acontecerá, repuso D. César, y la bella María no debe detenerse ante un reparo tan ridículo como impertinente. Y ahora que me corresponde hablar, tened entendido, discreta dispensadora de mi desgracia ó de mi ventura, que si el noble don Fernando no posee hoy grandes títulos, los poseyó ayer su ilustre familia y mañana podrá reconquistarlos él con su espada; que los timbres antiguos de Alarcon y de Ponce son tan buenos como los de Melito y Pastrana, y por último, que aquí no hemos venido á ofreceros riquezas, sino dos espadas de temido temple y dos honrados corazones.

Don Fernando pagó á su rival las tornas de su propia cortesía con un saludo, mientras murmuraba Francesillo:

—No parece sino que cada cual se empeña en conquistarla para su contrario. *Garzita* mia; no les creas, porque tienen mucha miel en los lábios y un infierno en sus adentros. Apuesto mi corona de conde contra la cecina, que piensa engullir durante tres meses mi primo Fadrique el Almirante, á que no bien pronuncies el fallo que esos dos locos te piden, tenemos zambullida de uno de ellos en el rio Pisuerga.

—No es de tanta valía mi cariño, que tanto pueda costar á un caballero, dijo María con entereza. Voy pues á complacer á los nobles capitanes, que me hacen señalada merced con sus ofrecimien-

tos, aunque no será sin manifestarles ante todo mi respetuosa gratitud, por lo mucho que me honran. Yo, señores, nací y he crecido libre é independiente por carácter, y aunque de humilde cuna y de padres oscuros, fuí muy requerida de amores en Rueda de Medina, desde antes que pudiese comprender que cosa es amor. Llevóme mi padre á Madrid, sin que mi corazon lo sintiese ni se alegrase por ello, y.... ¿á qué repetiros lo que tan bien como yo sabeis? La calle del *Almendro* no puede haberse borrado tan pronto de vuestra memoria. Y ahora.... ¿qué os diré yo, D. César de Mendoza, despues de las persecuciones del ilustre conde de Melito? Vuestro padre es, Capitan, y por lo mismo nunca le daré pretesto, ni tampoco á vuestra madre y señora mia doña Catalina de Silva, para que puedan publicar que la hija de un miserable posadero, que una aventurera, como ya me han llamado, pretende oscurecer el brillo de sus blasones. Si vos me amais, vuestra familia me prendió, dando por seguro que os habia seducido. ¿Imaginais que, aunque yo no pudiese vivir sin vuestro amor, habia de intentar robaros el de vuestros padres?

—De modo, exclamó D. César con amargura, que he perdido la partida. Muy dichoso sois, D. Fernando; os felicito.... y cumplo con mi empeño, retirándome sin murmurar.

—Esperad, le dijo María, al ver que se levantaba de su asiento para marcharse.

—Sí.... sí.... espera un poco, ahijadito mio, que tiempo tendrás en todo el dia para ahorcarte. ¡Vaya una prisa!

—¿Qué me quereis? preguntó Mendoza á la doncella. ¿No os he oido ya cuanto habeis querido decirme?

—Es preciso que oigais tambien lo que debe escuchar D. Fernando de Alarcon, replicó María tranquilamente.

Y mirando con tristeza al que en otro tiempo llamó su amigo y su hermano, prosiguió así:

—Bien sabe el cielo que algun dia alimenté la nécia esperanza de ser vuestra. Fué un sueño de mi loca fantasía, porque nunca

debí imaginar que llegárais á amarme .... El sueño desapareció cuando, ausentes el uno y el otro, vos en Valencia y yo en Barcelona, se decidió mi destino. Dígoos pues que vuestra compañera y vuestra esclava sería desde hoy mismo, si Dios no me hubiese mudado el corazon; mas en Barcelona hice un voto solemne....

—¿Jurásteis amar á otro....? exclamó Alarcon sin poder contenerse.

—Para olvidaros, le contestó la jóven ingénuamente, necesité que otra pasion avasallase mi alma. Para ahogar esa pasion, hice voto de virginidad á María Santíssima de Monserrate. Suya soy, D. Fernando; suya mientras viva, y en el monasterio de Santo Domingo el Real de Madrid, en el claustro donde el general don Diego Hurtado de Mendoza me encerró por fuerza, voy ahora á sepultarme por mi propia y decidida voluntad. Ya sabeis mi propósito, caballeros: si hasta aquí habeis podido miraros como rivales, justo es que desde hoy seais amigos.

—Y chupad entre tanto la breva, queriditos de mi alma, añadió D. Francés. *¡Heu!* Ni aun tengo ojos para llorar. Vamos, compadre Alarcon, pecho al agua, que al fin y postre no has salido el peor librado, y sino, observa como calla mi ahijadito Mendoza, víctima espiatoria de los rigores de mi *Garza*. ¡Oh! Es que se acuerda de que aquí somos cuatro y tiene presente aquel precepto: *Nec cuarta loqui persona laboret.* Dime, flor y nata de los capitanes ilustres habidos y por haber ¿no es cierto que te enseñó el *quis vel qui* aquel viejo limosnero, que teníais en el castillo de Pastrana?

Don César maldijo la erudicion de Francesillo y solo con una mirada se despidió de María. Ésta le vió partir, sin dar la mas pequeña señal de sentimiento y ofreció su mano á D. Fernando, que la besó repetidas veces, diciendo con amargura:

—¡Tan hermosa y tan cruel!....

—Siempre seré vuestra hermana, le contestó ella sonriéndose y llorando.

Mendoza esperó á su rival en la calle, y luego que estuvieron juntos, le preguntó:

—¿A dónde pensais dirigiros?

—Si mi pobre madre no encadenára mi voluntad, le respondió Alarcon iria á morir en reino estraño: pero vive y no acibararé sus últimos dias con una pesadumbre. ¿Os encaminais vos á Valencia?

—Sí; mi padre me llama, dijo D. César.

—A Valencia pues, repuso D. Fernando. Ese es mi deber.

No pudo sin embargo cumplirlo, porque aquella misma noche recibió órden del cardenal Adriano, para que volviese á Tordesillas, pues la Reina le llamaba.

CAPÍTULO XV.

El último suspiro de las *Comunidades*.

El ascendiente que ejercia en Toledo la viuda de Padilla rayaba en despotismo. El bando que anhelaba celebrar paces y rendir la poblacion al Prior de San Juan, tuvo que resignarse á sufrir el absoluto mando de una muger, que impulsada por el vehemente anhelo de vengar la muerte de su esposo, no habia elegido medio mas seguro, que entrar en inteligencias secretas con los franceses y empeñarse en una defensa imposible, que costó mucha sangre y lamentables desgracias. Historiadores, cuyos testimonios no están exentos de sospecha, porque en ellos resalta una parcialidad reconocida, retratan á doña María Pacheco como una heroína. Grandes cualidades poseía en verdad para merecer este dictado; esfuerzo varonil, perseverancia y arrojo en medio del peligro, toda la astu-

cia propia de su sexo, para obtener con maña y cautela aquello que de otro modo no podia conseguir, desinterés probado, pues todo lo sacrificaba al firme propósito de sostener la causa perdida en los campos de Villalar y una tenacidad sin ejemplo para allegar recursos, con que hacer mas y mas angustiosa la situacion de los que, fascinados por la valentía de su ánimo, acataban ciegamente sus órdenes..... hé aquí sus principales prendas, realzadas notablemente á los ojos del vulgo por lo ilustre de su nacimiento y por el prestigio de la gloriosa muerte de su esposo. Por lo demás, es evidente que procuró con ahinco la entrada de un ejército francés por los estados de Navarra, que solicitó el auxilio del emperador Francisco *primero*, para que invadiese las Castillas, que fué cruel y sanguinaria en Toledo y que llegó á tanto su tiranía, que ni aun quiso escuchar los consejos del intrépido obispo de Zamora, cuya influencia en el partido popular intentaba destruir á todo trance.

Resentido D. Antonio Acuña de que tan poco valiesen sus merecimientos y sobre todo de que doña María con el único fin de proporcionarse recursos, hubiese encerrado á los canónigos, que no querian dejarse robar, y á quienes él mismo habia dado por libres, convirtió en punto de honra el negocio y se propuso atender á su propia suerte, sin cuidarse de la que podia sobrevenir á los demás. Es lo cierto que el turbulento prelado no tardó en conocer el mal término de una intentona, dirigida únicamente por el espíritu de venganza y sin otro apoyo que los gritos de una parcialidad, mas propensa al desórden que acostumbrada al combate: abrazó por lo tanto la resolucion de ausentarse con sigilo de Toledo y pasar á Roma, para alcanzar la absolucion de sus enormes culpas, cometidas contra la iglesia y contra el Rey su señor, diciendo á un amigo, con quien consultó el caso, que *entre tirano y tirana, la eleccion no podia ser dudosa*. Así pues, se disfrazó completamente, y atravesando de noche por los puestos avanzados del Prior de San Juan, que llegaban hasta muy cerca del Tajo, por la parte del puente de Alcántara, se alejó del teatro de la guerra. Ya hemos dicho ante-

riormente que su mala fortuna le atajó el paso, cuando iba á entrar en el territorio navarro, y que en lugar de lozanearse libre de todo riesgo, se vió encerrado en un castillo de la frontera, para ser conducido al mas estrecho y riguroso de Simancas.

Al dia siguiente se divulgó por la poblacion la nueva de haberse fugado el obispo, y con ella se desalentaron los mas audaces, que siempre habian mirado á Acuña, como muy superior á Juan de Padilla, en el arte de conducir la guerra. Ya no se hablaba en la ciudad de otra cosa, sino de entregarse á los *Imperiales;* el marqués de Villena propendia á esto mismo con los de su partido, que era el de la paz, y avisado el Prior del sesgo favorable que presentaban las cosas, se disponia á acercarse á la *Vega*; cuando bajando del alcázar doña María Pacheco, rodeada de furiosa multitud, se presentó en la plaza de Zocodover. Arrastraba sendos lutos, que contribuian á realzar admirablemente su noble y magestuoso porte; en su animado rostro se leian los sentimientos de orgullo y de venganza con aterradora elocuencia, y todo en sus maneras y acciones indicaba que habia decidido en su mente fijar la suerte de Toledo. Entre sus brazos oprimia tiernamente al hijo de sus entrañas, fruto querido de malogrado amor, heredero infeliz de un desdichado nombre, cubierto por padron infame, y al presentarlo al pueblo, brillaban de cólera sus ojos de pantera. La armada muchedumbre seguia sus pasos: los que á todo trance estaban dispuestos á obedecer su voz, blandian en alto las picas y los aceros desnudos; los que hasta allí habian confiado en las incontrastables trazas y seguro empuje del obispo de Zamora, aparecian cabizbajos y tristes, presintiendo los horribles males que les amenazaban.

Todos sin embargo veian en aquella muger fuerte el término próspero ó fatal de una situacion, á todas luces insostenible; todos pues estaban pendientes de su voz, y su voz no se hizo esperar mucho tiempo:

—Toledanos, les dijo, llegado es el instante de mostrar al mundo, que no en valde fuísteis los primeros en sacudir las cadenas de

Toledanos... venguemos la muerte de vuestro capitan Juan de Padilla....

una esclavitud vergonzosa. No dimos clara prueba de nuestro brío, no empuñamos las armas antes que las demás ciudades de Castilla, para rendirlas ignominiosamente á los piés de nuestros implacables tiranos. Una flaca muger os incita á la pelea; una triste viuda, sin mas esperanza que vuestro afecto, sin mas alivio en sus amarguras y dolores que la presencia de este huérfano infeliz, cuyo padre ha dado por vosotros todo lo que tenia que dar, que era su vida, os convoca y os llama á la defensa de estos muros. Acaben de una vez para siempre las dudas; conozcánse los ánimos esforzados; salgan á luz las tramas de los traidores; suenen las campanas á rebato, y hagamos entender al enemigo que nos cerca, nuestro firme propósito de combatir contra su hueste en campo abierto, y de esterminar á los malvados y fementidos, que osen hablarnos de paz ni de tregua. No olvideis la sangre derramada en Villalar. A las armas.... á las armas, *Comuneros*; tiemblen de vuestra bravura esos soldados, que desde sus guaridas están acechando el momento de arrojarse sobre vuestras haciendas, sobre vuestras mugeres y sobre vuestros hijos; á las armas y perezcamos todos antes que sucumbir. Toledanos.... venguemos la muerte de vuestro capitan Juan de Padilla.

Gritos tumultuosos contestaron á la matrona; los valientes recorrieron las calles excitando á sus amigos á la lucha; los cobardes cobraron aliento, y los partidarios de la paz, desvanecida ya por entónces su esperanza de llevar á buen fin la entrega de la poblacion, huyeron al campo de los *Imperiales* ó se ocultaron, para no esponerse á la sañuda justicia de la irritada viuda, que los condenaba á muerte sin misericordia.

De vuelta al alcázar doña María, tuvo conocimiento de la llegada de los hermanos Aguirres, quienes preciso es confesar, que estuvieron algo mas que dementes para volver á Toledo, despues de haberse apropiado la suma que tenian órden de entregar al general de las *Comunidades*, cuando éste se hallaba, por su desventura, detenido en Torrelobaton. Al punto mandó que fuesen presos y con-

ducidos á su presencia; hízose así y una turba de satélites, que siempre seguia á la viuda y ejecutaba sus órdenes secretas con horrible puntualidad, asesinó á estocadas y á pinchazos á los dos mercaderes, junto al rastrillo de la fortaleza, y arrojó despues sus cadáveres al pueblo. La chusma los recibió con espantoso vocerío en señal de júbilo, y arrastrándolos hasta la Vega, encendieron una hoguera grandísima los mas alborotados y los echaron con rabiosa furia en medio de las llamas, despues de deshacer á pedradas la procesion de la *Caridad*, que salió espresamente con objeto de impedirlo. Terminada aquella escandalosa escena, corrieron los parciales de doña María por toda la ciudad buscando á los amigos de D. Antonio Acuña, á quien acababan de declarar traidor los que mas proteccion y favores le debian, á fin de sacrificarlos al resentimiento de su señora, por juzgárseles implicados en su fuga. (1) Esto probaba que con el Prelado habian desaparecido de Toledo todas las probabilidades de fundada resistencia.

Dueños entretanto los *Imperiales* del monasterio de la *Sisla* y de todos los puntos inmediatos al Tajo, redujeron á los de la ciudad hasta el punto de verse éstos en la precision de trabar constantes refriegas, para introducir comestibles. No tardó en estallar nuevamente la discordia en Toledo; los del partido de la paz, que se entendian sigilosamente con los de afuera, acometieron en la plaza de Zocodover á los del bando de doña María, que bajaron del alcázar:

(1) «De que hubo al fin desacuerdo entre doña María Pacheco y el obispo de Za-«mora no puede dudarse: tambien es evidente que la viuda de Padilla tuvo siempre «intencion de resistir á todo trance á los sitiadores de Toledo. No de otra cosa pudo «provenir la desavenencia entre estos dos personages. Ferrer; *Historia del levanta-«miento de las Comunidades de Castilla.*» El mismo cita lo que dice *Mejia* en el libro II, cap. XVIII, en comprobacion de que D. Antonio Acuña habia querido huir del mal término que le aguardaba. «El Obispo, como algunas aves que reconocen la «tormenta y mal tiempo se recogen y apartan al abrigo, ansi él adivinando el suceso «que todo habia de haber, pensando ponerse en cobro, desde á pocos dias se desapa-«reció y huyó de la cibdad en hábito disimulado.» Aduce asimismo, como prueba irrecusable, las siguientes palabras de Alcocer: «Antes que en Toledo entrase el «marqués de Villena, el dicho obispo de Zamora, de miedo de la muerte ó de pri-«sion, procuró la noche de la Ascension de meter á saco la ciudad de Toledo, y, «viendo que su deseo no pudo tener efecto, se salió encubiertamente.»

hubo grande alboroto, se derramó sangre en abundancia y quedaron reducidos á cenizas varios edificios de los principales corifeos de ambas parcialidades. El Prior de San Juan se aprovechó de tan hondas y declaradas divisiones, para alentar á los que trabajaban por la paz, llegando á prevalecer tanto este pensamiento, como el único que podia salvar á la poblacion de su total ruina, que los mas ardientes defensores de la causa de doña María lo adoptaron al fin por provechoso y conveniente, firmándose en consecuencia, á los pocos dias del tumulto, una capitulacion, en la cual se negó á intervenir la viuda, pero que no por eso dejó de cumplirse. El Prior entró en Toledo á los seis meses de la muerte de Padilla con el arzobispo de Bari, nombrado gobernador de la diócesis y con el doctor Zumel, el antiguo procurador de Búrgos, que despues de atizar en los primeras Cortes de Valladolid el fuego de la discordia, se pasó á los del Rey y obtuvo mercedes. (1)

El pueblo bajo no se avino tan pronto como quisieran los próceres á la quietud, por lo mismo que estaba avezado á las turbulencias: los emisarios de la viuda, que ya no vivia en el alcázar, esparcieron por la ciudad rumores alarmantes, suponiendo que el

(1) Para que nuestros lectores se convenzan de que nada aventuramos al hablar de la apostasía de Juan Zumel, copiamos la carta que escribió á Cárlos de Gante desde Vitoria el dia 6 de mayo de 1522, hallada por FERRER entre los *Manuscritos de la Academia de la Historia*. Dice así: - «Una cédula me dieron de V. M. por la cual me «hace merced que se me den ciento veinte mil mrs. que primero V. M. me habia «mandado dar en la Audiencia de Valladolid en remuneracion de los robos y daños «que me hicieron en la cibdad de Búrgos por servicios á V. M. Beso las reales manos «de V. M. por la merced, que en ello bien creo que está informado V. M. de cómo «me robaron. No se siguieron los pleitos ni se ejecutaron, porque V. M. dijo que «los mandaria pagar y que no se pidiese á los que lo habian hecho: y para solamente «lo que á mí me robaron, aunque V. M. me dé de juro los ciento veinte mil mrs. no se «paga, pues demás de estos daños, que por servidor de V. M. me han hecho, y por su «mandato he dejado de cobrar, yo pienso que he sido el que he resistido estos reinos «á V. M y el que he hecho los mas señalados servicios, *que nunca criado ni servidor hi-«zo á su Rey y señor*; y por ser tan notorios no los escribo. Suplico á V. M. que tenga «respeto á hacerme merced de cien partes la una de lo que he servido, que en solos «los dineros dí á ganar cuatrocientos mil ducados á V. M. en Toledo, sin todas las «otras cosas en que he servido. Yo estoy con todo esto perdido cuanto tengo y sin un «real que comer. Provéalo todo V. M. como satisfaga á lo que todo el mundo dice y «y está esperando que ha de hacer conmigo. Guarde Dios nuestro Señor la muy Real «Persona de V. M. con acrescentamiento de muchos mas reinos é señoríos.»

cardenal Adriano de Utrech, el almirante D. Fadrique Enriquez y el condestable D. Iñigo de Velasco se negaban á admitir y á aprobar la capitulacion ó acuerdo del Prior. Al punto se apoderaron los alborotadores de las entradas de las calles y á los gritos de *Padilla y Comunidad* se resistieron tenazmente contra las tropas, que envió el caudillo de los *Imperiales* para sosegarlos. Retiráronse por último hácia la casa de doña María Pacheco, acosados por el fuego de la artillería, que hizo en ellos gran destrozo, y la que tantos disturbios habia ocasionado, la que pocos dias antes era mirada justamente como señora de vidas y haciendas, la *tirana* de Toledo, en fin, como la llama un escritor de nota, tuvo que huir disfrazada de labradora, perseguida de pueblo en pueblo por los satélites de Zumel, sin encontrar muchas veces un rincon seguro en que acogerse, hasta que muerta de fatiga y de hambre, pudo meterse en Portugal.

Los gobernadores mandaron igualar con el suelo la casa de Padilla; y despues de haberlo arado y sembrado de sal, se levantó en él un padron de infamia, que condenaba su nombre y el de su esposa á la execracion pública. (1)

Con la rendicion de Toledo dió su último suspiro la libertad de las ciudades castellanas; pero tambien al desasosiego sucedió el

(1) Hé aquí el letrero que se puso en lo alto de una columna, alzada en el terreno que mencionamos:—«Aquesta fué la casa de Juan de Padilla y doña María Pacheco, «su muger, en la cual por ellos é por otros, que á su dañado propósito se allegaron, «se ordenaron todos los levantamientos, alborotos y traiciones que en esta cibdad é «en estos reinos se ficieron en deservicio de S. M. los años de 1521. Mandóla derri«bar el muy noble señor D. Juan de Zumel, oidor de S. M. é su Justicia mayor en «esta cibdad, é por su especial mandado, porque fueron contra su Rey é reina é con«tra su cibdad, é la engañaron so color de bien público por su interese é ambicion «particular por los males que en ella sucedieron; é porque despues del pasado «perdon fecho por SS. MM. á los vecinos de esta cibdad, que fueron en lo suso«dicho, se tornaron á juntar en la dicha casa con la dicha doña María Pacheco, «queriendo tornar á levantar esta cibdad é matar todos los ministros de justicia «é servidores de SS. MM. Sobre ello pelearon contra la dicha justicia é pendon «real, é fueron vencidos los traidores el lunes dia de San Blas, 3 de febrero de «1522 años.»—Cuando por órden de Felipe II se trasladó este padron á la puerta de San Martin, se añadió otra inscripcion del tenor siguiente:—«Este padron mandó «S. M. quitar de las casas que fueron de Pedro Lopez de Padilla, donde solia es«tar, y ponerlo en este lugar, y que ninguna persona sea osada de le quitar so «pena de muerte y perdimiento de bienes.» FERRER: *Manuscrito de la Academia de la Historia.*

reposo y la clemencia del Rey enjugó las lágrimas, que la ambicion y las traiciones en todos sentidos habian hecho derramar á innumerables familias. Nunca perdonó sin embargo á doña María Pacheco, que falleció en la ciudad de Oporto por el mes de marzo de 1531, despues de nueve años de amargas penalidades. Al otorgar testamento, dispuso que se la diese sepultura delante del altar de San Gerónimo de la catedral, y que mas tarde fuesen conducidos sus huesos á Villalar, donde estaban los de su esposo; pero sus últimos deseos quedaron sin cumplir, porque su capellan Juan de Sosa nunca se atrevió á manifestarlos al Rey ni á los de su consejo.

A poco tiempo de la entrega de la ciudad imperial se publicó la vuelta de D. Cárlos á España, noticia que el reino entendió con alegría, porque nadie ignoraba que habia otorgado un generoso perdon en favor de todos los que se habian distinguido en las revueltas. Al mismo tiempo se supo que el ejército francés habia sido derrotado por los tércios de Castilla en la llanura de Esquiros. No habrán olvidado seguramente nuestros lectores las cartas que mediaron entre Cárlos de Gante y Francisco *primero*, cuando ámbos competian por ceñirse la corona de Alemania. Desairado el último *por la dama de sus pensamientos*, estuvo muy lejos de mostrarse resignado, segun lo habia prometido: resintióse, por el contrario, de la preferencia que habian obtenido las pretensiones de su rival, y á este motivo de discordia se agregó tambien el interés que tenia el Monarca francés en el restablecimiento de la casa de Labrit en el reino de Navarra, y en disputar asimismo la posesion de los estados de Nápoles, que habia usurpado D. Fernando *el Católico*, al decir de los franceses, contra toda razon y derecho. En desquite y como para salir al encuentro de tan importunas demandas pedia don Cárlos la posesion del ducado de Milan como feudo del imperio, asegurando que tampoco desistiria del empeño de agregar la Borgoña á sus dominios, pues le correspondia por ser territorio patrimonial de sus predecesores, á quienes desposeyó la notoria

injusticia del sanguinario é hipócrita Luis XI. Francisco *primero* no se desentendió de las apremiantes comunicaciones de la viuda de Padilla, que no cesaba, mientras dominó en Toledo, de excitarle á que invadiese las Castillas en su ayuda, y aprovechando las disensiones que todavia trabajaban al reino, hizo que Andrés de Fox, con un cuerpo respetable de tropas, penetrase en Navarra y pusiese sitio á Pamplona. Defendia la ciudadela un jóven vascongado, que habia sido page del rey D. Fernando y entónces era capitan de los tércios que estaban á las órdenes del duque de Nájera, y mostró tanto brío en la tenaz y desesperada resistencia que opuso á los sitiadores, que éstos, despues de tomar por asalto los baluartes, no sin que en ellos encontrase horrible sepultura mas de la mitad de su gente, y de coger herido de bala de cañon en una pierna al valiente jóven, lo condujeron al glácis para quitarle la vida. El héroe entónces encomendó su alma á Dios, y señalando su pecho, para que allí le apuntasen los soldados, dijo con entereza:

—Únicamente siento despedirme de la miserable condicion de hombre mortal, porque no se me ha cumplido el deseo de postrarme al pié del Santo Sepulcro, en la ciudad de Jerusalen.

Ya iban sus enemigos á disparar contra él, cuando se presentó Andrés de Fox en el glácis.

—¡Ah! exclamó al verle el intrépido Capitan, como si en aquel instante le hubiese revelado el cielo su destino: Dios no quiere que muera, y pronto, muy pronto emprenderé mi peregrinacion.

Y en efecto; se salvó y fué curado por sus enemigos, y luego.... pasó á Roma y desde allí á Jerusalen, en trage de humilde peregrino, para volver á fundar la célebre asociacion religiosa, que dos siglos mas tarde debia hacer temblar á los Papas y á los Reyes. El Capitan de los tércios, que sostuvo hasta el último trance, por Cárlos *quinto*, la ciudadela de Pamplona, se llamaba D. Iñigo Oñez y era natural de la villa de Azpeitia, en Guipúzcoa, situada al pié del monte *Izarraiz*; todavia se conserva la casa en que nació, unida á un magnífico monasterio, que fué de la compañia de Jesus. La

Iglesia y toda la cristiandad conocen á este héroe esclarecido con el nombre de San Ignacio de Loyola. (1)

Los franceses, despues de su primera embestida, avanzaron sobre Logroño, pero fueron rechazados hasta el pueblo de Esquiros, y desechos en sus campos tan completamente, que repasaron en dispersion el Pirineo, dejando á su general Andrés de Fox y á casi todos sus caudillos en poder de los castellanos vencedores.

Cárlos de Gante llegó á España, desembarcando en el puerto de Santander, cuando ya Francisco *primero* estaba vencido por sus bizarras tropas y la ciudad de Toledo sometida á sus gobernadores.

(1) Loyola es el nombre de la casa solariega de la ilustre y antigua familia de los Oñez.

CAPÍTULO XVI.

De cómo Francesillo aseguró de nuevo á la *Loba* y la *Loba* volvió á reirse de Francesillo.

En uno de los mas lóbregos calabozos del castillo de Simancas y tendida sobre hedionda estera, yacía una muger medio desnuda, cuyos brillantes ojos, que parecian saltársele de las órbitas, así revelaban reconcentrado furor, como rabiosa demencia. Era la *Loba*, nuestra envenenadora Poncia Morcilla, que al rendirse Valladolid á los gobernadores cayó en poder de Francesillo. El honrado bufon la encontró entre las turbas, incitándolas al saqueo y al asesinato, cuando el Almirante, el Condestable y el conde de Haro hacian su entrada en la ciudad, y arrojándose sobre ella, ordenó á dos esbirros que la sujetasen con cordeles. Acto contínuo y sin pedir vénia á ninguna autoridad, que al cabo tampoco la

habia, pues estaban presas ó en fuga las de los *Comuneros* y no funcionaban las de los *Imperiales*, la condujo á Simancas, con firme propósito de hacer que el alcalde Ronquillo la juzgase, luego que volviese de Búrgos, á donde habia ido para presidir la ejecucion del procurador Alonso de Sarabia, sentenciado á perder la cabeza *con cuchillo de hierro ó de acero, hasta que muriera naturalmente.*

Al penetrar en la fortaleza y antes de desatar á su cautiva para entregarla al alcaide, hizo que dos mugeres la registrasen escrupulosamente: ella se sonreía con desprecio durante la operacion y terminada esta, se volvió hácia Francesillo diciéndole:

—Ya veis que estoy inocente.... soltadme pues, y sobre todo no me entregueis á Ronquillo.

—¡Bah! Pierde cuidado, contestó D. Francés; Ronquillo es hombre que despachará tu negocio en cinco minutos.

—Me ahorcará sin misericordia, repuso ella.

—¡Ira de Dios! ¡Y te quejas de su justicia, hallándote convencida de eso!

—Es que.... caballero, no me acomoda morir tan pronto.

—Ya.... ya me lo figuro, lobita de mis entrañas; pero.... ¿cómo ha de ser? Tampoco yo queria que hubiera muerto, cuando murió, mi pobre tio el Cardenal lentejas y sin embargo.... *á stirpe interüt*, pereció de raíz, como dijo acertadamente Crispo Salustio refiriéndose á Cartago. Ya te enseñará estas y otras muchas cosas el limosnero del castillo, cuando te prepare para que des el salto fatal.

—¡Y qué! ¿Así habeis olvidado que os salvé la vida en Palencia?

—Tú misma digiste que eran dos miserables rasguños.... Además, me los curaste, por adquirir la seguridad de hacer que bebiesen tu agua de Rueda mis amigos.

—Callad.... ¿Creeis por ventura que abrigase tan cruel pensamiento? ¿No estuve en Tordesillas y pude.....

—De Tordesillas huiste, haciéndome representar un papel ridículo delante del compadre Ronquillo. ¿Imaginaste que tan solo con enterar á tu bruja vecina de que te ausentabas á Torrelobaton, ha-

bíamos de seguirte allí, para que nos ahorcase Juan de Padilla?

—No: mi único deseo era vivir libre y retirarme á Rueda, al lado de mi padre.

—¿Por eso corriste á encerrarte en Valladolid, loba del alma?

—Sospeché que intentábais entregarme y huí.

—Tienes mas olfato que mi primo mal de piedra, que huele desde léjos un buen trozo de cecina.

—Supuesto que acerté y que no he cometido ningun crímen ¿qué pretendeis hacer de mí?

—Dejarte asegurada, como lo mandó el buen Toribio Quincoces, gran proveedor de la mesa del Rey, y que á estas horas será por lo menos conde ó duque de la confederacion germánica y habrá olvidado el habla de Castilla por estudiar la tudesca.

—¿Con que no hay compasion en vuestras entrañas?

—Te aseguro, loba mia, que todo esto que te sucede es por tu bien, y como si lo hubiera preparado la omnipotencia de Dios, para que no te pierdas en el mundo.

—Si no habeis de dejarme libre, guardaos vuestros sermones.

Francesillo hizo una mueca, y llamando al alcaide, le dijo con mucho misterio:

—Encerradme bien esa pieza, que os envia el alcalde Ronquillo, quien no tardará en venir á visitarla. Tened especial cuidado en que no os seduzcan sus zalamerías, porque se asemeja al cocodrilo, como una gota de rocío á otra.

Poncia Morcilla, sin mas averiguaciones por parte del alcaide, fué llevada á un calabozo oscurísimo, en el cual entró con la única esperanza de salir en breve para la horca. Luego que los esbirros cerraron la puerta y corrieron los cerrojos, se retorció los brazos, mesóse los cabellos, y arrojándose contra las húmedas losas de su estrecha pocilga, maldijo de su infausta suerte y del dia y hora en que por primera vez salió de Rueda, incitada por el demonio de la ambicion. Desahogada al fin su ira, á fuerza de improperios contra todos los que tenian parte en su desgracia, imaginó que la apretura

en que se veia, supuesto que Ronquillo estaba ausente de Valladolid, no era para ella negocio desesperado, si sabia conducirlo con astuta habilidad. Esperó pues con paciencia la llegada de algun calabocero, á fin de sondearle y de deducir de sus noticias alguna traza que la favoreciese, mas no se cumplió su deseo en muchas horas, porque, como no habia entrado en la fortaleza por órden escrita del Justicia mayor de la ciudad, el alcaide la tenia de todo punto olvidada. Quiso no obstante su buena suerte, que un soldado de la guarnicion del castillo pasase, para dirigirse á una de las poternas, por el cubo en que estaban los encierros, y que al oir lamentos de muger se detuviese.

—¿Quién se queja por aquí? preguntó admirado en voz alta, pues no sabía que hubiese mugeres en la fortaleza.

—¡Quién ha de ser! respondió Poncia sollozando. Una desdichada, presa por un bribon contra toda justicia, y á quien sin duda se han propuesto matar de hambre y de sed; si abrigais un corazon generoso, apiadaos de mí y traedme algun alimento, pues nada he comido en todo el dia.

El soldado volvió atrás y enteró del caso al alcaide: éste se dió una palmada en la frente, recordó la presa que le habian entregado por la mañana, y cogiendo de su mesa un enorme *in folio*, que tenia la mayor parte de las hojas en blanco y era el registro, en que se escribian los nombres de cuantos entraban en los calabozos de Simancas, buscó inútilmente el de aquella muger. Cerró luego el libro, echó mano á las llaves de los que bien podian llamarse horribles sepulcros del piso inferior de la fortaleza, y haciéndose alumbrar por un criado bajó al que ocupaba la loba, que en su desesperacion y creyéndose condenada á morir entre aquellas cuatro paredes, habia desgarrado sus vestidos y se arañaba rabiosamente las carnes. Al sentir los pasos del alcaide y del calabocero se tranquilizó algun tanto, y cuando pudo observar que abrian la entrada de su cueva, brilló un rayo de luz en su angustiado pecho.

—¿Quién sois? la preguntó el alcaide. ¿Por qué os han traido á Simancas?

—¡Oh! esclamó la presa, cobrando ánimo desde el instante en que las palabras de aquel hombre la revelaron todo el partido, que podia sacar de su estraña situacion. ¿De cuando acá se acostumbra en Castilla, que los alcaides de las prisiones del Rey mi señor ignoren los nombres y la calidad de las personas que reciben? ¿Por qué no habeis preguntado esta mañana esas cosas al fementido caballero, que me condujo por fuerza á vuestro castillo? ¿Es por ventura Simancas una madriguera, que sirve á los señores para encerrar por su antojo á cuantos les estorban, ó es la llave de la comarca para la defensa de los derechos reales, que solo debe guardar á los revoltosos y malvados? ¡Me preguntais quién soy! ¡Me preguntais la causa por qué estoy aquí! Sin duda debo tener un juez que persiga mis delitos.... sin duda ese juez os habrá enviado una órden, para recibirme y para hacerme perecer de hambre.... ¿A qué pues me venis con interrogatorios....?

Grande impresion hicieron en el ánimo del alcaide las razones de Poncia, porque murmuró entre dientes:

—No hay remedio.... este es algun yerro de cuenta.....

—¡Ah, señor alcaide! prosiguió la envenenadora; cuenta estrechísima dareis muy pronto de mi persona, nada menos que al mismo D. Cárlos de Gante.

—Ahora recuerdo, replicó el alcaide, como para hallar una salida entre las dudas que le asaltaban, que el caballero que os trajo me encargó vuestra guarda por mandato del alcalde Ronquillo.

—Lo mismo pudiera haber dicho por mandato del Rey. Pero ¿cuándo ese juez celoso é inexorable con los delincuentes ha dado semejantes comisiones á los caballeros de Castilla? ¿Habeis admitido alguna vez presos que os enviase, sin letras de su puño? ¿No tiene corchetes para dirigiros los unos y las otras?

—Corchetes os han traido.

—Demasiado inocente sois para alcaide de Simancas. Los que corchetes os han parecido, no eran mas que *Comuneros* de la plebe de Valladolid y el que los mandaba el famoso licenciado Rincon, procurador por la misma ciudad en la *Santa Junta*.

—¡Qué me decis!

—Preguntadle, si no es cierto que tuvo reyertas con mi noble esposo, sobre pago de ciertos miles de maravedís; preguntadle si no ha cometido en mi persona un acto de felonía, para vengarse de las demandas que interpuso mi esposo ante la justicia del Rey contra su hacienda; preguntadle, si no se hizo *Comunero*, porque el Consejo y el cardenal Adriano nos hicieron plena justicia; mas.... ¿cómo se lo habeis de preguntar, si á estas horas ya estará escondido, ó preso por disposicion de los gobernadores?

Poncia se espresaba así, porque partia de un dato seguro. Y era que, efectivamente, cuando ella atravesaba el *Campo Grande* de Valladolid, custodiada por el conde D. Francés y los dos esbirros que la conducian á Simancas, acababan de prender allí mismo al diputado Rincon, á quien al siguiente dia cortaron la cabeza. El alcaide del Castillo no podia saberlo, cuando Francesillo le hizo entrega de *su loba*, y aunque mas tarde hubiese llegado á su noticia, el enredo fraguado por la última tenía todas las apariencias de verdad.

El alcaide sin embargo fluctuaba entre los razonamientos de aquella mañosa muger y la responsabilidad en que habia incurrido encerrándola, sin que ningun juez se lo hubiese ordenado. Convencido por fin de que si la dejaba libre, ningun cargo debia hacérsele, y no queriendo al mismo tiempo, que se le achacase algun dia la falta de haberse dejado engañar por las artes de la que tal vez podria aparecer culpable, se habia resuelto á sacarla del penosísimo calabozo en que gemia, trasladándola á otro aposento mas cómodo y contiguo al suyo, hasta que el tiempo aclarase sus dudas, cuando Poncia dió el último golpe á su incertidumbre, diciéndole:

—Ya que lo que os he propuesto es imposible, pues se oponen acaso no pocas dificultades, para que os entendais con ese procurador revoltoso, que tantos males ha ocasionado en Castilla, he discurrido el medio de que termineis mi negocio con toda seguridad para vos y con descargo de vuestra conciencia. Si os preciais de

fiel servidor del Rey mi amo, deber vuestro es aceptar el partido que os ofrece mi lealtad.

—Hacédmelo saber, repuso el alcaide, y si es tal que me satisfaga, hermanando mis deseos de serviros con mis deberes, lo aceptaré al punto.

—Tened entendido ante todo, replicó Poncia, segura ya de la victoria, que yo no pretendo que me solteis, por cuanto, presa en Simancas, me considero mas fuerte contra el diputado Rincon y sus amigos y parciales, durante la ausencia de mi esposo, que si me viera libre en Tordesillas ó en Rueda. ¿Qué puede acontecerme? Vivir en vuestra compañía una semana, poco mas ó menos, ya que no pasará de ocho dias lo que tarde D. Cárlos en hacer su solemne entrada en la ciudad; al cabo de ese tiempo, vendrá mi esposo á sacarme de aquí, por mandato espreso y firmado de puño del Rey... Supuesto que salí del monasterio de *Santa Clara* de Palencia, por haberlo incendiado los *Comuneros*, y que despues de haber asistido á la celebracion del triunfo de los *Imperiales*, iba á retirarme á otro, ¿qué me importa esperar á mi esposo en Simancas?

—¿Y.... y qué es lo que teníais que proponerme? la preguntó el alcaide aturdido, y temiendo verse ya en algun mal paso, por la influencia de aquella muger misteriosa.

—Una cosa sencillísima. En primer lugar, sacadme de esta asquerosa tumba, si no quereis encontrar mañana en ella mi cadáver.

—No lo permita Dios. Os daré ahora mismo mucho mas cómodo alojamiento.

—En obrar así, correspondereis á lo que sois y yo os aseguro que no ha de pesaros; mas no he concluido.

—Proseguid.

—Nada he comido desde anoche, pues el infame Rincon penetró en mi morada con sus dos satélites al amanecer.....

—Cenaréis con mi familia y conmigo.

—¿Teneis hijos?

—Dos.

—¿Y esposa?

—Soy viudo.

—Lo que para vuestro sosiego habeis de hacer es custodiar mi persona, de modo que aunque intente escaparme, no pueda conseguirlo Cuanto mas me guardeis, viviré yo tambien mas tranquila.

—Esa es mi obligacion; mas contad con que tendreis por encierro todo el castillo.

—No basta: mañana mismo enviareis un mensage al cardenal Adriano de Utrech.

—¡Al Cardenal!

—Sí; para preguntarle qué cargo ejerce al lado del Emperador el amigo del conde D. Francés de Zúñiga, el padre de la bella María ó de *La Garza Real*.... en una palabra.... Toribio Quincoces.

—¿Y.... ese Toribio Quincoces?....

—Es mi esposo; el contrario del diputado Rincon.....

—¡Ah!.... ¡Le protege D. Cárlos de Gante!

—Toribio Quincoces es el proveedor mayor de su mesa. El Cardenal desvanecerá vuestros escrúpulos, en caso de que alguno os quede.

Triunfó la habilidad de Poncia. Desde aquella noche quedó instalada en una de las mejores viviendas del castillo y pudo recorrerlo á su sabor á todas horas, así como bajar al pueblo. No se aprovechó sin embargo de su libertad para huir, porque supo que Ronquillo habia salido de Búrgos y se entretenia hácia las Merindades en ahorcar *Comuneros*. Tenia pues tiempo sobrado á su disposicion, para concertar nuevos planes de venganza y habia imaginado atraer hácia ellos á un personage de gran valía, cuya proteccion queria comprar por medio de un gran servicio. El personage era el obispo de Zamora D. Antonio Acuña, preso, como ya hemos dicho, en Simancas, el servicio que Poncia se proponia dispensarle era la libertad.

CAPITULO XVII.

La ambicion de Francesillo y las esperanzas del emperador D. Cárlos.

Doña Juana la *Loca* se hallaba al parecer tranquila, ó al menos resignada con su triste viudez, cuando doña Elvira anunció á D. Fernando de Alarcon, que acababa de llegar de Valladolid. Dió órden al punto para que fuese introducido y le preguntó, no bien estuvo el Capitan en su presencia:

—¿Por qué os ausentásteis ayer de Tordesillas?

—Señora, respondió Alarcon despues de inclinarse profundamente, mi deber me llamaba á las banderas del conde de Melito.

—Está bien, repuso la Reina; pero.... ¡decis eso con un acento tan triste! ¿Padeceis acaso, Capitan?

—¡Ah, Señora! exclamó éste. Esta es la vez primera, que me hace sufrir un desengaño.

—¿Con que no soy sola? ¿Con que tambien os engañaban?

—En efecto; engañábame néciamente mi propio corazon.

—Eso es confesar que amábais....

—¿Por qué he de negarlo, Señora?

—Os compadezco, porque no sois correspondido. ¡Ah, Capitan....! Esa insensata pasion ha causado todas mis desventuras. Yo tambien le amé con toda mi alma y.... ¿cómo fué pagado este amor....? pero me olvidaba ya de la razon que he tenido para llamaros á Tordesillas. No ignorais que os debo un desengaño doloroso; que mi estraviada imaginacion se perdia en eternas cavilaciones, esperando inútilmente una dicha que no debia llegar. Sí.... vos matásteis de un golpe mi triste esperanza, volviéndome á la vida.... vos me hicísteis palpar ayer lo que me parecia imposible, y echásteis por tierra, clavándome un puñal acerado en el corazon, las adulaciones de viles cortesanos, que me querian *loca*, mas que muerta. Teneis, Capitan, un corazon valiente y generoso, porque preferis al estravio de mi razon verme en la tumba, y anhelo recompensaros, antes de dejar á Castilla....

—¡Cómo, Señora....! ¿Vais á ausentaros de nosotros?

—¡Ah....! Sí.... Voy á cumplir el sagrado y penoso deber de acompañar el cuerpo del archiduque D. Felipe á la ciudad de Granada, á la mansion predilecta de la reina doña Isabel, mi madre y Señora. Tomad vos esta carta, y juradme á fuer de noble y leal caballero, que la pondreis en manos del Emperador mi hijo....

—Señora, yo lo juro por mi nombre y por mi sangre sin mancilla.

Alarcon hincó una rodilla en tierra, para recibir la carta que le alargó doña Juana, diciéndole:

—Bien está: esas letras y este anillo son mi recompensa. Alzad y el cielo os haga tan feliz como mereceis.

Quitóse del dedo una riquísima sortija de piedras preciosas y la entregó al Capitan. Éste besó su mano enternecido, sin acertar á

proferir una palabra. Al retirarse, hizo acatamiento á la Reina y observó que su rostro estaba bañado en lágrimas.

—Gracias á Dios, exclamó, elevando sus ojos al cielo y saliendo de la estancia.

Lo que habia observado era verdad. La Reina *loca* lloraba, y aquel llanto era el segundo que vertia desde que D. Felipe *el Hermoso* habia cesado de existir. El primero habia corrido abundantemente por sus marchitas mejillas el dia antes, no bien hubo vuelto en sí del accidente, que le causará el terrible convencimiento de la muerte de su esposo.

Al dia siguiente abandonó á Tordesillas y sin entrar en Valladolid, se dirigió á Granada. El cadáver embalsamado del Archiduque, cerrado en su ataud y cubierto con el paño mortuorio, que debia volver al santuario de la Vírgen de Monserrate, para no salir ya mas de su sagrado recinto, fué conducido á la misma ciudad sin pompa ni acompañamiento. En ella habia de morir inconsolable la pobre viuda, despues de llorar amargamente su pena.

Don Fernando volvio á Valladolid y supo que don Cárlos, se adelantaba hácia la que hoy es capital de la monarquia, por lo que inmediatamente se puso en camino, seguido del conde D. Francés, que se empeñó en ser su compañero de viage. Pero en Madrid le aguardaba la infausta nueva de la muerte de su madre, que habia bajado al sepulcro llorada por todos los pobres de la calle del *Almendro* y con la dulce satisfaccion de ver asegurada, con el importante empleo de capitan de los tércios reales, la suerte de su hijo. Éste, despues de haber tributado á la *vieja caritativa* el sentimiento filial de su dolor, se presentó al Monarca con la carta de la Reina. Don Cárlos, que se hospedaba provisionalmente en un mezquino palacio de la plazuela de las *Descalzas Reales*, en tanto que disponia la reedificacion del alcázar (1) le recibió, como sabía recibir á

(1) «Vencidos al fin los *Comuneros*, vino á Madrid el Emperador en 1524, y ha-«biendo tenido la suerte de curarse en él de unas pertinaces cuartanas que padecia, «cobró grande aficion á esta villa, residió siempre que pudo en ella, la libertó de «pechos, la concedió privilegios, acreció considerablemente su importancia, reedificó

todos los hombres esforzados, y luego que hubo leido la misiva de su madre, le preguntó:

—¿Cuál es vuestro deseo?

—Servir á Vuestra Cesárea Magestad, Señor, le contestó Alarcon resueltamente.

—Es que..... tendremos guerra, añadió el Emperador sonriéndose.

—Tanto mejor, repuso D. Fernando; así podré morir mas pronto.

—¿Estais desesperado, Capitan?

—Poco menos.

—Tened entendido que yo no quiero que mueran mis fieles servidores. Exijo de ellos otra cosa mas difícil.

—No lo ignoro, Señor. Vuestra Cesárea Magestad les exije que venzan al enemigo, y yo cumpliré ese mandato como quien soy.

—El servirme no ha de ser aquí, sino en Italia ó en Flandes. ¿Me seguiréis, capitan Alarcon.

—Señor, hasta el fin del mundo.

—Bien está. Desde este momento os hago capitan de la compañia de mi guardia de honor y os confio mi persona.

Don Fernando se retiró á tomar posesion de su nuevo cargo, y á poner en conocimiento del general D. Diego Hurtado de Mendoza la vacante que resultaba en su compañía de los tercios reales.

Y ahora que hemos nombrado al conde de Melito, parécenos del caso decir, que antes de la llegada de D. Cárlos, se habia concluido de todo punto la guerra de las *Germanías* de Valencia. Desahogados los gobernadores en cuanto á Castilla, y habiéndoles permitido

«completamente el alcázar, convirtiéndolo, de fortaleza que antes era, en verdadero «Palacio Real, y añadió á los títulos de *Muy noble y Muy leal*, que habia merecido «Madrid á su antecesor Enrique IV, los de *Imperial y Coronada Villa*, y casi tedo el «carácter de Corte Real.-No consta sin embargo que Cárlos V. residiese siempre en «el alcázar; antes bien se afirma que moraba en el palacio que ocupó la misma área «que hay en el monasterio de Señoras Descalzas Reales, fundado despues por su hija «doña Juana, madre de D. Sebastian de Portugal.....—S. año de 1853 páginas 186 «y 187.»

el decisivo triunfo de Villalar disponer de las tropas, que acaudillaba el conde de Haro, reforzaron el ejército de D. Diego, en cuyas filas se habian refugiado los nobles del país, perseguidos por los insurrectos. La sublevacion no pudo resistir el nuevo empuje de aquellas fuerzas reunidas y quedó enteramente desecha en los dos primeros y únicos choques, que se atrevió á sostener: sus gefes principales, manchados de crímenes espantosos, fueron condenados al último suplicio, restableciéronse las leyes holladas, volvieron los señores á respirar seguros en sus castillos y haciendas, cobró el gobierno la autoridad y la energía, que las revueltas le habian usurpado, y sucedió la apetecida calma á la horrible tempestad, que durante muchos meses habian sufrido los pueblos.

Tambien hubo amagos de turbulencias en Aragon, cuando la *Santa Junta* de las *Comunidades* hacía en Ávila ridícula ostentacion de su poder; pero la prudencia de D. Juan de Lanuza las contuvo en sus principios, castigando severamente á los que intentaban promoverlas y sobre todo á los emisarios de Francisco *primero*, que atizaban el fuego de la discordia en todos los dominios de don Cárlos. Pero si en la frontera de España vieron frustradas sus tentativas, lograron que en Mallorca estallase un horrible motin, que á muy poco tiempo se convirtió en insurreccion completa. Un hombre desconocido, de oficio fundidor é italiano de nacimiento, llamado Crespi, seducido por el oro de la Francia, se puso al frente de una muchedumbre furiosa, cuyas soeces pasiones habia sabido alhagar, y dió el grito de *mueran los nobles y los ricos*, abriendo al mismo tiempo las cárceles á los delincuentes y recorriendo toda la isla, para saquear las haciendas de los señores. Todos los individuos de la nobleza, que tuvieron la desgracia de caer en sus manos, pagaron con sus vidas la nécia confianza, que les habia inducido á no contrarestar en sus castillos las bárbaras crueldades de sus contrarios. Convencidos al fin los mas de la suerte que les amenazaba de cerca, se concertaron, y reunidos en la villa de Alcudia con las escasas tropas, que á duras penas pudieron allegar,

resolvieron defenderse en ella á todo trance. Envalentonado Crespi con sus execrables proezas, sitió la poblacion y habiéndose empeñado tres veces en asaltarla, las tres fué rechazado con gran pérdida de los suyos, que empezaron á desalentarse y á hablar de retirada. Sabido esto por los sitiados, dispusieron una salida vigorosa, y cayeron con ímpetu sobre la hueste de Crespi, derrotándola hasta tal punto, que no dejaron seis hombres unidos en sus filas. El campo quedó cubierto de cadáveres y de heridos, y pocos sublevados consiguieron salvarse de aquella carnicería; pero los fugitivos, no teniendo nada que esperar, lavaron la afrenta de su derrota, ahorcando de un árbol, sobre la marcha, á su general Crespi, á quien atribuian su ignominioso descalabro.

Como se vé, no habia permanecido ocioso Francisco *primero*, durante la guerra de las *Comunidades*. A sus intrigas en el mediodía de Europa debemos añadir sus incesantes esfuerzos, para que Roberto de La-Marck, duque de Bouillon, que habia perdido en el Consejo de Gante el pleito que seguia contra D. Cárlos, invadiese el ducado de Luxemburgo, inmediato á sus posesiones. Conoció al punto el Emperador el móvil de tan hábil maniobra, y no permitiéndole su carácter é hidalguía sufrir por mas tiempo tan arteras emboscadas, resolvió declarar abiertamente la guerra á su enemigo. Con este objeto ajustó con el papa Leon X un tratado de alianza, por el cual quedaba estipulado, que el Padre Santo y Cárlos de Gante se unirian estrechamente en armas y en esfuerzos, para arrojar á los franceses del Milanesado; que se daria la posesion de éste á Francisco Sforcia, general muy distinguido é hijo de Luis *el Moro*; que los ducados de Parma y de Plasencia se restituirian inmediatamente al gobierno de Roma, al cual los habia arrebatado la Francia, y por último que Cárlos contribuiria con sus tropas para que Leon X llevase á efecto la conquista de Ferrara.

Estos preliminares de guerra impidieron al Emperador volver á España, á pesar de sus deseos y de la falta que hacía para dar cohesion y acertado impulso á las operaciones de los gobernadores con-

tra los *Comuneros*, y los resultados de la corta lucha que tuvo que sostener, para inaugurar otra mas porfiada, retardaron el cumplimiento de aquella necesidad imperiosa. Estas razones contestan victoriosamente á los escritores, que, descartando de la escena política los manejos y embozadas hostilidades de Francisco *primero*, suponen cándidamente que Cárlos de Gante se entregaba en Bruselas á los placeres de una vida ociosa, en tanto que los españoles se degollaban encarnizadamente, ya por atacar, ya por defender sus derechos. El nieto de Isabel *la Católica* no veia mas que un contrario en las turbulencias de Castilla, en los incendios y asesinatos de Valencia y de Mallorca y en el desasosiego de Aragon; habia clavado desde Bruselas su mirada de águila en Paris y estaba convencido de que no se tranquilizaria la Europa, mientras él no humillase la soberbia del rey de Francia.

La-Mark penetró con sus tropas en el Luxemburgo accediendo á las instancias de éste último; mas como D. Cárlos estaba prevenido y no perdia de vista sus movimientos, le dejó obrar á su antojo, hasta que, considerándole ya bastante adelantado para que pudiese negar la agresion, envió un cuerpo de tropas contra sus propias posesiones, sin cuidarse de perseguirle. Este movimiento desconcertó completamente al general que se habia vendido á la Francia, y le obligó á retroceder con precipitacion, á fin de evitar la pérdida de los únicos estados que poseia; mas encontrándose, cuando menos lo creia, frente á frente de fuerzas respetables, que durante su marcha hácia el Luxemburgo se habian posesionado de todo el país, se reconoció perdido é imploró la clemencia del Emperador, como único medio de salvarse. Don Cárlos le perdonó generosamente su traicion y quitó á Francisco *primero*, mas que un aliado poderoso, un caudillo entendido y valiente.

Concluida esta campaña, en que no se quemó un solo cebo, hizo presente el emperador á Enrique VIII de Inglaterra, que Francisco *primero* habia roto las hostilidades declarándose agresor, y aquel Monarca no pudo menos de convenir en la justicia de sus quejas,

por lo que se firmó entre ambos la convencion, llamada despues tratado de Brujas, (1) por el cual se convino Enrique en invadir las provincias meridionales de la Francia, mientras Cárlos atacase la Picardía.

Encendióse á poco tiempo la guerra con nuevo furor, pero todas las ventajas fueron para las armas *imperiales*, porque el marqués de Pescara, tan decidido soldado como esperto caudillo, sorprendió la ciudad de Milan, cuya guarnicion tuvo que rendirse prisionera, en tanto que Próspero Colona redujo las ciudades de Parma y de Plasencia; de modo que los franceses, posesionados antes de la mayor parte de la Italia, se vieron en la precision de atenerse á la fortaleza de Milan, sitiada por un cuerpo de confederados, y á la poblacion y fuertes de Cremona, debiendo únicamente su salvacion á la circunstancia de haberse suspendido todas las operaciones militares, á causa del fallecimiento de Leon X. Don Cárlos, sin desconcertarse por tan imprevisto y fatal accidente, redobló sus esfuerzos en el cónclave romano, puso un empeño decidido en desbaratar las intrigas de su infatigable perseguidor, y alcanzó una victoria completa, alcanzando que fuese elegido Papa el cardenal Adriano de Utrech, su maestro y gobernador de Castilla. Acrecentóse la rábia de Francisco *primero* con la decision del cónclave y reconcentró todas sus fuerzas en el Milanesado; por su parte Francisco Sforcia se preparó denodadamente á la lucha, y aprovechando las excelentes cualidades de las tropas que mandaba, batió en mas de treinta encuentros parciales á las francesas, hasta que, á escepcion de la ciudadela de Cremona, quedó todo el país sometido á sus armas.

Pareció entónces aquella buena ocasion á D. Cárlos para pasar á España; mas primero quiso visitar, porque así lo exigian motivos de alta política, á su aliado el rey de Inglaterra. Dejó, en con-

(1) Por haberla ratificado el Emperador en esta ciudad. Fué una concordia de parte á parte y tan secreta, que no llegó á noticia de Francisco *primero*: poco tiempo despues, por mútuo consentimiento, se variaron las cláusulas del tratado, encargándose los ingleses de penetrar en la Picardía, los alemanes en la Borgoña, y los españoles en la Guyena.—*N. del autor.*

secuencia, por gobernador-vicario del imperio germánico á su hermano el infante D. Fernando y por gobernadora de los Paises-Bajos á su tia doña Margarita, viuda del malogrado Príncipe don Juan, primogénito de doña Isabel de Castilla. Dando así vado á los negocios mas urgentes, se embarcó para Lóndres, y allí se detuvo seis semanas, para presenciar la salida de la flota inglesa, que á las órdenes del conde de Surrey debia hostilizar las costas de Francia. Despues de haber sido condecorado por Enrique con la órden de la *Jarretiera* ó de la *Liga*, prosiguió su viage y tomó tierra en el puerto de Santander, segun queda ya referido.

Apenas hubo salido D. Fernando de Alarcon de la cámara del Rey, cuando se presentó en ella Adriano de Utrech, seguido de Francesillo. D. Cárlos leia por segunda vez la carta de su madre doña Juana y dijo al primero:

—Maestro, no sois el único que estais de enhorabuena, ahora que os disponeis á tomar posesion de la silla de San Pedro.

—¡Cómo, Señor! exclamó el nuevo Papa. ¿Habeis recibido alguna noticia importante de Bruselas?

—No, sino de Tordesillas. Mi madre y señora la Reina ha recobrado la razon.

—¿Pues cuándo estuvo loca? replicó D. Francés.

—¡Hola! ¿Ahí estás tú, perillan? Por Dios que no te habia visto.

—Vengo á despedirme de tí, primo Carlitos.

—¿Me dejas, cuando apenas llego á Castilla?

—De juro, porque no me necesitas para nada. Hemos vencido á los franceses, á los *Comuneros* y á los *agermanados*; hemos nombrado nuevo Papa, y como no tengo que hacer aquí, parto mañana para Roma.

—¿Dejas mi servicio por el de mi maestro?

—¡Cá...! No soy tan loco.... mas vale malo conocido que bueno por conocer. Además ¿qué ganaria en ello? Los príncipes de la Iglesia son muy descontentadizos y por un quítame allá esas pajas envian á cualquiera á los braseros de la Inquisicion. Mira, Carlitos:

estoy cansado de esta vida miserable de conde sin rentas y quiero mandar con provecho.

—¿A qué pues aspiras?

—¡Oh! Mi vocacion es síncera; me he arrepentido de mis culpas y.... no hay remedio; trato de consagrarme á Dios.

Soltó D. Cárlos una ruidosa carcajada y Adriano preguntó al bufon:

—¿Pretendes por ventura recibir las sagradas órdenes?

—Siempre te tuve por un pobre diablo con muceta encarnada, le respondió Francesillo. ¿De dónde sacas la especie de que, para decir misa, tenga yo precision de ir á Roma? Ya sabemos que allá se vá por todo, pero tampoco has ido tú para conseguir *el anillo del Pescador*. ¡Ah lobo de Lovaina! Se me figura que te dura la indigestion de la empanada de liebre, con que me regalaste el dia, en que entró Juan de Padilla en Torrelobaton. ¡Pícaro conde de Haro, y repícaro susto el que te dió de postre! Pues bien; el susto y la indigestion acabaron de todo punto con el escasísimo entendimiento que te quedaba, y por eso no aciertas qué cosa es esa, que me propongo buscar en Roma.

—Ya caigo: la absolucion de tus culpas, para retirarte despues á llorarlas....

—¿Con que las he de llorar despues que se me perdonen....? ¿En dónde están esos idiotas, que te han hecho Papa....? Primo Carlitos ¡qué locura tan garrafal ha sido la nuestra....! Hace cuatro años que se me antojó sacar algun partido de este buho, y viendo que no servia para gobernador de un reino, imaginé que haria buena figura con la tiara. Siempre le dije que á un *Leon* sucederia un *Lobo*, y al fin se ha realizado mi prediccion.... ¿Sabes lo que hemos conseguido? *Tempus et operam abuti*. ¿A que no me traduces eso, tio Lovaina?

—Si no has de declarar tus intenciones respecto á ese viage que proyectas, dijo Cárlos de Gante, déjanos en paz.

—No quiero ocultártelas, aunque ya me has oido que deseo en-

trar derechito por la iglesia. En una palabra, voy á Roma, para ocupar la vacante que deja tu maestro.

—Cardenal..... gritó éste, prorumpiendo en carcajadas estrepitosas.

—¿Por qué no....? Supuesto que me debes gran parte de tu exaltacion al pontificado.... Ríete cuanto quieras, pero ten entendido, que, si no me das el capelo en el primer consistorio que celebres, te pondré en ridículo delante de todos los cardenales, que te aborrecen y que te han dado sus votos por puro miedo. ¿Sabes lo que es un Papa, de quien todos se pueden burlar? ¡Ay de tí, si saco á colacion el terror que tuviste en Valladolid, cuando en vida de mi tio lentejas, entraron los *lebreles* de Francisco *primero* en Navarra! ¡Ay de tí, si llega á sospecharse en Roma la indigestion de Tordesillas! Todos gritarán en coro: *anathema sit*.... Vamos.... ¿capitulas....? ¿me harás Cardenal?

Adriano, que á veces se divertia con los agudos dichos del bufon, pero que no podia sufrir sus pesadas burlas llevadas hasta el estremo, se retiró de la estancia amostazado. (1) Don Francés le hizo una mueca y se volvió al Emperador diciendo:

(1) Hemos recargado el carácter de Francesillo, á fin de darle un papel interesante en nuestra narracion, mas no se figuren nuestros lectores que hemos inventado por capricho el personage. Existió realmente, aunque sin mezclarse en las intrigas y acontecimientos políticos de su época: en prueba de ello, creemos que no desagradará, aunque algo estensa, la siguiente biografía de tan original bufon, que conservamos impresa y que se publicó hace tiempo en Madrid.—«Carlos V, cuando vino «por vez primera á España, tomó por truhan á uno que se llamaba Francisco de «Zúñiga, pero que acomodándose al estilo en corte usado, se hacia apellidar *don «Francés* y aun *conde D. Francés*, por mayor gala de desvergüenza. Este tal *don «Francesillo*, acompañó por espacio de algunos años al Emperador en todas las cor«rerías que éste hizo por sus Estados, dentro de la Península ibérica, mereciendo los «favores especiales del poderoso Monarca de dos mundos.—Bastantes son los dichos «que se conservan de *D. Francés*, en los cuales se descubre aquella viveza de ingé«nio, que le grangeó tanto crédito y concepto entre la turba cortesana. Hallándose «cierto dia Cárlos V. con el mal humor que solia tener en su juventud, no quiso «ver á nadie; por lo cual se encerró en un aposento para gozar de las malicias, con «que su truhan le referia la vida de cada uno de los grandes del reino. Ocupado en «tan regocijada tarea se hallaba el Monarca, cuando llamó á la puerta un señor, que «era dueño de algun poco de tierra cerca de la frontera de Portugal. Es fama que el «Emperador mandó á *D. Francés* que viese quien era. Sabida la persona, determinó «no interrumpir su retiro, por escuchar sus adulaciones, pero *D. Francés* le dijo:— «Conviene que Vuestra Magestad me dé licencia que le abra, por que no se enoje, y «tome toda su tierra en una esportilla y se pase á Portugal.—Entrando cierto conde «muy avariento á besar las manos á Cárlos V. dijo *D. Francés* en altas voces, diri«giéndose al Soberano primero, y despues á los grandes, que estaban cerca de él:— «*Este es-conde, este es-conde*.—De Medina del Campo decia que no tenia suelo ni cielo,

—¿Qué hacemos ahora, primo Carlitos?

—Desde que te he visto, deseaba quedarme contigo á solas, porque tengo mucho que preguntarte, le contestó el Rey, pasándose la mano por la frente, y sentándose luego, como distraido.

—Yo tambien, repuso Francesillo, deseo saber algunas cosas de Flandes y de Alemania. Por ejemplo ¿qué has hecho de mi protegido Toribio Quincoces, que salió de la Coruña con el cargo de proveedor de tu mesa?

—¡Vive Dios, D. Francés ó D. Canalla, gritó el Rey cerrando los puños, que tú eres el traidor que me robó á María el dia mismo del embarque! Si así fué, juro hacer que te desuellen vivo

«porque el suelo estaba cubierto con media vara de lodo, y el cielo, por causa de la «niebla, no se veia en todo el invierno.—Si *D. Francés* se hubiera contentado solo con «divertir de palabra á los cortesanos, su nombre no hubiera llegado hasta nosotros, «y si hubiera llegado, no tendria á nuestros ojos un carácter tan interesante, como el «que debe tener para todos los que sean aficionados á la historia. Siempre se ha dicho «que Francia es rica en memorias escritas con libertad, acerca de cada uno de sus «reinados y España muy pobre. Esta verdad innegable ofrece sin embargo algunas «escepciones con respecto á nuestra pátria, y especialmente al tiempo en que reinó el «emperador Cárlos V.—*Don Francés de Zúñiga* escribió una crónica burlesca del «emperador Cárlos V., obra en estremo picante y curiosa, que alcanza hasta el «año de 1529, la cual permanece inédita, sin embargo de ser, hasta cierto punto, «comun entre los eruditos. En la Biblioteca nacional y en la de la Academia de la «Historia existen algunas copias.—La crónica de *D. Francés* está llena de agudos «chistes, algunos comprensibles, cuando se dirigen contra personas, que han hecho «un brillante papel en el teatro del mundo; otros no de tanto interés, por ir encami«nados contra señores, que si en su tiempo fueron muy conocidos, ya en los nuestros «no se tiene de ellos mas memoria que la de sus nombres.—Entre los hechos nota«bles, que *D. Francés* refiere del Emperador se hallan los siguientes:

«El Rey entró en Aragon y fué en la villa de Calatayud recibido con gran placer «y alegría, y yendo por la calle el Rey, iba desquijarado con la boca abierta. Llegó «á él un villano y le dijo:—Nuestro Señor, cerrad la boca: las moscas de este reino «son traviesas.—Y el Rey le respondió que le placia; que del nécio el primer consejo. «El Rey mandó dar al labrador *trescientos* ducados, porque era pobre.»—Cuando «andaba Clemente VII en disputas con Cárlos V. sobre las cosas de Italia, vino á «España por Legado el cardenal Salviati. Hé aquí el modo con que *D. Francés* cuenta «el solemne recibimiento:—Obediente Cárlos á la Iglesia, le salió á recibir estramuros «del lugar con muchos caballeros y grandes y prelados de su reino. Como llegó á «S. M. demandóle la mano. El Emperador le abrazó y le dió paz. El duque de Bejar, «que allí se halló, escandalizado dijo:—«Señor, juro á Dios y por el cuerpo de Dios, «yo el primero y cuantos aquí estamos, somos mal contentos que el Legado os besa«se.»—El Emperador le dijo:—«Mas fiero era Judas y besó á su maestro.»—Los gran«des de la corte no se escaparon de las satíricas agudezas, que el bufon de Cárlos V. «derramó en su obra contra ellos. Sirva de muestra lo que se lee en la crónica, al «tratar del famoso Almirante de Castilla, que tanta parte tuvo en las *Comunidades* «y en su triste vencimiento.—«Don Fadrique Enriquez llegó al Rey muy acompaña«do, como gran almirante y dijo al Rey:—Señor, cuanto á lo de Dios soy hombre; «cuanto á lo del mundo, no lo parezco. Lo mas del tiempo ando debajo de tierra como «topo. Tengo dos hermanos; el uno llamado D. Fernando Enriquez, que parece «mercader de jenjibre; el otro es el conde de Rivadavia, que parece gavilan fiambre, «ó nieto del regidor de Segovia. Tengo una hermana que se llama doña Teresa «Enriquez. Saca cada año seis ánimas del purgatorio, y mete á su hijo el Adelantado «de Granada y doce nietos en el infierno.—El Rey le dijo:—Almirante sois muy dis-

—Alto ahí, por donde mas alto se contiene, replicó D. Francés. ¿De qué libros has sacado que yo soy ladron de doncellas? Lo que hice fué ampararla y traerla á Castilla, cuando huyó de la nave. ¿Por qué no se lo preguntas á ese Papa-moscas, que no quiere hacerme Cardenal?

—Nada me ocultes. ¿Dónde está María?

—Allá te las hayas. En Santo Domingo el Real.

—¡Cómo....! ¡Religiosa....!

—¡Bah...! Novicia.

—Gracias á Dios.... Todavia hay esperanzas.

—¿De qué? ¿Te has vuelto loco? ¿Y el escándalo? ¿Y la profana-

«creto; dad gracias al Redentor, que si os quitó de las aldas, os lo añadió en las «mangas.—No se escapó tampoco de las burlas del *conde D. Francesillo* la venerable «persona (ó á lo menos en los siglos posteriores) del cardenal Jimenez de Cisneros. «En cuatro palabras la describe, en conformidad con el retrato que de él nos ha que«dado.—«Gobernó, dice, el ilustre y serenísimo señor cardenal de España D. fray «Francisco Jimenez, *que parecia galga envuelta en manta de gerga.*»—Al hablar «de su muerte, no pudo menos de recordar, que fué ocasionada por la venida de «varios caballeros flamencos, en calidad de áulicos del Monarca, y por el sentimiento «que le produjo verse destituido del mando, por medio de aquella carta, con que «anonadó su grandeza la vulgaridad de un obispo llamado Mota, cuyo nombre para «nada notable figura mas en la historia pátria. Con un solo rasgo ridiculiza la pasion «de ánimo, que abrió el sepulcro al cardenal Cisneros: véanse las palabras siguientes: «—«Murió este Cardenal de placer que hubo de la venida de Mr. de Xebres.»—Al «hablar de las prendas del mismo Cardenal, no puede menos de descubrir la ironía, «con que formaba sus elogios el festivo *D. Francés de Zúñiga*:—«Tuvo por compa«ñero en la gobernacion y vida al obispo de Avila, D. fray Francisco Ruiz, hombre «muy esperto, muy servidor de S. M., el cual Obispo parecia mortero de mostaza. «Este Cardenal fué de buena vida, honesto, y muy amigo de justicia. Quiso al Empe«rador mucho. Tuvo por pariente al Adelantado de Cazorla. Fuéle tan pesado en la «vida y muerte, que quisiera tener el dicho Cardenal mas de diez mil ducados de «pension sobre su arzobispado, quo no á él.»

«La muerte de *D. Francesillo de Zúñiga* fué ocasionada por algunas heridas que «le dieron, sin que se sepa con certeza ni los autores, ni la causa. Cuando lo llevaban «á su casa maltratado, iba en pos de él mucha gente, atraida de la curiosidad y «del aprecio, con que todos miraban la bizarría de su ingénio y sus agudos chistes. «Al estruendo se asomó su mujer, preguntando con grande ahinco lo que habia «ocurrido; á lo cual *D. Francés* la dijo muy sosegadamente:—«No es nada, señora, «sino que han muerto á vuestro marido.»—Su buen humor no le abandonó en la ho«ra de espirar. Perico de Ayala, truhan del marqués de Villena y grande amigo suyo, «le asistió en el último trance, dándole las mayores muestras de cariño. Conociendo «que aquella sazon no era tiempo para burlas, sino para veras, le dijo con voz con«dolida:—«Hermano D. Francés, te ruego por la grande amistad que hemos tenido, «que cuando estés en el cielo, lo cual yo creo que será así, segun ha sido tu buena «vida, ruegues á Dios que tenga piedad de mi alma.»—*Don Francés*, ya con las an«sias de la muerte, no perdió un punto de su festiva condicion, y así replicó á Perico «de Ayala:—Átame un hilo á este dedo meñique, para que no se me olvide.»—Y acto «continuo espiró.»

«Tales son las noticias, que de este hombre singular se han conservado hasta no«sotros; tales las de quien trataba con igual familiaridad á los grandes y pequeños de «la pátria; tales en fin de aquel, que respondió á la emperatriz, siendo llamado por «ella en ausencia de Cárlos V.—«Cuando mis amigos no están en sus casas; no oso ver á sus mugeres.»

cion? ¿Y los chillidos de las monjas? ¿Y la venganza de los inquisidores? ¿Y la desesperacion del pobre Toribio? Porque supongo que no le habrás hecho descuartizar en Flandes.

—El padre de María me ha acompañado en todas mis correrías y se halla en Madrid, mas ignora el paradero de su hija. A averiguarlo ha salido y yo esperaba sus noticias, cuando has llegado con mi maestro el de Utrech. Don Francés, eres mi amigo y voy á confiarte un secreto.... Amo á María.

—¿Con esas me vienes ahora? Sin duda imaginas que he estado ciego, desde el viage que hicimos á Barcelona.

—Hay mas: María será en breve reina de España y emperatriz de Alemania.

—¡Demonio! ¿Con que tan sério es el asunto? Figúrate que vá á sublevarse toda la nobleza.

—Se humillará ante mi suprema voluntad.

—Se armarán las ciudades.....

—Las ciudades abrazarán mi causa contra los nobles. ¿Por qué piensas que llamé á los nobles contra los *Comuneros*? Ahora los aborrece el pueblo y el pueblo se alzará á mi voz y esterminará á los magnates, si estos se mueven.

—No eres mal raposo, primo Carlitos.

—Don Francés, es preciso que salga María del convento de Santo Domingo el Real.

CAPITULO XVIII.

En el cual se prueba que Dios castiga al malo, sin piedra ni palo.

UCHOS fueron los caudillos de las *Comunidades*, que habiéndose fugado á Portugal despues de la funesta retirada de Torrelobaton y suplicio de los primeros capitanes, solicitaron el perdon del Emperador, quien les permitió volver tranquilos á sus hogares, dando así una prueba de lo levantado que era en sus pensamientos. Hernando Dávalos, principal instigador de las revueltas de Toledo, tuvo el arrojo de llegar oculto hasta la corte, en ánimo de arrojarse á los piés del Rey y pedirle el olvido de todo lo pasado, ofreciendo servirle siempre con fidelidad. No bien lo supo el alcalde Ronquillo, cuando se presentó al Rey pidiéndole licencia para proceder á su captura y procesarle.

—Señor, le dijo, el traidor Dávalos se encuentra en Madrid disfrazado y escondido. Déme Vuestra Magestad su vénia para reducirle á prision y hacer justicia en su persona, como instigador de maldades y desafueros.

—Si está escondido, contestóle D. Cárlos, difícil te será dar con él.

—Al contrario, Señor, porque tengo cercada la casa de D. Fernando de Córdoba, en la cual se alberga á estas horas.

—Don Fernando de Córdoba es un leal y valiente servidor, y el que en su casa encuentra asilo debe ser respetado, porque no puede traer malas intenciones.

—¿Y si por ventura las trae la persona de que se trata?

—Si las trae Hernando Dávalos, *mejor hubiérades hecho de avisarle que se fuera, que no á mí donde él está, para que le mandase prender.* (1) Déjale en paz y vete á Simancas, que allí te aguarda el proceso de ese mal obispo, llamado Acuña.

Ronquillo se retiró sin replicar y al dia siguiente se puso en marcha para Valladolid, en cumplimiento de la órden del Rey. Pero adelantémonos un poco nosotros, para llegar antes que él al castillo de Simancas, donde acababa de ocurrir un suceso lamentable, que decidió de la suerte de la señora Poncia Morcilla.

El arzobispo D. Antonio de Rojas, presidente del Consejo, nombró á los fiscales de la cámara apostólica Cristóbal de Ávila y Juan Orozco, á fin de que presentasen un resúmen de los cargos que debian formularse contra el prelado de Zamora. El informe era estenso y contenia las siguientes acusaciones: primera; fomentador de la mayor parte de las turbulencias de Castilla: segunda; ladron de la fortuna pública, para sostener sus ambiciones y su aficion á la guerra y á los placeres; tercera; mal ministro de Dios y blasfemo, por haber jurado no pocas veces, con la sagrada hostia en la mano,

(1) Al dar cuenta Pero Mejia de las palabras de D. Cárlos, escribe: «Y en este «propósito dijo é hizo este príncipe una cosa, que si cayéra en manos de un historia«dor ó orador romano, nunca acabára de encarecerla ó alabarla.»—*Hist. de Cárlos V. Lib.* III. *cap.* II.

que el esterminio de los *Imperiales* y las pretensiones de los *Comuneros* eran cosas en gran manera agradables al Altísimo: y cuarta; traidor á su Rey y á su pátria, porque fué preso cuando trataba de pasarse al campamento de los franceses. Además se le argüia fuertemente con los escándalos de Toledo, despues de su entrada en esta ciudad, huyendo de las tropas de D. Antonio de Zúñiga; escándalos de que dá cuenta una relacion fidedigna, de la cual entresacamos únicamente lo mas esencial para nuestro propósito.—«Aviso de su próxima ida, dice, nadie lo tenia en Toledo, y como «se le conocia poco la investidura episcopal en el trage, y no lle«vaba otro séquito que un guia, entróse por la plaza de Zocodo«ver, antes de que alguno sospechase su presencia en la ciudad, «que habia sido foco muy principal del alboroto. El guia impuso á «varios en el secreto, y propagándose por la poblacion con la cele«ridad de la chispa eléctrica de un estremo á otro, llenaron las ca«lles y confluyeron en la plaza locos de alegría los toledanos; y «aquellos corazones, poseidos de entusiasmo salvage, calificaron «al prelado Acuña de padre y señor de la pátria, y lo que es mas «de arzobispo de la Sede. No pararon en esto la irreverencia á tan «eminente dignidad y el torpe escarnio de conferirla tumultuaria«mente, usurpando las atribuciones del Pontífice y del Monarca; «sino que, fuera de sí la turba, desmontó del caballo al obispo de «Zamora, le cogió en hombros y por el camino mas corto, ende«rezó sus pasos á la santa basílica toledana, traspuso sus verjas, «y á modo de las olas del mar embravecido por los huracanes, «inundó el átrio y el pórtico y se derramó por el templo. Esto acon«tecia al cantarse las tinieblas el Viernes Santo. Allí se confundie«ron los gritos de la muchedumbre, ébria de vino y de demencia, «en alabanza de un mal sacerdote, con los hondos ayes y lúgubres «sollozos del mas inconsolable de los profetas; y el desenfreno, las «blasfemias y la bulliciosa complacencia en el pecado de las turbas «feroces, ahogaron los cantos tristísimos del canto mas patético y

«elevado, que ha sentido corazon y modulado acento de hombre, «implorando á Dios un perdon, que guarde igualdad con lo infinito «de su misericordia.» (1)

«. . . . . Le llevaban en triunfo, metiéronle en el tem- «plo y en el coro, y le colocaron en la sede pontificia, y al fin le «proclamaron Arzobispo de Toledo. Entre el bullicio movíanse fre- «néticos muchos sacerdotes, é inflamaban el temerario propósito «del vulgo..... el escándalo, que sembró en los corazones el in- «fernal espectáculo, de que se hizo teatro á la catedral de Toledo, «tuvo mas valor que una poderosa falange para los próceres de «Tordesillas.»

«A la vista del peligro, que se condensaba sobre Toledo, y de lo «bien templados que estaban para la pelea sus habitantes, se re- «puso en breve la quebrantada salud de Acuña. El pueblo quiso «darle una nueva señal de lo mucho que estimaba su mérito y cons- «tancia, y resarcirle de los sinsabores, con que algunos hijos es- «púreos de la ciudad le habian mortificado. Nada les pareció mas «propio de su gratitud, qne legitimar con el voto del cabildo la pro- «mocion del prelado de Zamora á la mitra de Toledo. Para dar vado «á su intencion insana, apostáronse los mas sediciosos en rededor «de la catedral por cuadrillas, y pusieron guardias en las calles «contiguas y en las puertas del templo. En seguida avisaron á los «canónigos de casa en casa, y segun iban llegando al punto y hora «de la cita, encerráronlos en la sala capitular uno por uno. Luego «que se hallaron en número suficiente, les propuso la turba su de- «seo y su propósito deliberado de que se lo colmasen pronto y sin «escusa. Conturbados unos, escandecidos otros, sacando los tími- «dos fuerzas de flaqueza, los serenos de ánimo espresándose con «mansedumbre, poseidos los canónigos de muy digna entereza, «rehusaron hacerse cómplices de aquel desafuero..... embriagado

(1) Mejia lib. II, cap. XV.—Francisco de Pisa, *descripcion de la imperial ciudad de Toledo*, edicion de 1617, lib. V, cap. XV, fólios 45 y 46.—Maldonado. Lib. VI.—Sandoval. Lib. IX, pág. 464.

«de cólera (Acuña) al saber la justificada resistencia del Cabildo á «la peticion de sus parciales, depuso el escaso miramiento, que «hasta entónces demostró á las cosas sagradas, tomó cartas en el «juego, y aun capitaneó la sacrílega asonada, ultrajando de pala- «bra á los que le daban ejemplo de que á los sacerdotes, en cum- «plimiento de sus deberes santos, no faltan ocasiones, en que acre- «ditar valor y firmeza, léjos de los campos de batalla.»

«Hora tras hora vino la noche; la gente alborotada continuó pi- «diendo y el Cabildo negando la mitra arzobispal para Acuña. Acaso «éste pensó en amansar á aquellos, de quienes esperaba el voto, «cercándolos por hambre, y los tuvo sin comer ni beber treinta y «seis horas. El teson desbocado y frenético de los populares se es- «trelló en la dignidad sosegada é incorruptible de los prebendados. «Contra su gusto los soltó finalmente el obispo de Zamora.... Pero «no se disipó el tumulto encendido en el claustro de la catedral de «Toledo, sin que D. Antonio Acuña se dejára adornar y se loza- «neára con los atributos pontificales.» (1)

La primera operacion de la señora Poncia Morcilla, tan pronto como pudo solazarse á su placer por el castillo de Simancas, fué entablar relaciones con el turbulento Obispo, quien por su parte no perdonaba medio para asegurarse una esperanza de libertad. El refuerzo de la astuta posadera le sirvió de gran provecho, pues logró hacerse, por su conducto, con un puñal, una pica, una maza y dos cuchillos pequeños, que le habia facilitado el presbítero don Bartolomé Ortega, muy adicto á su persona. Fácilmente alcanzó la pérfida madrastra de María el permiso necesario para comunicarse con Acuña, porque el alcaide Mendo Noguerol ningun recelo abrigaba de que le hiciese traicion la esposa del proveedor mayor de la mesa del Rey, y el Obispo parecia haberse acostumbrado á una cautividad, que hasta cierto punto era tolerable, por el respeto y las consideraciones con que se le trataba.

(1) Ferrer. *Decadencia de España*. Primera parte. Cap. IX. Espedicion de Acuña á Toledo.

Poncia entró una noche á deshora en la habitacion de Acuña, cerró la puerta con cuidado y poniendo ante sus ojos una fuerte soga, capaz de sufrir sin romperse el peso de tres hombres, le dijo:

—Aquí teneis todo lo necesario para evadiros. El buen alcaide os tiene por un santo; probadle, descolgándoos de las almenas, que sois el mismo demonio.

El Obispo recibió aquel presente con muestras de grandísimo contento y respondió á la envenenadora:

—Vete á dormir en paz, hija mia, que mañana á las ocho verán quien es este viejo, cuyos sesenta años largos nunca sosiegan.

—¿Y por qué no esta noche? replicó ella.

—Porque está muy oscura, repuso el Prelado y temo precipitarme al abismo. Algo con todo es preciso preparar, á fin de que cuando llegue el instante de huir, no se pierda tiempo.

—¿Quereis que os ayude en esos preparativos?

—Sígueme y nos pasearémos un rato por las almenas.

Así lo hicieron y el obispo de Zamora, resguardado por la vigilancia de su cómplice, sujetó un estremo de la soga á la almena mas próxima á su aposento. Poco despues se separaron, bajo la seguridad que dió Poncia al Prelado de que al amanecer se trasladaria á la villa, para esperarle con un buen caballo, que le tenia prevenido el presbítero Ortega.

A la mañana siguiente muy temprano pasó Acuña al aposento del alcaide, cuando Leonardo, hijo de éste y mozo de veinte años, salia de él para informarse de las novedades, que podian haber ocurrido en la fortaleza durante la noche. Encontró á Mendo Noguerol ocupado en recitar sus devociones, y despues de saludarle afablemente le dijo:

—Apuesto las rentas de la mitra de Zamora contra la posesion de Simancas, á que no acertais con el intento que aquí me trae.

—Mucho ha madrugado Vuestra Ilustrísima, le contestó Noguerol, aunque sin estrañar su visita, pues estaba acostumbrado á las rarezas del Obispo.

—Es que el motivo que me ha hecho abrir los ojos tan temprano, replicó éste, no admite dilacion.

—Ya sabe Vuestra Ilustrísima, repuso el alcaide, que siempre estoy dispuesto á servirle, con tal que no se trate de negocios, que me hagan faltar á mis obligaciones.

—Ahí está la dificultad, amigo mio.... en vuestras obligaciones; mas por Dios vivo, que ignoro cuales sean.

—Se reducen á una sola, señor Obispo y mi dueño.

—¿A una? ¿Quereis esplicármela, señor alcaide?

—¿Por qué no? A tener fielmente en guarda este castillo por el emperador D. Cárlos.

—Buen cazador de *Comuneros* está el César,... Supongo que en ese deber no entra el empeño de tenerme sujeto eternamente en esta ratonera.

—Vuestra Ilustrísima se equivoca de medio á medio. La órden espresa del Rey es que Vuestra Ilustrísima no salga de su habitacion.

—¡Demonio....! Con que Su Magestad benignísima quiere estrecharme las distancias?

—Cree al menos que no se han ensanchado, pero yo.... bajo mi responsabilidad y atendiendo al sagrado carácter de Vuestra Ilustrísima.....

—Sois un alcaide como pocos, señor Mendo Noguerol, pues me venis hablando de vuestras obligaciones, y habeis comenzado por faltar á una de ellas.... tal vez á la mas importante.

—Así es en efecto; mas como Vuestra Ilustrísima me dió palabra.....

—Vamos.... vamos.... ¿quién se acuerda de eso? Lo que interesa es que des completo fin al principio; no es otra mi pretension.

—¿Pretende Vuestra Ilustrísima volverme loco, ó intenta chancearse?

—Ni lo uno, ni lo otro. Hablemos en razon. ¿No habeis faltado ya á las órdenes del Rey, dándome en el castillo mayor libertad que la que él quiere otorgarme?

—¡Y me lo echa en cara Vuestra Ilustrísima!

—Lo que hago es deducir una consecuencia rigurosamente lógica. El que dá principio á una empresa debe llevarla á término. Me habeis otorgado licencia para pasearme por el castillo, luego me juzgais mucho menos culpable que lo que se figuran los fiscales encargados de mi proceso. ¿Qué os queda por hacer?

—Lo ignoro y no entiendo á Vuestra Ilustrísima.....

—En dos palabras quedará esplanado mi pensamiento. Abridme el rastrillo de la fortaleza.

—¡Señor Obispo....! Eso es imposible.... Vuestra Ilustrísima sueña.....

—¡Ah, Noguerol...! Estoy muy despierto... Cuenta con vos....

—¡Me amenaza Vuestra Ilustrísima!

—Dejaos de razonamientos inútiles y acompañadme hasta la salida.... No habreis olvidado vuestra pretension mil veces repetida, para que os conceda beneficios eclesiásticos.....

—Cierto es que los tengo pedidos á Vuestra Ilustrísima, pero solo en el caso de que pueda otorgármelos.

—Basta de discusion, señor Mendo; abrid el rastrillo y contad con que no soy ingrato.

—No lo espere Vuestra Ilustrísima; antes bien, voy á encerrarle mas estrechamente que hasta ahora.

—¿A mí?

—A Vuestra Ilustrísima.

—Noguerol, mirad por vuestra salud. ¿Quereis facilitarme la fuga?

—No.... por el contrario, quiero impedirla.

—Pues discurrid cómo ha de ser, porque soy testarudo y he de salir ahora mismo del castillo.

—No saldreis, porque voy á llamar á los calaboceros.

El alcaide dió un paso hácia la puerta y el Obispo le gritó:

—Atrás.....

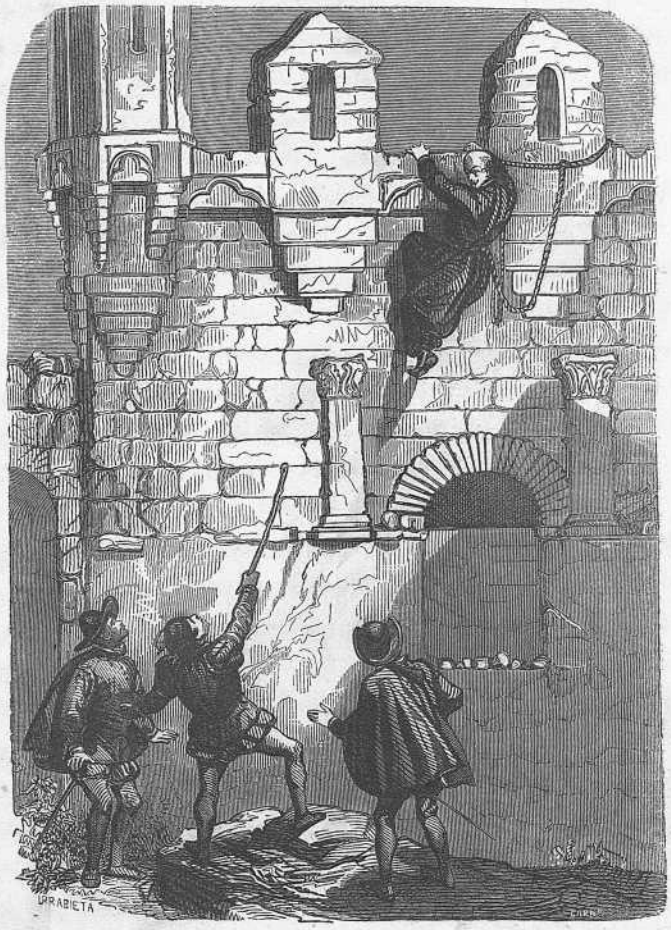
Nadie supo despues con certeza lo que allí sucedió, mas no tardó

en divulgarse la noticia de que D. Antonio Acuña acababa de asesinar al alcaide de Simancas. Leonardo, hijo de Mendo Noguerol, avisó inmediatamente á los alcaldes de la villa Alonso Ruiz y Diego Breton, quienes acompañados del mozo, se dirigieron á toda prisa hácia el castillo. Mas ¡cuál fué su asombro, cuando al acercarse vieron al Obispo descolgándose del fuerte entre dos almenas, con el ausilio de una soga, que le sujetaba por la cintura! Leonardo, al reconocerle, blandió el garrote que empuñaba, y gritó con furia:

—Él es.... el obispo Acuña, que acaba de asesinar á mi padre...

Los alcaldes amonestaron al Prelado para que no se empeñase en su inútil tentativa, asegurándole que peligraba su existencia, si no les obedecia al punto, y él considerándose perdido, flaqueó de ánimo y volvió á subir, entregándose á los calaboceros que habian acudido á las almenas. Hé aquí ahora algunas circunstancias, que tenemos á la vista, sobre el horrendo crímen perpetrado por el obispo de Zamora.—«Sobre sangre resbalaron los piés de los que «entraron en la prision de Acuña. Al pié de su cama estaba atado «el infeliz alcaide: tenia encenizados los pechos, dos ó tres con- «tusiones en la cabeza, ocho heridas en el rostro y una mortal de- «bajo de la barba: aun no habia abandonado el calor natural á «aquel cuerpo sin vida.» (1)—«Se encontraron al Obispo tres ar- «mas, dispuestas á modo de puñal, pica y maza, con dos cuchi- «llos de escribanía, uno colocado á la punta de un palo á la altura «del hombro y sujeto con clavos y cordeles y una varilla de hierro; «otro, cuyo mango estaba en trapos envuelto para que llenase bien «la mano; y un guijarro dentro de una bolsa de cuero. El puñal «se le halló encima; el guijarro en su aposento y la especie de pica «en el foso. Habíala echado por delante para descolgarse en se- «guida del muro. Por eso no opuso resistencia á los que acudieron «á prenderle, *pues si su palito tuviera cuando llegaron á él, que «se queria echar abajo, batalláran un poquito, y se viera qué ha-*

(1) Esta relacion supone desde luego que Acuña cometió el asesinato en su propio encierro, lo cual no es verosímil.—N. del autor.



¡Él es ....! El obispo Acuña, que acaba de asesinar á mi padre.

«*cía cada uno.*» — «Sabida en Valladolid la catástrofe, aquella mis-«ma tarde (1) se personaron en Simancas los alcaldes Juan Sanz «de Menchaca y Juan de Castro de Zárate, á instruir el correspon-«diente proceso en averiguacion del terrible caso. Cómo habia pa-«sado juró decirlo Acuña por las órdenes de San Pedro y San Pa-«blo, aunque su calidad de sacerdote le vedaba *decir su dicho á se-«glares*. Entónces depuso que, pidiéndole el alcaide, haria unos «tres años, algunos de sus beneficios, se los ofreció en cierto modo. «Además hizo Noguerol la misma súplica á S. M. por conducto del «conde de Nassau y de otros amigos; y el declarante le manifestó «que habia errado el negocio en usar de diligencias y autos judi-«ciales, porque hasta cierto punto podia ser aquello tácita confe-«sion de las culpas que se le imputaban en otras acusaciones, y «aun comprobante de soborno, en razon de tener Noguerol oficio «público de guarda. Nada bastó á que el pretendiente aflojára de «su intento, ni el declarante de su negativa. Aquel insistió en su «solicitud el dia del fatal suceso; éste se mantuvo tenaz en espo-«ner las dificultades de la renunciacion de los beneficios: *Ello se «hará aunque V. S. no quiera, dijo el alcaide. Con la merced de «Dios y de S. M. no haya miedo que yo me fuerce contra mi que-«rer, repuso el Obispo. Entonces Noguerol se fué contra el decla-«rante, y éste con alguna alteracion se levantó y asió del alcaide, y «así se juntaron con ira y enojo, y anduvieron un espacio de tiempo «á los brazos.* Noguerol era mas fuerte, Acuña tenia mejor maña y «venció en la lucha. Mientras duraba, quiso el Obispo asegurarse «de que no le dañaria el enojo de aquella revuelta con el alcaide «en lo que le habia prometido, de que el capellan que le decia misa «entrase en el cubo á rezar las horas y á servirle; como en lo de «hablar con todos sus criados sobre la pretension de su justicia y «en lo de andar mas libremente por los corredores. Apretándole «para que le diese estas seguridades, gritaba mucho, y asi por-«fiando y cansándose ambos, le amenazó con el cuchillo, despues

(1) La del 25 de febrero de 1526.

«de haber dejado Noguerol el suyo, hasta que mostró estar muy «cansado, y muy ronco, y se rindió, y se dejó atar con juramento «muy solemne. Despues de echarle encima alguna ropa y de arri- «marle un poco el brasero para evitar que se levantase, reposó el «Obispo un buen espacio, aprestó los cuchillos en forma de pica y «de daga, y salió á ver si habia sentido la brega alguien de la fa- «milia. Hallándolo todo en silencio, tocó una campanilla para que «le encendiesen una candela. Como llamase nuevamente, subió Leo- «nardo Noguerol á informarse de lo que le ocurria al Prelado.- «Entra, le dijo éste, porque tu padre está escribiendo y te nece- «sita.»-Al ver el azoramiento de Acuña y en su zamarro man- «chas de sangre, sospechó Leonardo lo acontecido: bajóse á los «entresuelos, se ciñó una espada, tornó á subir á los corredores, «donde estaba la prision del mal Prelado y gritándole iracundo, *so «perro que has muerto á mi padre*, quiso descargarle un terrible «golpe. Para evitarlo, el Obispo se metió en el cubo, echó mano al «palo en que habia puesto un cuchillo por remate, y al par que se «lanzaba contra Leonardo, le reprendia ásperamente, porque des- «honraba á su padre, despues de lo que estaba platicando sobre los «beneficios. De pronto el hijo del alcaide tiró algunas estocadas á «Acuña; temióle finalmente y se dió á correr escalera abajo, mo- «viendo grande alboroto. Con los años y con el entumecimiento «producido por una prision tan larga, habia perdido mucho el «obispo de Zamora de su agilidad antigua. Por mas que corrió, no «pudo alcanzar á Leonardo, quien, llegando á la puerta del casti- «llo, la traspuso y cerró de golpe y fuese por las calles á publicar «la tentativa de Acuña. Entónces, viéndose éste encerrado en la «barbacana, entró por la ronda de la tela, y se encaramó á los «adarves.» (1)

Tal fué la declaracion de Acuña, y aunque á nadie satisfizo, paralizó por muchos dias el curso de los procedimientos, hasta que, disgustado el Emperador de la lentitud de los alcaldes de Valladolid,

(1) Ferrer *Decadencia de España. Primera parte. Cap.* XII.

envió á Simancas al temible Ronquillo, quien puso al Obispo grillos y esposas. Desde aquel instante presidió en todas las actuaciones una rapidéz espantosa, viéndose reducidos á prision, cuando menos lo esperaban, el presbítero D. Bartolomé Ortega, un tal Esteban, de quien llegó á sospecharse que habia llevado cartas del último para los parciales de Acuña y otras personas, que hablaban abiertamente en favor suyo. La señora Poncia, que habia bajado á la villa con el objeto de aguardarle en ella y tenerle prevenido el caballo para que se fugase, segun así se lo habia ofrecido, cayó tambien en poder del terrible alcalde, y éste, tanto por sus últimas relaciones con el prelado de Zamora, como por sus antiguas fechorías, la sentenció al tormento y á la horca. En el primero declaró la madrastra de María todas las maldades que habia fraguado y cometido, desde el dia en que vendió al caballero Eduardo de Chevres el fatal veneno, que minó lentamente la existencia del gran cardenal Ximenez, y descoyuntada por las cuñas, lanzando desgarradores gritos que le arrancaba el dolor, maldiciendo de su estrella y de los hombres, sin fé en Dios, sin esperanza en el mundo y atormentada por la perspectiva de una eternidad de suplicios, cuyas puertas veia abrirse ante sus plantas, fué conducida al cadalso y en él acabó su mísera vida á manos del verdugo, que tuvo la cruel complacencia de hacerla padecer horribles angustias en prolongada agonía.

«Su vez tocó en seguida al obispo de Zamora, dice el autor que «ya anteriormente hemos citado. Bajáronle á la cámara del tor- «mento á las ocho de la mañana. Ronquillo le dijo:—*A cuestion de «tormento os pondré, si no declarais quiénes fueron vuestros cóm- «plices en la muerte del alcaide y en vuestra soltura, y dónde íbais «despues á ampararos.* Y el Obispo respondió con serenidad impa- «sible:—*Ni persona de casa, ni de fuera, ni del cielo, ni de la tierra «fueron conmigo en ningun concierto sobre lo dicho, y si alguna de «ello pareciere, no es verdad.*»

El verdugo de Valladolid ató los piés al Obispo, *teniéndolos ade-*

más sujetos con una cadena y con grillos y encima de una piedra, para sujetarle á ellos, una pesa de hierro como de cuatro arrobas. Tambien le amarraron las manos por las muñecas y á la espalda y luego á una maroma colgada, de la cual tiraron hasta cinco veces, levantando su cuerpo en alto para descoyuntarle. Presa de horribles dolores, confesó al cabo su crímen y entónces le llevaron medio muerto á un calabozo húmedo y oscuro, para sacarle al siguiente dia al patíbulo afrentoso en que debia espirar.

«Aquel horrible cortejo lo presidia el alcalde, sereno de ánimo y «como ufano de haber hecho en cuatro dias escasos, mas que en «cerca de un mes sus compañeros. Todos los clérigos de la villa «acompañaban procesionalmente al opispo de Zamora: compungidos «y atribulados al verle en tan funesto trance, balbuceaban de manera «que no se les entendian los versículos del *Miserere*. Don Antonio «Acuña habia levantado su alma á Dios, desde que le leyeron la «sentencia de muerte. *Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi: in «domum domini ibimus*, dijo entónces, y sin que perdiese nada de «su antiguo valor guerrero, se revistió su figura con la majestuosa «gravedad de un anciano, y en su rostro se pintó la humildad «apostólica que tan bien sienta en un sacerdote. A los de la villa, «que iban á su lado, animaba con su presencia de espíritu y los «edificaba y enternecia por lo contrito y resignado. Así llegaron «por la ronda de la fortaleza al lugar del suplicio. En aquel punto «se prosternó el obispo de Zamora é hizo oracion devotamente.— «*Yo te perdono*, dijo al verdugo, *y empezando tu oficio, procura «apretar réció*. Púsose sobre un repostero pegado al muro; asiendo «Bartolomé Zaratan una soga atada á las almenas, echó el fatal «lazo al cuello del Obispo. Tan desastrosamente acabó su vida el «último comunero de renombre.»

El presbítero Ortega fué conducido al tribunal de la Inquisicion, y allí murió á fuerza de tormentos. Esteban pereció en la horca, y azotaron públicamente en las calles de Simancas á una esclava llamada Juana, que habia terciado en los mensages del Presbítero á la señora Poncia y al obispo Acuña.

PARTE TERCERA.

EL MONASTERIO DE YUSTE.

—

CAPÍTULO I.

La cita.

Era una tempestuosa noche de diciembre: las calles de la villa coronada estaban desiertas, caia el agua á torrentes, y soplaba con furia el viento glacial del norte. Todos los faroles se habian apagado y el ruido del huracan ahogaba las voces de los vigías del alcázar y los ahullidos de los perros, únicos séres que se atrevian á mezclar sus tristes acentos con la imponente batahola de la nocturna tormenta.

Dos bultos se deslizaban, como á cosa de las diez, por la que hoy se llama *Puerta del Príncipe* de la mansion de nuestros Reyes; alto y enjuto de carnes el uno; el otro de regular estatura, aunque

mas fornido y tambien mas jóven. Iban embozados en sendas capas y cubrian sus cabezas sombreros de anchas alas, que les caian sobre los ojos y ocultaban enteramente sus facciones: precaucion inútil, porque nadie, en el desierto y desigual barranco, que se estendia desde el alcázar hasta la calle del *Arenal*, convertido hoy en *Plazuela de Oriente*, en *Teatro Real* y en *Plazuela de Isabel segunda*, podia tener el detestable capricho de sepultarse en lodo hasta la cintura, por observar sus pasos y reconocer sus personas. Los dos bultos sin embargo creian necesarias ciertas precauciones, y así fueron adelantándose poco á poco hácia la izquierda, amparados por el muro del régio edificio, hasta que, seguros de que desde éste no podia observarse su direccion, torcieron á la derecha y saliendo al escampado, no transcurrió mucho tiempo sin que se encontrasen al principio de la subida de la cuesta de *Santo Domingo*. Hicieron alto allí, y el mas fornido preguntó al mas alto:

—¿Es alguna de estas la casa que digiste?

—Mas arriba la encontrarémos, respondió el otro; pero déjame respirar, porque estoy sin aliento para seguir la caminata. ¡Magnífica noche has escogido para llevar á cabo tu locura! Sobre que no parece, sino que mi cuerpo á salido del Manzanares....

—¿Imaginas, replicó el primero, que estoy menos empapado que tú? Mas no hay remedio, y por mucho que cueste á mi orgullo presentarme á su vista cubierto de lodo y de....

—¡Buena encomienda me traes ahora, con tus escrúpulos de enamorado! ¿No has oido decir que la capa todo lo tapa? Pero dejemos ya esta miserable gazapera, y acerquémonos al punto que buscamos, supuesto que ya tengo prevenidos trages enjutos, que nos conviertan en hombres de provecho.

—Esplícame esas palabras....

—¡Ira de Dios y qué menguado me haces, á pesar de las pruebas que te tengo dadas de mi talento! ¿No ha estado diluviando todo el dia? Pues bien, lo natural era figurarme yo que esta noche nadaríamos como truchas del Jarama, por estos mares de Madrid. En

consecuencia me he proporcionado hospedage inmediato al convento, y en ese hospedage nos esperan sombreros, botas vueltas y capas, semejantes á todo esto que llevamos encima y que ya nos pesa mas que el pecado de Adan.

—Eres un sábio, amigo mio, y desde luego columbro que pasará tu nombre á la posteridad. Vamos á tu albergue y sequemos un poco nuestros cuerpos remojados, que bien lo han menester.

Dicho esto, abandonaron el quicio estrecho de una puerta cerrada, en el cual se habian guarecido, y prosiguieron caminando cuesta arriba, furiosamente azotados por el agua y el viento que arreciaban á porfía sus terribles embates. Despues de mil tropiezos y de luchar á brazo partido contra la tempestad, que amenazaba arremolinarlos, pudieron llegar hasta el principio de la verja de Santo Domingo el Real. El hombre de alta estatura buscó entónces á tientas una puertecilla baja, la halló y empujándola con ímpetu, dijo á su compañero, asiéndole por el brazo:

—Estamos en puerto de salvacion: por aquí y caigan ahora de las nubes capuchinos de bronce.

La puertecilla, que solo estaba encajada, se abrió de par en par y los dos rondadores entraron en una miserable casucha, de las que formaban hace trescientos años aquella pobre barriada de Madrid, en cuyo recinto se elevaban monumentos de no pequeña importancia histórica. (1)

Dejemos á nuestros remojados paseantes nocturnos descansar á su sabor y desnudarse de sus trages al amor de una buena lumbre, para esponer los motivos que les habian animado á emprender tan

(1) En la barriada, arrabal ó burgo de *San Martin (vicus Sancti Martini)* fué fundado por los religiosos, que envió Santo Domingo de Guzman, cuando hacía la guerra á los albigenses, el monasterio que lleva su nombre. Tambien existia el de monjas franciscas de *Santa María de los Ángeles*; así como las casas del mayorazgo del contador *Francisco de Garnica*, que hoy posee el duque de Granada: en una de ellas estuvo preso algunos meses *Antonio Perez* secretario de *Felipe II*, y en otra nació el cardenal *Portocarrero*. Las casas del condestable D. Álvaro de Luna, las del secretario *Alonso Muriel y Valdivieso* y el antiguo edificio de la *Suprema Inquisicion* atestiguan que el arrabal de *San Martin* estaba destinado á representar gran papel en las ampliaciones de la villa.

peligroso viage, como era, en aquellos tiempos de barrizales, de profundas hondonadas y de precipicios, la travesía desde el real alcázar hasta el punto en que les hemos perdido de vista.

Ya hemos dicho que el emperador Cárlos de Gante no habia perdido la esperanza de poseer á María, desde el momento en que se enteró por Francesillo del sitio en que se hallaba y de que no era religiosa profesa. El primer pensamiento que le asaltó fué sacarla á la fuerza del monasterio, pues ya preveia séria y tenaz oposicion por parte de la Priora, para que voluntariamente abandonase el claustro; mas al mismo tiempo temió el escándalo, el papel de aventurero vulgar que le esperaba á los ojos de su corte y las dificultades que el poder de la Inquisicion suscitaria al cumplimiento de sus deseos. Entónces imaginó que, pues estaba firmemente resuelto á sentar á su amada María en el trono de los Césares, la publicacion de este plan allanaria todos los obstáculos. La grandeza, es verdad, representaria contra tan desigual alianza; tal vez los nobles, descontentos por no haber sacado de la pacificacion de Castilla todo el provecho que se habian prometido, y esperanzados de obtenerlo en otras revueltas, llegarian á perturbar el sosiego público; pero esto le importaba poco, porque segun habia espuesto al conde D. Francés, cuando comprometió á los magnates en la contienda contra los *Comuneros*, nombrando gobernadores adjuntos á D. Fadrique Enriquez y á D. Iñigo de Velasco, y al conde de Haro, hijo de este último, por Capitan general de las tropas *Imperiales*, levantó una barrera entre ellos y el estado llano de las poblaciones castellanas. En efecto; estas aborrecian con mayor encono á sus Señores, por el despótico dominio á que aspiraban despues de la victoria, que daba nuevos estímulos á su orgullo; y por el contrario, se sometian gustosas al gobierno templado y benigno de un Monarca, que no ensangrentó sus triunfos, y que, aunque las habia privado de su libertad, restablecia mas y mas, de dia en dia, el reposo, perdonaba á los ilusos, protegia á los desvalidos y humillaba á los soberbios. Don Cárlos pues era un rey popular en España,

por su hidalguía y por su valor, y estaba en el caso de imponer su voluntad á los grandes, en caso de rebelion, ayudado por las mismas ciudades que habia sometido con las armas de aquellos, que ya no debian tenerlas por auxiliares en sus ambiciosas demandas. Con todo, antes de declarar su pensamiento de casarse con la hija del posadero de Rueda de Medina, conveníale contar con ella y hacerla saber directamente la inesperada felicidad y la altísima honra que le esperaban; por lo que, fijo en su primera idea de hacerla salir del convento, en que se habia refugiado, consultó con el sagaz D. Francesillo acerca de los medios mas adecuados para alcanzar del objeto de su pasion una entrevista. El bufon meneó la cabeza, hizo la señal de la cruz, se rascó fuertemente la barba, despues la nariz, en seguida la frente; permaneció pensativo largo espacio y acabó por destrozar con los dientes los vuelos de su ropilla. Por fin arqueó las cejas, como para dar á entender que habia encontrado lo que buscaba, y señalando al Rey la mesa de su despacho y los avíos de escribir, sentóse en frente de ella con las piernas cruzadas y el brazo estendido en ademan de dictarle.

Una hora despues recibió María, de manos de la hermana tornera de Santo Domingo el Real, una carta, cuyo contenido era el siguiente:

«María: mi suerte, que es la suerte de Castilla y la del Imperio «germánico, vá á decidirse: ó Francisco *primero*, ó yo. Necesito «ver á la santa *Mensagera* de la Vírgen de Monserrate, antes que «el éxito de una batalla me haga señor del mundo ó me arroje á «la tumba. Un adios á la que en Sarriá de los Condes me predijo «mi fortuna..... Una corona á la novicia de Santo Domingo el «Real.... Elije.»

CÁRLOS DE GANTE.

—Le veré, esclamó la doncella; el Emperador está llamado á ser un gran monarca y..... lo será.

—¿Qué respuesta debo llevar al mensagero? preguntó á María la hermana tornera.

—¿Puedo acaso darla yo? repuso la novicia. Mi protector me pide una entrevista.... pero.... la regla del monasterio.....

—¿Se halla la hermana dispuesta á concedérsela? insistió la tornera sonriéndose.

—¿La entrevista? murmuró María.

—Pues.... de eso se trata.

—¡Oh!.... Sí, por cierto. ¡Hace tanto tiempo que no le he visto!

—Le verá la hermana esta noche.

—¡Esta noche!

—No se asuste la hermana. Despues del segundo coro, baje al salon y en él encontrará á su.... á su protector y tambien á otro amigo.

—¡Dios de misericordia....! Luego la hermana sabe.....

—Todo.... todo.... Es decir, sé que el festivo conde D. Francés ha venido al locutorio; sé que me ha entregado esa carta de parte del Rey.....

La tornera callaba la parte principal del motivo que habia dado al traste con su religiosa austeridad, y era que Francesillo habia colocado en uno de sus dedos una preciosísima sortija, soplando al mismo tiempo en sus oidos la palabra imperial de convertirla en Priora ó en Abadesa. María suspiró al escuchar sus razones y dijo con timidéz:

—Podré al fin decirle, adios para siempre.

—La hermana le dirá cuanto quiera, replicó la monja separándose de la jóven; pero cuidado con descuidarse. Despues de concluido el segundo coro, al salon.

El segundo coro empezaba precisamente, cuando Cárlos de Gante y el buen conde D. Francés entreabrian la puerta de una espaciosa estancia, la misma á que acababa de guiarles la tornera. Ésta habia dado al bufon la llave de la pieza del locutorio inmediata á la clausura y por ella acababan de introducirse en el interior del monasterio los dos nocturnos rondadores.

—Entrad, entrad, señores, les dijo, que no tardará en venir la

hermana que buscais. Tened sin embargo entendido, que en todo cuanto pueda ocurrir me lavo las manos.

Hablando así desapareció, y entónces juzgó prudente Francesillo tomar algunas precauciones. Al efecto siguió á la tornera dejando solo al Rey. Pocos minutos despues volvió al salon frotándose las manos, y dando claras muestras de grandísimo contento.

—¿Qué has visto? le preguntó Cárlos. ¿Tardará mucho María?

—¡Ay primo mio! esclamó el bufon haciendo una pirueta. Yo no sé como hay amantes que se devanen los sesos en ir buscando doncellas por esos mundos de Dios, cuando sin el menor trabajo pueden hallarlas en estos benditísimos asilos. ¡Qué he visto me preguntas! ¡Ira del cielo! ¿Sabes que ha faltado muy poco para que cegase? He visto.... asómbrate, Carlitos de mis entrañas.... he visto mas de veinte pares de palomas, como cuarenta soles; y todas acurrucaditas en el coro, como si temiesen una sorpresa. ¡Qué caza, hijo mio.....! ¡Qué caza! ¿Me das tu permiso para que caiga, como hambriento gavilan, sobre esa grey escogida? Te prometo darme un hartazgo regular, que me vendrá como de molde, despues de la borrasca que hemos corrido para llegar hasta aquí.

—Nada de escándalos, D. Francés, porque me importa no ser observado esta noche.

—Es que tú no eres yo.

—Ven acá, menguado. ¿Ignoras que por el hilo se saca el ovillo? Al saberse mañana en la corte que has armado zambra con las religiosas de este convento y que no estabas solo, todos dirán que el Rey era de la partida.

—Lógico estás, Carlitos, pero no me convences. Evapórate ó vuelve á palacio, si puedes hacerlo sin ahogarte, y déjame solo con las monjas, que yo las pondré á buen recaudo.

—Lo que has de hacer es guardarme bien las espaldas, cuando hable yo con María.

—¡Oh! Eso corre de mi cuenta. Allí estaré; á la entrada del claustro, que hemos atravesado, y he de avisarte de todo cuanto

ocurra. Por lo que toca al interior del monasterio, componte como Dios te dé á entender, ya que no me das licencia para habérmelas á brazo partido con las palomas del Señor.

Así departian, cuando abriéndose con mucho disimulo la puerta del fondo, apareció la bellísima figura de María. El Rey no la reconoció al pronto, porque el hábito de Santo Domingo la cubria enteramente; mas no bien dejó caer su capucha sobre los hombros, cuando el recuerdo de la aparicion de Sarriá se presentó vivamente á su acalorada fantasía. Corrió hácia ella ébrio de amor, en tanto que Francesillo, haciendo una mueca fué á situarse en la puerta de entrada al salon, y la dijo apasionadamente:

—¡María....! ¡Hermosa María....! Te encuentro al fin despues de tan larga ausencia.... ¿Sabes ya que te amo?

—Señor, respondió la jóven temblando, Vuestra Magestad me ha escrito.... para decirme, adios.

—Para hacerte reina y emperatriz, repuso Cárlos con fuego.

—¡Qué escucho! replicó ella sonrojándose. Vuestra Magestad olvida quien soy.....

—No.... no.... ¿y qué me importa? Eres mi bien.... mi vida.... mi felicidad.....

—Señor.... Señor.... ¿por qué ha llegado para mí este momento de prueba?

—María.... óyeme. Yo te amo desde aquella noche, en que apareciste á mi vista en el palacio de Sarriá, enviada por la Vírgen catalana; desde aquella noche en que me anunció tu voz argentina mi exaltacion al imperio de los Césares. Desde aquella noche tambien juré que nada en el mundo me apartaria de tí.

—Callad.... callad.... este retiro.... este trage.....

—¡Este retiro....! Yo te sacaré de él, para que todos los magnates del reino hinquen ante tus plantas la rodilla.... ¡Tu traje....! ¿Has formulado ya los votos que pueden separarte del mundo....? ¿Eres religiosa....?

—No.... novicia.....

—Pues bien.... serás mía.

—¡Ah....! No.... jamás.....

Al mismo tiempo que salian de los lábios trémulos de la doncella estas palabras, oyó Francesillo cierto ruido de pasos: púsose á observar hácia la puerta del fondo y vió que varias religiosas, precedidas de otra, que al parecer era la Priora, examinaban lo que acontecia en el salon. Enterarse de que el Rey y María eran espiados y empezar á hacer señas al primero llamándole con la mano, fué para el bufon negocio de vida ó muerte. Don Cárlos á nada atendia; desesperado con la contestacion que acababa de recibir, estrechó tiernísimamente una de las manos de María, que elevaba al cielo sus ojos preñados de lágrimas, como para ofrecerle el cruel sacrificio de su corazon, y esclamó con tristeza:

—¡No me amas....! ¡Me aborreces....! Imposible.... ¡María....! ¡Mi adorada María....! ¡Ah! ¿Por qué tanto rigor....? Vuelve.... vuelve hácia mí esos ojos, que me matan con sus brillantes rayos.... Mírame.... Habla.... Pronuncia el sí que anhelo, y hoy mismo ceñirán tus sienes dos coronas.

Don Francés no pudo sufrir mas: abandonó su puesto de observacion y corrió hácia D. Cárlos, para advertirle del riesgo que amenazaba. María pudo apenas proferir estas palabras:

—Nos separa la Vírgen de Monserrate.... Adios para siempre.

Y viéndose sorprendida por la Priora, se sobrecogió de espanto, mientras Francesillo arrastraba al Rey hasta el claustro del monasterio, y huian ambos precipitadamente, á fin de evitar que á los gritos de las monjas acudiesen los vecinos del barrio, ó alguna ronda de los alcaldes de corte.

CAPÍTULO II.

La Priora del monasterio de Santo Domingo el Real.

o vayan á figurarse nuestros lectores que el Rey-emperador, aunque entregado á una pasion profunda, y rondando á guisa de galan calavera por las calles de Madrid, para asaltar el sagrado recinto que encerraba el objeto de sus amores, tenia desatendida la gobernacion de sus pueblos ni en olvido la inevitable lucha abierta, á que su rival Francisco *primero* le provocaba. Desde luego se dedicó asíduamente á cicatrizar las llagas y á contener los desórdenes, que los recientes disturbios habian ocasionado en el reino, por lo que su primer acto como Rey, despues de su vuelta á España, fué una amnistía general, en favor de todos los comprometidos en la guerra de las *Comunidades;* esta generosidad, que se hizo estensiva aun á los mas acérrimos enemigos de su causa, le grangeó

el cariño de las mismas ciudades, rebeladas poco antes contra él, y desvaneció de todo punto los temores y recelos de cuantos solo esperaban de su justicia persecuciones y castigos. En efecto; contadas fueron, pues no llegaron á veinte, las personas contra las que, á pesar de la saña y crueldad del alcalde Ronquillo, se dictaron providencias severas, despues de bien depurados los hechos punibles y escandalosos, en que habian tomado parte activa; pues aunque el Consejo y los jueces le aconsejaban que desplegase contra determinadas poblaciones, como Toledo, Segovia, Valladolid y Salamanca, todo el rigor de un monarca irritado, su respuesta era siempre: «*No he venido á Castilla á vengar mis propias ofensas, sino á gobernar como Rey justo y clemente.* Y á los que replicaban haciéndole observaciones sobre los grandes desmanes que habian cometido las poblaciones, solia decir: *Desde Alemania he visto mas que vosotros: no se levantaron las ciudades, no: levantáronlas ambiciosos, para abandonarlas luego, á fuer de traidores. Hijas mias son y vive el cielo que he obrado como buen padre, al abrir los brazos para recibirlas, perdonando sus estravíos.* Tan elevados sentimientos, que siempre le sirvieron de norte, el afan con que se acomodó constantemente á los usos y costumbres de Castilla y la conducta noble y magnánima que puso en práctica para defender los fueros del pais contra las asechanzas esteriores, le conquistaron de tal modo el amor de sus vasallos, que ningun rey de cuantos le habian precedido pudo lisongearse de haberle aventajado en las pruebas de adhesion y de afecto, que se le prodigaban á porfía.

El donativo enteramente gratuito de cuatrocientos mil ducados que las Cortes le concedieron, cuando menos lo esperaba, patentiza el ascendiente que habia sabido adquirir en las ciudades de voto. Y por cierto que le llegó el regalo como llovido del cielo, para ponerle en situacion de reforzar con nuevas tropas el ejército del marqués de Pescara, cuando precisamente empezaba á entablar desde Madrid importantísimas relaciones con el duque de Borbon, condestable de Francia. Francisco *primero*, inducido por Luisa su madre,

que aborrecia á este general, no perdonaba medio ni coyuntura de mortificarle en sus intereses y en su orgullo. Habíale quitado el gobierno de Milan, mandando suspender el pago de sus pensiones: poco despues rechazó con desabrimiento sus sábias advertencias sobre una operacion que, por no seguirlas, se malogró á orillas del Escalda y por último, le infirió la afrenta de deponerle del mando de la vanguardia del ejército, en presencia de sus mismas tropas. La paciencia del Condestable se cansó al fin de soportar tantas injurias y escribió á Cárlos de Gante ofreciéndole sus servicios, cuando un nuevo incidente le obligó á precipitar el propósito, que habia concebido, de abandonar á un monarca tan injusto, como ingrato y desleal. La repentina muerte de la duquesa de Borbon produjo una mudanza asombrosa en los sentimientos de la Reina madre, que contaba entónces cuarenta y seis años de edad y era en estremo sensible á las impresiones del amor. El resultado fué que se apasionó perdidamente del Condestable, á quien se dirigió manifestándole á las claras sus deseos: pero se vió despreciada por el Duque, y entónces se convirtió su amoroso anhelo en un ódio implacable. Procuró pues vengar ruidosamente una ofensa que nunca perdonan las mugeres, y encontró medios de privar al Condestable, por una sentencia judicial, de todos los bienes y haciendas, en que habia entrado en posesion por fallecimiento de su esposa. Tan rabiosa como sistemática persecucion dió al traste con las consideraciones, que aun se proponia guardar y se puso desde luego á merced de D. Cárlos, quien le ofreció en casamiento á su hermana Leonor, viuda del Rey de Portugal, asignándole la Provenza y el Delfinado con título de rey, en el tratado que celebró con Enrique VIII para la conquista de la Francia.

Adriano de Utrech habia partido para Roma, pero disfrutó poco tiempo de la alta dignidad, á que sus virtudes y el apoyo decidido del Emperador le habian encumbrado. Los pestilentes miasmas que exhalaba el Tiber minaron su ya quebrantada salud, y murió dejando la silla de San Pedro al célebre cardenal Médicis, que tomó

el nombre de Clemente VII. Esta importante novedad no impidió la ejecucion del tratado, antes bien activó los marciales preparativos entre las partes beligerantes, marchando poco despues los ingleses á la Picardía y adelantándose hasta las orillas del Oise, á distancia de once leguas de Paris. Francisco *primero* tampoco se habia descuidado, y envió para hacerles frente al afamado duque de Vendome, que les obligó á retroceder á marchas forzadas, al mismo tiempo que el mariscal de Latremouille les fué picando la retaguardia hasta las mismas puertas de Calais. Los españoles trataron de favorecer la invasion de las armas inglesas, por lo cual se corrieron por la Guyena, combinando este movimiento con los alemanes, que avanzaron por la Borgoña. Desgraciadamente rechazó á los primeros el mariscal de Lautrec y á los segundos el duque de Guisa, viéndose la Francia, por este motivo, libre de las fuerzas de la coalicion. Entre tanto se mantenia Colona en Italia, acampado detrás del Tesino, para impedir á los franceses el paso á las llanuras de Milan; pero cometió la imperdonable falta de dejar un vado descubierto, y aprovechándose de ella el general Bonnivet, atravesó el rio durante la noche y obligó á su contrario á replegarse. Despues de esta operacion atacó furiosamente la plaza de Milan, mas Colona supo defenderla con gran empeño y valentía; de modo que esto y la inclemencia de la estacion obligaron á los franceses á retirarse.

Hacía ya mas de dos años que éstos ocupaban la importante posicion de Fuenterrabia, que tuvieron al fin que entregar á los españoles, despues de un riguroso bloqueo y de empeñados combates. No bien llegó esta nueva á los oidos del duque de Borbon y del marqués de Pescara, caudillos del ejército combinado, cuando volviendo á tomar la iniciativa en Italia, cayeron sobre sus enemigos, á quienes arrojaron definitivamente de las llanuras del Milanesado, despues de seis batallas fatales para las armas de Francisco *primero*. No se limitaron á esto las de Cárlos V, pues el duque de Borbon atravesó los Alpes al frente de diez mil hombres, é impul-

sado por el deseo de vengar sus ofensas y de hacer ver al Rey de Francia lo que habia perdido con su defeccion, puso sitio á Marsella. Francisco comprendió al punto la importancia de esta operacion, y volando al socorro de la plaza comprometida, forzó al Duque á levantar el cerco y á retirarse precipitadamente á Italia. Despues pasó los Alpes por el monte Cénis, se apoderó de Milan por sorpresa y sitió en persona la plaza de Pavía, defendida por el intrepido y activo Antonio de Leiva, que tenia á sus órdenes al capitan D. César de Mendoza, primogénito del conde de Melito y á otros esforzados gefes de los inolvidables tércios españoles.

El emperador D. Cárlos recibió la nueva de la retirada del duque de Borbon dos dias despues de su breve entrevista con María. Inmediatamente hizo llamar á D. Fernando de Alarcon y le dijo:

—Recuerdo, Capitan, que no há mucho me manifestásteis fuertísimos deseos de morir.

—Es cierto, Señor, contestó el desdeñado amante de María.

—Pues hé aquí, prosiguió el Rey, que se os presenta una ocasion propicia para el logro de vuestra insigne locura, y aunque me opuse á semejante intento, cuando me lo hicísteis saber, no estoy ahora muy léjos de aprobarlo.

—Tambien yo recuerdo, Señor, repuso el Capitan con firmeza, que Vuestra Magestad exige de sus capitanes cosas mas difíciles que el perder la vida.

—Teneis buena memoria y por ello os felicito. Ahora vais á partir para Italia.

—Partiré, Señor.

—No basta. Habeis de atravesar por medio del ejercito francés, para instruir de mis intentos al duque de Borbon y al general don Antonio de Leiva.

—Atravesaré, Señor, aun cuando me desuellen vivo.

—Es que si os desuellan, habrémos perdido el tiempo y Francisco el temerario nos arrojará para siempre de la Italia.

—Pues bien, Señor; no me desollarán: lo juro por la memoria de mi madre.

Sonrióse el Emperador de la seguridad con que hablaba D. Fernando, y prosiguió diciendo:

—Salid hoy mismo de la corte; haced de modo que os embarqueis en Barcelona y despues de tomar puerto en Nápoles, ó en el punto que juzgueis mas propicio, apresuraos á encontrar al duque de Borbon y decidle que vuelva á los Alpes: esto hará que los franceses retrocedan. Despues mandaréis á Leiva que sostenga á Pavía, aunque se desplome contra él toda la Europa, y al marqués de Pescara que se coloque con sus tércios entre Leiva y Borbon para socorrer al uno ó al otro, en caso de necesidad. ¿Habeis entendido bien?

—Entiendo que Vuestra Magestad apetece una batalla decisiva.

—¿En que lo conoceis, Capitan?

—En el escalonamiento de fuerzas que dispone. El rey Francisco procurará destruirlas una tras otra, con todas las suyas reunidas.

—¿Y eso os dá cuidado?

—No por cierto, con tal que el marqués de Pescara cumpla con su deber apoyando á Pavía y á los tércios de los Alpes. Estos barrerán los flancos del ejército francés y en tanto que Pescara ataca su centro, Leiva, que es caudillo esforzado, hará una salida para echarse sobre la retaguardia. Párécéme, Señor, que si las órdenes de Vuestra Magestad se cumplen fielmente, no debe escapar un francés de la derrota.

—Alarcon, sereis general, yo os lo afirmo. En vos consiste que todo salga bien.

—¡Cómo, Señor!

Don Cárlos puso el sello real sobre un pergamino y escribió debajo de él estas palabras:

«El capitan D. Fernando de Alarcon dará nuestras órdenes ver-«bales á los caudillos de nuestros tércios de Italia. Pena de la vida «al general que no las obedezca y cumpla.»—Cárlos.

—Tomad, dijo en seguida á Alarcon, alargándole el pergamino, y enviadme pronto buenas y alegres nuevas.

—Señor, repuso D. Fernando, despues de enterarse de la órden: tengo que desobedecer á Vuestra Magestad, para el mejor éxito de mi comision.

—Esplicaos, murmuró el Rey.

—Vuestra Magestad quiere que me embarque en Barcelona para Italia. No me agrada el mar, porque es inconstante, y una borrasca puede detenerme mucho tiempo en el golfo: prefiero meterme en Francia.

—Os esponeis á caer entre las garras del tígre.

—Llegaré mas pronto, Señor; estoy seguro de ello. Cuanto mayor sea el peligro, menos se sospechará de mi osadía.

—Componeos como os venga en voluntad y cuidad de vuestra persona.

Alarcon besó la mano al Rey y se retiró: aquel mismo dia salió de Madrid montado en un soberbio alazan y en trage de caballero francés, lo cual dió no poco que decir á las gentes, que le vieron lozanearse por las calles de la poblacion, ataviado de aquella manera.

Mientras esto ocurria en el real alcázar, se celebraba en la celda de la Priora del monasterio de Santo Domingo una ceremonia imponente. Toda la comunidad se hallaba reunida formando círculo en torno de una enorme mesa de encina, cuyas dos cabeceras ocupaban dos religiosas preparadas á ejercer las funciones de secretarias. La Priora acababa de sentarse majestuosamente delante del costado que daba frente á la entrada de la estancia: despues de asegurarse de que solo faltaban cinco hermanas, contando como tales á las novicias, pues tambien estas asistian á tan solemne acto, echó á todas su bendicion, levantóse en seguida para persignarse, cuyo ejemplo imitaron las demás, entonó el *Pater noster* y volviendo á arrellanarse en su sitial, hizo una seña con la mano, para que las monjas encendiesen sus velas.

Al punto apareció la celda iluminada y pocos momentos despues se presentó en ella María, conducida por cuatro hermanas que la

custodiaban, vigilando escrupulosamente todos sus movimientos. Al ver aquel aparato de tribunal, se turbó la pobre doncella, pues no dudó de que la Priora se preparaba á hacerle sufrir un interrogatorio. Las apariencias la acusaban en efecto, pues la madre y varias religiosas la habian sorprendido casi entre los brazos de un hombre, mas consideraba al mismo tiempo que afortunadamente aquel hombre era el Rey, su protector, con quien no podia suponerse que ella conservase relaciones demasiado estrechas y contrarias á los vivos deseos de morir en el claustro, que la animaban: por otra parte, aun no habia profesado, como ya sabemos, y aunque la Priora de Santo Domingo ejercia plena jurisdiccion sobre las novicias, la providencia mas severa que le era dado tomar, cuando se trataba de faltas graves, consistia en despedir del monasterio á la culpable. Descansaba pues la hija de Toribio en la seguridad de que no se la imputaria como delito su entrevista con el Rey, y sobre todo en el testimonio de su propia conciencia; mas no conocia de lo que es capaz el corazon de una muger contrariada abiertamente en los fueros de su autoridad, que no reconoce otros límites que los de su propio capricho.

La Priora acogió á María con todo el orgullo de las señoras de su clase y de la alta dignidad que ocupaba, y la dijo:

—El escándalo de que te has hecho culpable vá á ser castigado como merece. Acabas, miserable criatura, de profanar la casa del Señor; arrepiéntete y llora, para que Dios te perdone el enorme crímen que has cometido.

María quedó aterrada al escuchar estas razones; pero hizo un esfuerzo y preguntó á la Superiora humildemente:

—¿Cuál es, madre mia, el delito de que se me acusa?

—¡Silencio, pecadora! esclamó ésta con imponente acento. Te hallas delante de nuestro santo tribunal y solo te toca responder.

—Dispuesta estoy á obedecer los mandatos de Vuestra Reverencia, madre mia, murmuró la doncella.

—Dá pues principio. ¿Es cierto que tu verdadero nombre no es María?

—María me pusieron en la pila de bautismo.

—¿Cómo te llamaban en Rueda de Medina?

—*La Garza Real.*

—Prueba evidente de que siempre has aspirado á las atenciones de un monarca.

—Advierta, Vuestra Reverencia, madre mia, que yo no elegí ese apodo; aplicáronmelo los jóvenes de mi pueblo, porque dieron en la manía de creer que despreciaba sus obsequios.

—La advertencia está de mas; ella misma atestigua tu audacia y tus ambiciosas pretensiones.

—¡Ah! Creedme.....

—Silencio. En el salon de nuestras audiencias te hemos sorprendido entre los brazos de un hombre. ¿Niegas el hecho?

—No, madre mia; mas no estaba en sus brazos; ese hombre estrechaba mi mano en señal de afecto y de proteccion.

—Ese hombre te requeria de amores; era un galan disfrazado. ¿Cómo se ha introducido en el monasterio?

María no sabía mentir, pero estaba resuelta á poner á cubierto la responsabilidad de la hermana tornera y el decoro del Rey. Por lo tanto, no se atrevió á desplegar los lábios.

—¿No contestas? Un hombre, ó mejor dicho, dos, prosiguió la Priora, han profanado en las tinieblas de la noche la santidad del claustro; ese hombre te buscaba respondiendo á una cita; ese hombre sabia en qué sitio encontrarte; y tú, jóven perdida, indigna de permanecer entre tus castas compañeras, volaste hácia él, despues del segundo coro. ¿Por qué no declaras cómo, ó por donde ha penetrado en el convento?

—Puedo responder á la última pregunta. La persona de que habla Vuestra Reverencia ha venido por la puerta del locutorio.

—Luego tenias cómplice.... luego hay dos culpables. Adelántese la hermana tornera.

Obedeció la monja y arrodillándose delante de la mesa, inclinó su frente hasta el suelo.

—Jure la hermana, esclamó la Priora incorporándose y estendiendo su brazo derecho, jure por Jesucristo crucificado, que no ha proporcionado á esos hombres los medios de profanar la clausura.

—Lo juro, respondió la tornera.

—Jure, añadió la Superiora, que no ha recibido de ellos, mensage para la acusada.

—Lo juro.

—Jure que nunca los ha visto, ni los conoce.

—Lo juro.

—Jure que jamás ha abierto, sin nuestra autorizacion espresa, la puerta del locutorio.

—Lo juro.

Sentóse de nuevo la Priora y dirigiéndose á María, preguntó:

—¿Qué tienes que alegar contra esas declaraciones?

Y la jóven, lanzando á la tornera una mirada de desprecio, contestó:

—Nada, madre mia, nada.

—Es decir que á nadie imputas ese crímen.....

—A nadie.

—Confiesa pues los medios de que te has valido para llevarlo á cabo.

—No lo espere Vuestra Reverencia, madre mia.

—Te declaro contumaz en la culpa.

—Madre mia, ninguna he cometido.... soy inocente.....

—Silencio. Pagarás cruelmente ese atrevimiento insultante.

—No hago mas que defenderme.

—Sí; te defiendes, soberbia pecadora, haciendo alarde del pecado. Estás perdida para siempre.

—Madre mia.... no olvide Vuestra Reverencia, que no he pronunciado mis votos.

—Has escandalizado esta santa casa y no hay apelacion para tí.

—Madre mia, el emperador D. Cárlos me protege; mi padre ocupa un lugar cerca de su persona; yo me someto á su justicia.

—En el monasterio de Santo Domingo el Real no se reconoce mas justicia que la de Dios.

—¡Ah! La justicia de Dios nunca abandona á sus criaturas.

—Es verdad, y por lo mismo vá á caer sin misericordia sobre tu cabeza.

—¡Jesús...! ¿Qué significan esas palabras?

—Escucha su esplicacion.

La Priora abandonó su sitial é hizo una seña con la mano, igual á la que habia servido para que las religiosas encendiesen sus velas: al punto se apagaron estas y María llegó á presentir dolorosamente que en aquel mismo instante se apagaba su vida. Quedó la celda á oscuras y la infeliz sintió que las monjas profesas la rodeaban, al mismo tiempo que dos de ellas la asian con fuerza por los brazos. Entónces resonó en sus oidos trémula y vibrante, como los ecos de una sentencia fatal, la voz de la Priora, que pronunció estas horribles palabras:

—Llevad de aquí á esa infame muger; llevadla al *In pace*.

—¡Al *In pace*! gritó María con desgarrador acento. ¡Dios mio....! ¡Padre mio....! ¡Don Cárlos....! socorredme.....

No pudo proseguir la desgraciada, porque se cerraron sus ojos, agitó todo su cuerpo un movimiento convulsivo y cayó como muerta entre los brazos de las monjas que la sujetaban.

Sacáronla de la celda procesionalmente; una sola luz moribunda acompañó al fúnebre cortejo de la comunidad hasta el último claustro. Allí se abrió una puerta y se detuvo la Priora con la comitiva: las que conducian á la aletargada jóven atravesaron el umbral y se perdieron entre las tinieblas de un corredor, en cuyo remate habia una escalera. Por ella bajaron á la sentenciada al subterráneo espantoso, llamado *In pace*, que debia ser su tumba.

La comunidad entre tanto oraba silenciosamente. Cuando volvieron á aparecer las religiosas que habian depositado á María en las entrañas de la tierra, dijo la Priora.

—*Requiem æternam dona eis, Domine.*

Y todas las monjas contestaron:

—*Et lux perpetua luceat eis.*

—*Requiescat in pace.*

—*Amen.*

En seguida se cerró la puerta y se retiró la comunidad. Al siguiente dia se celebró en la iglesia de Santo Domingo el Real un funeral sencillo por el alma de la novicia María Quincoces, que, segun aseguraban las gentes, habia muerto la noche anterior de resultas de un ataque repentino, dejando inconsolable á la madre Priora, que la amaba sobre todo encarecimiento.

CAPÍTULO III.

Muerte del proveedor de la mesa del Rey.

PASABA casualmente Francesillo por la antiquísima plazoleta de *Zelenque*, (1) muy ageno de la escena que habia tenido lugar en el monasterio: su única idea era encontrar á Toribio, que ignorando el paradero de su hija, la andaba buscando por todos los rincones de la poblacion y no habia aparecido en el alcázar ni en sus alrededores. Con el objeto indicado acercóse el buen bufon á un corrillo de comadres, que en aquel sitio hacía su agosto de comentarios y de murmuraciones sobre

(1) Llamada así, por estar situadas en ella antiguamente las cosas del mayorazgo que poseyó y habitó, en tiempo del rey D. Enrique IV y de los Reyes católicos, *D. Juan de Córdoba y Zelenque*, alcaide de la casa real del Pardo. Por esta misma razon se llamó tambien *Plazuela de Juan de Córdoba.—N. del autor.*

las ocurrencias de la villa, y pidió á una de ellas nuevas de la gente del Emperador, recien llegada de Flandes.

—Prosiga su camino el Conde, cuando lo sea, que mejor que nosotras sabrá lo que pregunta, le respondió aquella muger, mirándole con mal gesto.

—Conde soy, hermosa pelinegra, y no de los falsos ó de mala ley, repuso D. Francés estirándose cuanto pudo; pero estoy mal avenido con esos señores del alcázar y con sus gregüescos alemanes.

—¡Ah! ¿Os hallais en desgracia? le preguntó la comadre, en tanto que las demás admiraban con las bocas abiertas la desmesurada tizona y las largas plumas del sombrero de Francesillo.

—En completa desgracia, murmuró éste, lo cual no se opone en manera alguna á que cuente con amigos en la morada del Rey. A uno de ellos busco hace ya muchas horas, y si entre tan apuestas y encopetadas comadres hay alguna que tenga su nido en la calle del *Almendro*, ha de conocerle sin remision.

—Yo misma, yo, señor caballero, habito en esa calle, en la cual nací, y en ella murieron mis padres.

—Padres honradísimos, por supuesto, amiga mia.....

—¿Sereis capaz de dudarlo, por ventura?

—Dios me libre de semejante maldad.

—Sabed pues que mi padre, el señor Ciriaco Palomares era uno de los vecinos mas considerados del barrio.

—Palomares.... Palomares..... no es esta la primera vez que oigo eso.... ¡Ah! Ya caigo.... vuestro padre debia conocer á un tal Toribio Quincoces, que vivia no muy léjos de su casa.

—Pues ya lo creo.... el señor Toribio.... vaya.... Como que estuvo para volverse loco, porque un capitan robó á su hija.... y luego volvió..... no el señor Toribio, que no se habia marchado, sino su hija.... y despues la prendieron.... y mas tarde se fué el señor Toribio á buscar al Rey, que no era rey todavía.... y tambien desapareció la señora Poncia, su muger, que era mora ó ju-

día, ó cuando menos, mala cristiana. ¿Se os figura que no lo sabemos todo? Y algo mas....

—Veo que estais perfectamente al cabo de la historia; ese Toribio Quincoces es precisamente el amigo que necesito encontrar, y daré un buen hallazgo al que me indique su paradero.

—Para ser un magnate ignorais demasiado lo que ocurre en la corte, pero voy á deciros en dos palabras lo que pasó. La hija del señor Toribio Quincoces era como un sol en hermosura; mas como los hombres mudan de pensamientos y de antojos como de calzas, el Capitan la dejó por esos mundos de Dios abandonada á su suerte. En esto la vió el Rey, que si no mienten lenguas, no le vá en zaga al capitan mas valiente en achaque de amoríos; prendóse de la mozuela, y se la llevó por mar á Flandes, mientras Quincoces daba su alma á Satanás: pero ¿qué habia de hacer? Eso acontecia cuando andaban por el mundo los *Comuneros*. Desde entónces, no sé lo que ha sido del padre, pero en cuanto á la hija, es otra cosa, y nadie ignora ya que la pobrecilla, harta de penas y de desengaños, murió anoche.

—¡Anoche!... ¿Qué es lo que estais diciendo....?

—Escuchadme, caballero y no abrais tanto los ojos. El rey don Cárlos es tan buen galan, como todos los que hoy se usan para perdicion y escarmiento de doncellas, trajo consigo á España á la *Garza Real*, que así dieron en llamar á la hija del señor Toribio, por su gallardía y por sus desdenes, y cansado al fin de sus caricias, se acordó de que era emperador y.... zas, me la plantó en la calle. La sin ventura se arrimó despues á un conde feo y estravagante, llamado D. Firlandés, ó D. Juancés, ó Don... vamos.... una cosa por este estilo.....

—Alto ahí, señora comadre, que andais muy cerca de abrasaros, á guisa de mariposa, si revoloteais tan aprisa al rededor de la luz.

—Si D. Firlandés es amigo vuestro, tanto mejor, y podeis decirle de mi parte que abriga un corazon nóble como su sangre, y generoso como el de un arzobispo..

—¡Ah, comadre! No me desagrada ese elogio, y os doy las gracias en su nombre.

—Mas os agradará la noticia de que el conde D. Firlandés, ó don Juancés.....

—Don Francés, querreis decir....

—Ese.... ese mismo.... habeis adivinado.

—Es grande compinche y aun deudo mio el tal conde D. Francés de Zúñiga.

—Tanto mejor, porque amparó á la desvalida *Garza Real*, y en vez de abusar de su desgraciada situacion, la puso de novicia en el monasterio de las monjas de Santo Domingo. Poco le ha durado la buena dicha porque anoche la acometió un arrebato de sangre á la cabeza que, como ya os he dicho, acabó con su vida.

—Parece increible.... ¿Estais segura de lo que afirmais?

—¡Y tan segura! repitió la comadre con el acento de la mas profunda conviccion; y añadió en seguida dirigiéndose al corrillo que formaban las demás comadres:

—¿No es verdad, amigas mias, que hemos asistido esta mañana en Santo Domingo el Real á la funcion de entierro de la novicia María Quincoces?

Todas contestaron afirmativamente dejando aterrado á Francesillo. Dos horas despues, se presentó éste en la cámara de D. Cárlos, á quien encontró ocupado en la lectura de varios despachos, que acababan de llegarle de Italia.

—Malas nuevas, Carlitos, esclamó al entrar: bien dijo el primero que dijo, que este mundo no es mas que un valle de lágrimas.

—Al contrario, D. Francés, le respondió el Emperador con calma: este mundo no es mas que una enredada madeja. El mérito está en saber desenredarla; y lo digo, porque es ya caso de honra para mí el salir airoso en la contienda, que he empeñado con Francisco de Francia.

—Perfectamente, primo mio: te queda al menos el alivio de ganar triunfos en los combates.

—¿Te parece pequeño? Ya que María desprecia mi amor y mis dos coronas, solo quiero vivir para hacer grandes á mis pueblos.

—Imagino que debias hacer además otra cosa.

—Propónmela, ya que eres mi consejero.

—Casarte.

—Loco estás verdaderamente. ¡Casarme, cuando no puedo disponer de mi corazon!

—¡Bah! Deja á tu corazon en paz ó en guerra, pues eso no nos importa, y dá tu mano á una princesa jóven y hermosa, para que cuando Dios sea servido de llevarte, no queden huérfanos estos reinos y señoríos.

—No arguyes mal, pero es imposible que me resuelva á tan cruel sacrificio, mientras abrigue mi pecho la esperanza de vencer los escrúpulos de la única muger, que hasta hoy he amado.

—Figúrate, Carlitos, que has perdido esa esperanza.

—¡Cómo...! ¡Qué sabes....!

—Nada.... nada.... responde á mis razones y no te metas en dibujos. ¿Qué harias, si llegases á persuadirte que la *Garza Real* no puede ser tuya?

—En tal caso..... si la felicidad ó el interés de mis pueblos lo exigiese..... me sacrificaria por ellos.

—Pues bien, sacrifícate, porque lo exige.

—No lo ignoro; un rey está obligado á dejar descendencia legítima..... No he oido referir en vano la triste historia de los acontecimientos de Enrique IV el *Impotente*: mas.... demos tiempo al tiempo, la esperanza vive aun aquí.....

—No, Carlitos, no vive.... no puede vivir. Demasiado conoces que nunca será María tu esposa.

—Hoy se niega á aceptar el título de reina; mañana.... ¡quién sabe!

—Nunca, primo mio: renuncia á su amor.... abandona para siempre esas locas ilusiones.

—Me exasperas, D. Francés.... ¿Qué ha sucedido....? ¡Ah....!

¡Qué horror! Ahora lo recuerdo todo.... Anoche nos sorprendieron las religiosas.... Cuéntamelo todo.... todo.... ¿lo entiendes?

—¿Qué he de contarte? Ocurrió lo que debia ocurrir.

—¡Lo que debia ocurrir...! ¡Ira de Dios....! ¡La han obligado á profesar....! Si es así.... si ha pronunciado sus votos, arrasaré el monasterio piedra á piedra, y acudiré al Papa, á fin de que ponga á buen recaudo á la priora de Santo Domingo.

—Nada de eso harás, Carlitos; estoy seguro de ello, porque María no ha profesado.

—¡Ah! ¡Qué peso acabas de sacudir de mi corazon!

—No te regocijes tan pronto, porque vas á llorar.

—Pronto.... pronto.... ¿Ha huido del convento....? ¿En dónde está?

—En la gloria, hijo mio.

—¡Oh....! ¡Qué escucho....! ¡Muerta....! ¡Muerta María....! ¡La mitad de mi alma....!

—Muerta. Las sensaciones que sufrió anoche, al verse sorprendida por la comunidad entera casi en tus brazos... la vergüenza... el miedo.... todo contribuyó á que se le arrebatase el cerebro; su trastorno fué mortal, y á pesar de los eficacísimos socorros que se la prodigaron, espiró á las tres de la mañana. Hoy se han celebrado modestamente sus exequias. No lo dudes, Carlitos: nuestra adorada María ya no existe: he sabido la historia por una buena comadre y la tornera de Santo Domingo la confirma en todas sus partes.

Don Cárlos nada oia. Loco, desesperado, habíase dejado caer sin fuerzas en un sitial, repitiendo maquinalmente:

—Por mí..... por mí.... María.... el monasterio.... muerta.... sin vida en la flor de su juventud.

Francesillo no pudo permanecer espectador impasible de tan verdadero dolor y derramó copiosas lágrimas: poco despues se acusó severamente de la terrible pesadumbre que acababa de causar á su Señor, y con el objeto de que éste descargase sobre él toda su rabia, proporcionándose así un consuelo en tan amarga pena, fué á po-

nerse de rodillas á sus piés. Miróle el Emperador con tristeza, y alargándole una mano, que el bufon besó deshecho en llanto, le dijo:

—Don Francés: nunca vuelvas á pronunciar en mi presencia el nombre de María; nadie debe profanar ese nombre querido, que es tambien el de la madre de Dios. La hermosa *Mensagera* de la Vírgen de Monserrate ha muerto en el claustro; en el claustro morirá Cárlos de Gante, rey de España y emperador de Alemania.

Las consecuencias que tuvo para el hijo de doña Juana *la Loca* el fatal suceso, que acababa de noticiarle D. Francés, fueron penosas. Un frio glacial se apoderó de sus miembros, hasta el punto de hacerle tiritar, dando diente con diente. No pudiendo tenerse en pié, fueron llamados los médicos y éstos se alarmaron de unos síntomas, que nada bueno anunciaban. La robusta constitucion de D. Cárlos burló no obstante todos sus pronósticos y su cuerpo entró en calor, no bien ocupó el lecho. La noche sin embargo fué en estremo fatigosa para él, y aunque habia desaparecido el temor principal, que desde luego hizo temer por su vida, se le declararon al siguiente dia unas pertinaces cuartanas, que le tuvieron por dos meses en contínuo desasosiego y malandanza. La naturaleza consiguió al cabo lo que no acertaban á cortar las medicinas, y la necesidad en que se halló de atender á los importantísimos negocios de sus reinos distrajo, hasta cierto punto, su imaginacion de los melancólicos recuerdos, que incesantemente le asaltaban.

Convaleciente se hallaba aun y se entretenia en comunicar á Francesillo el éxito probable de las operaciones de sus tropas en Italia, cuando un paje que entró en la cámara del Rey, puso en manos del bufon una carta, que acababan de entregarle.

—¿Quién te ha encomendado para mí estas patas de mosca, seo bribon? le preguntó D. Francés deletreando para sí la misiva.

—Un religioso franciscano, contestó el paje. Ha dicho que el caso urge mucho.

—Lo cual significa que es caso de conciencia. Y en efecto, añadió mirando fijamente al Rey; aquí me encuentro de manos á

boca con el nombre de un antiguo compadre, á quien deseo ver.

—¿Quién es? repuso Cárlos: porque supongo que no me ocultarás ese secreto.

—Se llama el compadre ceremonias y en otro tiempo fué el ojo derecho de mi tio el cardenal lentejas.

—No puedo comprenderte.

—Poco me importa, Carlitos. Lo que puedo asegurarte es que necesito estrechar en mis brazos al santo padre Guardian del convento de Rueda de Medina, porque no viene á humo de pajas.

—Veamos lo que te escribe.

—Si eres capaz de unir dos palitroques, entre los innumerables que ha trazado su pluma, te declararé el mas docto varon de las dos Castillas. Solo he acertado con las palabras *Almendro* y *fray Ambrosio*, pero ellas me esplican por ahora lo que debo hacer.

—Confíamelo.

—¿Qué he de confiarte....? ¿Qué voy ahora mismo á la calle del *Almendro*? ¡Oh! ¡Si supieras las aventuras que por allí me sucedieron, cuando todos éramos felices!

—¿No lo eres ahora, Francesillo?

—¡Válgame Dios! exclamó el Conde, arreglándose la capilla y dirigiéndose hácia la puerta. Me asaltan tristísimos presentimientos. ¡Me preguntas si no soy al presente dichoso! ¿Cómo quieres que lo sea? ¿No me faltan muchas cosas que antes tenia? Vamos, habla, Carlitos, habla; ya ves que estoy de prisa. ¿Me encuentro hoy como estaba en Barcelona? Responde, primo de mi alma, responde.

—¡Barcelona....! ¡Sarriá....! ¡Monserrate....! murmuró el Rey palideciendo. ¡Qué memorias....! ¡Ah, madre y Señora mia....! Yo os obedecí.... yo visité el divino santuario, que tantos recuerdos despertaba en vuestro corazon.... ¡Y el mio....! ¡Cómo ha quedado el mio....! Vete.... vete, D. Francés, y vuelve pronto, para que te refiera lo que á estas horas deben estar ejecutando en Italia mis generales. Es menester que el estruendo de las armas confunda nuestros dolores.....

Francesillo salió, á tiempo que un apuesto capitan de los tércios españoles se presentaba en la antecámara, ataviado como de viage.

—Por los trescientos cuernos de Satanás, gritó el bufon examinándole de hito en hito, que no parece sino que este es el dia de las sorpresas. ¿Qué diablos has hecho, D. César de Mendoza, ó don Demonio, de esa bellísima Italia, en la cual pensaste dejar los huesos?

—Don Francés, le respondió el Capitan estrechando su mano con efusion, pues me hallo aquí, á tu vista, bien puedes jurar que ni aun he podido morir. Tan contraria como todo eso es mi suerte.

—Otro dolor mas para mis tristes dias, replicó Francesillo gimoteando. Ea, prosiguió en seguida, haciendo un esfuerzo para aparentar serenidad. ¿Qué nos traes á España?

—Grandes nuevas....

—Ya las escucho. ¿Ha habido chamusquina?

—Como pocas en el mundo. ¿Y por aquí?

—¡Bah! ¡Quién se acuerda de nosotros para nada! Hemos esperimentado cada pesadumbre, que dá grima contarla.

—Refiéreme lo que ha ocurrido...

—No; empieza tú, porque estoy harto de llorar y me ahogan los sollozos.

—Imposible; traigo órdenes estrechísimas de no pronunciar una palabra acerca de las operaciones militares, antes de presentarme al Emperador.

—Cúmplelas.... cúmplelas, compadre Mendoza; el deber ante todo. Ahí tienes á mi primo Carlitos, hecho una lástima desde que.....

—¿Desde cuando....?

—Tambien yo tengo mis órdenes ¿lo entiendes? y.... y.... y no puedo hablar. Anda, anda, compadre, y guarda tus nuevas, que yo guardaré las mias.

Dicho esto, dió á D. César tres golpecitos en las espaldas y bajó las escaleras del real alcázar dando brincos. Atravesó en seguida

todo el escampado, que mediaba entre la que hoy es *Plazuela de Oriente* y la antiquísima *Cava baja*, y entró en la calle del *Almendro* por la parte, en que se veia en pié la casa de la muy noble familia de los Vargas, que andando el tiempo la traspasaron sus herederos, por matrimonio de doña Inés de Vargas Carvajal y Trejo con el infeliz valido D. Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias, á este célebre ministro de Felipe III. (1) No le costó mucho trabajo encontrar la morada, de donde habia sacado años antes á la señora Poncia Morcilla, ó sea la fuente de lentejas, para llevarla á Odon, en vez de la *Garza Real*. Halló abierta la puerta de la calle, y seguro de que el padre Ambrosio debia esperarle allí, subió hasta la pieza, en que habia visto por primera vez á la pobre María.

Al ruido de sus pasos respondieron otros desde el interior y un instante despues se presentó á su vista el guardian de Rueda.

—Te agradezco la exactitud, amigo mio, le dijo éste abrazándole cordialmente: ya veo que siempre eres el mismo.

—¡Ah, compadre ceremonias! Los tiempos han cambiado y hoy anda el mundo patas arriba, le contestó el bufon. Con todo, aquí me tienes para lo que ocurra de nuevo, que sí ocurrirá, y no tardes mucho en noticiármelo, porque ten por sabido que me he vuelto curioso como seis comadres.

—Ocurre, ocurre, D. Francés; pero como has dicho, todas son lástimas, repuso el religioso. Por ejemplo ¿hace mucho que no has visto á Toribio Quincoces?

—Ahí que no es nada lo que me ha hecho trotar por callejuelas y barrancos.... Mas ya veo que no ignoras su escondite, y si es

(1) «Todavía continuaban en este distrito las muchas propiedades de la ilustre fa-«milia de los Vargas, de quien y de las de Lujan, Mendoza, Lasso, Sandoval y demás «conexionadas con ella, llegó á ser casi todo aquel caserío, además de las propiedades «rurales del término de Madrid, y la misma *Casa de Campo*, que compró Felipe II «á sus herederos.—En dicha calle del *Almendro* y bajo su número 6 moderno, está la «casa propia de los marqueses de Villa-nueva de la Sagra, que en lo antiguo fué casa «de labor perteneciente á *Ivan de Vargas*, rico hacendado madrileño del siglo XI, «cuyas propiedades contiguas labraba San Isidro, y en ella se vé convertida en capi-«lla una estancia baja, donde, segun tradicion, acostumbraba encerrar el ganado de «la labranza.» *M. R.* en el S. P. año de 1853, pág. 213 y 214.

así, descúbremelo, y ayúdame á prepararle para una mala nueva.

—Toribio está muy cerca de nosotros.... allí.... en aquel aposento.... en su cama....

—¡Cómo....! ¡Enfermo aquí....! ¡El proveedor de la mesa del Rey....! ¡Y sin saberlo mi primo Cárlos....!

—No volverá al real alcázar.

—Al contrario; es preciso que vuelva al punto, para que vea llorar á un Emperador hecho y derecho; de ese modo llorará él menos, porque al cabo....

—A Toribio Quincoces solo le queda espacio para pensar en la otra vida.

—¡Demonio....! ¿Se muere? ¿De cuándo acá?

—Pronto irá á reunirse con su hija.

—¡Ah....! ¿Con que sabe....

—Lo que sabes tú.... lo que sabe el Rey.... lo que saben todos.....

—Esto es, que la desgraciada *Garza Real*....

—¡Oh! Sí; muy desgraciada....

—Ha sucumbido....

El padre Ambrosio miró fijamente á Francesillo, como para cerciorarse por su fisonomía de que en efecto ignoraba el bárbaro suplicio á que habia sido condenada la infeliz María: acto contínuo le hizo una seña y se adelantó hácia el aposento de Quincoces. Éste se hallaba en los últimos momentos de su existencia y rogaba á Dios que cuanto antes dispusiese de su alma, y le aliviase, por medio de la muerte, de los crueles tormentos mentales que padecia.

Volvió lentamente la cabeza al acercarse D. Francés á su lecho, reconocióle al punto y murmuró:

—Gracias... gracias... mucho habeis hecho por ella y por mí.

—Ea.... buen ánimo y no hay que desconfiar, le contestó el bufon enternecido; la misericordia de Dios es grande. ¿No es verdad, compadre ceremonias?

—No... no hay remedio para mí, replicó Toribio. Yo la buscaba

por la villa para estrecharla en mis brazos, para ser el padre mas venturoso de la tierra. Entro en un templo... las religiosas de Santo Domingo entonaban el *De profundis*... era un oficio de difuntos.... Me arrodillé.... púseme á orar por el descanso del alma que motivaba aquellas tristes preces.... de pronto oí pronunciar á mi lado el nombre de María. Herizáronse mis cabellos, oscureció mi vista una densa nube y pregunté maquinalmente: —¿Quién ha muerto? Una persona se acercó á mi para responderme: —María Quincoces, novicia de Santo Domingo el Real.... Despues.... no sé lo que sucedió.... me acordé de esta casa.... el cielo me envió un ángel, un ministro de Dios.... Padre Ambrosio.... ¿creeis que el Señor me dejará abrazar á María en la gloria?

—Sí, hijo mio, sí; lo creo firmemente, porque siempre has sido un hombre honrado.

—Orad por mí, amigos de mi alma y decid al Rey que muero, deseándole un reinado próspero y larga vida.

Estas fueron sus últimas palabras y media hora despues espiró con la mayor tranquilidad.

—Mas vale así, dijo el padre Guardian cerrándole los ojos. Ha ignorado la suerte de su hija, porque Dios ha querido que no muera en la desesperacion.

—Ni jota comprendo de lo que acabas de relatar, compadre ceremonias, repuso el bufon.

—Pronto lo sabrás: María no ha muerto....

—¡No ha muerto! ¡Y has tenido valor para ocultárselo á Toribio!

—Sí, porque esa jóven sin ventura perecerá muy pronto.....

—¡Perecerá!

—De hambre, Francesillo, de hambre.... ¿Debia noticiárselo á Quincoces?

Don Francés dió un salto hácia atrás y arrojó un tremendo voto, que llenó de terror al buen fraile. En seguida fué á disponer lo necesario para las exequias del proveedor de la mesa del Rey.

CAPÍTULO IV.

Reseña histórica desde 1524 hasta 1556.

CORRIA el año de 1556 y acababa de fallecer Julio III, cuya silla solo ocupó por veinte dias Marcelo Cervino, á quien sucedió el cardenal Carrafa con el nombre de Paulo IV. Pero nosotros tenemos que dar cuenta de los importantísimos acontecimientos ocurridos desde la entrevista de D. Cárlos con María, en el monasterio de Santo Domingo el Real, hasta los últimos esfuerzos que hizo la Francia para reducir la Italia y los Paises-Bajos á su dominacion.

El capitan D. Fernando de Alarcon, disfrazado de caballero francés, habia tenido la buena fortuna de atravesar por medio del ejército enemigo y despues de hacer sabedor al marqués de Pescara de los deseos y órdenes de D. Cárlos, avanzó hácia Pavía, para instruir á D. Antonio de Leiva del plan que debia seguirse en aquella

campaña. El Marqués no se descuidó un instante; sorprendió á Melzi, depósito general de los víveres y pertrechos del enemigo, y habiéndole opuesto porfiada resistencia la guarnicion de la plaza de Marignan, fué pasada á cuchillo. Estos dos hechos de armas fueron el preludio del terrible encuentro, que tuvo lugar delante de Pavía. Sitiada hacía ya tres meses por fuerzas imponentes, hallábase reducida al último estremo, por haberse agotado en su recinto todos los víveres y municiones de guerra; con todo, nadie hablaba de rendirse, porque con arreglo á las seguridades de Alarcon, esperaba Leiva por momentos la llegada de las tropas de Pescara sobre el campamento francés, para abandonar la plaza y caer impetuosamente sobre sus líneas.

El emperador D. Cárlos habia previsto todas las contingencias de una batalla, cuyo éxito disputaria con encarnizamiento el Monarca francés, que se hallaba en el centro de su ejército, y habia dispuesto que un cuerpo de alemanes penetrase en la Lombardía para reforzar al marqués de Pescara. Esta precaucion produjo resultados importantísimos, porque dicho cuerpo, compuesto de doce mil hombres, se reunió á los tércios españoles en el campamento de Lodi, y seguro el Marqués de la línea de los Alpes, avanzó intrépidamente contra las trincheras francesas, establecidas delante de Pavía. Setenta y dos horas hacía que los bizarrísimos soldados de D. Antonio de Leiva solo se alimentaban de carne de ratas y de los caballos inútiles para el servicio militar. Al oir los primeros disparos de Pescara, ordenó su gente y la tuvo dispuesta para arrojarse fuera de la ciudad.

Francisco *primero* conoció al punto que Cárlos de Gante se habia propuesto jugar el todo por el todo, y confiando en la superioridad numérica de sus tropas, admitió el reto. Su valor redobló el animoso corage de la hueste sitiadora, que se revolvió en masa sobre el ejército del Marqués, con propósito de aniquilarlo, antes de que los de la plaza se aprovechasen de su aproximacion. El esforzado Monarca se metió entre las filas, peleando denodadamente;

derribó en tierra con su lanza al marqués de Santangel y salió de las trincheras, juzgando que todo iba á ceder á su empuje, con propósito decidido de que un golpe le hiciese dueño de la Italia. Aquel instante, en que parecia inclinarse á su lado la victoria, fué precisamente el que eligieron el marqués de Pescara para acometer con ímpetu las líneas, y D. Antonio de Leiva para salir de la plaza y arrojarse desesperadamente sobre los franceses. La carga que ámbos dieron fué terrible y sembró por todas partes el terror y el espanto. Los ginetes imperiales arrollaron á la caballería contraria, se cansaron de matar y la derrota de los franceses fué completa, hasta el punto de que únicamente se batallaba allí, donde el rey Francisco se resistia rabioso, negándose á reconocer el decisivo triunfo de las armas españolas. Cubierto al fin de heridas, convencido de que su heróico esfuerzo no podia remediar tan horrible catástrofe, espoleó á su corcel, guiándole hácia el puente del Tessino, á fin de salvar su vida huyendo de aquel campo de batalla, sembrado de cadáveres. Iba el intrépido Monarca solo, cuando á poca distancia del rio recibió su caballo un tiro de arcabuz, disparado por uno de los combatientes, que perseguian á los infelices restos de un ejército brillante. Cayó el noble animal mortalmente herido cogiendo debajo al Monarca, que aunque desangrándose por las cuchilladas que disminuian sus fuerzas, pugnaba por desasirse del estorbo de las riendas, cuando el vizcaino Joanes, soldado que servia en el tércio del famoso Moncada, corrió hácia él, le cogió por el brazo y poniéndole al pecho la punta de su estoque, le intimó la rendicion. Francisco *primero* declaró á su enemigo que era el Rey de Francia y que se declaraba prisionero, oyendo lo cual el vizcaino Joanes, le perdonó la vida. Acudiendo poco despues Diego de Ávila recibió su estoque y una manopla, y entre los dos le levantaron del suelo. (1) Lannoy, virey de Nápoles, acudió al punto,

(1) La prision del rey Francisco *primero*, en la memorable batalla de Pavía, ha producido reñidas polémicas históricas entre escritores distinguidos, que respectivamente han atribuido tan señalado hecho á Galicia, Cataluña y Vizcaya. El testimonio mas auténtico é irrecusable es el que pone fuera de discusion, que un vizcaino tuvo la

y haciéndose cargo de las armas del Rey, le presentó las suyas propias con el mas profundo acatamiento. El ilustre cautivo fué llevado al siguiente dia con toda ceremonia al castillo de Picighitone, cerca de la ciudad de Cremona y se nombró al capitan D. Fernando de Alarcon para custodiarle. Pronto convaleció de sus heridas, mas no aguardó á que se cerrasen completamente para escribir á su madre, la reina Luisa, aquellas célebres palabras: *Señora, todo se ha perdido, menos el honor.*

Quince dias despues de la batalla de Pavía, en la cual perecieron el general en gefe Bonnivet, la principal nobleza de Francia y diez mil soldados enemigos, fueron estos arrojados enteramente de Italia por los españoles y por los alemanes. Alarcon informó sin perder tiempo á D. Cárlos de la victoria que acababan de conseguir sus armas, añadiendo en el despacho estas palabras:

«Cuando el soldado Joanes, que es hombre fornido, mas no de «letras ni remilgos, vió en tierra al rey Francisco y que á pesar «de tener muchas heridas, intentaba ponerse en pié, para prose-

gloria de hacer cautivo al esforzado rival del emperador D. Cárlos. Antes de copiar el documento á que nos referimos, leamos lo que dicen acerca de este asunto dos autores de nuestros dias. El estudioso catalan D. Victor Balaguer, en su preciosa obrita *Monserrate, su historia, sus tradiciones, sus alrededores*, que ya hemos citado en otra parte de este libro, se esplica así.-«El 24 de febrero de 1525 habia tenido lu«gar la célebre batalla de Pavía, una de las mas desgraciadas que haya jamás contado «la Francia; en ella perdieron la vida diez mil hombres y cayeron en poder de las «tropas de Cárlos V dos reyes: Enrique de Albret el de Navarra y Francisco *primero* «el de Francia. *Éste habia sido hecho prisionero por el catalan Juan de Aldama.*»

Nuestro desgraciado amigo D. Antonio Neira de Mosquera, en un escrito sobre las *Antiguedades de Galicia*, y haciéndose cargo del *Sepulcro del almirante Charino en la iglesia de San Francisco de Pontevedra*, decia lo siguiente:-«En la batalla de Pa«vía, gallegos y catalanes custodian al Monarca francés, *cuya espada pertenece al va«leroso Pita da Veiga.* Los cronistas y anticuarios buscan los privilegios de los archi«vos y los monumentos arqueológicos de las ciudades, para justificar el merecido re«nombre de los héroes. El P. Gándara repara la omision de algunos escritores españo«les, publicando en su obra *Armas y triunfos de Galicia*, el privilegio dado por el «emperador Cárlos V al gallego Pita da Veiga, *por la prision de Francisco primero de «Francia:* en vista de este documento, copiado literalmente, solo se puede apelar á «la calificacion de apócrifo, para ofrecer á Cataluña la gloria que pertenece á Galicia.»

Se vé por estas dos relaciones, que D. Victor Balaguer no aduce prueba alguna, para tener por cierto que el catalan Juan de Aldama hizo prisionero al rey Francisco. En cuanto á Neira de Mosquera, nos presenta la relacion del P. Gándara, contra la cual aducimos nosotros el escrito mas fidedigno que existe sobre aquel importantí-

«guir peleando, le gritó:-*Rendíos, quien quiera que seais, á las ar-*
«*mas del emperador D. Cárlos.*-Y el virey de Nápoles ha dado á
«Joanes de su bolsillo cien ducados y otros tantos el general don
«Antonio de Leiva, é igual suma el señor marqués de Pescara.
«Ahora todos aguardamos que Vuestra Magestad disponga del pri-
«sionero.»

El Emperador ordenó que se le propusiese la restitucion de las plazas que tenia ocupadas en la Flandes, con el ducado de Borgoña, así como la entrega de la Provenza y el Delfinado al duque de Borbon. Adriano de Crois llevó á Italia estos artículos, pero el Monarca prisionero los rechazó indignado, y figurándose que sacaria mejor partido avistándose con su temible rival, se embarcó para España en compañía de Alarcon, y llegó á Madrid por Cataluña, tratado siempre con todas las consideraciones y deferencias debidas á su excelso rango. Su único empeño, no bien se hubo aposentado en la famosa torre de Lujan fué ver al Emperador; mas éste se hallaba en Toledo y no accedió á su demanda. Esta negativa, el

simo acontecimiento. Tal es la BATALLA DE PAVÍA Y PRISION DEL REY DE FRANCIA, FRANCISCO I. *Relacion sacada de la que escribió fray Juan de Oznayo, á ruego de don Pedro de Ávila, marqués de las Navas y señor de la casa de Villafranca.* Publicóse esta *Relacion* en el tomo IX de la COLECCION DE DOCUM. MÉD. PARA LA HIST. DE ESP. y el *Códice*, de donde se ha tomado, es de escritura del siglo XVI y existe original en la Biblioteca del Escorial. Refiriéndose á ella, dicen D. Miguel Salvá y D. Pedro Sainz de Baranda, cuyo testimonio es de gran peso:-«Nosotros creemos ser la escrita por él «mismo (el P. fray Juan de Oznayo), porque muchas veces habla en propia persona, y «porque Sandoval, que la disfrutó, parece indicarlo. Está llena de curiosos pormeno-«res, y autorizada con el testimonio de su autor, *que fué testigo de vista* de los sucesos «que refiere.»

Hé aquí ahora el testo original que hemos citado, en apoyo de la opinion que sostenemos.-«Como el Rey de Francia viese que no podia hacer tornar sus esguízaros, que «era la gente de quien él mas estima hacía, y ya claramente se veia su perdicion, pensó «en ponerse en salvo y tomó el camino de la puente del Tesin, é iba casi solo, cuando «un arcabucero *le mató el caballo*, é yéndose á caer con él, llegó un hombre darmas «de la compañía de D. Ugo de Moncada, llamado Joanes, vizcaino, é viéndole tan «señalado, vá sobre él *cuando el caballo caia*, y poniéndole el estoque al costado, dí-«jole que se rindiese. Y viéndose en peligro de muerte, dijo:-A vida, que yo soy el Rey. «-Y el vizcaino lo entendió, é diciéndole otra vez que se rindiese, dijo:-yo me rindo «al Emperador.»

En la misma *Relacion* se lee:-«Preguntándole si habia dado gage, dijo que no, y «Diego de Ávila se lo pidió, y el Rey le dió el estoque que traia *bien sangriento*, y «una manopla: é apeándose Diego de Ávila trabajaba de le sacar *de debajo del caballo*.»

verse privado de las delicias que gozaba en sus estados de Francia, y el esmero constante con que Alarcon vigilaba su persona, le produjeron una melancolía que minó su salud hasta tal punto, que á los pocos meses cayó gravemente enfermo. Don Cárlos pasó entónces desde Toledo á visitarle, hallóle en su lecho y le abrazó con cariño. Francisco le dijo con la mayor tranquilidad:

—Aquí teneis á vuestro esclavo y á vuestro prisionero.

—No, sino á mi amigo y á mi hermano, repuso el Emperador. Vuestra salud es lo que yo deseo por ahora, que lo demás ya se arreglará luego como os plazca.

—De ningun modo será así, replicó el prisionero, sino como vos dispongais.

En esto anunciaron á la duquesa de Alenzon, hermana del Rey, que á toda prisa acababa de llegar de Paris. Don Cárlos salió á recibirla y la introdujo en la sala cortésmente, despidiéndose en seguida de sus huéspedes y marchando otra vez á Toledo. Poco despues se agravó el mal del prisionero, por cuyo motivo la duquesa hizo grandes esfuerzos por conseguir su libertad. Nada alcanzó sin embargo y despues de la completa curacion de su hermano, se volvió á Francia.

Llegó casi al mismo tiempo el duque de Borbon á la corte de España á reclamar la mano de doña Leonor, que D. Cárlos le habia ofrecido; mas Francisco *primero* quiso impedir á todo trance tan peligrosa union, y se ofreció á enlazarse con la Reina viuda de Portugal: ésta prefirió el Monarca al magnate, y acto contínuo recobró el primero su libertad, firmándose el tratado, por el cual se obligaba á restituir la Borgoña y á renunciar sus derechos sobre el reino de Nápoles, el ducado de Milan, los de Génova y Aste, la soberanía de los estados de Flandes y la del reino de Navarra. La mala fé del vencido en Pavía hizo resaltar mas y mas las altas prendas del Emperador; aquel se negó abiertamente al cumplimiento del tratado, y éste le entregó sus dos hijos el Delfin y el duque de Orleans que habian quedado en rehenes.

Los príncipes de Italia, el Papa y los venecianos formaron una confederacion llamada *Liga Santa* contra Cárlos V, y á fin de que entrasen en ella la Inglaterra y la Francia, indujeron á Enrique VIII, por medio del cardenal Wolsey, á que prometiese su hija María al heredero de Francisco. Esta perfidia obligó á D. Cárlos al mas costoso sacrificio de sus afectos, casándose con doña Isabel infanta de Portugal, para arrojar el guante á los ingleses: estos le declararon la guerra, suponiendo que habia faltado á los acuerdos anteriores.

Francisco Sforcia ofreció al marqués de Pescara el reino de Nápoles y el mando del ejército, si entraba en la *Liga:* el valiente caudillo despreció sus proposiciones, avisó al Emperador y arrojó al general confederado del ducado de Milan, reduciéndole al castillo de esta poblacion y al de Cremona, de donde tuvo que huir, acosado poco despues por el duque de Borbon. La aglomeracion de estas fuerzas en Italia costó sin embargo grandes sacrificios, pues al ejército de Pescara y á los valientes de Antonio de Leiva se agregaban catorce mil infantes y mas de dos mil caballos alemanes al mando del insigne Frondsperg. Hízose por consiguiente sentir á poco tiempo la penuria, porque ni el general en gefe contaba con recursos para pagar las tropas, ni las Cortes castellanas podian facilitarlos, pues tanto los pueblos, como la nobleza y el estado eclesiástico se encontraban en los mayores apuros. Los soldados clamaban y aun se observaron en algunos cuerpos síntomas de motin, y el duque de Borbon, para cortar con un golpe decisivo todas las dificultades de su posicion comprometida, se apoderó de las alhajas de los templos, impuso contribuciones á los pudientes y se dirigió sobre Roma. La marcha fué penosa en lo mas crudo del invierno, y veinte y cinco mil hombres sin dinero, sin víveres ni municiones, conducidos por el talento y la constancia de tan señalado caudillo, hicieron frente á todas las fuerzas enemigas, atravesando montañas, vadeando rios, burlándose de la intempérie, hasta establecer su campamento bajo los muros de la ciudad eterna. El Duque no descansó un solo dia é intentó al punto el asalto: para animar á las

tropas con su ejemplo, arrimó una escala á la muralla mejor defendida y subió por ella intrépidamente espada en mano; mas una bala de arcabuz le derribó, dejándole sin vida. Rabioso el ejército, cuyo mando tomó al punto Filiberto, príncipe de Orange, se precipitó á los muros, derribo las puertas y entró en Roma saqueando y matando: la capital del orbe católico se convirtió en teatro de horrible carnicería y desolacion. El Papa tuvo que refugiarse al castillo de *Santo-Angelo*, pero se rindió muy pronto á D. Fernando de Alarcon, que se encargó del mando de todas las fuerzas, pues el príncipe de Orange se vió en la necesidad de atender á la curacion de sus heridas.

La rebelion de los moriscos de España, de resultas del edicto que les obligaba á bautizarse ó emigrar al África, y cuyo resultado fué quedar mil de ellos muertos y dos mil cautivos en los campos de Valencia; los triunfos de la *Santa Liga* en Italia, debidos al esfuerzo del general Lautrec; el duelo á muerte, que propuso Francisco *primero* á Cárlos V, aceptado por éste, aunque sin efecto, por no haberse podido entender los contendientes en las formalidades del mismo; la jura del príncipe D. Felipe heredero de la corona, reconocido con gran solemnidad por las Cortes celebradas en Madrid; el refuerzo que las armas imperiales alcanzaron con la importante defeccion del almirante genovés Andrea Doria, que salvó á Nápoles y fué causa de la derrota decisiva de los franceses en Italia; la invasion de Soliman en la Hungría y el tratado de paz de Cambray debido al influjo y empeño de Margarita de Austria, tia del Emperador, y de Luisa, madre de Francisco, son hechos notables que la historia consigna en sus páginas con minuciosos pormenores, que harian interminable una novela.

Don Cárlos pasó á Alemania, visitó á Inspruck y convocó una Dieta en Augsburgo, á la cual concurrieron todos los príncipes del imperio germánico, que habian abrazado la doctrina de Martin Lutero, para protestar que no se separarian de ella, por cuya razon se les llamó *protestantes*. El Emperador, tan hábil en la política

como en la guerra, contemporizó con ellos, porque los necesitaba para poner en pié un ejército formidable, con el cual detuvo los progresos del Monarca otomano, obligándole á huir hasta Constantinopla. Seguro de su ascediente europeo, volvió á España, desembarcando en Barcelona, donde le aguardaba la Emperatriz con toda la corte. Sin detenerse allí, dispuso que D. Álvaro de Bazan se dirigiese con una flota á Túnez y arrojase del trono á Barbarroja, usurpador de los derechos de Muley-Hassen. Bazan cumplió como valiente, desembarcando muy cerca de Tremecen y tomando á viva fuerza el castillo de One, despues de haber pasado á cuchillo setecientos moros. Batió en seguida á Jaban-Arraez, apresando todas sus galeras, y poniendo á Muley-Hassen en posesion de su reino, se retiró á las costas de España. Pero el pirata Barbarroja le atacó de nuevo, y el infeliz soberano de Túnez acudió por segunda vez á la generosidad de D. Cárlos. Irritado éste contra los berberiscos, reunió una armada numerosa, pasó de nuevo á Barcelona y tomó el mando de las fuerzas, que se componian de ciento cuarenta galeras y mas de trescientos sesenta buques de transporte, haciendo rumbo al África y llevando en calidad de tenientes á Andrea Doria, al marqués del Vasto y al duque de Alba.

La gloria que adquirió el Emperador en tan importante empresa es uno de los títulos, que con mas justicia eternizan su memoria. Desde el instante en que desembarcó delante de la Goleta, la embistió con denuedo y en ella encontraron los españoles trescientas piezas de artillería, grandes almacenes atestados de víveres y de municiones y cien buques. Despues de esta victoria, avanzó el ejército contra Túnez, y habiéndose opuesto á su paso Barbarroja con cien mil hombres, quedó completamente derrotado; perecieron en la refriega sesenta mil berberiscos y quedaron en poder de las tropas cuarenta mil esclavos. Muley-Hassen, profundamente agradecido al Emperador, le prestó vasallage, dándole en propiedad las plazas de la Goleta, Biserta y Bona y comprometiéndose á pagarle un tributo anual de doce mil escudos de oro.

Al mismo tiempo conquistaba Francisco Pizarro el dilatado y riquísimo reino del Perú, fundando la ciudad de Lima, pero no habian cesado en Europa las inquietudes de D. Cárlos. Francisco *primero*, mal avenido con el reposo, invadió repentinamente la Saboya. Voló el Emperador á Italia, quejóse amargamente en Roma, delante del Papa y de los embajadores de las potencias, de la felonía del Monarca francés, y entrando en el Piamonte con cuarenta mil infantes y diez mil caballos, obligó al enemigo á retirarse hasta la Provenza, que defendió con obstinacion el mariscal de Montmorency. En el ataque de la torre de Muley pereció entónces el dulcísimo poeta Garcilaso y habiéndose declarado la peste en el ejército imperial, sucumbió así mismo el ilustre por sus hazañas Antonio de Leiva, bizarro defensor de Pavía. Don Cárlos condujo sus tropas á Milan, despues de haber conseguido señalados triunfos, y regresó á España, no sin haber accedido, aunque contra su gusto, á una tregua de diez años, solicitada por el Papa.

Sorprendióle la nueva del fallecimiento de la emperatriz doña Isabel, cuya pérdida sintió sinceramente por sus grandes prendas y virtudes, y se retiró al monasterio de la Sisla, á implorar por su alma el favor del cielo; pero muy pronto le arrancaron de allí las ocurrencias de Flandes. En efecto, los vecinos de Gante ofrecieron á Francisco de Francia la soberanía de los Estados, que el rehusó por no indisponerse con el Papa; ellos sin embargo se rebelaron abiertamente y D. Cárlos partió sin tardanza á contener los desórdenes que cometian. Al saber los de Gante la llegada del Emperador, le enviaron los revoltosos sus diputados y éstos le pidieron de rodillas que los perdonase.–*Decid á vuestros compañeros*, contestóles con severidad, *que he venido como Rey, á castigar sus demasías con el cetro y con la espada.*–Los principales motores de la rebelion fueron condenados á muerte y este ejemplo de severidad intimidó á todos los malcontentos de los Paises-Bajos.

La espedicion de Argel, desgraciada por el furor de las tempestades, sirvió á D. Cárlos para que pusiera en relieve virtudes y

prendas, que en la próspera fortuna no habia tenido ocasion de revelar al mundo. Poco despues del descalabro de la armada española, juraron en Monzon las Cortes catalanas y aragonesas al príncipe D. Felipe y otorgaron al Emperador su padre un subsidio de quinientos mil ducados. Nada dirémos de la derrota que sufrió en Cirinola el marqués del Vasto, ni de la atrevida operacion que este desastre sugirió á Cárlos de Gante, que triunfó de todos los obstáculos, imponiendo á sus enemigos el tratado de Crespi.

La muerte de Martin Lutero y la de Enrique VIII de Inglaterra fueron dos golpes terribles para los *protestantes*. Dos meses despues del último falleció tambien Francisco *primero*, y el Emperador, aunque ocupado incesantemente en la guerra de Alemania, casó á D. Felipe, su heredero, con María, hija del difunto monarca inglés y de doña Catalina de Aragon, y habiendo acaecido por aquel tiempo la muerte de su madre, la reina doña Juana *la Loca* en la ciudad de Granada, el disgusto alteró su salud, obligándole á suspirar por un método de vida sosegado. El pensamiento de abdicar la corona en D. Felipe se presentó á su imaginacion, y llamándole á Bruselas, renunció en su favor con gran pompa y aparato los estados de Borgoña y Flandes, así como el gran maestrazgo de la órden del Toison. Pocas semanas despues de esta ceremonia regresaron á España padre é hijo, y el primero abdicó en el segundo la corona de este reino con todos sus vastos dominios.

CAPITULO V.

En el cual dá el Emperador á Francesillo sus últimas órdenes.

Triste por demás era la vida que arrastraba nuestro amigo el conde D. Francés. Su primo Carlitos no ceñia ya la púrpura imperial de los Césares, y él se consideraba ya muy poco á propósito para aconsejar y mucho menos para divertir á un nuevo amo. Habia llegado en efecto á la vejez, sin salir de la juventud, porque conservaba siempre la jovialidad y la audacia de sus primeros años; mas hacíale traicion el deseo, cuando intentaba poner en relacion directa la actividad de su pensamiento inagotable con la energía de su accion, enervada por los años. Vegetaba pues melancólicamente en una reducida estancia del alojamiento que ocupaba en la corte, recordando los nombres de los buenos amigos, cuyo afecto habia sabido conquistar, á fuerza de buenos servicios y amargas verdades, y decia para sus adentros:

—¡Pobre cardenal lentejas...! ¡Cuánto te hice rabiar en este valle de lágrimas! ¡Pícaro caballero de Chevres....! Apuesto doble contra sencillo, á que estás armando una pelotera de mil demonios con todos los diablos del infierno.... ¿Y mi hermano Fadriquito Enriquez, que se ha metido en Valdescopezo, donde está el panteon de su familia? ¡Maldita gota....! ¡Condenado mal de piedra....! ¡Eh! Ya no tengo á nadie; todos me abandonan unos tras otros, y.... ¡yo vivo aun! Parece imposible que mi corazon sea de estuco; mas no hay remedio.... lo es. ¿Cómo he podido consentir, por ejemplo, que María.... porque la *Garza Real* no ha muerto.... ¡Bah....! al padre ceremonias, que sabe mas que seis libros, se le han escapado revelaciones importantísimas.... ¡Morir de hambre una doncella, que vale tanto como el sol y la luna....! Pero las monjas son capaces de.... ¡Jesus! Se me figura que iba á murmurar.... No, por mi alma: lo que debo hacer es dirigirme al monasterio de Santo Domingo y averiguar la verdad, sin decir una palabra á Carlitos, para que no se empeñe en alguna calaverada, ahora que ha arrojado sus coronas á la calle.

Cuando á Francesillo se le fijaba una idea en el magin, no habia poder humano que se la hiciese olvidar. Así pues, cierto dia madrugó algo mas que lo que tenia de costumbre y salió de su alojamiento, situado en la *calle de la Inquisicion*, con ánimo de inquirir á todo trance la suerte de María. El cielo sin embargo no le permitió cumplir su laudable propósito, porque al trasponer el umbral de la puerta de la calle, tropezó con un hombre, que despues de examinarle, le dijo:

—Os busco, D. Francés.

—Llamadme conde D. Francés, le replicó éste con altanería.

—Como os plazca, repuso el otro; mas no se trata de eso.

—¿De qué se trata? Esplicaos pronto, porque estoy de prisa.

—De que el Emperador os llama.

—En ese caso, mi primo Carlitos se ha vuelto loco. Díle de mi parte que desde que no reparte tajos y reveses por el mundo, no

tengo obligacion de obedecerle. Necesito otro amo que batalle mucho y.... ya le tengo.

—¿Cuál es?

—El fastidio.

—¿Y he de llevar esos mensages al Emperador?

—Dale con el Emperador.... Eres un imbécil.

—No tal, señor Conde, soy un fiel escudero de Su Magestad.

—Es decir, un hipopótamo

—En fin ¿qué respuesta he de llevar al Emperador?

—¡Otra vez...! Dí á mi primo Carlitos que iré á verle por caridad..., tan solo por caridad. ¿Lo entiendes? Y eso, porque tengo que reñirle.

—Está bien, señor Conde.

El escudero de D. Cárlos volvió pié atrás y Francesillo enderezó sus pasos hácia la plazuela de Santo Domingo. Con todo, el sentimiento de la gratitud fué mas poderoso que su voluntad de hierro, y guiado por las memorias que acababa de despertar en su alma el mensage del que, mas que su Señor, habia sido su amigo, se dirigió sin saber lo que hacía al real alcázar. Cuando entró en la estancia del Emperador, no pudo menos de arrojar un hondo suspiro, al ver á aquel conquistador invencible ataviado con modesta sencilléz y entretenido en rezar sus devociones.

—Decididamente soy el hombre mas sin ventura de la tierra, murmuró sentándose sin ceremonia y arrojando su sombrero. ¿No me bastan mis inquietudes y cuidados, sin que pretendas atormentarme con tus insignes tonterías? ¡Ah, Carlitos! ¡Que vacía tienes la mollera! ¿Me has consultado para hacer lo que has hecho? ¿Te ha ocurrido la idea de acordarte del noble conde D. Francés, antes de dejar al adusto Felipito una herencia tan pingüe? Porque has de saber que ya puede tu hijo, el nuevo Rey de España, buscar en sus dominios quien ocupe mi puesto; es mozo que no se rie ni habla, y te declaro que no me verá en su corte de Valladolid, aunque el alcalde Ronquillo se encargue de llevarme. ¡Ah! Ahora que

me acuerdo.... el buen Ronquillo no existe. ¿Quieres que te refiera lo que ha pasado con su alma?

—Amigo D. Francés, le respondió tranquilamente Cárlos de Gante, lo hecho.... hecho está; se me ha quitado de encima un enorme peso, desde que no soy emperador; por lo demás, el momento no es oportuno para historias, porque tengo que comunicarte un gravísimo negocio.

—El negocio para despues; ya no eres mi amo y he de contarte lo de Ronquillo, aunque no quieras.

—¿Es cosa larga?

—Al contrario, muy corta, pero divertida en estremo. La sé al dedillo por el padre ceremonias, que es un varon como pocos y morirá seguramente en olor de santidad.

—Empieza pues y acaba pronto, porque no respondo de escucharte hasta el fin, si este se alarga.

—Me escucharás, Carlitos, me escucharás mal que te pese; el asunto es divertido, y tú necesitas algun soláz.

—Decias que Ronquillo.....

—Por supuesto.... tenia el alma mas negra que la de Lucifer, lo cual no se opone á que, tocante á su cargo de alcalde ó de juez, fuese el mas astuto rebuscador de culpas, que pudiera hallarse en toda la redondéz del globo. No ignoras que se las compuso admirablemente con los *Comuneros*, ahorcándolos á roso y belloso, y que, en caso de duda, lo mismo trataba á los inocentes que á los pícaros, á fin de ahorrarse trabajo y tiempo. Las gentes dieron en la manía de creer que era peor que el mismo diablo; mas yo te aseguro que no era peor ni mejor, sino el mismo diablo en persona y figura de alcalde Ronquillo.

—Ya sé lo que era, amigo D. Francés, y así prosigue tu relato sin digresiones.

—¿Y tienes la conciencia tranquila, querido Carlitos?

—De nada me acusa. ¡Ah! Sí; quiero descubrirte un secreto de mi flaqueza.

—Luego, luego, pues no quiero que distraigas mi atencion en este instante. Hablo de tu conciencia, porque hay mucho que discurrir, en lo de haber hecho ajusticiar al valiente obispo de Zamora.

—Te engañas de medio á medio: esa justicia fué bien hecha, porque D. Antonio Acuña no solo fué revoltoso y traidor, sino tambien asesino.

—Pero era obispo.....

—El Papa absolvió completamente á Ronquillo.

—Ya, ya lo sé; pero Satanás le ha seguido la pista.

—¿Qué quieres dar á entender con ese desatino?

—En él está toda la historia. Tu buen alcalde ha muerto.

—Lo ignoraba de todo punto y siéntolo á fé, por mi hijo el rey D. Felipe.

—¡Bah! No se me oculta que aprobaste sus fechorías y esa cuenta tienes que dar á Dios. (1) Por lo demás, hé aquí el caso, si no miente el padre ceremonias de Rueda de Medina. Ronquillo murió hace quince dias y se le dió sepultura en el cementerio de San Francisco de Valladolid, lo cual desagradó muchísimo al príncipe de las tinieblas, quien sin perder minuto dispuso junta general de espíritus infernales. Debatióse allí el negocio con gran mesura y detenimiento, y se acordó por unanimidad, que el azote de los pueblos castellanos, el que tantos méritos habia contraido para ocupar un puesto señalado en las abrasadas regiones del Tártaro, *in tartarea spelunca*, porque allí se habla latin puro y correcto, no debia permanecer en lugar sagrado. Acto contínuo se disfrazaron de alguaciles Lucifer y Astarot su primer ministro, y aparecieron en el

(1) Francesillo se refiere aquí á la siguiente carta, que el Emperador habia escrito á Ronquillo, en contestacion á la noticia que éste le comunicó, de la muerte del obispo Acuña: — «Licenciado Ronquillo, alcalde de mi casa y corte é del mi Consejo. «Ví vuestra letra de veinte y tres del presente y la que escrebisteis al secretario Cobos, «é por ellas he visto *lo que hicisteis en lo que llevasteis mandado, que ha sido como vos «lo sabeis hacer y habeis siempre hecho en las cosas en que entendeis. Yo os lo tengo en «servicio.* Y pues ya eso es fecho, en lo que resta, que es enviar por la absolucion, yo «mandaré con diligencia se procure y traiga tan cumplida como conviene al descargo «de mi real conciencia y de los que en esto han entendido, conforme á lo que escribís. «En Sevilla á último de marzo de mil quinientos veinte y seis años. — Yo el Rey.

Campo Grande de la ciudad. Horrorízate, Carlitos, y admira los designios de la Providencia divina. La media noche era precisamente, cuando los alguaciles de la eternidad llamaron á la puerta del monasterio. El lego de la portería abrió y recibió recado para el padre Guardian, de que tenian que hablarle dos mensageros de las mansiones negras. El lego asegura que conoció á los diablos, por el olor fuertísimo de betun y de azufre que despedian. Lo cierto es que el Guardian y todos los frailes siguieron procesionalmente á los fingidos alguaciles, hasta la sepultura del alcaide. Astarot le levantó de la tierra, y despues de obligarle á echar por la boca la forma consagrada, que habia recibido antes de morir, lo cargó en las espaldas de Lucifer, que desapareció con su presa. El ministro tardó algo en seguirle, porque el padre Guardian le exijió recibo del cuerpo de Ronquillo, y Astarot se lo dió, como funcionario que entiende á las mil maravillas su obligacion en los asuntos públicos. (1) ¿Qué te parece de mi historia, primo Carlitos?

(1) Cabezudo en sus *Antiguedades de Simancas*, al hablar de las *Comunidades* de Castilla, se hace cargo de la tradicion muy acreditada en Valladolid, que hemos puesto en boca de D. Francés, referente al alcalde Ronquillo. Hé aquí las palabras que se leen en su obra.-«Caso lastimoso y escandaloso ajusticiar como persona comun á un pre«lado. Esto hacen los ministros por complacer á sus príncipes; pasarse á mas de lo «que les mandan, pues nadie puede creer que el emperador Cárlos V. mandase eje«cutar tan sacrílega órden; y el alcalde, por mostrarse gran servidor del Rey, se hizo «indigno servidor del demonio, quien acaso se lo agradeció y dió el pago, llevando el «cuerpo de este mal ministro al infierno, donde tenia ya su alma, pues fué por él al «convento de San Francisco de Valladolid donde estaba enterrado, á media noche, y «llamando á la campana de la portería, dieron al portero recado para el Guardian y «la comunidad de que estaban allí dos ministros de la Justicia divina.»

«Bajó el Guardian con toda la comunidad, vestido de alba y capa pluvial y estola, «cruz y ciriales: y los dos ministros del infierno guiaron á la capilla donde estaba en«terrado el alcalde, y sacándole de la tierra, y dándole un golpe en las espaldas, echó «por la boca la sagrada forma que en el Viático habia recibido, y depositándola en un «copon ya prevenido, cargaron con aquel infeliz cuerpo y lo llevaron al infierno.»

«Tambien es cierto, que el tal alcalde Ronquillo, viéndose agoviado del gusano de «la conciencia que le remordia, estando cercano á la muerte, pidió al rey Felipe II, «que ya reinaba por muerte de su padre Cárlos V, que para descargo de su conciencia, «le hiciese la honra de verse S. M. con él. El Rey fué y le pidió Ronquillo tomase á su «cargo la muerte del obispo de Zamora; á que le respondió el Rey:-Si hiciste lo que «mi padre te mandó, obraste bien: sino ¿para qué lo hiciste? Allá te las hayas.-Murió «el miserable, y tuvo de Dios el castigo merecido por su celo tan grande de la justicia «humana.»

No supo ciertamente lo que escribió el presbítero Don Antonio Cabezudo, al supo-

—Que no tiene piés ni cabeza, ni estoy para interesarme en semejantes patrañas que esparcen los malévolos. Ronquillo fué en todo tiempo un servidor leal, aunque duro é inflexible con los traidores. Descanse en paz, y tú escúchame ahora el importante secreto, que voy á revelarte.

—Negocio grave debe ser, cuando tanto te apura.

—No olvides que lo confio á tu lealtad.

—¿Y qué es ello?

—Hallábame hace once años en Bruselas, y queriendo los príncipes del Imperio distraer mi ánimo de la pena que lo agoviaba, por la noticia que recibí de la muerte de la princesa doña María, dispusieron un magnífico sarao. No te esplicaré los agasajos de que fuí objeto, ni los brillantes adornos de aquella funcion verdaderamente régia: todos los grandes vocales de la Dieta germánica, todos los prelados y títulos de la Confederacion me rodeaban, pero mis ojos nada veian de todo aquel esplendor y boato, porque fijos en la

ner que Felipe II entró á reinar por muerte del Emperador su padre; nadie ignora que éste abdicó en su hijo la corona, para retirarse al monasterio de Yuste. Ahora bien: este suceso tuvo lugar en 1556 y D. Cárlos falleció dos años despues, el dia 21 de setiembre de 1558. No anda el mismo historiador mas acertado, cuando hace ver que el Emperador murió antes que Ronquillo. Habiéndonos propuesto no faltar á la verdad histórica en nuestra novela, por lo mismo que únicamente la escribimos para recreo del ánimo, entraba en nuestro interés justificar debidamente los hechos en que nos poníamos en abierta contradiccion con autores de concepto. FERRER, en su *Historia del levantamiento de las Comunidades de Castilla*, prueba de una manera evidente que no hemos cometido un anacronismo, haciendo que D. Francés refiera al Emperador, antes que éste parta para su retiro, la muerte del alcalde con las absurdas circunstancias, repetidas y comentadas por el vulgo. Así se esplica el citado escritor:-«Ca-«bezudo supone equivocadamente que Ronquillo sobrevivió al emperador D. Cárlos. «Entre los interesantes documentos que posee el coronel de ingenieros D. José Apa-«rici, hemos visto una carta, en que el doctor Ortiz dice al secretario Juan Vazquez «de Molina, desde Madrid, lúnes 12 de diciembre de 1555, lo siguiente:-Ya v. m. ha-«brá sabido como Nuestro Señor fué servido llevar de esta vida al alcalde Ronquillo «para su gloria, lo cual se puede creer porque ordenó su alma como muy bien cristia-«no, y murió como tal, y falleció el viernes á las nueve de la noche, á los nueve del «presente, y á la salida del noveno de una calentura que le dió, que creo fué modorra; «y ahora acaba de espirar doña Teresa su muger, que le dió el mal cuatro ó cinco dias «despues que el alcalde, al cual llevaron á Arévalo luego aquella noche que espiró, y «á ella llevan esta noche.»

«Al pié de un memorial de los dos hijos del alcalde Ronquillo, Gonzalo, comenda-«dor, y Luis, capellan de S. M. puso Felipe II de su letra, hablando del padre:-*Dejó «poca hacienda, muestra de su rectitud.*»

hermosura de una jóven de la nobleza, solo tenian fuerza para devorarla. Aquella jóven me amó, Francesillo; me amó sin ambicion, por mí mismo, por mi carácter apasionado y ardiente; pero no tardó en estinguirse en mi alma el encanto del amor, adormecido por la saciedad. ¡Ah! Muy pronto conocí que jamás volveria á encontrar otra María. La castísima doncella, que desechó mi mano por atender á mi gloria y á mi nombre; aquella que consagró á la Virgen su pureza, ofreciéndola en sacrificio su misma pasion y las dos coronas mas grandes de la tierra, vivirá siembre en mi corazon, porque era un ángel, porque era una santa, que me protege desde el cielo. La otra.... la bella Bárbara Blomberg, sirena encantadora por sus gracias y por la dulzura de su canto, me amó tambien... pero ¡qué contraste entre las dos! Nunca profanaron mis lábios la honestidad virginal de María; en cambio Bárbara Blomberg... nada pudo negarme, porque nada tuvo ya que concederme.

—De eso hay mucho en el mundo, Carlitos; pero ya pasó ¿no es verdad? ¿Qué quieres hacer ahora?

—Bárbara Blomberg fué madre.

—¡Demonio! ¿Estuviste en tu juicio? ¡Un Emperador cometer semejante torpeza....! ¿Y luego?

—Ella ya no existe; pero el Príncipe....

«Acerca de la tradicion absurda y muy acreditada durante siglos, referente al juez «que llevó al suplicio al obispo de Zamora; debe leerse un cuaderno impreso en Cór«doba en 1727 por D. Salvador José Mañer, titulado *Ronquillo defendido contra el en«gaño que le cree condenado*. Allí demuestra que no es Ronquillo el alcalde, de quien «dice fray Antolinez de Búrgos, en su *Historia de Valladolid*, que se lo llevaron los «demonios; caso que refiere tambien, sin citar el nombre, el autor del libro titulado «*Speculum exemplorum*, impreso en Valencia en 1480, y por consiguiente setenta y «cinco años antes de la muerte de Ronquillo. Fray Dimas Serpi lo trae tambien en su «*Tratado del Purgatorio*, impreso en Barcelona en 1604, callando el nombre del con«denado, lo mismo que el padre Antolinez de Búrgos. Al anotarle D. Pedro Ladron «de Guevara afirma redondamente sin mas datos, que el Alcalde, á quien sucedió esa «desventura, fué Ronquillo, que murió escomulgado por haber dado garrote al obispo «de Zamora. Esto proporcionó coyuntura al doctor Cristóbal Lozano para dar por «esacta la tradicion vulgar en su *David perseguido*. Además prueba D. Salvador José «Mañer, que en 28 de enero de 1592 declararon las monjas de Santa María la Real de «Arévalo, que en la capilla mayor no estaban enterrados mas que el alcalde Ronquillo, «su muger doña Teresa Briceño, y Gonzalo y Luis sus hijos, que permanecian en sus «sepulturas.»

—¡Otra mas....! ¿Con que le has reconocido?

—No; pero reconocerá á su hermano D. Juan de Austria mi hijo el rey D. Felipe. Confié la educacion del primero á mi fiel mayordomo D. Luis Quijada, que hoy es alcaide de Villagarcía: allí vive desconocido el Príncipe, sin sospechar él mismo su alto nacimiento y D. Luis Quijada no lo descubrirá, aunque el propio Rey se lo mande y aunque vea peligrar su vida, porque es hombre como no hay otro en Castilla.

—Mal negocio será, segun eso, el reconocimiento del bastardo.

—Hé aquí lo que ha de hacerse. Mañana partiré para Estremadura.

—¿Qué diablos vas á hacer allí?

—Llorar por mis pecados.

—Luego te metes fraile.

—Quiero prepararme á morir.

—¿Sabes, Carlitos, que no es del todo disparatada esa idea? ¿Qué has de ser en el mundo, despues de haber sido Emperador...? Vamos; decididamente me agrada el proyecto y cátame monge. Renuncio mi condado y hasta los privilegios de mi locura, y me sepulto contigo en el yermo.

—No, Francesillo; me haces falta en la corte.

—¿Para qué?

—Ahora lo sabrás.

Don Cárlos buscó entre sus papeles una carta, escrita toda de su puño y letra, y la puso en manos del bufon, diciendole:

—De aquí á ocho dias entregarás este pliego al Rey de parte del *Monge de Yuste*, y por él sabrá que tiene un hermano.

—Luego se lo confias á tu hijo Felipito....

—¿Y á quién mejor? El príncipe D. Juan de Austria saldrá un cumplido caballero, amaestrado por el alcaide de Villagarcía y por su dignísima consorte doña Magdalena de Ulloa.

—¡Cómo! ¿Hay muger en el secreto?

—Nada sabe la esposa de D. Luis Quijada, aunque poco impor-

taria que lo supiese todo, porque es matrona de altas prendas. Digo pues que el hijo de Bárbara Blomberg, por sus buenas dotes, cautivará la voluntad de D. Felipe y le servirá de grande ayuda en sus proyectos. Doce años tiene ese jóven, mas no ignoro que descubre mucha prudencia y notable disposicion para los ejercicios guerreros. Darás pues ese pliego al Rey.....

—Se lo daré. ¿Y luego?

—Vivirás á su lado, como has vivido al mio.

—¿Al lado de quién?

—¡Nécio! De mi hijo D. Felipe.

—*Exi foras*..... Ni cinco minutos. Mira, Carlitos: ese Rey es de tal catadura, que nunca harémos migas los dos. Siempre está encerrado y no sabe mas que rezar. ¿Quiéres que me pudra de tristeza mirándole á la cara?

—¿Pues no intentas seguirme al monasterio de Yuste? Allí tambien se reza.

—Se reza y se hace rabiar á los benditos monges: algo es algo.

Francesillo iba á salir de la estancia, pero el Emperador le detuvo.

—No me opongo, le dijo, á que sacrifiques los años que te quedan de vida, encerrándote conmigo entre cuatro paredes; pero antes de que tal hagas, antes de que renuncies al mundo para siempre, consulta á tu corazon, y si él te dice que nada dejas en el mundo, que nadie llorará tu ausencia, huye y ocúltate en el yermo, solo con Dios, que nunca te faltará.

—Hablas como un predicador, hijo mio, le respondió el conde D. Francés, pero debes aplicarte á tí mismo esas elocuentes sentencias. En efecto ¿estás seguro de que, cuando te veas separado de todos los vivientes, no echarás de menos las delicias de la tierra?

—Las he renunciado con gusto, amigo mio; eran muy pesadas para mí.

—¡Para tí, que has hecho temblar al mundo!

—He vencido á Francisco *primero* y mi ambicion está satisfecha.

Mi abdicacion no hace infelices á mis pueblos, porque les queda un Rey *prudente* y justiciero, que mirará por su gloria.

—Con todo, Carlitos, los afectos del corazon son nuestros tiranos, y tú al fin eres hombre como los demás.

—Hombre soy, es verdad, pero siento el corazon vacío: los afectos del alma no existen.... Mi madre y Señora, la reina doña Juana, ha muerto.... ¡María....! Esa virtuosísima doncella, que me hubiera hecho feliz, que me hubiera convertido en árbitro del mundo, me ha abandonado.....

—Te quedaban dos hijos....

—Don Juan de Austria ignora que soy su padre; Don Felipe sabe que es Rey.

—Pero tú.....

—Amo á los dos; mas no quiero comprometer por su causa mi salvacion.

—Perfectísimamente; ahora lo comprendo todo.

—¿Qué comprendes?

—Que tienes miedo, y que por miedo vas á meterte fraile.

—Es verdad tengo miedo de mí mismo y me refugio en la morada de Dios.

—Lo cual significa que la desesperacion guia tus pasos. Un cobarde en tu lugar se hubiera atravesado con su espada: tú, que has derrotado ejércitos, te haces monge. Venga esa mano.

Cárlos de Gante estrechó con efusion la que le presentó D. Francesillo. Despues meditó un corto espacio y volviendo á registrar los papeles que tenia esparcidos en su mesa, cogió uno que se puso á leer atentamente.

—¿Es tu testamento? le preguntó el bufon.

—Es una deuda, cuyo pago han retrasado mis ministros y que lego al rey D. Felipe, respondió el Emperador.

¿Conoces á Julian de los Cobos?

—No; pero sé que es un famoso soldado y que te ha servido muy bien.

—Hace diez y ocho años que se retiró del servicio, y otros tantos que firmé esta cédula á su favor.

—¿Pues cómo la tienes ahí?

—Porque mis ministros no la despacharon. Ingrato me llamará esa esforzada muger, y á fé que no lo soy. El rey D. Felipe dispondrá que se cumpla mi mandato.

—¿Muger digiste, Carlitos?

—Lee y juzga.

—Don Francés cogió la cédula que decia así:

«El Rey. Nuestros Contadores Mayores: sabed que siendo infor-«mado que Juliana de los Cobos, que comunmente se a llamado «Julian de los Cobos, andando en hábito de hombre nos a servido «mucho tiempo en la guerra, así en Italia como en otras partes, «a pié y a caballo, a su propia costa, sin recibir ninguna recom-«pensa, ni merced, y que de las batallas y reencuentros que se an «dado y se a allado a nuestro servicio queda con muchas heridas y «de alguna de ellas manca de una pierna, por lo qual se quiere «retraer a vivir en su hábito de muger, es nuestra merced que se «le den en cada un año por todos los de su vida doce mil marave-«dís, los quales se le libren en el reino de Granada a donde ella «piensa residir. Fecha en Toledo a..... 1538 años.—CÁRLOS. (1)

El bufon se guardó este documento para presentarlo al rey don Felipe, con la carta del Emperador su padre, y salió de la estancia cabizbajo.

(1) M. S. antiguo. Al pié de esta Real cédula se leía la siguiente nota, relativa á Juliana de los Cobos. «Todo el tiempo que anduvo en estas guerras fué en estado «de doncella, y despues se casó en Granada y agora está viuda.»—*Nota del autor.*

CAPITULO VI.

El nuevo Rey y el amigo viejo.

UNAS catorce leguas de la célebre *Castra Cecilia*, *Castra Cæsaris* ó *Castra Ceris*, hoy villa de Cáceres, fundada por QUINTO CECILIO METELO, y en un suavísimo declive á orillas del rio Gertes, está situada la antiquísima ciudad de Plasencia, circuida de murallas, que fueron muy fuertes, con seis puertas y dos postigos. Construyéronla los romanos con el nombre de *Deobriga Plasentia*, y aun hoy conserva inscripciones y antigüedades de los mismos, entre las cuales merece ser citado, como obra de reconocida importancia histórica, un acueducto sostenido por *ochenta* arcos. Desde el siglo décimo representó ya señalado papel esta poblacion en la península ibérica, pues conquistada por D. Alonso VIII de Leon y III de Castilla en 1180, cuando solo era un monton de ruinas, la reedificó nuevamente, para que le sirviese de gran defensa contra

los moros. Convertida mas tarde en ducado, que obtuvo el famoso D. Álvaro de Zúñiga, la agregaron á su corona los Reyes católicos en 1488, aunque sujetando á Béjar á su jurisdiccion con la misma dignidad que esta villa conservaba. Aunque habia sido patria del cardenal D. Juan de Carvajal, gran privado del papa Eugenio IV, del renombrado jurisconsulto del siglo XVI Alonso de Acevedo, de D. Luis Ávila y Zúñiga, embajador de Cárlos de Gante cerca de los papas Paulo IV y Pio IV, y encargado especialmente de fomentar la prosecucion del Concilio tridentino, así como de otros muchos varones, preclaros en armas y en letras, no contaba con las siete parroquias, con los tres conventos de monjas, con los otros tres de frailes, con un colegio de jesuitas, con ocho ermitas, con cinco hospitales, con un magnífico palacio arzobispal, ni con otros edificios que la civilizacion fué levantando sucesivamente, para convertir á Plasencia en una de las mejores residencias de Estremadura. Contaba sin embargo en 1556 con su santa iglesia catedral, de construccion gótica moderna, restaurada por Alonso VIII, y el Dean de la misma habia hecho costosos preparativos, para recibir al ilustre huésped que esperaba.

Este huésped llegó, acompañado de un solo doméstico, y en trage mas humilde que modesto. Apeóse de una mula de paso, besó la mano al Dean, quien le echó la bendicion con tanto respeto como petulancia, cenó frugalmente á pesar del inmenso acopio dispuesto para agasajarle, y al amanecer del siguiente dia se puso en camino para el monasterio de Yuste, que pertenecia á la órden de religiosos, de San Gerónimo y se halla situado á seis léguas de Plasencia, en el territorio de la Vera, y no léjos del sitio llamado de la *Magdalena baja*. Su entrada en el claustro nada tuvo de notable; los monges no interrumpieron sus tareas para recibirle y solo el Superior de la comunidad le acompañó hasta ponerle en posesion de su celda. De este modo se cumplieron las órdenes terminantes del invicto emperador Cárlos V, cuyo sacrificio quedó consumado. Habia dispuesto retirarse del mundo sin estrépito, cual convenia á

sus miras religiosas, y entró en Yuste como hombre oscuro, como hubiera podido entrar el mas ínfimo de sus vasallos. Allí, embebido en la oracion, alejado de las grandezas del mundo, con el pensamiento en Dios y en María, el que habia dado la ley á la Europa, el que habia sabido triunfar con sus armas y con su política de los mas aguerridos ejércitos y de las dificultades, que le suscitára la ambicion de un rival tan temible, como osado é inquieto, solo atendia ya á los negocios de otro mundo y se ocupaba en prepararse para morir en su retiro, con el sosiego y la tranquilidad del justo. Su celda en nada se distinguia de las de los otros monges; un sencillo lecho; una mesa, sobre la cual se veian un crucifijo, una calavera y varios libros; media docena de cuadros, que representaban las patéticas escenas de la pasion del Señor, y algunos toscos taburetes, componian todo su ajuar. Sus ocupaciones desde el primer dia fueron el coro y la soledad. Lo que el gran Emperador meditó en aquellas horas solemnes de recogimiento, de íntima confianza con el supremo Hacedor y consigo mismo, nadie lo sabe; pero no es un secreto para nadie que vivió resignado y tranquilo en el claustro, por espacio de dos años, en medio de las privaciones que se habia impuesto, las cuales llegaron á tal punto, que hasta se negó á admitir las muestras de respeto y de consideracion, que se empeñaban en prodigarle sus compañeros de soledad.

El conde D. Francés fué á ver á Felipe II, en cumplimiento de las órdenes que habia recibido. El nuevo Monarca era de carácter austero é inflexible, que no sea avenia en manera alguna con el jovial y satírico del bufon, y cuando éste se presentó á su vista, le dirigió una severa mirada, para darle á entender que debia acatarle. Francesillo no era hombre que se turbaba fácilmente, y resistió sin pestañear aquella mirada, que hacía bajar los ojos á los grandes mas encopetados del reino, lo cual no dejó de llamar la atencion del Rey, quien desde luego conoció el pié de que cojeaba tan estraño personage.

—Acabas de anunciarte, le dijo, como enviado de mi Señor.

—Así es la verdad, contestó D. Francés: á mi primo Carlitos debo este mal rato.

—¿De ese modo hablas á tu Rey?

—Mi Rey va caminando á estas horas hácia el cielo.

—¡Cómo! ¿Se halla en peligro su preciosa vida?

—No digo tal; sino que no habrá llegado todavía á Estremadura, y por lo mismo....

—¡Ah! Ya te entiendo: mas yo te hablaba de mi persona, y no de la suya.

—Es que se me figuraba que tratándose de mi Rey....

—Yo lo soy.

—Vamos por partes, Felipito, y no te enfades por lo que me veo en la precision de decirte.

El Rey iba á irritarse, y conviene tener entendido que su irritacion equivalia á una sentencia de muerte; mas se acordó de que aquel hombre, que con tal desenfado le trataba, era no solo el bufon, sino el amigo y el confidente de su padre, y acalló el enojo que sus audaces razones acababan de despertar en su pecho, contentándose con hacerle seña para que prosiguiese.

—Has declarado, dijo D. Francés con inaudito descaro, que eres mi Rey, y no sé quién te ha concedido ese derecho. Te he visto nacer, Felipito, y puedo por consiguiente hablarte con el corazon en la mano. Tus magnates te mirarán como un gran Monarca, si prosigues la obra que ha dejado el Emperador casi concluida. ¿Qué te falta? Dar un buen golpe á los protestantes de Flandes, y volver las tornas á la Francia y á la Inglaterra. Eso te bastará para que todos te juzguen como muy superior á tu padre; pero yo soy perro viejo, á quien no engañan las apariencias. ¿Qué me importa, por ejemplo, que seas el primer soberano del mundo, si en tu real palacio se mueren de hambre tus fieles servidores?

—¡De hambre! exclamó D. Felipe.

—Por supuesto, repuso el bufon tranquilamente. ¿Quién ha de comer aquí, si tú ayunas todos los años trescientos sesenta y cinco

dias? Eso se llama asesinar políticamente á tus cortesanos, por no empobrecer á tus pueblos. La idea es buena en el fondo, pero el hambre te suscitará muchos traidores.

—Serán ahorcados, replicó el Rey con resolucion.

—Lo creo, Felipito, lo creo, observó D. Francés, y he ahí justamente el motivo en que me fundo para no reconocerte por mi soberano y señor. En primer lugar no quiero perecer de hambre; en segundo, no he aprendido á ser traidor; en tercero, tengo poquísima aficion á bailar en la cuerda. ¿Estás? Desengáñate de una vez para siempre: para Rey de Castilla eres demasiado miserable, y yo, en conciencia, no puedo servir á un pobre como tú, despues de haber hombreado con la magnificencia de mi primo Carlitos.

Don Felipe desarrugó el entrecejo al escuchar las conclusiones del bufon, y le preguntó:

—¿Piensas huir de España, porque el Emperador no la gobierna?

—No por cierto, respondió Francesillo; me retiro á parage seguro, para que no me alcance tu favor ni tu justicia.

—¿Qué paraje es ese?

—El monasterio de Yuste.

—¡Ah! ¿No quieres abandonar á mi Señor?

—Suyo en vida y en muerte.

—Bien, bien..... Eres hombre agradecido y siento que no permanezcas á mi lado. Esplícame ahora lo que para mí te ha encargado el Emperador mi padre.

Don Francés le entregó entónces la carta de D. Cárlos, que contenia la revelacion del nacimiento de D. Juan de Austria (1) y la cédula espedida en favor de Juliana de los Cobos. Don Felipe leyó detenidamente la primera y permaneció pensativo largo espacio, con la cabeza apoyada en una mano y el codo sobre la mesa, postura favorita, que le sirvió para combinar sus vastos planes de

(1) La hemos publicado íntegra en la novela Don Felipe el Prudente.

gobierno. El bufon se aprovechó de aquella especie de enagenamiento, en que le veía sumido, y se retiró en puntillas.

Poco tiempo despues consiguió el papa Paulo IV, que Enrique II rey de Francia rompiese la trégua que se habia ajustado con España, en contravencion al tratado de alianza, en que él tenia parte, y que renovase las hostilidades contra los tércios de Castilla. No contento con esto, arrestó en Roma al embajador español D. Garci Laso de la Vega y acusó jurídicamente en pleno consistorio á don Felipe II, de que no pagaba á la silla apostólica el tributo que debia, por la posesion del reino de Nápoles, con la única mira de privarle de este reino. La prudencia consumada del hijo de Cárlos de Gante y la energía del duque de Alba pusieron término satisfactorio á este conflicto; pero el Papa, que solo queria ganar tiempo, tan pronto como supo que el duque de Guisa se adelantaba á socorrerle con veinte mil hombres, nombró comisarios que juzgasen el proceso intentado anteriormente contra Felipe. El duque de Alba se habia retirado al reino de Nápoles, pero el de Guisa le siguió y atacó á Civitella, plaza que supo defender y conservar el intrépido conde de Santa Flora, obligándole á retroceder para cubrir á Roma, amenazada por los españoles.

No se descuidaba entre tanto el rey D. Felipe; antes bien hizo en las provincias de Flandes grandes preparativos, y auxiliado con ocho mil ingleses, reunió un ejército respetable, cuyo mando confió acertadamente á Emanuel Filiberto, duque de Saboya. Las operaciones de este general fueron tan rápidas, que el condestable de Montmorency no pudo resistir su empuje: la memorable batalla de San Quintin, en la cual murieron seis mil franceses, y entre ellos el duque de Enghien, príncipe de la sangre, el Condestable, su hijo primogénito, los duques de Montpensier y de Longueville, el famoso mariscal de San Andrés, el vizconde de Turena y otros muchos magnates, fué el resultado de un plan, que echó por tierra todos los proyectos de los enemigos de Castilla.

El Rey se trasladó inmediatamente de Cambray á San Quintin,

con el objeto de apretar el sitio de esta plaza y despachó un mensagero al Emperador su padre, con la fausta nueva de la victoria que acababa de conseguir. Este mensagero no era otro que nuestro antiguo conocido, el valiente capitan D. Fernando de Alarcon.

Acababa de llegar á Plasencia y se disponia á proseguir su viaje hácia Yuste, cuando entre los curiosos de la ciudad, que se hacian lenguas ponderando la gallardía y briosos instintos de su corcel, reparó en un hombre alto y seco, encorvado por la edad, pero cuyas maliciosas miradas despertaron en su ánimo tristes y alegres recuerdos. El hombre alto y enjuto, por su parte, examinó atentamente al Capitan, y seguro de que no se equivocaba, fuese hácia él, dióle un abrazo apretadísimo y le preguntó con socarronería:

—¿A dónde bueno camina el compadre D. Fernando de Alarcon?

—¡Querido D. Francés! esclamó éste, estrechando á su antiguo amigo.

—¡Sus...! Silencio, repuso el bufon: aquí hay un ejército de moscardones, que se han enamorado de las piernas de tu alazan, y no quiero que se enamoren de nosotros. Dime hácia donde te diriges, y en ese caso departiremos un par de horas.

—No me detengo aquí, respondió el Capitan, pues hoy mismo he de dormir en el monasterio de Yuste.

—Yo tambien.

—¿De veras?

—¡Vaya! Como que soy un monge hecho y derecho.

—¡Tú, D. Francés!

—Es decir, lo seré desde esta noche.

—Esplícame esa mudanza.

—No; pongámonos en camino, si te place, tú en tu caballo negro, yo en mi yegua castaña, y despues nos entenderemos á las mil maravillas.

Hiciéronlo así, y una vez en marcha hácia la soledad de Yuste, preguntó Francesillo al Capitan:

—¿De dónde sales ahora, compadre?

—Del teatro de la guerra, le contestó Alarcon.

—¡Bah! observó el bufon con desprecio: género agotado.

—¿Por qué?

—Porque no hay Emperador, que gane batallas como la de Pavía.

—Te equivocas; hay Rey que triunfa en encuentros tan terribles como el de San Quintin.

—¿Y qué ha sido ello?

—Un combate como pocos; han perecido todos los generales franceses, y la mitad de la nobleza de ese reino.

—¡Dos mil cuatrocientas bombas! ¿Qué me cuentas?

—Lo que he presenciado, lo que vengo á comunicar al emperador D. Cárlos, de parte del rey D. Felipe.

—Pues señor, en ese caso.... de tal padre tal hijo. Empiezo á reconciliarme con él.

—¿No te agrada?

—Es incapaz de escuchar una historia; zorro adusto, seriote, amigo de que todo marche por el camino recto.

—Tanto mejor.

—Tanto peor, compadre. Si quieres sujetar á los hombres, déjales obrar á su capricho y no harán cosa que te dé cuidado; mas apenas les pongas trabas, saltarán por barrancos y montes, por el placer de incomodarte. Por lo demás, Felipito que nunca se rie, que nunca habla, no há menester servidores de buen humor como yo. Figúrate qué papel haríamos los dos viviendo juntos..... Sería negocio de tirarnos con los pueblos á la cabeza.

—Haces bien en meterte monge, conde D. Francés.

—Aprobado.

Así platicando en amor y compañía, llegaron el bufon y D. Fernando á las puertas del monasterio de Yuste.

CAPÍTULO VII.

Dos monges mas en el monasterio de Yuste.

El reverendo padre fray Ambrosio de Rueda de Medina no se contentó con participar á Francesillo que María iba á morir de hambre, si no habia perecido ya, en el monasterio de Santo Domingo el Real de Madrid. Se propuso tambien evitar aquella horrible catástofre, por todos los medios que estuviesen en su mano, con cuyo objeto se habia entendido con uno de los inquisidores, que componian el santo y temible tribunal de la *Suprema*, grande amigo suyo, y que debia todos sus adelantos en la carrera eclesiástica al virtuoso cardenal Ximenez de Cisneros. El Inquisidor escuchó con la mayor estrañeza la relacion del caso, tal como habia llegado á los oidos del padre Ambrosio; mas desgraciadamente habia notable diferencia entre la verdad y lo que le habian referido. Hé aquí, en

efecto, lo que sucedió al buen fraile, para que no le fuese posible averiguar por sí mismo, un misterio, que la madre Priora se empeñaba en tener oculto.

Cuando corrió la voz de que habia fallecido una novicia llamada María Quincoces, cuyos funerales se celebraban en Santo Domingo, acudió presuroso á este templo, para rogar á Dios por el alma de aquella hermosa jóven, tan desgraciada como honesta, si no mentian los informes del conde D. Francés; mas lo primero que llamó estrañamente su atencion fué, que el cadáver de la novicia no estaba en la iglesia, contra la costumbre observada en semejantes casos. Asistió sin embargo al oficio; pero terminado éste, solicitó hablar á la madre Priora, que sospechando tal vez el motivo de aquella audiencia inesperada, le recibió con altanería. El Guardian no hizo ó no quiso hacer alto en ello, y preguntó sencillamente á la monja, por qué razon no habia visto de cuerpo presente á la difunta, durante sus funerales. La Priora se turbó al escuchar la demanda, y quiso averiguar por su parte, si el que la hablaba estaba facultado para entremeterse en sus determinaciones. Esta manera de evadir una contestacion terminante dió que sospechar al buen fraile, que se retiró de Santo Domingo con turbado ánimo, pues desde luego imaginó que alguna cosa estraordinaria habia acontecido á la *Garza Real* en el convento. La Priora, sin perder un instante, reunió la comunidad en su celda, y enteró á las religiosas de que se hacian pesquisas respecto á la muerte de María Quincoces, por lo cual intimaba á todas, que infaliblemente sería arrastrada viva al *In pace*, la que llegase á descubrir, ni aun bajo secreto de confesion, el castigo de la novicia.

La Priora era temida, pero tambien odiada en el monasterio, por su altivéz y despotismo sin límites. Además, no faltaban religiosas en él, que no querian aceptar la responsabilidad de sus crueldades, y mucho menos de la última, cuyas tristes consecuencias habian recaido sobre una jóven que todavía no habia profesado. El temor y el aborrecimiento se aunaron sin duda para acusar á la superiora

de Santo Domingo, y el padre Ambrosio recibió tres cartas, que aumentaron sus dudas y su desasosiego. La primera decia así:

«María Quincoces, novicia de este monasterio, vive aun, pero «de seguro no vivirá mañana. La madre Priora dará razon de ella, «pues sabe muy bien donde está, y las religiosas tambien, pero no «osan declararlo, porque se ven amenazadas. Póngase pronto re- «medio, porque luego será tarde. Y no lo firmo por miedo de que «me castigue quien puede hacerlo, si le place.»

El contenido de la segunda era como sigue:

«Se pone en conocimiento de quien corresponda que den todos «por muerta á la infeliz novicia María Quincoces. Ha sido castigada «por culpa que no habia cometido, no siendo profesa, y dello dará «cuenta á Dios la madre Priora, ya que no la dé á los hombres. Y «esto sucedió en la pasada noche, y todo habrá concluido á estas «horas, porque el hambre y la sed no tienen espera. Regístrese «todo el monasterio y en él se encontrarán las pruebas de lo que no «me atrevo á escribir, para que no me acontezca otro tanto.»

Por último, la tercera carta estaba concebida en estos términos:

«Si el muy reverendo Padre vuelve al monasterio de Santo Do- «mingo, que sea pronto y venga acompañado de la justicia, porque «hágole saber que María Quincoces, novicia y no religiosa profesa, «por la cual ha preguntado hoy á la madre Priora, morirá en breve, «si es que ya no ha muerto. Aquí han sucedido anoche horribles «cosas, que erizan los cabellos y todas las religiosas estamos tem- «blando y temiendo ir adonde no me atrevo á nombrar, porque si «llega á descubrirse esto que digo, no evitaré la pena. Y María Quin- «coces, aunque culpable, por haber sido sorprendida en plática con «un hombre, no merecia el tormento ni la muerte, que le ha dado «quien me la dará á mí, si mas descubro.»

En el fondo no estaban contestes, rigurosamente hablando, los tres documentos, ya que uno de ellos daba por segura la existencia de María, cuando se escribió, el otro espresaba terminantemente que todos podian tenerla por muerta, y el último ponia en duda la

infausta nueva. Por lo demás, conocíase desde luego que el temor al castigo habia obrado en el ánimo de las tres religiosas, cuando tomaron la pluma para enterar del caso al padre Ambrosio. Éste, aunque con el corazon desgarrado, no perdió un momento; fué á buscar al Inquisidor su amigo, y le leyó lo que le habian escrito, refiriéndole tambien lo que por sí mismo habia observado Mas ¡cuáles fueron su asombro y su estrañeza, al notar que el Inquisidor, despues de oirle, soltó la carcajada!

—¿Os reis, amigo mio? exclamó santiguándose.

—Me rio ciertamente, le respondió el Inquisidor, de la treta que os han jugado las buenas madres de Santo Domingo.

—En verdad que me dejais atónito, repuso el Guardian. ¿Cómo puede ser eso?

—Yo os lo esplicaré en dos palabras. Esas tres cartas han salido de allí...

—Así lo creo, y su contenido lo justifica.

—Pues bien; las tres monjas, que os han escrito, conocen el interés que os inspiraba esa pobre novicia, supuesto que habeis ido á hablar de ella con la Priora; y como ésta os ha tratado con poco miramiento, han hecho junta para burlarse de vuestra credulidad.

—¡Y qué! ¿Por solo el placer de escarnecerme, acusan á la Priora?

—¿Qué tiene eso de estraño? La acusan con su beneplácito, por lo mismo que nada tiene que temer.

—¡Cómo! ¿No hay leyes que la castiguen?

—¡Válgame Dios, padre Ambrosio! Lo que quiero dar á entender es, que la Priora está inocente y que la novicia ha muerto de lo que han asegurado.

El Guardian se quedó pensativo, y fijando despues una mirada significativa en el rostro de su amigo, le preguntó:

—¿Podeis conseguir una autorizacion del Santo tribunal?

—Esplicadme vuestra idea, le contestó el Inquisidor.

—Sencillísima. Deseo registrar el monasterio de Santo Domingo el Real.

—Vamos; quereis descubrir un delito imaginario....

—Precisamente: el corazon me dice que han asesinado á la pobre María.

—En ese caso, quedará cumplido vuestro gusto. Voy á enviaros una órden, que os imponga la obligacion de averiguar todas las particularidades del fallecimiento de la novicia. ¿Estais contento?

—Ya que me dispensais tan señalado servicio, solo os ruego que no lo demoreis:

—Antes de media hora estarán en vuestras manos las letras del tribunal de la Inquisicion.

Separóse el padre Ambrosio del vocal de la Suprema y se retiró á su posada, resuelto á valerse de los poderes que iba á recibir, para aclarar el misterio que tanto desasosiego le causaba.

El capitan Alarcon y D. Francés, platicando de batallas y echando venablos contra los franceses, llegaron al monasterio de Yuste, antes que anocheciese el dia en que salieron de Plasencia. Los monges se hallaban en oracion y terminada esta, prevenia la regla que guardasen hasta la mañana siguiente absoluto silencio. Don Cárlos no quiso faltar á sus nuevos deberes, aun cuando supo, cuando salia del coro, que un Capitan de los tércios reales, que acababa de llegar de Cambray con noticias importantes de parte del Rey, solicitaba una entrevista. Mortificó pues sus deseos el ilustre solitario, aplazando la natural curiosidad que tenia de saber lo que pasaba en Flandes, hasta el momento en que pudiese satisfacerla con la conciencia tranquila, y se encerró en su retiro para orar de nuevo, ó tal vez para regar con abundantes lágrimas el suelo de su humilde celda.

Alojados cómodamente el bufon y D. Fernando en un abrigado aposento inmediato al refectorio, no discurrieron otra ocupacion mas entretenida, para matar las horas, que la de refocilar sus estómagos con una sabrosa cena, que los generosos monges les pre-

pararon, sin descuidarse de proseguir la comenzada plática sobre la gran funcion de San Quintin y acerca de las buenas dotes, que descubria para reinar el heredero del famoso Emperador. Al fin se convenció Francesillo de que la materia de los comentarios y de las observaciones se habia agotado, y esclamó de pronto:

—¡Qué buena vida voy á pasar entre estos benditos varones! Ya lo ves: perdices, conejos, estofado de cordero con cebollinos, truchas atocinadas del Gertes.... ¿Qué mas puede apetecer un hombre como yo?

—Ciertamente, repuso D. Fernando, y si mis obligaciones me lo permitiesen.....

—Ahorcad vuestras obligaciones y reíos del mundo, Capitan. Aquí me teneis á mí.

—¿Cómo es eso? ¿Me tratas ya de vos?

—No lo estrañes, porque desde esta noche subo en gerarquía; y como he de exigir mayores respetos de los demás, necesito tributárselos para darles ejemplo. Voy á vestir la cogulla y todavía puedo ser arzobispo de Toledo.

—Aun cuando llegues á ser Papa, no hablan conmigo esas cosas, y si no hemos de ser tan amigos como antes, buenas noches y hasta la vista.

—Alto ahí, seo valiente; cepos quedos y vaya otra rociada de este mosto de la vega de Plasencia, que obliga á un muerto á alabar á Dios. No ha de decirse de mí que desairo á quien compró el derecho de tutearme, con aquel magnífico rasguño del convento de Santa Clara. ¿Te acuerdas?

—¡Ah! ¡Qué memorias acabas de despertar en mi alma! ¿Qué se hizo de María?

—No me la traigas á la imaginacion, compadre.... ¡Pobre *Garza Real!* Ha volado á las regiones etéreas.

—¡Qué me dices! Refiereme sus desgracias.

—Negado, porque no estoy de humor de entristecerme esta noche.... Por el contrario, quiero que me des cuenta de aquel otro

perdulario como tú, que me hizo el segundo rasguño en Palencia.

—¿Don César de Mendoza?

—Sí; mi ahijadito; el del chasco de la fuente de lentejas.

—Combatió delante de San Quintin, como si tuviese siete vidas que perder.

—No lo hizo mal en Pavía con Antonio de Leiva.

—Esa fiesta fué una bicoca, comparada con la última.

—¡Bah! Apuesto á que no nos traeis ningun Rey prisionero.

—En cambio han mordido la tierra todos los generales franceses.

—Algo es algo, compadre: pero en fin ¿murió D. César?

—Nada de eso; ha venido conmigo á España para heredar á su padre, el conde de Melito, y ahora debe hallarse en Madrid.

—¡Voto al diablo! ¿Y no he de verle antes de enterrarme aquí?

—¿Quién te lo impide? Mañana, despues que despache mi cometido con el Emperador.....

—¿Qué?

—Volvemos grupas al monasterio de Yuste y á Madrid con nuestros huesos.

—¡Abandonar á mi primo Carlitos!

—Tiempo tienes de volver, si tu vocacion es buena.

Aquí llegaban de su diálogo, cuando un monge fué á anunciarles que sus lechos estaban preparados. Levantáronse los dos amigos y pasando á la celda que les tenian dispuesta, se entregaron al descanso, de que ambos habian no poca necesidad.

A la siguiente mañana, despues de ataviarse convenientemente se dirigieron al claustro, en el cual se paseaba el Emperador. Acercáronse á él y D. Fernando dobló una rodilla con respeto; mas observando en su rostro claras muestras de disgusto, por el acatamiento que le hacía, se levantó, en tanto que D. Francés se retiraba prudentemente, hasta que desapareció por una puerta, que daba salida á la huerta del monasterio. Conocia muy bien el carácter del nuevo religioso, y habia adivinado que éste deseaba permanecer á solas con Alarcon.

—¿No sois ya general? preguntó D. Cárlos al enviado del Rey, sonriéndose afablemente.

—Poco me falta, Señor, y aun puedo decir que lo soy, respondió el Capitan, pues he mandado el ejército, despues de la ausencia del duque de Alba.

—¿Y qué nuevas me traeis?

—Una sobre todas, Señor: las armas españolas han conseguido un triunfo completo delante de San Quintin, y el ejército francés ha quedado deshecho, despues de haber perdido todos sus generales y la flor de la nobleza del reino.

—¡Qué me decis, Capitan! ¿Y la plaza de San Quintin?

—Es nuestra, Señor..

—¿Y el ejército?

—Ha tomado cuarteles.

—¡Cómo! ¿No está ya en París mi hijo el rey D. Felipe?

—Ese era el parecer del duque de Guisa; mas el Rey, temiendo esponer las tropas en el corazon de la Francia, sin contar con una plaza segura para resguardarlas, en caso de una derrota, dispuso que se prosiguiese el asedio contra los muros que defendia el general Coligni: éste quedó prisionero, cuando nuestros soldados asaltaron la brecha, y tremoló en San Quintin el estandarte de Castilla. Hé aquí, Señor, la carta que el Rey ha encomendado á mi lealtad, y en la cual esplica todas sus operaciones.

—No me debe cuenta de ellas, murmuró D. Cárlos, recorriendo con la vista el pliego, que acababa de entregarle D. Fernando. Al rey D. Felipe le llamarán sus pueblos *el Prudente*. A mí solo me toca dar gracias á Dios, por esa gran victoria que ha concedido á España. ¿No os parece, Alarcon, que hará en la historia buen juego con la de Pavía?

—Las dos aumentarán la gloria de nuestro suelo, Señor.

—¿Qué pensais hacer ahora?

—Debo trasladarme á Valladolid, con órdenes del Rey para el Consejo.

¿Cómo? no está ya en Paris mi hijo el rey D Felipe.

—Dijéronme anoche que eran dos los mensajeros que me buscaban. ¿En dónde está el otro?

—El otro, Señor, no ha llegado de San Quintin; es un antiguo amigo, á quien ayer mismo encontré en Plasencia.

—Pero ese amigo nunca olvida á los suyos, dijo á la sazon don Francés, apareciendo por la puerta de entrada á la iglesia; ese amigo paga las ingratitudes con su buena correspondencia y leal afecto, y sabe enterrarse en vida, por un hombre que no lo merece.

—Me anunciaba el corazon, respondióle D. Cárlos alargándole la mano, que habia de verte pronto.

—Ya, repuso el bufon, tu corazon es mejor que tú, porque me hace justicia.

—De modo que vienes á visitarme en esta soledad.....

—Muy curioso te has vuelto, desde que eres monje.

—¡Eh! Me llama el cumplimiento de mis deberes, y no puedo permanecer aquí mucho tiempo. Dime si algo deseas en la corte, y te recomendaré al Consejo.

—Ya te advertí, antes que partieses para este retiro, que no quiero servir á tu hijo el rey D. Felipe, porque tiene malísimas pulgas. Fortuna fué para mí el haberme presentado ante sus ojos con tu carta y tu cédula, pues de lo contrario no me hubiera sido fácil salir por la puerta de su retrete. Y eso que no me inspira temor su imponente catadura. Pero me voy haciendo quisquilloso, primo Carlitos, y no ignoras que á cierta edad nos llenamos todos de impertinencias. ¿Cómo quieres que yo figure dignamente en una corte, que proscribe los usos mas recibidos en el vestir y en el comer? Por no verme obligado á estar sério un cuarto de hora, sería capaz de envenenarme y.... te desafío á que guardes compostura, despues que examines el sombrerete que gasta el nuevo Rey de Castilla. En cuanto á los de su Consejo, no doy por todos ellos seis cornados. El príncipe de Éboli, con mas zelos que canas y mas ambicion que zelos, aborrece al duque de Alba, tan solo porque éste es buen general; el Duque, por su parte, detesta al Príncipe, porque

el Príncipe se ha casado con doña Ana de Mendoza, hermana de mi ahijado D. César; el general Requesens se dá á todos los diablos, para evitar sérios disgustos en el matrimonio disparatado de la niña y el viejo; y por último, el buen secretario Antonio Perez, gavilan de afiladas uñas, acecha la hermosura de la Princesa, sin dársele una higa por la austeridad del Rey. Ahí tienes el Consejo de Castilla y el gobierno que nos ha dejado tu hijo Felipillo, al partirse para Flandes. Una tuerta maliciosa, (1) una mómia apergaminada, un soldado que promete y un estudiante aragonés, que sabe donde le aprieta el zapato.

—Se me figura que exageras, Francesillo; mas aunque acier-tes, creo que puedes hacer figura entre esos señores.

—Nada.... nada. Me retiro á cuarteles de invierno y puedes noticiarlo al Prior, para que me preparen una celda.

—¿Con que persistes en hacerme compañía?

—Persisto; me siento con decidida vocacion al claustro; y sobre todo á sus perdices y conejos.

—Bien está, D. Fernando, ved si puede hacer algo por vuestra suerte el que ha sido vuestro Emperador.

—Tambien he imaginado trocar el casquete de guerra por la cogulla de monge, repuso Alarcon resueltamente. Me voy haciendo viejo, Señor, y sirvo para poco, con este cuerpo acribillado de heridas; además, he pagado mi tributo de lealtad al Rey, y ahora quiero dedicarme á Dios.

—Pero ¿no deseais ser general? le preguntó D. Cárlos.

—Ya lo he dicho, Señor, contestóle D. Fernando. Solo deseo ser monge.

El nieto de Isabel *la Católica* inclinó la frente sobre el pecho, admirando los altos juicios de la divina Providencia.

Aquel mismo dia hubo dos monges mas en el monasterio de San Gerónimo de Yuste.

(1) A pesar de lo que afirma Mr. MIGNET en su opúsculo *Antonio Perez y Felipe segundo*, doña Ana de Mendoza, hija del conde de Melito, no fué tuerta, sino vizca. Así la llamaba el Rey para ajar su vanidad.

CAPITULO VIII.

La muerte del Almirante.

Los enredados incidentes de esta historia nos han hecho olvidar á un personage de gran valía en la época dichosa, que coronó con gran fortuna las mayores empresas de Cárlos V. Retrocedamos pues algunos años, y figurémonos que el Emperador acababa de llegar á Castilla, despues de la completa sumision de las ciudades *comuneras*.

Ya hemos delineado en la primera parte de nuestro libro el carácter noble y bello del almirante D. Fadrique Enriquez. Impulsado por su deseo de que las revueltas terminasen pacíficamente y sin derramamiento de sangre, dirigió todos sus esfuerzos al gran objeto de lograr una reconciliacion entre *Comuneros é Imperiales*, pintando á unos y á otros en elocuentísimas cartas, dictadas por el mas puro patriotismo, las desastrosas consecuencias de una

guerra intestina. Despues, cuando se halló investido con la dignidad de regente, no vaciló en declarar á sus colegas el cardenal Adriano y el condestable D. Iñigo, que si aceptaba el cargo, era tan solo con la idea de evitar que el encono de los dos partidos siguiese adelante:—«Porque no es bien, escribia al primero, que los «que al frente nos hallamos de la gobernacion de esta tierra, la «veamos impasibles desangrarse en encarnizada lucha, de la que «ni el Rey ni las ciudades sacarán provecho, y sí todos muchos «males que llorar, cuando ya remedio no tengan.»—El mismo lenguage usaba con el Emperador, á quien no tenia reparo alguno en asegurar que con providencias blandas se pondria término á las conmociones populares, las cuales solo se lograria exacerbar por medio del rigor.

Por desgracia se desestimaron los sábios consejos de tan prudente magnate, y cuando se supo en Valladolid que habia aceptado la espinosa mision del gobierno, sin otra mira que la del bien general, imaginaron los *Comuneros* que les hacía traicion, pues aunque nunca habia abrazado su causa, y seguia fielmente la del Rey, no ignoraban sus generosos sentimientos, y le suponian propicio á la idea que habia presidido á las revueltas. Hé aquí la causa de que hiciese poco efecto entre los parciales de la *Santa Junta* la carta que les dirigió desde Cervera. Dolíase el ilustre prócer del mal camino que habian llevado todos los negocios, y aconsejaba prudencia y sumision á los alborotados, para que con mayor justicia pudiesen abogar en pró de sus privilegios. «Era absurdo, segun es«cribia, pedir paz y empuñar las armas, apellidar libertad y te«ner encadenados hasta los pensamientos, hacer errar á los ciuda«danos, para que perseverasen en el error por miedo de la culpa, «y pretender que, no pudiendo gobernar el reino doña Juana, tu«vieran el cargo de suplir esta necesidad las *Comunidades*.» Los dos partidos contendientes recelaron del Almirante, teniéndole los del Rey por *comunero* y los de la *Santa Junta* por adicto á D. Cárlos en cuerpo y alma, en lo cual no andaban los últimos equivoca-

dos, pues por lo mismo que seguia fielmente la causa de su Señor, trabajaba para que se suavizasen los rigores del gobierno, persuadido de que la blandura y la persuasion bastarian para sosegar las ciudades levantadas. Mas como no hallaron eco sus patrióticas intenciones, se retiró definitivamente á su villa de Rioseco, despues de haber roto de una manera brusca con el conde de Haro, en presencia de los del Consejo. (1)

El condestable D. Iñigo Fernandez de Velasco habia bajado al sepulcro á la edad de sesenta y tres años, noticia que afectó mucho á D. Fadrique, y le hizo cavilar tanto, que al fin cayó gravemente enfermo. Convaleció sin embargo á los pocos dias, porque como aseguraba á sus amigos, á pesar de la gota y del mal de piedra, tenia las carnes de hierro. Mas lo que no pudo llevar con paciencia fué el olvido que todos hacian de su persona, y queriendo echar en cara al Rey, mas que á ningun otro, aquella falta, escribió al sábio doctor fray Francisco Ortiz, confesor de D. Cárlos, la siguiente carta:

«Reverendo señor Padre: muchos dias há que no he sabido de «vos, de que tengo pena, así por saber de vuestros negocios, como «por ver que en una necesidad, tan grande, como la que he tenido, «me hayais olvidado. Ya habreis sabido de mi mal, porque, segun «fué récio y en todo el reino me tuvieron por muerto, no es posible «que no haya venido á vuestra noticia. Pero, porque mejor lo se-

(1) La ruptura de D. Fadrique Enriquez con el hijo del Condestable databa desde la triste jornada de Villalar y sucedió de este modo. Antes que Juan de Padilla saliese de Torrelobaton, hízole el Almirante proposiciones pacíficas, aconsejándole que se fiase de su palabra y se trasladase á Tordesillas, ó le diese salvo conducto para que pudiese pasar él mismo al cuartel general de los *Comuneros*, donde todo se arreglaria sin mas derramamiento de sangre. Padilla, que caminaba á su perdicion, desechó estas ofertas, y cuando el conde de Haro fué á castigar á los de Valladolid por haber suministrado al general de la *Santa Junta* dos mil infantes y doscientos caballos, salió á recibirle D. Fadrique y le felicitó por la memorable batalla del dia 23 de abril. El gefe de los *Imperiales* le recibió como á enemigo, diciéndole que únicamente la autoridad de regente, que habia merecido al Rey, le ataba las manos para tratarle como á *Comunero*.—Mentís vos y quien tal sostuviere, le respondió el viejo Almirante con arrogancia. Si por evitar la efusion de sangre en esta guerra, me juzgais rebelde, eso me honra, mas que á vos la carnicería que habeis hecho. Decídselo de mi parte al Rey. Desde entónces se odiaron los dos de muerte.

«pais, os hago, Señor, saber que há pocos dias que me llegó Dios «muy al cabo de la vida; y tan al estremo que estuve oleado y sin «hablar. Y para una enfermedad tan grande sobre tanta edad, pa- «réceme que fué otro milagro como el del señor San Lázaro. Yo «doy muchas gracias á Dios por tan señalada merced como me ha »hecho, por el beneficio que mi conciencia ha recibido con ha- «berme vuelto al mundo, porque en lo que agora entiendo, es en «pagar lo que debo y descargar mi ánima; plega á El, que me lo «deje hacer como le contente. Yo deseo teneros aquí en San Fran- «cisco, así por vuestra consolacion como por platicar con vos co- «sas de mi conciencia y oir vuestros sermones. Y por esto os pido, «Señor, que me hagais saber la manera que se ha de tener para «que haya efecto vuestra venida, para que yo entienda en ello, y «la procure, pues será cumplir lo que vos deseábades, y yo no «menos deseaba y deseo que vos. Lo cual os encargo que me es- «cribais y tengais memoria de mí en vuestras oraciones. Guarde «Nuestro Señor vuestra reverenda persona. De Medina 9 de di- «ciembre de mil y quinientos y treinta y cinco años.»

No bien hubo leido esta carta el Emperador, que entonces se hallaba en Valladolid, cuando esclamó dirigiéndose al Padre Ortiz:

—Vive Dios que se queja con justicia el Almirante; todos le tenemos olvidado y no parece sino que ha escrito esos renglones, para echarme en cara mi ingratitud. Quiero pues probarle que el rey Cárlos sabe apreciar sus grandes servicios.

—Señor ¿qué piensa hacer Vuestra Magestad? le preguntó el religioso.

—Partir ahora mismo á Medina de Rioseco y arrancar á D. Fadrique de su rincon.

—Es muy testarudo, Señor, y tengo barruntos de que ha hecho propósito de morir en su villa.

—Allá lo veremos, padre mio. En todo caso, quiero que me acompañeis.

Don Cárlos dió sus órdenes y sin perder momento se puso en

marcha con fray Francisco y el bufon, quien al enterarse de lo que se trataba, declaró que nada en el mundo le impediria hacer rabiar á su querido hermano Fadriquito, antes que éste diese las últimas boqueadas.

Cuando llegaron los tres á Rioseco, yacía de nuevo postrado el buen Almirante y al ver al Rey junto á su cama, movió la cabeza tristemente para darle á entender que aquel nuevo ataque no tenia remedio.

—Es preciso, dijo D. Cárlos, acudirle con los medicamentos de costumbre; pasará este como pasó el otro.

—Señor, contestó el Almirante, conozco que se aproxima para mí la hora postrera; el edificio es viejo y ruinoso, de modo que cuando se tapa en él un agujero, se abren veinte, el partido mas prudente es dejar que se desplome.

—No será como habeis imaginado, D. Fadrique, sino que se le arrimarán puntales, repuso el Rey.

—No los necesita, observó Francesillo, y á mí no me la pega la gota. ¿Quereis que os convenza de que mi hermano Fadriquito es un maula hecho y derecho?

—¡Ah, bribon! ¿Ahí estás tú? murmuró el enfermo.

—He venido á curarte, porque entiendo perfectamente tus bellaquerías. ¿No es verdad? Vamos; mírame frente á frente, como miraste al condecito de Haro, despues del degüello de Villalar. ¿Sabes esa historia, Carlitos? Pero no estamos ahora para risas, segun parece, sino para combatir á la gota y al mal de piedra. ¡Qué diablos! ¿Has olvidado ya tu específico, amado Fadrique?

—Calla.... calla, pícaro D. Francés, pues te juro que no estoy para bromas.

—¡Bromas!... Buena ocasion para gastarlas, cuando te miro en ese lecho, estirándote y encogiéndote como un puerco-espin.... No, Señor; hablo con formalidad, como amigo que desea tu salud.... ¿Has llegado á figurarte que soy tu heredero forzoso....? Lo que yo

apetezco es que vivas, y para conseguirlo es indispensable que acudas á aquel riquísimo calmante.....

—Pero ¿qué calmante, que específico es ese que no tengo la menor noticia?

—Mientes, marrullero....! mientes.... Haz buena memoria y verás.....

—Juro por quien soy que ignoro lo que puede aliviarme.

—¿Sí....? Pues voy á probarte que quieres morirte, por darnos un chasco.

—Ojalá encontrára un consuelo para este fiero mal.....

—¿Te aprieta, eh....? No hagas caso.... Ahora lo verás. ¿Tienes buen cocinero, Fadriquito?

—¿Por qué lo preguntas?

—Yo me entiendo. ¿Le tienes ó nó?

—Ya lo verás, cuando pruebes los manjares que prepara.

—¿Te acuerdas de los que tenias en Madrid?

—Pasó ese tiempo.....

—¿Y de los que condimentaron las viandas, en aquel opíparo banquete de mi tio el cardenal lentejas?

—No sé á qué viene resucitar hoy esas memorias.

—Las resucito, porque entre ellas está tu remedio.

—Nómbralo de una vez, ó déjame morir en paz.

—Nada de eso; te he asegurado que deseo que vivas, y así vamos por partes. ¿Qué es lo que mas anhelabas en Madrid, cuando te acometia la gota espada en mano? ¿Qué era lo que te hacía andar á palos con tus médicos y con tus sirvientes? ¿Qué fué aquello que mas delicioso te pareció en la mesa de mi tio púrpura?

—¡Ah, infame, ladron, desuella famas....! Ya te veo venir.....

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja...! La cecina.... la cecina.... désele cecina á ese maula, y de seguro no se morirá en su vida.... Pronto, pronto, Carlitos; un trozo de cecina obra estupendos milagros en los gotosos.... Ea.... ¿Qué haceis....? Vengan los cocineros, vengan todos

los marmitones de la poblacion.... Cecina á destajo para el Almirante, que está en peligro.....

El Rey se amostazó con tan intempestiva burla y puso término á la locuacidad de D. Francés, ordenándole que reuniese en el acto los mejores facultativos de la villa. El bufon, acostumbrado, desde tiempo inmemorial, á los ataques de gota de D. Fadrique, no imaginó en un principio que aquella vez corriese mayor riesgo que las anteriores: pero llamó su atencion la circunstancia de que, aunque le habia dirigido palabras duras, como las de infame y ladron, las habia pronunciado sin ira, y sobre todo sin moverse en el lecho. Arrepintióse pues de sus pesadas chanzonetas, desde el punto en que llegó á persuadirse de que el pobre Almirante se hallaba efectivamente enfermo de peligro, y juró asistirle como fiel amigo hasta su muerte.

Los médicos declararon que ésta se acercaba para el paciente á pasos agigantados, noticia que no hizo la menor mella en su ánimo, á pesar del dolor que vió retratado en los semblantes de las personas que le rodeaban.

—¿Qué es morir? les dijo con reposado acento. Voy á esplicároslo en breves razones.

É incorporándose trabajosamente en el lecho, prosiguió así:

El morir es reposar
para el varon que ha vivido
siempre en calma;
es de la vida pasar
á otro vivir mas querido
para el alma.

Tanta serenidad y resignacion hicieron derramar á D. Cárlos copiosas lágrimas, confirmándole en la creencia que abrigaba de lo mucho que iba á perder con aquel hombre, que nunca habia lisonjeado las naturales inclinaciones del Monarca, y que en todo tiempo habia defendido los fueros de la justicia. Conspirador contra la re-

gencia del cardenal Ximenez de Cisneros, cuando vió en la disposicion testamentaria de Fernando V un ataque directo á las prerogativas de la nobleza castellana, la reconoció sinceramente no bien se le hizo conocer hallarse confirmada por la voluntad de la Reina y del Consejo. El abrazo que dió al Regente en el banquete, con que el gran político obsequió á los Grandes, fué su juramento de fidelidad á Cárlos de Gante: desde aquel dia tambien se propuso que los castellanos amasen al nuevo Rey, y por eso se opuso constantemente á todas las medidas crueles, dictadas por el Consejo y por los caudillos de las tropas *imperiales* contra las ciudades rebeladas. Hasta en sus últimos instantes se reveló con nobles rasgos esta grande aspiracion de sus elevados pensamientos, pues á poco de haber pronunciado los versos, que acababan de afectar tiernamente al Rey, le pidió que le oyese á solas. Saliéronse al punto á otra estancia el padre Ortiz y D. Francés. Don Cárlos cerró la puerta y dijo al Almirante:

—Habladme, D. Fadrique, como si hablárais á vuestro mejor amigo.

—Así lo haré, Señor, contestó el ilustre magnate; que, pues nunca os oculté en mis cartas la verdad, esponiéndome á vuestro enojo, cuando con mi vida contaba, no tengo por gran valentía desafiar vuestro disgusto, ahora que nada podeis contra mí.

—Os juro que cuanto me pidais será cumplido, replicóle el Rey.

—Poco será lo que yo exija para vuestros altos presentimientos, repuso el Almirante, pero mucho para vuestra gloria y para la tranquilidad de mi conciencia.

—Os escucho, D. Fadrique Enriquez; he pronunciado ya mi juramento.

—Señor, hace mucho tiempo que terminó la guerra de las *Comunidades* castellanas, pero no han terminado aun las penalidades y miserias de las familias de muchos, que en ella tomaron parte principal. Hijos hay de los que ya murieron, que arrastran su pobre existencia en reinos estraños; viudas nobles he visto sin pan

que llevar á la boca, y aun algunas que ni lutos ostentan en sus cuerpos, porque solo cuerpos desnudos les dejó el rigor de vuestros alcaldes. Vivo está, Señor, Gutierre Lopez de Padilla, hermano infeliz de aquel hijo de Toledo, justiciado en Villalar.... mas ¿de qué vive; cuando ni los amigos de su padre osan procurarle alimento, por temor de ser perseguidos?

—Basta.... basta, almirante D. Fadrique, esclamó D. Cárlos. Esos recuerdos os fatigan.... borradlos de vuestra imaginacion.... Todo me lo habeis dicho y.... no; no morireis antes que veais el remedio.

Espresándose así, abrió la puerta del aposento, llamó al Padre Ortiz y al bufon, y señalando á éste una mesa, en la cual habia recado de escribir, le dijo:

—Siéntate; vas á trazar una órden para mi Consejo de Castilla.

—¿Estás loco, Carlitos? ¿Cómo quieres que tu Consejo dé crédito á las patas de mosca de mi puño? Si pretendes que trace en este pliego las narices de tus gobernadores, es otra cosa; harélo á las mil maravillas.

Y Francesillo, al responder de este modo al Rey, hacía muecas al padre Ortiz y miraba con afectuoso interés al Almirante.

Don Cárlos impaciente se acercó á la mesa y sin sentarse escribió y firmó una órden, para que el mayorazgo que debia recaer en el infortunado Juan de Padilla, y estaba entónces á beneficio del fisco real, pasase desde luego á su hermano Gutierre, á quien confirió al mismo tiempo los cargos de mayordomo, consejero de Estado y contador mayor de Castilla; otra, mandando que sin escepcion alguna se devolviesen á las viudas y huérfanos de los que habian perecido en las revueltas todos los bienes secuestrados, añadiendo á ellas la tercera, levantando el destierro á cuantos lo padecian voluntaria ó forzosamente, á consecuencia de los anteriores disturbios.

—¿Estais contentento, D. Fadrique? preguntó al enfermo, despues de haberle enterado de aquellas disposiciones.

—Señor, le contestó el Almirante, ahora es cuando estoy seguro de morir tranquilo, y aun me atrevo á creer que en gracia de Dios. Sois el Príncipe mas magnánimo de la tierra.... Los dos hemos cumplido lealmente con nuestras obligaciones.... Vos, como rey.... Yo, como consejero.... (1)

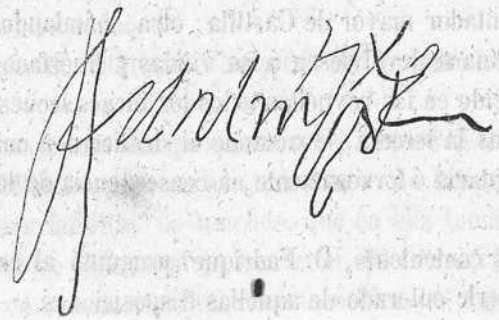
Estas fueron sus últimas palabras, pues á los pocos instantes le acometió un accidente que le privó del habla y de todo conocimiento. Una hora despues era cadáver.

«El almirante D. Fadrique, segundo de este nombre, falleció en «su villa de Rioseco, dice un escritor, el 9 de enero de 1538 y fué «enterrado, sin pompa ni ostentacion, segun lo dispuso, á los piés «de las sepulturas de la católica señora doña Ana de Cabrera, du«quesa de Medina y condesa de Módica, y de la condesa de Mel«gar su hermana, en la iglesia del ex-convento de San Francisco «de la propia villa, cuyos dos costosos edificios se habian cons«truido á sus espensas.»

(1) Con motivo de la completa amnistía otorgada por el Emperador, colocaron los de Valladolid sobre la puerta de la casa del Almirante, situada en la plazuela de las Angustias, una lápida negra con este letrero:

Viva el Rey con tal victoria,
esta casa y su vecino;
queda en ella por memoria
la fama, renombre y gloria
que por el á España vino.

Hace algunos años que se destruyó este recuerdo histórico, para poner en el sitio que ocupaba estas palabras: DIPUTACION PROVINCIAL.



CAPÍTULO IX.

Las exequias del Emperador.

Tiempo es de que vuelvan á ocupar su merecido puesto en nuestra historia otros acontecimientos, muy posteriores á la muerte del gran Almirante de Castilla.

Cárlos de Gante, D. Fernando de Alarcon y Francesillo se habian acostumbrado admirablemente á la vida monacal, aunque bajo diferente punto de vista. El primero se preparaba para morir, segun se habia propuesto hacerlo desde el instante en que abdicó la corona; el segundo, que nunca habia podido arrancar de su corazon la imágen de María; que se consideraba solo en el mundo, y que se avenia mal con los rigores que el nuevo gobierno de Felipe II empezaba á desplegar, no solo en los dominios conquistados, sino en los mismos que constituian su herencia; impulsado además por el vivo afecto que tenia al Empe-

rador, creyó que siguiendo sus huellas, encontraria en el claustro, ya que no la paz del espíritu, al menos la tranquilidad del cuerpo. Alarcon por lo tanto se retiró del mundo sin sentimiento ni alegría, y D. Cárlos con placer, hastiado de gloria y de grandeza y con el alma dolorida, porque con todo su poder no habia logrado ser dichoso en los brazos de su adorada *Garza Real*, de la única muger, á quien habia amado, de la única tambien que no habia querido ser reina ni emperatriz, á pesar del amor que sentia hácia el hombre, cuya exaltacion al trono da Maximiliano habia predicho.

En cuanto á Francesillo era otra cosa; su papel de bufon habia terminado, desde que su primo Carlitos se habia despedido de las vanidades de la tierra. No se le ocultaba la ojeriza con que era mirado por casi todos los Grandes de Castilla merced á las libertades que con ellos habia tenido, sacando á público sus faltas, reprendiendo con descaro su ambicion ó sus traiciones y avergonzándoles sin misericordia, por sus defectos físicos. Contaba por lo tanto por enemigos á la mayor parte de los magnates, y no podia lisonjearle la esperanza de que el nuevo monarca le protegiese contra sus iras: al contrario; estaba íntimamente persuadido de que aprovecharian la primera ocasion favorable, para vengarse de sus insultos y amargas verdades anteriores, sin que le valiese la impunidad, que le habia amparado hasta entónces. El adusto D. Felipe no era hombre apropósito para sufrir bufonadas, por ingeniosas que pareciesen, y bien conocia D. Francés que, si la muerte del cardenal Cisneros habia sido provechosa para él, pues le habia proporcionado mas alto empleo para sus travesuras, la abdicacion de D. Cárlos habia dado al traste con las esperanzas alhagüeñas, que alimentára para su vejez. Estos motivos decidieron su vocacion, proponiéndose por supuesto darse la mejor vida posible, á fin de hacer aceptable su sacrificio á los ojos de Dios. Aseguraba á cuantos querian oirle que ya no era niño, y que, pues los hombres se mostraban cada vez incorregibles, debia él abandonarles á sus malos instintos y separarse de su trato para siempre, con el objeto de pasar en sosiego

y santa paz, entre suculentos manjares y fervorosas oraciones, los años que le restaban de vida. No es esto decir, que el buen Conde renunciase á su propension favorita de burlarse del prógimo cada y cuando le ocurriese: habia declarado terminantemente á D. Cárlos, que en el monasterio de Yuste se rezaba y se hacía rabiar á los monges; de modo que estaba seguro de que su natural inclinacion no careceria de ocasiones para ejercitarse.

Y en efecto, á los ocho dias de su permanencia en aquella soledad habia conseguido, que todos los religiosos le mirasen como una verdadera plaga. Perseguia sin descanso á los conejos; formaba baluartes y trincheras con el emparrado; aprovechábase de los manjares mas esquisitos de la despensa; se mofaba de los monges mas austeros, porque maceraban sus carnes, diciéndoles que cuanto mas flacos y consumidos cayesen en las garras del diablo, mayor rabia le causaría el ver que no podia hacer presa en ellos; tantas y tantas fueron sus bellaquerías, tan repetidos sus actos de indisciplina y de locura, á pesar de las amonestaciones con que D. Fernando procuraba refrenarle, que el Prior juzgó llegada la hora de poner eficaz remedio al escándalo. Antes, con todo, rogó á D. Cárlos que reprendiese al díscolo bufon, á fin de ver si otorgaba á su respeto lo que no habia querido conceder á las reflexiones de la amistad, y llamado que fué por el Emperador, hízole entender éste las graves penas en que incurria, por su desordenada y bulliciosa conducta.

Francesillo solló la carcajada al escuchar su discurso, y le interrumpió diciendo:

—¿Quiéres que te cuente un cuento, primo Carlitos?

—No; no quiero tus cuentos, respondióle ásperamente el que habia sido su Señor.

—Pues no sabes lo bueno que pierdes, repuso sin desconcertarse D. Francés.

—Quiero que te enmiendes, que vivas pacíficamente, y que seas monge con el corazon, replicóle D. Cárlos.

—Poco á poco, primito. ¿Cómo me echas ese sermon? ¿Como Rey, ó como hijo de San Gerónimo?

—Como te plazca.

—Pues, Señor, hágote saber que has perdido el seso, ó la memoria. Desde que te hiciste monge, renunciaste al dominio que tenias sobre mí, y todavia no has llegado á ser Prior, para ejercer autoridad conmigo.

—Te hablo en nombre y por delegacion del Prior.

—¿De veras? Te advierto que es hombre que no vé á una cuarta mas allá de sus narices.

—Y sin embargo ha visto tus malos procederes.

—¡Ah! ¿Con que he cometido algun asesinato?

—No se trata de muertes.

—¿Pues de qué?

—De que introduces el desórden en el monasterio.

—Veamos cómo.

—Mofándote de los padres religiosos á todas horas.

—¿Y en qué diablos pretendes que me entretenga?

—En llorar tus culpas pasadas.

—Mira, Carlitos; se me figura que nunca mereciste ser Emperador. ¿No puedo arrepentirme de mis pecados y reirme de las miserias humanas? Cualquiera diria que acabas de nacer.

—Tambien has causado destrozos en la huerta.

—¡Eh! Siempre pequeñeces. ¿Para qué sirve el emparrado? A mí no me agradan las uvas y aprovecho el ramaje, para que no me olvide el noble arte de la guerra. ¿Supones por ventura que no soy capaz de recordar tus gloriosas campañas? Con el emparrado levanto fortines, construyo puentes y me preparo heróicamente para todas las embestidas, que pueda darme el fiero enemigo de mi salvacion. Algo se ha de hacer en pró del alma.

—¿Y los asaltos que das á la despensa?

—¡Oh! La despensa es el campamento de las fuerzas contrarias, y nunca negaste á las tuyas el derecho de entrar á saco en país de

conquista. ¿Quieres que se pudran en su encierro esas sabrosísimas becadas, esos finísimos faisanes, con que la caridad pública nos abastece? Yo no he hecho voto de comer eternamente habas en potage, ni abadejo en ajo-arriero, porque nací con estómago de príncipe; he venido á Yuste huyendo del mundo, mas no de los manjares esquisitos, y si no he de regalarme pacíficamente con las maravillas de la naturaleza, que Dios crió para mi conservacion y ventura, iré á la Trapa, ó me ahorcaré de un árbol, ó sentaré plaza de loco, al servicio de tu diabólico hijo el rey Felipe, de satánica fisonomía, que es la mayor calamidad de cuantas pudiera depararme el cielo.

—Segun eso, eres incorregible....

—¿Quién lo duda? Concédame el Prior otras distracciones tan inocentes y provechosas como las que he sabido inventar, y nos entenderemos.

—Es que.... te prevengo que la autoridad del Prior alcanza hasta el punto de espulsarte del monasterio, si faltas á la regla.

—La regla no manda que yo perezca de hambre. ¿Sabes lo que significa perecer de hambre, Carlitos?

Al pronunciar D. Francés estas palabras, se estremeció, porque acababa de turbar su ánimo un recuerdo lamentable y doloroso. Observó D. Cárlos aquel movimiento, de que no podia darse cuenta, y murmuró tristemente:

—Muerte horrible debe ser la que has mentado, amigo mio, y bien merecen compasion los que la sufren.

—Añade, primito del alma, que esa compasion ha de subir necesariamente de punto, cuando los infelices condenados á semejante género de tormento poseen nuestro cariño.

—Sí.... sí.... eso es intolerable.... pero.... ¿qué revelan tus palabras....? ¿Conoces á alguno, que se haya visto en tan angustioso trance?

—¡Ah, Carlitos! Si tú fueras aquel gran Emperador, á quien conocí en otro tiempo.... si fueras el hombre fuerte y denodado, á quien nunca asustaban los reveses.....

—Excitas mi curiosidad y mi interés, Francesillo, ya no puedes volverte atrás.... habla.

—Necesito antes sondear bien tus disposiciones; siempre has abrigado un alma sensible en demasía, á pesar de los horrores que presenciaste en mil batallas, y temo.....

—¿Qué puede sucederme con tu relacion?

—No hay tal relacion; es noticia.

—Sea. Tendré piedad de la víctima sacrificada: si fué enemigo mio, rogaré á Dios que haya misericordia para su ánima; si amigo, ó fiel servidor, lloraré sinceramente su infortunio.

—¿Qué harás, si la que murió de hambre fué una persona querida?

—¡Don Francés....! ¡Oh....! No.... no recuerdo.... Me has puesto en un potro.... Esplícate; revela ese secreto, que tanto debe afligirme.... Hombre débil soy.... vil gusano de la tierra, á quien el brazo del Omnipotente elevó sobre todas las potestades del mundo.... y á pesar de mi inmenso poderío, y de haber triunfado del mas temible rival de mi gloria y mi grandeza.... aquí he venido, á este rincon, á este yermo casi ignorado, donde soy mas feliz, que cuando ciñendo dos coronas, acataban mi suprema voluntad la mayor parte de los pueblos de Europa. ¿Has observado en mí, desde el instante en que renuncié á la vanidad y á la pompa, algun signo de arrepentimiento? ¿Me has visto echar de menos el fausto de la majestad, en medio del humilde porte que me rodea? ¿Recordar á estos virtuosísimos solitarios de esta nueva Tebaida, que entre ellos se aposenta un emperador....? ¿No te anuncia mi resolucion de prepararme para morir, que estoy dispuesto á todo....? ¿Qué puede haber ya en el mundo que me anonade....? Créeme; yo solo temo á la cólera de Dios; mientras él me sostenga, nada podrán contra mí las vicisitudes, los dolores, las amarguras del corazon.... Habla pues, porque aunque mi propia madre y señora la reina doña Juana.....

—No fué ella; tranquilízate por ese lado; mas díme si estás dispuesto á recibir una buena puñalada en medio del corazon.

—A todo, D. Francés, á todo. ¿Qué tardas?

—¿Te acuerdas de la *Garza Real*?

—¡Ella....! ¡María!

—Animo, Carlitos; no debo, no puedo ocultarte por mas tiempo la verdad.

—Pronúnciala.... mátame de una vez.... María.....

Y al pronunciar este nombre tan querido, temblaba D. Cárlos convulsivamente.

—María.... murmuró Francesillo ... ha muerto.....

—¡Ha muerto....! ¡Ha muerto....! esclamó el Emperador sollozando. Pero.... ¿de qué muerte?

—Oyelo de una vez.... de hambre.,

—¡De hambre....! ¡Oh....! ¡Dios de los cielos y de la tierra...! ¿Por qué he vivido hasta hoy para escuchar tan horrible nueva...? ¿Por qué no empuña ya mi mano poderosa el cetro de Castilla?

—¿Para qué?

—Para anonadar con un soplo á los perseguidores de esa santa criatura.... ¡Infeliz y desventurado de mí....! ¡De hambre....! ¡María....! ¡La angelical María, muerta de hambre!

—¡Qué diablos estás ahí gritando! ¿Es esa la conformidad que me habias prometido?

—¡Ah D. Francés....! Has abierto á mi alma las puertas del infierno.

—No te pese, Carlitos, porque en él entrarémos juntos.

—Quiero apurar hasta las heces ese cáliz; quiero saber.....

—Siempre has sido curioso. ¡Eh! ¿Qué pretendes ahora?

—Que me declares.... cómo ha sucedido eso.... cómo ha perecido mi virtuosa María.

—¡Bah! ¿Ignoras que era novicia del monasterio de Santo Domingo el Real de Madrid?

—Pluguiera al cielo que nunca hubiese penetrado en sus claustros.

—El negocio es que penetró, y que nosotros la vimos en ellos.

—Sí.... sí.... la vimos.... la ví por última vez...

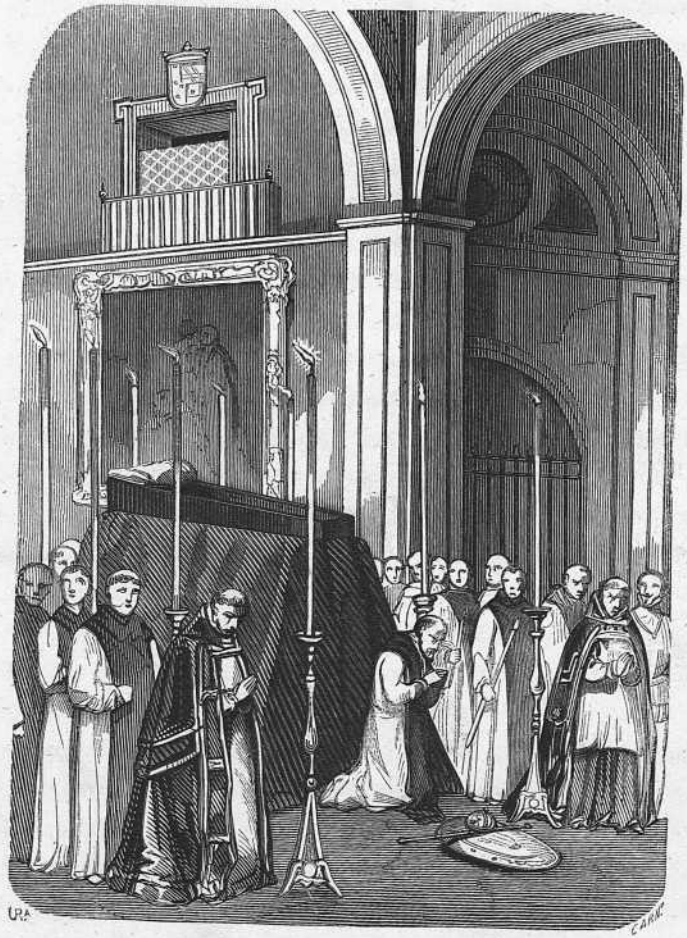
—Y pluguiese al cielo que no la hubieras visto.

—¿Qué me dan á entender tus palabras?

Francesillo refirió entónces á D. Cárlos lo que el padre Ambrosio le habia contado el dia, en que espiró Toribio Quincoces. Al oir el segundo que María habia sido condenada al *In pace*, apretó los puños, cerró los ojos como si tuviese delante una espantosa vision y cayó de rodillas, elevando las manos al cielo. Terrible fué aquella lucha, en que la desesperacion y la conformidad con los altos decretos de la Providencia se disputaron el campo de batalla, en el corazon del nuevo monge de Yuste: amargas lágrimas brotaron de sus ojos apretados; sangre manó de las heridas, que sus afiladas uñas hicieron en sus carnes.... Crueles instantes.... bárbara agonía padeció el héroe de Túnez, con una revelacion tan funesta para su sensible pecho.... La religion salió al fin triunfante de la porfiada contienda, y el hombre de la victoria, el César augusto, el invicto Emperador humilló su frente entre el polvo de su reducida celda, lanzó un lúgubre gemido, y dirigió al Supremo Hacedor esta plegaria:

—Señor del mundo, acato y bendigo tu incontrastable voluntad: mas ya que en la tierra me han separado tus designios de la que amaba, úneme á ella en el cielo.

Dos dias despues tenia lugar en el templo de los padres Gerónimos de Yuste una tristísima ceremonia. Toda la nave estaba cubierta con paños negros, y en el centro de la iglesia se elevaba un suntuoso catafalco, alumbrado profusamente por inumerables cirios amarillos y verdes. Un magnífico féretro, en cuyos costados brillaban recamados de oro y plata los escudos de las armas de Castilla, cubria toda la parte superior del catafalco, y sobre él ostentaban sus vivos y refulgentes colores un manto de púrpura y una corona imperial. La comunidad con el Prior á la cabeza entonaba el oficio solemne de difuntos y las campanas del monasterio doblaban melancólicamente, enviando sus tañidos á las vecinas selvas.



De este modo asistió en vida á los funerales de su muerte.

Celebrábanse las exequias de Cárlos de Gante, quien con ánimo sereno pedia al cielo, en medio de sus hermanos, salvacion para su alma. Fija su mente en la eternidad, y pareciéndole todavia insuficientes las penitencias y los rezos del claustro para espiar sus culpas, habia dispuesto aquella funcion suprema, con el objeto de disfrutar de los últimos honores, que debian hacérsele en el mundo. Arrodillado al pié del régio feretro, con el pensamiento en Dios, oró largas horas, que transcurrieron para él deliciosas y sublimes, como son sin duda las de los ángeles en el cielo: muchas veces tuvieron los monges que llamarle, despues de concluida la ceremonia fúnebre, y cuando volvió en sí, y miró á todas partes con asombro y conoció que no habian cesado para él las miserias humanas, una nube de tristeza cubrió su corazon desfallecido y un ¡ay! de dolor y de angustia salió de sus lábios temblorosos. De este modo asistió en vida á los funerales de su muerte. El Prior, al verle tan demudado, se asustó; D. Fernando y Francesillo salieron del templo silenciosos, en tanto que los monges conducian al Emperador á su lecho, y no bien llegaron al claustro, cuando el primero dijo al bufon:

—Dios quiera que esas exequias, que acabamos de presenciar, no sean un aviso de arriba.

—Malo está mi primo Carlitos, contestó D. Francés; pero eso pasará en cuanto se refresque; es hombre de corazon.

—¡Ah, Conde...! Cuando llega nuestra hora....

—Hé ahí la tecla de mi difunto tio el cardenal.

—Es que esa tecla, D. Francés, está destinada á que todos la toquemos.

—¿Y quién te ha asegurado que ahora precisamente vá á tocarla Carlitos?

—En todo caso no debemos permanecer aquí, charlando como dos comadres.

—Corriente; mas sepamos lo que hemos de hacer.

—Dos cosas importantes.

—Me parecen muchas; yo creo que ante todo es preciso atender á la salud de Carlitos.

—Don Francés.... yo sueño muy pocas veces, y nunca espero lo mejor.

—De modo que imaginas....

—Que el Emperador está muy espuesto á morir.

—¿Por qué?

—Porque esos funerales han sido una inspiracion del cielo. ¿Has observado bien su trastorno?

—¡Eh! Déjate ahora de su trastorno y de la inspiracion, y háblame de esas dos cosas importantes, que se deben poner en planta.

—Necesitamos cabalgaduras de buen paso.

—¿Ignoras que las nuestras comen y beben en el monasterio?

—Imaginé que las habias enviado á la féria de Plasencia.

—No soy tan tonto. Siempre dije para mis dientes, que algun dia nos serian útiles.

—Pues bien; en viage.

—¡Demonio...! ¿Qué te ha picado, compadre Alarcon?

—Dígote que vamos á cabalgar sin perder minuto.

—¿Y á dónde bueno?

—Yo á Plasencia y tú á la Corte.

—¡Ira de Dios...! ¿Qué osas proponerme?

—Lo que es indispensable hacer.

—Te juro por cuantos bienaventurados hay en el Paraiso, que no me muevo de aquí, si no me presentas mas claro ese negocio.

—Escucha. Yo quiero traer médicos de Plasencia.....

—¡Médicos, Alarcon....! Ahora si que acabo de convencerme de que intentas asesinar á Carlitos. Y puedes tener por cierto de que cuantos mas vengan, mas pronto morirá.

—Suceda lo que Dios quiera, traeré médicos que le asistan.

—Mira, compadre, que soy capaz de hacer con tus galenos algun desatino.

—Obrarás, D. Francés, como yo te ordene.

—¡Ah! Se me habia olvidado. ¿Qué es lo que yo voy á traer de la corte?

—Nada. Vas por el contrario á llevar la nueva del peligro, que corre el Emperador.

—¿Y á quién se la he de comunicar? Supongo que no he de meterme á pregonero.

—Al Rey en persona.

—¡A Felipito! Dios y su santa Madre me asistan y me libren de cometer semejante desatino.

—¡Desatino llamas á un deber tan sagrado!

—Desatino es, compadre Alarcon, que yo me meta de grado entre las garras del zorro.

—¿Le temes?

—Mas que los *Comuneros* temian al alcalde Ronquillo.

—Algo habrás hecho, que le haya irritado contra tí.

—¿Te parece poco haber pretendido arrancarle una sonrisa?

—Si lo conseguiste.....

—Conseguí que me enseñase los dientes. ¡Qué Rey, compadre...! ¡Qué Rey...!

—Severo y aun adusto nos le pintan; mas.... no importa; irás á decirle que su augusto padre, el gran Emperador, se muere.

—¿Y si manda que me desuellen por la embajada?

—Lo sufrirás, en servicio de nuestro amo y Señor.

—¿Sí....? Pues yo te declaro, que no me place perder el pellejo de esa manera. ¿Qué dirá Carlitos, si le abandonamos los dos?

—Sabrá la causa de nuestra ausencia y merecerá su aprobacion.

—Consultémosle pues sin tardanza, porque empiezo á sospechar.....

—¿Qué?

—Que acaso tengas razon... que tal vez toca á su término esa vida preciosa....

—Ya conoces por lo mismo, que no hay tiempo que perder.

—Vamos... vamos.... ¡Ay, Alarcon! Si él muere.... ¿qué hemos de hacer nosotros?

—Acatar la voluntad de Dios.

Aquellos fieles servidores y nobles amigos de D. Cárlos se dirigieron á su celda, procurando ahogar las lágrimas que se desprendian de sus ojos. A la entrada encontraron al Prior, que salia de puntillas para no hacer ruido, y D. Fernando le preguntó:

—Dígame vuestra paternidad ¿qué ocurre?

—Ahora descansa tranquilamente, le respondió el monge con tristeza; pero temo que se agrave el mal. La ceremonia de sus exequias ha afectado su ánimo; el calor del templo..... esa multitud de cirios ardiendo.... todo ha contribuido.... En fin, se le han dado dos sangrías y.....

—¡Dos sangrías! esclamó Francesillo horrorizado.

Y añadió en voz baja, al oido de Alarcon:

—No me muevo de Yuste, aunque se desplome el cielo sobre mi cabeza, porque no doy un cornado por su vida. ¿Quién ha dicho á estos imbéciles que puede sobrar la sangre en el cuerpo del hombre?

Don Fernando no atendió á estas razones; corrió á la puerta del monasterio, montó en su alazan y voló á toda brida hácia Plasencia.

CAPÍTULO X.

En que se dá cuenta del modo con que el Guardian de San Francisco, que figura en esta historia, consiguió que se convirtiesen sus sospechas en realidades.

El padre Ambrosio de Rueda no perdió un instante, desde aquel en que recibió del tribunal de la Santa Inquisicion las letras, que le envió su amigo el fiscal de la *Suprema*, por las cuales se le autorizaba para que averiguase todas las circunstancias ocurridas en la muerte de la novicia María Quincoces. Dirigióse á Santo Domingo el Real con diligencia, hízose anunciar como delegado del terrible poder, que avasallaba todas las voluntades, é introducido en aquel mismo salon, que fué testigo de las amorosas ofertas de D. Cárlos á María y de la noble repulsa de esta virtuosísima doncella, ordenó que se le presentase la Superiora del monasterio.

La orgullosa matrona, que con tanta altivéz habia acogido al religioso, cuando éste quiso averiguar la causa de no haber visto á

la novicia de cuerpo presente, durante la celebracion de sus exequias, humilló su altanera frente, desde el momento en que supo que era llamada á responder de su conducta ante aquel hombre, cuyo amor propio habia ofendido. El Guardian sin embargo no abrigaba el menor resentimiento contra ella; habia olvidado enteramente la vanidad de la monja, y solo se acordaba de que su conciencia, justamente alarmada, le prescribia el deber sagrado de inquirir lo que habia ocurrido en el convento con la infeliz doncella. Recibió pues á la Priora en el salon con afectuosa deferencia, como si en tan crítica ocasion no fuese un juez severo é inflexible, y la invitó cortésmente á que tomase asiento en uno de los ricos sillones, que decoraban la estancia.

—Sentaos, madre mia, la dijo suavizando la voz cuanto pudo; sentaos, porque tenemos bastante que hablar, y no es justo.....

—Quisiera, padre mio, que me respondiéseis á una pregunta, replicó ella, cobrando ánimo en vista de la consideracion que merecia al Guardian.

—Hablad, repuso éste, sonriéndose con paternal cariño.

—Habeis anunciado á la hermana tornera la autoridad, con que venís revestido, mas no vuestro nombre. ¿Podré saberlo?

—¿Por qué no? Llámanme el padre Ambrosio; pertenezco á la órden seráfica del glorioso San Francisco y he llegado á obtener un cargo en el convento de Rueda de Medina.

—¿Qué cargo?

—El de Guardian.

—¡Ah....! ¡Y yo que lo ignoraba cuando... Porque.... vos habeis venido ya á preguntarme ciertas cosas, con relacion á una novicia.... ¿No es verdad, padre mio?

—Cierto, madre mia, y si me hubiérais contestado, no volveria ahora.....

—Perdonadme sí.... ¿qué quereis....? Os tuve por.....

—Por un curioso imprudente; ya lo comprendo.

—Son tantos los que de todo pretenden enterarse, aunque nada les importe....